

APÒSTOLADO DE LA ORACION

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

por el

P. ENRIQUE RAMIÈRE

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

y traducida al castellano

por el

P. FRANCISCO DE PAULA MARURI

DE LA MISMA COMPAÑÍA



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

BILBAO

Administracion del «Mensajero del Corazon de Jesus»

Plazuela de Santiago, 1

Es propiedad.



ÍNDICE

	Págs.
Prólogo.....	v
Introducción.....	xv

PRIMERA PARTE.

Naturaleza del Apostolado de la Oración. Fuentes de su eficacia.

CAPÍTULO I.—Primera fuente de la eficacia del Apostolado. La oración.....	47
Artículo 1.º La vida del alma es la gracia.....	48
2.º Poder de la oración para alcanzar la gracia, probado por la misma naturaleza de la gracia.....	55
3.º Cuánto puede la oración para alcanzar las gracias ne- cesarias al prójimo.....	59
4.º Se demuestra el gran poder de la oración, con la auto- ridad del Salvador.....	65
5.º Se prueba que las promesas del Salvador se extienden á las oraciones que hacemos por el bien del prójimo..	72
6.º Las promesas de Cristo alcanzan también á las oracio- nes de los pecadores.....	79
7.º Se muestra el poder de la oración por la doctrina de los Santos.....	82
8.º Se confirma lo dicho con ejemplos del Viejo y Nuevo Testamento.....	85
9.º Causas de la ineficacia de nuestras oraciones, y condi- ciones que deben tener.....	95
10. Resumen de todo lo dicho sobre la oración.....	108

CAP. II.—Segunda fuente de la eficacia del Apostolado. La asociacion.....	112
Artículo 1.º Promesas de Nuestro Señor á la oracion hecha en comun.....	112
2.º Motivos de las promesas hechas á la oracion, sacados de la naturaleza de Dios.....	114
3.º La Asociacion es principio de fuerza en todos los órdenes.....	118
4.º Poder de la Asociacion en el órden sobrenatural....	120
5.º Poder terrible de la asociacion entre los malos....	123
6.º Conclusion práctica de lo dicho sobre la asociacion, y relaciones entre el Apostolado de la Oracion y la Asociacion de la Propagacion de Fe.....	130
CAP. III.—Tercera fuente del poder del Apostolado. La union con el Corazon de Jesus.....	141
Artículo 1.º Las oraciones de los cristianos son oraciones de Jesucristo.....	142
2.º Las oraciones del cristiano son obra del Espiritu Santo.	148
3.º La Sagrada Comunión es medio poderoso de renovar la vida de Jesucristo en nosotros, y de unir más íntimamente nuestras oraciones á las suyas.....	152
4.º Conclusion de la primera parte.....	160

SEGUNDA PARTE.

Ventajas y oportunidad del Apostolado de la Oracion.

CAPÍTULO I.—De las ventajas que proporciona á los cristianos el Apostolado.....	169
Artículo 1.º De los méritos que podemos alcanzar en el Apostolado.....	169
2.º De la facilidad con que podemos satisfacer por las culpas en el Apostolado de la Oracion.....	180
3.º De lo mucho que nos acredita el Apostolado delante de Dios para lograr más fácilmente lo que pedimos.....	184
4.º De la paz y consolacion de espíritu que infunde en las almas el Apostolado.....	188
CAP. II.—De las ventajas que proporciona á la sociedad el Apostolado.....	194

Artículo 1.º De las ventajas que proporciona promoviendo el celo de las almas.	194
2.º De las ventajas que proporciona, promoviendo la práctica de la oración.	201
CAP. III.—De los beneficios que de él reporta la Iglesia.	206
Artículo 1.º De lo mucho que contribuye á la conservación y prosperidad de la Iglesia.	207
2.º Se confirma la doctrina precedente con el dogma de la Comunión de los Santos.	210
3.º De la utilidad del Apostolado para la defensa y aumento de la Iglesia.	215
4.º De la utilidad del Apostolado para promover vocaciones Apostólicas.	218
5.º El Apostolado estrecha los vínculos de unión entre los cristianos.	219
6.º En el Apostolado tenemos una prenda de salvación. .	222
CAP. IV.—Se demuestra cuán acomodada es á nuestros tiempos esta Asociación.	229
Artículo 1.º De las esperanzas de la Iglesia en nuestros días. .	230
2.º De los temores de la Iglesia en estos tiempos.	241
<i>Primera cuestion.</i> ¿En qué va á parar Europa si no acepta el yugo de la Iglesia Católica?.....	242
2.º ¿En qué va á parar el mundo si se pierde toda religión en Europa?.....	245
3.º Los temores se cambian en esperanzas por la Misericordia Divina.	248

TERCERA PARTE.

Práctica y organización del Apostolado de la Oración.

CAPÍTULO I.—En qué consiste la práctica del Apostolado.	256
Artículo 1.º Del sello que ha de imprimir el Apostolado á las obras de piedad.	258
§. I.—Sacrificio de la Misa.	258
§. II.—Varios ejercicios de piedad.	262
§. III.—Combinación del Apostolado con otras devociones.	271


§. IV.—Lo que seria muy útil hacer para renovar las intenciones del Apostolado.....	285
2.º Del sello que ha de imprimir el Apostolado á los ejer- cicios de penitencia.....	293
Conclusion.....	347

APÉNDICE.

Ceremonia para la recepcion de los Celadores ó Celadoras del Corazon de Jesus.....	353
Breve del Santísimo Padre Pío IX.....	359
Estadística religiosa del mundo.....	362



PRÓLOGO

NTES de dar á conocer al cristiano lector la naturaleza del APOSTOLADO DE LA ORACION, será bueno referir la historia de esta asociacion piadosa, aunque no sea más que en compendio. Humilde fué su origen, como suele serlo el de todas las obras de Dios, pero ya desde la cuna daba indicios de lo que habia de ser despues.

Fundada en 3 de Diciembre de 1844 junto al santuario de Nuestra Señora del Puy, en una casa religiosa que enviaba anualmente muchos apóstoles á todas las partes del mundo, no tuvo al principio otro fin que dar á aquellos religiosos, jóvenes en su mayor parte, el medio de

imitar á Cristo en su apostolado oculto del divino Sacramento, ya que ellos no podían por entónces ejercitar de otro modo el celo que ardía en su pecho.

Extendióse despues esta asociacion á varias comunidades, contribuyendo no poco á aumentar en ellas el fervor religioso. Por el mismo tiempo, sin que tuviesen conocimiento de ello los fundadores del Apostolado, se fundaba en el Piamonte otra congregacion parecida á ésta, con el titulo del *Orbe Santificado*, y poco despues, D. Vicente Palloti, que ha muerto en olor de santidad, fundaba en Roma con igual fin, bajo el nombre de *Apostolado Católico*, una asociacion, que se desarrolló hasta el punto de formarse de ella una órden religiosa.

Por mucho tiempo habíamos ignorado que tal congregacion existiese, á pesar de ser tan conocida en Italia. Cuando llegamos á saberlo, pedimos al P. Fr. Péllico, fundador del Orbe Santificado, tuviese á bien decirnos si sería posible unir en una tres asociaciones tan parecidas. El General del Apostolado Católico convino en ello, y enseñó al P. Péllico una Noticia de esta última asociacion, impresa pocos años

antes, diciéndole que de ella había sacado don Vicente la idea de la suya. ¡Fecundo pensamiento! De él ha salido una planta en dos puntos bien distantes el uno del otro, y un grano de ella, echado por el viento de la Providencia á una tierra más fértil, ha hecho nacer dos grandes árboles.

Pronto se vió por experiencia que el Apostolado, con sus ejercicios sencillos y fáciles, convenia grandemente á ese linaje de personas que, llenas de celo por la causa de Dios, se hallan al frente de todas las buenas obras en las grandes poblaciones. Con él tomaron incremento las congregaciones de la Santísima Virgen y las asociaciones del Rosario Viviente. Poco á poco se fué organizando una correspondencia entre diversas corporaciones y comunidades agregadas al Apostolado, poniéndose entre si de acuerdo para atender á las necesidades de la Iglesia, que es el fin principal de las oraciones de los asociados.

Apoyaron estas primeras tentativas ilustres Prelados de Francia y Roma. En 1846, el Ilustrísimo Sr. Darcimoles, obispo del Puy, se declaró protector del Apostolado; su sucesor, el

Ilmo. Sr. Morlhon, le dió su aprobacion en 1848, y luégo la recomendaron otros muchos Prelados con grande elogio. En 1849 le concedió el inmortal Pío IX muchas indulgencias desde su destierro de Gaeta. El M. R. P. General de la Compañía de Jesus escribió varias veces á los directores animando su celo, y concedió á los socios una participacion especial de todos los méritos de los misioneros de su Instituto. Otro tanto hizo el M. R. P. General de la Compañía de Maria.

Á pesar de esta proteccion tan decidida de la Iglesia, decayó algun tanto la asociacion en las congregaciones y comunidades que la habian adoptado con tanto fervor en sus principios. La razon es que los ejémples del opúsculo en que se daba razon de ella dejaron de circular; y en ausencia del redactor se suspendieron por algun tiempo las circulares que á todas partes se solian mandar, de modo que cesó toda correspondencia entre los centros. Como este tan alto pensamiento del Apostolado interior y místico está expuesto por su misma sublimidad á evaporarse y perderse entre las faenas de la vida humana, si no tiene algun apoyo sensible,

no quedó otro recurso á los afiliados, despues de mil reclamaciones inútiles, que encerrar en su pecho las aspiraciones de su celo.

Mas al fin, en Junio de 1861, se abrió una era de prosperidad para nuestra obra, cuyos progresos fueron tan rápidos desde entónces, como lentos habian sido sus principios; pues con la velocidad del rayo se propagó por Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Irlanda, Italia, España, Holanda y Polonia. Pasó los mares, y se estableció en las dos Américas, en las colonias africanas y en las misiones de Asia. Penetró en Australia, y encendió el celo apostólico en aquellas poblaciones de Oceanía que acababan de recibir la fe.

Á más de 40,000 asciende el número de parroquias y comunidades agregadas. De las personas asociadas no podemos dar el cómputo exacto; pero, á juzgar por las cédulas que van repartidas, podemos asegurar que no bajan de trece millones.

Tan rápida propagacion no puede atribuirse sino á una especial merced del Corazon de Jesus. Y, en efecto, en Junio de 1861 empezó á publicarse el *Mensajero del Corazon de Jesus*, ponién-

dose nuestra obra bajo los auspicios del Divino Corazon, de una manera más especial que hasta entónces. Desde su cuna tuvo por modelo y guía al Corazon suplicante de Jesus; pero desde aquel año se identificó su devocion con el Apostolado, recibiendo una sancion oficial esta santa Alianza, por su agregación á la Archicofradia romana del Sagrado Corazon. No es, pues, de extrañar que haya el Señor bendecido esta obra, y se hayan cumplido en ella las promesas hechas á todas las que se proponen acrecentar el conocimiento y amor del Corazon Sagrado.

Á este fin se encamina el libro que hoy publicamos de nuevo; pues en él, bajo el punto de vista de su conexion con la devocion citada, pretendemos explicar á los lectores el Apostolado de la Oracion. Mucho nos ha facilitado el trabajo lo que sobre el particular ha escrito el P. Gautrelet, fundador del Apostolado de la Oracion, cuyas indicaciones abren muy vasto campo á nuestras reflexiones.

Para enterar al lector de los principios en que se funda, y de los frutos que produce esta institucion, ha sido menester internarse en el dog-

ma católico, y explicar las verdades más sublimes y consoladoras de la fe, como son la vida sobrenatural que nos une á Cristo, y el elemento cristiano que da vida y vigor á los pueblos y familias.

En las postreras ediciones se ha completado este cuerpo de doctrina, que ha formado, por decirlo así, un tratado de la perfeccion cristiana y de la vida espiritual, añadido á la exposicion del dogma que dimos en las ediciones anteriores. Tanto en esta como en las otras, nos ha servido de guia el citado P. Gautrelet, del cual no somos sino intérpretes y secretarios, pues suyo es el pensamiento de esta obra, y en el pensamiento está todo el mérito.

Reconocemos humildemente la imperfeccion de nuestro libro, y bendecimós al Señor que ha revelado con su lectura el pensamiento del Apostolado á muchos hombres de talento y virtud, sin que lo haya impedido la oscuridad del lenguaje con que lo hemos explicado.

Apenas salió á luz la primera edicion, recibió los mayores elogios de príncipes de la Iglesia, cuyo mérito hace más honrosa la alabanza. Bien conocerá el lector que la aprobacion de ta-

les jueces ha debido contribuir mucho á la propagacion de este libro.

Nos consuela sobre todo la aprobacion de un Padre querido y venerado, cual es para nosotros el M. R. P. General de la Compañía de Jesus, que ha tenido á bien renovar auténticamente la participacion, otorgada por su predecesor, de los méritos de la Compañía en favor del Apostolado. La misma gracia nos ha dispensado el M. R. P. General de la Compañía de María, renovando la concesion hecha verbalmente por el fundador de su Instituto, en una carta que nos dirige con espíritu verdaderamente apostólico.

Luégo nos han concedido el mismo favor los Superiores de las más insignes religiones y congregaciones, de los Trapenses, Cartujos, Carmaldulenses, Carmelitas Descalzos, Dominicos, Franciscanos, Capuchinos, Agustinos, Teatinos, Barnabitas, Redentoristas, Picpucianos, Padres del Espíritu Santo y del Corazon de María, y de casi todos los institutos religiosos.

Tampoco se nos ha rehusado la aprobacion que más ambicionábamos, que es la del Vicario de Cristo. El glorioso Pontífice, que representa en la tierra al Salvador crucificado, ha

tenido á bien acceder á nuestras súplicas, otorgándonos á perpetuidad las indulgencias concedidas en 1849 para siete años. Más adelante ha llevado su benevolencia; pues en contestación á la dedicatoria que le hicimos de este libro, nos ha dirigido por su secretario, monseñor Sottovia, con la bendición apostólica, palabras de sumo consuelo á los socios del Apostolado.

¿Qué motivos más poderosos se hallarán para estimular á los fieles á abrazar esta santa Alianza que los indicados hasta aquí? Cuando á nuestra débil voz se une la del sucesor de San Pedro, ¿qué no debemos esperar de las almas dóciles y fervorosas que la escuchen? Desde la roca de Gaeta, adonde le había arrojado la tempestad, extendió por primera vez sus manos para bendecirnos el inmortal Pio IX. Por desgracia, no son más bonancibles los tiempos que atravesamos al dar esta nueva edición, que aquellos en que salió la primera.

De nuevo *braman las naciones y urden ligas criminales los pueblos*; y, no sólo estos, sino los soberanos, se han levantado á una con sus vasallos *para hacer guerra al Señor y á su Cristo*.

Como en los dias de la Pasion, ha dado Dios rienda suelta á sus enemigos, permitiéndoles llevar adelante sus culpables proyectos. Si no está desterrado el Vicario de Cristo, está cautivo. Con la soberanía temporal ha perdido la independendencia necesaria para ejercer la espiritual, é impunemente se levantan gritos de muerte contra él.

A la vista de los pesares que le abruman, y de males mayores que le amagan, cobrarán mayor fuerza las consideraciones que vamos á ofrecer á los lectores.





INTRODUCCION

I.

ENTRE los misterios de la Divina Providencia que más confunden la razón humana y acongojan el corazón, debemos poner el corto número de los predestinados, y la esterilidad aparente de la Encarnación, sudores y sangre del Hijo de Dios.

¿Cómo explicar la inutilidad para tanta gente de la sangre derramada por Cristo, que hubiera podido salvar á mil mundos? ¿Quién podrá vislumbrar la acción de la divina sabiduría en ese laberinto de errores groseros, de vicios torpes, de sectas obscenas y sanguinarias, en esa perpetua lucha de pasiones é intereses encontrados, en la que casi siempre sucumbe la razón y la justicia? ¿Quién no se admira de ver á tantas criaturas racionales privadas del cono-

cimiento de la verdad, cuando tanto cuida la Providencia divina del más vil insecto y de la más pequeña flor?

No podemos menos de confesar que hace gran contraste el estado moral del mundo con lo que leemos en las divinas Escrituras de la infinita misericordia de Dios, y con lo que sabemos por la fe de aquel inmenso amor con que envió á su Hijo al mundo, y le hizo morir en una cruz por la salud de los hombres.

Bien se aprovecha de este misterio la impiedad para escarnecer la obra de la Encarnacion y mofarse de los cristianos. Su tema favorito es echarnos en cara los pocos que andan por el camino estrecho de los mandamientos de Dios; y con esto logran que las almas débiles vacilen en la fe.

¿Qué responderemos á esos tales? ¿Quedaremos mudos al oír cómo insultan á la Sabiduría divina, pretendiendo que le ha salido mal la obra más perfecta de cuantas ideó en la eternidad, y que no le da resultado? ¿Aprobaremos con nuestro silencio la blasfemia de los que acusan á Dios de haber sido en extremo bondadoso con los seres insensibles, y excesivamente parco con los únicos seres que podrian corresponder á su amor?

No quiera Dios que nos veamos reducidos á esa triste necesidad.

Por lo pronto, podemos contestar con el Apóstol: *¡Ob alteza de los tesoros, de la sabiduría y ciencia de Dios!* Con esto se tapa la boca á todo curioso impertinente. ¿Quién eres tú para residenciar á Dios, y pedirle cuenta de lo que hace ó deja de hacer? ¿Cómo vas á penetrar con tu débil razon en sus insondables juicios? Tú, que á paso de tortuga vas de uno en otro raciocinio, para descubrir la razon de las cosas, ¿te querrás medir con aquel que para saberlo todo no tiene más que abrir los ojos? ¿Sería Dios lo que es, si tú lo pudieras abarcar con tu pobre entendimiento? ¿Y tendrás osadía para pretender ser consejero suyo, cuando un hombre cualquiera te arrolla en cualquier disputa, y no sabes qué responder? *¿Quién ha ayudado jamas al espíritu del Señor, dice Isaías, y servídole de guía, y quién fué jamas su consejero?*¹

Esta respuesta es la mejor que se puede dar para confundir el orgullo del hombre, y la única que merece su soberbia. Pero á la humildad del corazon cristiano, que estudia los designios de Dios, no para juzgarlos, sino para cumplirlos, se debe dar otra respuesta. Darémosle una tan perentoria, tan satisfactoria, tan útil y pro-

¹ O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei! (Rom. XI. 33.)

² Quis adjuvit spiritum Domini, et ostendit illi, aut quis consiliarius ejus fuit? (Is. XL. 13.—Rom. XI. 34.—Sap. IX. 13.)

vechosa , que nos dará pié para escribir un tratado; y por lo pronto , servirá de base á la doctrina que en esta obra hemos de exponer. Implícitamente está contenida la respuesta en estas palabras del Apóstol á Timoteo: «Te pido, »ante todas cosas, que mandes hacer oraciones, »peticiones, súplicas y ruegos por todos los »hombres. Esto es bueno y acepto á los ojos »de Dios nuestro Salvador, que quiere se sal- »ven todos los hombres, y vengan al conoci- »miento de la verdad. Uno es Dios, y uno el »mediador entre Dios y los hombres, el Hom- »bre Cristo Jesus, que se dió á sí mismo para »la redencion de todos ¹.» De esta recomenda- cion de San Pablo deducimos la grande importancia que da el Santo Apóstol á la oracion hecha en comun por la salud de los hombres, pues la impone como la principal obligacion, diciendo: *te pido ante todas cosas*. Y no se contenta con unas devociones ó rezos hechos á la ligera , ó con una conmemoracion breve, sino que aglomera sinónimos, y encarga *oraciones, peticiones, súplicas y ruegos*, y agota el vocabulario cristiano, como si con una palabra sola

¹ Obsecro primum omnium fieri obsecrationes.... pro omnibus hominibus. Hoc enim bonum est et acceptum coram Salvatore nostro Deo, qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. Unus enim Deus, unus et mediator Dei et hominum Homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus. (I Tim. II. 1-6.)

no pudiera expresar su idea. Es que se propone San Pablo inculcar la importancia y necesidad de la oracion de los cristianos por la salud de los hombres.

Ahora vengamos á la razon que le impele á encargar tanto la oracion. *Esto es bueno*, dice, *y acepto á Dios, que quiere se salven todos los hombres, y vengan al conocimiento de la verdad.* Y como para dar ánimo y aliento al que no se crea capaz de tamaña empresa, y de contribuir con su oracion á la salvacion de las almas, pone de manifiesto la voluntad decidida que tiene Dios de otorgar lo que con estas instantes súplicas se ha de pedir. *No hay más que un solo Dios*, dice, el cual, como criador y dueño de todos los hombres, no puede menos de querer la felicidad de sus criaturas privilegiadas. *No hay más que un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo*, Hijo de Dios por naturaleza, y del hombre por eleccion, que ha tomado á su cargo reconciliarnos con su Padre, por el hecho mismo de hacerse hermano nuestro. Añade el Santo Apóstol que este divino Mediador *se ha entregado á sí mismo por la redencion de todos.* ¿Cómo no ha de querer el eterno Padre la salvacion de todos, cuando nos ha dado por hermano y salvador á un Hijo tan amado, y, aceptando el precio de su sangre por nuestro rescate, nos ha hecho hijos suyos?

He aquí el argumento de San Pablo, bien claro por cierto, y fácil de entender; argumento que por sí solo nos da la clave de la situación actual del mundo, y de las miras que sobre él tiene la divina Providencia.

Exhorta á orar el Apóstol por la salud de todos los hombres, pues Dios, que á todos los crió y por todos dió á su Hijo, quiere la salvación de todos. ¿Y con qué voluntad la quiere? ¿Será con una voluntad á medias? ¿Será un querer y no querer al mismo tiempo? Injurioso sería á Dios pensar tal cosa. Lo que quiere Dios, lo quiere de veras. Pero eso no es decir que sea una voluntad tan absoluta y eficaz la que tiene de salvarnos á todos, que no deje nada á la libre cooperacion de la criatura. Si así fuera, todo lo haria por sí mismo, y no esperaria que se lo pidiésemos. Esto se desprende del argumento del Apóstol. De la voluntad que tiene Dios de salvar á los hombres, deduce nuestra obligacion de rogar porque esta voluntad se cumpla: luego la salud del mundo depende de las oraciones. Tal es el sentido de aquellas palabras. Entenderlas de otro modo, es quitarles su fuerza, y en vez de un razonamiento claro y sencillo, presentar una série de proposiciones que no forman sentido.

Al soltar la dificultad que propusimos al principio, hemos enseñado al lector una de sus más

apremiantes obligaciones, y de ella hemos de tratar al ir sacando conclusiones del razonamiento del Apóstol.

II.

SEA la primera que si no es cristiano el mundo, y si la inmensa mayoría de los pueblos, en vez de ir por el camino del cielo en alas de la virtud, se arrastra por el fango del vicio, no es porque así lo quiera Dios, pues Dios quiere todo lo contrario. Bien claro lo dice el Apóstol, y quien le contradiga, niega su razon y su fe. A ménos que la pasion le ciegue á uno, es imposible persuadirse que ese lamentable estado en que se halla el mundo obedezca á un designio de Dios, y que sólo por su gusto haya Dios condenado á tantas criaturas á no poderle jamas conocer, ni servir por falta de medios.

Semejante aberracion sólo puede caber en la cabeza de un Calvino, quien no dudó afirmar que Dios, en uso de sus facultades, había condenado á muerte eterna á la mayor parte de los hombres. Pero se alborotó la conciencia humana y el sentido comun al oir esta blasfemia, y protestaron contra ella los mismos discípulos del blasfemo. Salta á los ojos de cualquiera que Dios puede criar ó no criar alguna cosa; mas en

caso de criar algun sér, no puede ménos de darle un destino digno de Dios y digno de la criatura. Si dando á un sér racional facultades que le hacen capaz de un bien infinito, y aspiraciones que le hacen desear una eterna dicha, le cortase los vuelos, dejándole sin medio alguno para llegar al complemento de su perfeccion y felicidad, faltaria á su sabiduría, á su justicia, á su bondad y á todas sus perfecciones á un tiempo. Si los errores y crímenes de los hombres obedeciesen á una voluntad arbitraria de Dios, Dios seria responsable de todos ellos, y léjos de ser santo, sabio y benéfico, seria todo lo contrario, y por lo tanto, no seria Dios.

Esta verdad, que la luz natural nos dicta, ha sido revelada por el Hijo de Dios, que es la sabiduría increada del Padre. El deseo que tiene Dios de la salud de los hombres ha pasado del seno del Padre al del Hijo; y como un árbol de vida, este deseo de nuestra salud ha dado por fruto la Encarnacion. De suerte que quien pusiera en duda tal deseo, pone en duda, no sólo la sabiduría y bondad de Cristo, sino hasta su existencia, pues Cristo, ó no es nada, ó es Salvador único y universal.

Y el Evangelio, ¿qué es sino una declaracion constante de esta voluntad? Á cada página la encontramos; pero contentémonos con lo que arroja la historia siguiente: «Cansado un dia

el Señor, se sentó junto á un pozo hácia la hora del mediodía, mientras iban los discípulos á buscarle alimentos en la ciudad inmediata. Al volver, le hallaron hablando con una mujer samaritana á quien habia ganado el corazon, y le dijeron que se pusiese á comer. Otra comida tengo yo, les dijo, que vosotros no veis; y como se maravillasen ellos al oir esto, añadió: Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre y salvar almas. Mirad esos campos cubiertos de mieses. De aquí á tres meses llegará la cosecha, decís vosotros; pero levantad más la vista, y vereis la tierra entera como un campo dilatado que blanquea ya para la siega. Yo tengo que sembrar con lágrimas, y vosotros y los que os sucedan cogereis el fruto sazonado; pues en verdad se ha dicho que uno es el que siembra, y otro el que siega, y así se reparte el trabajo, para que un dia sea comun la alegría.»

Con estas palabras nos descubre Cristo la voluntad del Padre, el fin de su mision, y la causa de la esterilidad aparente de sus trabajos. Salvar almas, recoger en el aprisco las ovejas perdidas, traer al hogar doméstico á los hijos de Dios dispersos por el vasto desierto del mundo, encender la tierra en amor divino, he aquí todo el blanco de su ambicion y de sus afanes, y de su vida y de sus sacrificios. Pero tan grande empresa no la ha de llevar á cabo

por sí solo, sin cooperadores, pues así lo ha dispuesto la Providencia divina; y muy pocos son los que encuentra que quieran cooperar á su obra, dándole el alimento que ansía, y esto le hace clamar en la cruz, antes de espirar: *sed tengo*.

Este deseo de Cristo recoge como un precioso legado la Iglesia, representada al pié de la cruz por la Madre santísima y el discípulo amado y las santas mujeres, y lo transmite á los sucesores de estas almas escogidas, que representan lo que pudiéramos llamar el sacerdocio oficial y el sacerdocio oficioso, es decir, el apostolado de la palabra y el de la oracion. En la voluntad de salvar á los hombres está la razon de ser de la Iglesia, como la del mismo Jesucristo, pues á los Apóstoles los envió Cristo con el mismo poder que le había dado el Padre, y con el mismo fin. Sabe muy bien el Salvador divino que no hay otro nombre que el suyo en quien puedan esperar salud los pueblos, y los hombres, y la tierra toda. Sabe y ha dicho que es la piedra angular, y que cuanto se edifique fuera de él ha de venir al suelo; que es el camino único que lleva al cielo; que es la cepa en la cual, quien no da fruto, va á parar al fuego. Por eso envía á los Apóstoles á todos los ángulos del mundo, diciéndoles: *Id, enseñad á todas las naciones, predicad el Evangelio*

à toda criatura. Quien creyere y se bautizare se salvará; quien no creyere se condenará ¹. *Estad quedos en la ciudad, hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto* ². *Luègo sereis testigos mios en Jerusalem y en Samaria, y hasta lo último de la tierra* ³.

Pues, ¿quién no ve el deseo que tiene Dios de la salud del mundo, y de cada uno de los hombres, al oir estas palabras? Quien dijese lo contrario, y echase á Dios la culpa de las tinieblas que envuelven la tierra, ese negaria á un tiempo la existencia de la Iglesia, la divinidad de Cristo, la misma evidencia y el sér mismo de Dios.

Hasta aquí la primera leccion que nos da San Pablo, al asegurarnos que Dios quiere la salvacion de los hombres. Pero con esto no se suelta la dificultad; y lo único que hemos hecho es refutar la solucion abominable de Calvino, que atribuye á la voluntad de Dios la perdicion del mundo. La dificultad está en saber ¿por qué, queriendo Dios la salvacion de todos, se pierden tantos millones de almas?

¹ Euntes in mundum universum prædicato Evangelium omni creaturæ. Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit; qui vero non crediderit, condemnabitur. (Marc. XVI. 15, 16.)

² Sedete in civitate, quoadusque induamini virtute ex alto. (Luc. XXIV. 49.)

³ Eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judea, et Samaria, et usque ad ultimum terræ. (Act. I. 8.)

III.

LA respuesta más natural, y la que se desprende fácilmente de las palabras del Apóstol, es que la voluntad de Dios no quita al hombre la libertad.

Sería inexplicable la proposición de San Pablo, si se tratase de una voluntad absoluta y eficaz por parte de Dios; pues cuando quiere Dios así una cosa, por fuerza tiene que cumplirse, como que no echa entónces mano sino de causas ó instrumentos que no le pueden poner resistencia. Manda al sol que dé luz, al agua que llueva, á la planta que brote, y obedecen; porque ni el sol, ni el agua, ni la planta tienen voluntad alguna con que se puedan oponer á la voluntad de Dios. El hombre sí; y el triste privilegio de su libertad está en poder obedecer ó resistir á los designios de Dios. Y aunque Dios siempre haya de quedar encima, pues por la resistencia misma de la criatura ha de llegar á sus fines secundarios, siempre será verdad que puede el hombre impedir el primer designio de Dios, y contrariar una voluntad sería de su supremo Señor.

Seríamente queria Jesus mover el corazon de Judas á penitencia, cuando le dijo: *Amigo, ¿á qué has venido? Judas, ¿con un beso vendes al Hijo del*

hombre ¹? Pero Judas pudo resistir, y resistió. Hizo uso para perderse de la libertad con que pudiera salvarse, y frustró los deseos de Jesus. No pudo impedir Judas que su traicion contribuyese á la gloria de Dios y salvacion de nuestras almas, tanto como pudiera hacerlo su conversion; pero esto fué obra de la divina sabiduria. Lo que es él, impidió de veras que se cumpliesen los designios de Dios sobre él mismo.

Con la debida proporcion podemos aplicar este ejemplo á todos los hombres, y deduciremos que Dios ha podido querer que todos se salven, y á pesar de eso, ha podido suceder que la mayor parte estén fuera de camino de salvacion.

Ved lo que dice San Agustin sobre las citadas palabras del Apóstol: «Ciertamente quiere Dios que todos se salven; pero esta voluntad no quita el libre albedrío á los que quiere salvar.»² Todos, sin excepcion, oirán en ciertos momentos decisivos de su existencia, una voz de Dios interior que los llamará á sí, pero que podrán fácilmente desatender. Todos tendrán su dia de gracia y de salud ³; pero no todos se aprovecharán de él. Todos se sentirán atraidos hácia la

¹ Amice, ad quid venisti? (Matth. XXVI. 50.)

Judas, osculo Filium hominis tradis? (Luc. XXII. 48.)

² De Spirit. et Litt. XXXIII.

³ II Cor. VI. 2.

verdad y el bien; pero no todos se dejarán llevar de su atractivo. Despues de la Encarnacion, ha brillado más la luz sobre la tierra. «Desde que ha salido el sol de la verdad, alumbrando nuestro horizonte, añade el santo Doctor, nadie puede excusarse de sus desvarios con las tinieblas que le rodean ¹.»

À nosotros no nos es posible descubrir por qué caminos misteriosos va la divina Misericordia al corazon de cada uno, pues la resistencia que opone la mayor parte á los toques de la gracia, llega á borrar enteramente sus huellas. Sólo el dia de las revelaciones sabremos el secreto de las luchas y operaciones de la gracia en las almas, y de lo que Dios ha trabajado allá en el interior de muchos desgraciados que parecian dejados de su mano. Muy temerario sería quien echase á Dios la culpa de la resistencia que opone el hombre á la gracia, que de continuo le solicita. Éntre cada cual en sí mismo, y verá que, si no es cristiano perfecto, no es por culpa de la gracia, sino por falta de correspondencia suya. Juzgue de los otros por sí mismo, y crea que si son malos, es por culpa de ellos, no de Dios, y así estará muy léjos de excusar su propia maldad con el ejemplo de otros, pareciéndole que á él y á ellos les falta la gracia, y que él y ellos son inocentes.

¹ In Ps. XVIII. 7.

Aunque esta doctrina se desprende de las palabras de San Pablo, y basta para soltar la dificultad presente, vengar la divina justicia, é imponer silencio á los incrédulos, no satisface enteramente á las almas que aman á Dios.

IV.

VIENDO á Cristo morir en una cruz, se angustia el corazon del cristiano con el espectáculo de tantas víctimas de la ignorancia y de la corrupcion, y se pregunta: ¿Cómo puede ser que el Hijo de Dios no vea cumplido lo que tanto deseó al espirar? ¿Cómo se explica que tantas almas criadas á la imágen de la Santísima Trinidad, y rescatadas con la sangre del Salvador, vivan sin conocimiento alguno de esta copiosa redencion, y tengan tan pocos medios de salvarse?

En esta ansiedad, acudamos de nuevo al Apóstol, quien nos dará á conocer otra condicion que ha faltado hasta ahora para la completa ejecucion de la obra del Salvador; y con la cual se ha de verificar la salvacion del mundo.

Dice San Pablo que es menester orar por todos, porque Dios quiere la salvacion de todos. ¿No se ve aqui claramente que el cumplimiento de la voluntad divina de que se salven todos,

no depende tan solamente de la libre cooperacion de los que se han de salvar, sino tambien del celo, de las oraciones, de los esfuerzos de los que, estando ya en camino de salvacion, son llamados por Dios para atraer á la vía del divino servicio á sus hermanos? Pues ahí está la última explicacion del estado deplorable del mundo, y el secreto de su salvacion futura.

Para entender ambas cosas, y entrar del todo en el pensamiento de San Pablo, es indispensable que recurramos á una gran ley que, aunque parece misteriosa, es sin embargo la base de toda sociedad humana, y la única que explica los problemas difíciles del orden moral. Esta ley es la *reciproca dependencia que tenemos unos de otros*. En el orden de la naturaleza existe no ménos que en el espiritual. Aunque sabemos por la razon y por la fe que la causa primera de todo es Dios, sin cuya accion no se mueve un átomo del aire, en ninguna parte vemos la mano del Criador que mueva por sí misma las cosas, sino cuerpos que ceden al impulso de otros cuerpos: El sol ejerce atraccion sobre la tierra, y la tierra atrae á su centro los cuerpos cercanos á ella. Con el agua se nutren las plantas, y con las plantas el hombre. La luz ilumina, el agua refresca, el fuego calienta á hombres y animales, y haciéndolo todo Dios, nada hace por sí solo. Sólo Dios bastaria para el

gobierno del mundo, y nada quiere hacer sin el concurso de las criaturas, como que de este concurso resulta el orden del mundo visible; pues si por sí mismo lo hiciese todo, no habria dependencia entre unos y otros seres, ni habria orden, ni habria *mundo*.

De la accion que ejercen unos cuerpos sobre otros nace el orden fisico, y de la exactitud y regularidad con que cada uno transmite al que está inmediato el movimiento que recibe, nace la armonia del mundo.

Otro tanto podemos decir del orden moral de las inteligencias. Si en ese que podemos llamar mundo moral, no hubiera dependencia entre los seres que le componen, y pudieran lograr todos su fin supremo, sin ayudarse unos á otros, no habria unidad, ni union, ni orden alguno. Entónces nada deberian los hombres á sus semejantes, nada esperarían de ellos; pasarian por unos extranjeros que á nadie conocen y con nadie tratan; serian totalmente desconocidas las virtudes que más honran nuestra humanidad; la caridad, la abnegacion, el desprendimiento, no hallarian lugar en la tierra. No habria sociedad, puesto que la sociedad es la reunion de unas personas que se obligan á ayudarse para lograr un fin que es comun á todas. Es decir, que faltaria lo más hermoso y noble que ha salido de la mente divina, y lo que más al vivo representa,

en su variedad y unidad, en su fin y accion, la inefable sociedad de las divinas Personas.

He aquí, pues, la ley á que nos hemos referido, que es la base de toda sociedad moral, como lo es de todo el órden físico del mundo.

Es posible la sociedad, porque pueden ejercer los hombres unos en otros verdadero influjo por su autoridad, actividad y talento; existe la sociedad, cuando de hecho se comprometen á ayudarse; y será más ó ménos perfecta, á medida de la fidelidad y constancia con que se ayuden los asociados.

No cabe duda que en el órden moral, más aún que en el físico, es Dios el principio de todo movimiento y vida: mueve las voluntades, vive y obra en las almas con tal eficacia, que del abismo de la perdicion saca á un pecador y lo levanta á lo sumo de la santidad. Pero si bien puede hacer y hace en todos tiempos y lugares obras prodigiosas en el órden de la gracia, rara vez obra por sí solo; pues, como participan de su ser, quiere que las criaturas participen de su actividad. Dije rara vez, porque á veces quiere ostentar el poder de su diestra, y obrar por sí mismo sin contar con nadie: pero esto no es lo ordinario. Quiere sean ayudados unos por otros los miembros de esta sociedad, para que de la mutua dependencia resulte la unidad en el seno de la variedad, y se vea en la criatura

moral, como en la creacion fisica, la imagen del Criador, y el reflejo de su belleza.

Pretende, pues, dos cosas el Hacedor divino al dar á la criatura tanta intervencion en una cosa tan propiamente suya; lo primero, guardar las leyes de una perfecta sociedad; lo segundo, ensalzar á sus cooperadores, haciéndolos semejantes á si en el orden moral, más que en el fisico, y dándoles ocasion de que el mismo Dios les deba agradecimiento.

Ahora bien: esta facultad que se da á todos, de cooperar á la obra de Dios, lleva consigo la triste facultad de contrariarla y de oponerse á los planes divinos. Una vez que el Señor ha querido subordinar su accion á nuestra libre cooperacion, ya por el hecho mismo se ha debido resignar á verla entorpecida por nuestra resistencia: esto es evidente. Pues ¿de qué serviria nuestra ayuda, si, faltando á ella, se hubiera de obtener el mismo resultado? Seria completamente inútil; y en ese caso no habria dependencia mútua, ni sociedad. ¿Á qué se reducirian las cargas de los padres de familia, si del total descuido de sus obligaciones no se hubiera de seguir ningun perjuicio á los hijos? ¿Quién haria nada en bien de sus prójimos, si no les pudiera proporcionar cosa alguna que no tuvieran ya ellos sin que se la diesen?

Es, pues, evidente que la ley de reciprocidad

vigente en toda sociedad lleva consigo ventajas y desventajas, por la dependencia que tienen unos miembros de otros, y la libertad que gozan todos de comunicarse ó rehusarse los mútuos servicios. Decia un filósofo que no podia moverse un átomo en el aire sin que se sintiese el movimiento en todo el mundo. Pues esto que cuesta trabajo creer en el orden físico, es una gran verdad en el orden moral. Unidos á nuestros semejantes con tantos lazos de relaciones visibles é invisibles, dependemos de ellos, como ellos de nosotros. El dia que entramos en la sociedad humana, fuimos revestidos del poder de acercar á Dios á nuestros hermanos y de alejarlos de él. Podemos proporcionarles y negarles grandes medios de salvacion, y esto en proporciones incalculables.

Claro está que no ha de negar Dios á hombre alguno los medios estrictamente necesarios para obrar el bien y evitar el mal, y es cierto que aun la criatura más miserable y más abandonada de los hombres, tiene á su disposicion estos medios, por lo ménos en ciertos momentos de su vida. Pero por lo que toca á esos medios poderosos de salud y vida que nos trajo la Encarnacion del Verbo, exige la Providencia divina, que todo lo hace con orden, peso y medida, que se nos comuniquen por lo comun

socialmente, es decir, por la libre cooperacion de nuestros hermanos.

Al fin, esta ley de reciprocidad bien considerada, no es sino una forma particular de la gran ley de la caridad, á la que está sujeto todo el orden moral. «*Profesaos un amor mútuo,*» dijo San Pedro, y lo dice á todos los hombres. Todos, sin excepcion, deben desearse mutuamente todo bien, y esto porque pueden procurarse todo bien; de lo contrario, seria un deseo estéril, y no puede Dios imponernos, como primer precepto de su ley, un precepto estéril. No puede Dios obligarnos á un imposible; luego posible es hacer bien á aquellos á quienes debemos desear el bien. Mas, á pesar de eso, como somos libres en el cumplimiento de ese deber, podemos negar al prójimo el beneficio que de nosotros esperaba, y hacerle un verdadero mal.

Una vez admitida la ley de la reciprocidad, ya no se ve dificultad en la cuestion presente.

Si el mundo no es cristiano, y si tantos pueblos ignoran aún el gran misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios, no es porque en el plan de la divina Sabiduría hayan sido excluidos del festin aparejado para todos sin excepcion; sino porque los que fueron llamados al principio no cooperaron con bastante actividad al llamamiento de los demas. No es decir que la Igle-

sia haya faltado á su deber, pues jamas ha cesado de repetir á sus hijos la recomendacion del Apóstol; y al conferir á sus ministros el orden sacerdotal, siempre les ha recordado que á la obligacion de apacentar las ovejas fieles, se junta la de recoger las descarriadas. Nunca les ha dejado olvidar que el mundo entero es patrimonio de su esposo Jesus, y que á ella le toca ponerle en posesion de toda su herencia.

Por desgracia no han surtido aún todo su efecto las apremiantes recomendaciones de la Iglesia; pues mientras ella ha estado trabajando y orando sin cesar por la salud del mundo, muchos hijos suyos le han negado su ayuda y cooperacion, y no han querido unir sus trabajos y sus oraciones á los de ella. Muchos, por el contrario, han empleado en perderse, y en perder á sus prójimos, el caudal de ingenio, autoridad y fuerzas que les habia dado Dios con otro fin bien distinto. Otros, en mayor número, dotados de mediano ingenio, han enterado su talento, creyendo hacer bastante con no emplearlo en su propia ruina. De esta suerte la causa de Dios y de las almas se ha visto abandonada por los que debian sostenerla, á sus más encarnizados enemigos. No hay que preguntar por qué no es cristiano todo el mundo, y por qué de mil millones de almas que

pueblan la tierra, más de quinientos millones no conocen ni de nombre al Salvador.

Si un Arrio, un Lutero, un Calvino, un Voltaire, y tantos otros mónstruos de maldad que registra la historia, con aquel talento, autoridad y demas circunstancias que les ayudaron á hacer tanto daño, se hubieran empleado en la propagacion de la fe cristiana, ¡cuán distinto no sería el estado del mundo! Figurémonos á Lutero con su imaginacion viva, y su pecho ardiente, y su lenguaje fascinador, que, recorriendo toda Alemania, despertase los pueblos de su letargo, sacase al clero de su ignorancia, y reformase las costumbres; en una palabra: hiciese en el siglo décimosexto lo que hizo en el duodécimo San Francisco de Asis. Supongamos que al mismo tiempo, Calvino en Francia y Enrique VIII en Inglaterra, hiciesen lo que Santo Domingo y San Luis hicieron en su tiempo, empleando para el bien todos los medios de que disponian: ¿qué no hubiera conseguido la Iglesia entónces, cuando la navegacion descubria cada dia nuevos pueblos?

Pues hagamos una suposicion contraria. Figurémonos que un San Ignacio, un San Francisco Javier, un San Vicente de Paul, una Santa Teresa, vasos de eleccion que, entregándose á discrecion á la gracia, fueron instrumentos de tantas maravillas, no hubieran cooperado á

los designios de Dios, ¿de cuánto bien no hubieran privado á la Iglesia? Nosólo careceria ésta del fruto de sus trabajos personales, sino de todo el bien que han hecho y hacen sus sucesores. ¿Y quién podrá explicar lo que por sí y por otros han hecho esas almas grandes? ¿Quién podrá contar los hijos que han engendrado á la gracia con sus palabras, trabajos, oraciones y ejemplos? Pues si, en vez de ser caudillos del pueblo cristiano, se hubieran echado á la parte contraria, ¿de cuánto bien no hubieran privado al mundo, y cuánto mal no le hubieran hecho?

Aquí se nos ocurre una triste reflexion. Entre tantos sábios hinchados con su saber, que acusan á la Providencia de dejar abandonadas muchas almas, ¡cuántos habrá tal vez á quienes hubiera Dios hecho unos Javieres, si se hubieran prestado á la gracia, y entónces ellos hubieran sido la refutacion viva de semejantes sofismas!

Pero no olvidemos que el poder de ayudar ó desayudar á Dios no se ha dado solo á hombres extraordinarios, sino que se da á cualquiera, por corta que sea su esfera de accion. No se extenderá á tanto el influjo de un hombre ordinario como el de un Javier, ni tendrá la fuerza de un torrente impetuoso que todo lo arrastra; pero será como las gotas de agua que en un dia de

fuerte lluvia, cayendo una tras otra, acaban por hinchar los rios é inundar los campos. Y asi, debe atribuirse al descuido de la generalidad de los cristianos, no ménos que á la prevaricacion de los hombres de importancia, lo poco que se extiende el imperio de la Iglesia. Si toda la sociedad cristiana, compuesta en su mayor parte de gente vulgar, se viera animada de fervor religioso, no faltarian jamas en ella hombres de talla, que descollasen por su celo, é hicieran cosas grandes; pues el fervor de muchos engendra héroes. El ejército se compone de capitanes y soldados, y las hazañas de los héroes no se llevan á cabo sino por el valor de los subalternos, y por unos y otros salva Dios los pueblos.

Tal vez no sospechaste jamas, caro lector, que llegaba á tanto tu poder de salvar almas, y que eras llamado nada ménos que á ser auxiliar y coadjutor del mismo Dios. Pues sabe que no hay cosa más cierta que lo que acabas de leer, y que es inseparable la vocacion de apóstol de la vocacion de cristiano. No sé en qué grado te habrá colocado la Providencia en la escala apostólica. No sé si has de parecerte al río de que habla el Profeta, que, saliendo del umbral de la casa de Dios, inundó en un momento la llanura é hizo florecer un bosque frondoso; ó si más bien serás como la gota de

rocío que cae en el yermo sobre una planta desconocida de los hombres. Sea de esto lo que fuere, tu vocacion es cierta; no te has de salvar solo, ni has de estar en el cielo sin posteridad, pues está escrito que en el rebaño del buen Pastor, no hay oveja estéril¹. Has de participar de las bendiciones prometidas al hombre que teme á Dios, á cuya mesa se han de sentar sus hijos en el cielo, como plantales de olivo². El galardón será á medida del trabajo, no del poder; y será más galardonada la humilde oracion acompañada de una esterilidad aparente, que la fecundidad natural de la voluntad del hombre. Esto lo sé, y lo creo, porque me lo dice el Espíritu de verdad, y tú lo debes creer como yo, porque te lo dice el mismo Espíritu.

Cuenta, pues, contigo la Providencia divina para la defensa de su causa, y espera que con tus obras refutes las blasfemias de la impiedad, mejor que pudieras hacerlo con palabras. Á ti te toca probar que, si el mundo ha sido malo hasta aquí, y se hallan perdidas las almas, no es porque Dios no quiera salvar al mundo, ó porque haya perdido su virtud la sangre de Cristo para curar las almas, sino porque no quiere Dios salvar á los hombres sin los hombres, y porque quiere el Salvador universal co-

¹ Cant. IV. 2. ² Ps. CXXVII. 3.

municar á los salvadores de segundo orden los méritos y la gloria de su redencion.

¡ Cuándo amanecerá para el mundo el día de luz y de ventura en que las almas escogidas, favorecidas de Dios en alto grado, entiendan su vocacion sublime! Penetrarán entónces en el seno de la sociedad sumida en el caos del desórden moral, como aquellas semillas que puso Dios al principio en las entrañas de la materia inerte; desarrollarán una actividad cada dia mayor en servicio del que las hizo instrumentos de su gloria, atraerán á sí cuanto las rodea, transformando por el calor de su celo los elementos más opuestos, y rompiendo el hielo del egoismo y esterilidad de un largo invierno con el ardor de la caridad. ¿ No será esto una nueva creacion? ¿ Y por qué se ha de dilatar tanto una dicha prometida tanto tiempo ha? Aunque esté cubierta la sociedad de un diluvio de errores y vicios, lo mismo descansa ahora sobre esas aguas turbias el Espiritu de Dios, que en los primeros dias de la creacion. Si hallara quien le secundase, bien claro se veria que su poder es siempre el mismo, y que nada ha perdido de su fecundidad. ¿ No oyes su voz que te llama y convida?

Y ahora, ¿ qué respondes? ¿ Rehusas seguir tan alta vocacion? ¿ Apagarás la luz que á tus ojos brilla? ¿ Consentirás en que se pierdan esas

almas que esperan de ti su salvacion? ¿Tendrá que renunciar el corazon de tu Dios á la esperanza que habia concebido de hallar en ti un auxiliar dispuesto á recoger la mies que él regó con su sangre y á avivar el fuego que vino á traer á la tierra? ¿No tiene bastante con diez y ocho siglos de espera y de estériles esfuerzos?

Dirás, tal vez, que careces de autoridad, elocuencia, bienes de fortuna y otros medios que se necesitan para poder tener algun influjo entre los hombres. Pero esta excusa no vale, pues se funda en un error que queremos combatir en este libro. En él te haremos ver que el medio más poderoso de ganar los corazones humanos está al alcance de todos los cristianos, y que todos pueden echar mano de él á todas horas, y hasta en las situaciones ménos favorables.

Todos no poseen el arte de hablar bien y de persuadir, ni todos tienen fuerzas para el trabajo; pero todos pueden desear la gracia que salva las almas, todos pueden pedirla, y por el fervor de sus súplicas y la constancia en la oracion, pueden obtener la conversion del mundo y prestar ayuda eficaz al amor divino, que no cesa de trabajar en la salvacion de los hombres.

Esta ayuda te pide el Corazon de Jesus: si se


la das, y llegan á vencer la resistencia del egoismo y de la apatía los frutos y méritos de este fácil Apostolado, gracias sean dadas á Dios, porque entónces está allanado el camino , y el instinto de tu corazon suplirá lo que falta á la palabra.





PRIMERA PARTE

NATURALEZA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION.
FUENTES DE SU EFICACIA.

L nombre mismo de esta obra indica bastante que su principal resorte, su gran elemento, y la espada que ciñe á cuantos alista en esta cruzada destinada á lograr el triunfo de la causa de Dios, es la *oracion*.

Mas la oracion adquiere aquí una eficacia que no tendria el fervor aislado de cada uno en particular, y es la que proviene de la *asociacion*. La asociacion necesita un lazo de union, y esta alianza de oraciones ha de tener quien la presida. ¿Y á quién pondremos por cabeza de una expedicion armada para la salvacion del mundo, sino al Salvador del mundo? Y para unir corazones que oran de consuno pidiendo la divina gracia, ¿qué mejor lazo de union que el Corazón de Jesus, cuyo oficio es orar siempre en el tabernáculo para hacerla bajar del cielo?

Hé aquí, pues, los elementos con que cuenta

nuestro apostolado: La oracion, como medio de lograr su fin; la asociacion, como condicion necesaria para que sea eficaz la oracion; la union con el Corazon de Jesus, como fuente de vida para la asociacion.

De esto trataremos en la primera parte de nuestra obra, desarrollando las citadas palabras de San Pablo, en las cuales se funda cuanto hemos de decir. Y en efecto, ¿qué es lo que encarga á los fieles de entónces, y en ellos á los de ahora? Que oren por la salud del género humano. ¿Y esas oraciones, las quiere aisladas, ó hechas en particular? No, sino en comun. Quiere oraciones que de todos los corazones y todas las lenguas suban al cielo, como esos vapores que se levantan de cada punto del mar, para condensarse en el aire, y derramarse, convertidos en agua, sobre los campos. ¿Mas esa oracion ha de ser puramente humana? No, dice el Apóstol, pues tenemos un mediador entre Dios y los hombres, y este divino mediador diviniza nuestras súplicas, haciéndolas pasar por su Corazon. Tal es la idea del Apóstol, y á esto se reduce el Apostolado de la Oracion.



CAPÍTULO PRIMERO.

Primera fuente de la eficacia del Apostolado

LA ORACION.

YA desde el principio, nos hallamos en el fondo mismo de nuestro argumento, pues vamos á probar paladinamente á todo fiel cristiano, que se le ha conferido una facultad de tal valía, que le pone en la jerarquia de los apóstoles. Tal vez á nuestro lector no se le ha ocurrido sospechar siquiera que goza del más alto y divino privilegio del Todopoderoso, pudiendo dar la vida á las almas que no la tienen, y devolverla á las que la tuvieron y la han perdido.

Privilegio asombroso, que se hace extensivo al último de los cristianos, por miserable que sea.

Si se hallara en algun punto un remedio fácil y al alcance de cualquiera, con el cual pudieran curarse todos los enfermos, y hasta resucitar los muertos, y á nadie se le viniera á las mientes que hubiese tal medicina en el mundo, ¿no haria un gran servicio á la humanidad el que la diera á conocer? Pero aunque no existe

tal remedio contra la muerte temporal de los cuerpos, hay uno eficacísimo para librar de la muerte eterna las almas. La mayor parte de los cristianos hablan y obran como si creyesen que el privilegio de resucitar almas sólo pertenece á la clase privilegiada del santuario. En esto muestran que no entienden en qué consiste la vida del alma, ni por qué medios se propaga y restablece. No es, pues, de maravillar que haya en el mundo tantas almas muertas, y que la tierra sea un vasto cementerio moral, donde yacen abandonados cadáveres infinitos de almas; cuando los que pudieran darles la vida, ni aun sospechan que su facultad llegue á tanto. Procuremos sacarlos de tan funesta ignorancia, recordándoles las grandes verdades de la fe, mostrándoles que la vida del alma es la gracia, y que el medio de alcanzarla es la oracion.

ARTÍCULO PRIMERO.

La vida del alma es la gracia.

QUÉ cristiano hay en el mundo que no haya oído mil veces este nombre de gracia; y que no lo haya repetido mil veces? Pero, por desgracia, áun aquellos que la poseen, y tienen en ella su riqueza, su fuerza y esperanza, no la conocen bien, y la idea que de ella tienen es vaga y

confusa. Conviene, pues, que la definamos de manera que los lectores sepan apreciar este don del cielo que, despues de Dios, es el más precioso de todos los dones, pues nos une á Dios, y nos hace semejantes á él.

¿Qué es, pues, la gracia? Es un don gratuito, superior á todos los bienes naturales: al talento, á la fortuna, á los placeres, á la honra, al poder, á la posesion de mil mundos, y á la dicha más grande y duradera que no salga del orden natural. Es una participacion de la caridad, amor y naturaleza de Dios¹; el medio único que nos ha sido dado de merecer la gloria del cielo, y en una palabra, la vida de Dios comenzada en el tiempo para consumarse en la eternidad.

Hubiera Dios podido criarnos para gozar eternamente de una felicidad natural; y bien podíamos contentarnos con eso; mas por sola su bondad, sin que nadie mereciese semejante dicha, nos destinó á gozar lo que él goza, á verle como él se ve, á amarle como él se ama, á embriagarnos de sus delicias, y á vivir con él en sociedad perfecta de vida, gozo y gloria.

Mas si bien fué en un todo gratuita la felicidad para la cual nos crió el Señor, pues por sola bondad nos destinó á ella, á nadie se le da grátis, sino mediante las buenas obras; no quiso Dios darla como limosna, sino como galardón.

¹ *Divinæ consortes naturæ*, (II Petr. I. 4.)

Asi lo exigia nuestra propia dignidad, y la honra del mismo Dios; y estaba en el interes de Dios y nuestro que, de consuno con él, fuésemos los autores de nuestra dicha. Para este fin era conducente que en la tierra labrásemos nuestra felicidad futura, y que cada una de nuestras obras tuviese un valor proporcionado á aquel peso de gloria, es decir, un valor casi infinito; mas no pudiendo ellas de por sí tener este valor, se nos ha dado la gracia, para que supla lo que falta á la naturaleza.

Es, pues, la gracia en esta vida el principio de la vida del cielo; es la vida de Dios dada en su fuerza y vigor, ántes de darse en su dulzura; es un espíritu nuevo que se infunde al cristiano, para que empiece á conocer á Dios como Dios se conoce, no todavía en la claridad de su divina lumbre, sino en el conocimiento interior de su palabra. Por ella comienza á amar á Dios con el amor que ha de tener en el cielo, pues el que en la tierra tiene, es, como el del cielo, una participacion del que Dios se tiene á sí mismo. Es, pues, la gracia, lo mismo que la gloria, una sociedad que une al cristiano con la Santísima Trinidad. Por ella se une nuestra mente con el Verbo Divino, y nuestra voluntad con el Espíritu Santo; y es tan estrecha esta union, que no hay otra mayor despues de la del Hijo de Dios con la humanidad de Cristo.

Cria en nosotros un nuevo sentido, que puede llamarse el sentido de Dios, por el cual conocemos las cosas divinas, de las cuales entiende tan poco el hombre animal, como el ciego de colores. Por ella somos hijos de Dios, y tenemos derecho de llamarle Padre, en un sentido más riguroso que á nuestro Padre natural. Por la creacion somos siervos, por la gracia hijos y herederos ¹.

Es la gracia para el alma lo que el alma para el cuerpo. Del alma recibe el cuerpo una vida que por sí no podría jamás tener, y que la levanta por encima de toda la creacion material; y de la gracia recibe el alma una vida que no podría adquirir por sus fuerzas, y que la levanta sobre sí misma, como que la hace partícipe de la divina naturaleza, y le da virtud de producir actos divinos.

Tan dichosa vida ha llegado á ser nuestra condicion necesaria desde que Dios nos ha llamado á la honra de ser hijos suyos, y de tener á su Unigénito por primer hermano ². Como, pasada esta vida, no hay más dicha posible que la del cielo, así no hay en la vida presente más virtud apetecible que la que engendra la gracia. Los elementos de que se compone nuestro cuerpo bien hubieran podido servir para for-

¹ Si autem filii, et hæredes. (Rom. VIII. 17.)

² Primogenitus in multis fratribus. (Rom. VIII. 29.)

mar con ellos el cuerpo de un animal, ó de un árbol, ó de una piedra: entónces hubieran obedecido á otras leyes, que los sujetarian á un destino más bajo; no así ahora que están al servicio de una alma racional, pues, ó han de conservar una vida superior á su naturaleza, ó tienen que perecer; ó han de participar de la dignidad del alma humana, ó han de ser ménos que un animal, que un árbol cortado y que una piedra, y entregados á una fétida disolucion. Lo mismo sucede á nuestra alma con respecto á Dios : si no hubiera sido destinada por el Criador á la alta dignidad de participar su vida y gozar su gloria, podria contentarse con un bien proporcionado á su naturaleza; no aspiraria á subir tan alto, y no temeria caer tan bajo. Ahora se ve en la alternativa de subir al cielo ó caer en el infierno, por lo que toca á lo futuro; y en lo presente tiene que escoger entre la gracia y el pecado, entre la vida de Dios y la muerte del alma. Y si escoge la muerte del alma, no puede caberle mayor desdicha, pues queda sin fuerza natural ninguna con que pueda resistir largo tiempo al empuje del mal, y hecha el juguete del demonio, y un objeto de aborrecimiento para Dios; no se puede ya sufrir á si misma.

Esto nos dice la fe, y nos lo demuestra con evidencia la historia de lo pasado y la experiencia de lo presente. En vano buscaremos

fuera de la gracia de Cristo un elemento de vida que tenga fuerza suficiente para resistir á las pasiones. ¿Qué ha sido la humanidad en los tiempos pasados, y qué es ahora, sino un vasto desierto, en el cual no se halla más agua para refrigerar al peregrino que la fuente de la Iglesia católica, siempre manando fe, amor, abnegacion, caridad fraterna, verdaderas virtudes y grandes obras? Pero alejaos de esa fuente de la gracia, y vereis oscurecerse los entendimientos, perderse el espíritu en los pueblos que corren tras de la materia, y encenagarse las almas y las sociedades en el vicio, corrompiéndose más las que han llegado á mayor grado de cultura.

Ved en qué consiste la vida de las almas, y en qué consiste su muerte : la vida de las almas en la union con Dios por gracia y participacion de su luz, amor y vida en la tierra para gozar su dicha y gloria en el cielo; la muerte, en la privacion de esta vida y de cuanto sirve á alcanzar la salud eterna, dejando al alma esclava de las pasiones y de los demonios.

Conocemos, pues, la naturaleza de la vida del alma y sus leyes, y su origen, y tambien por qué camino se recobra despues de perdida.

Sólo de Dios puede venir la vida de Dios : en vano levantaria una torre de Babel, ó pondria, como los Titanes, un monte sobre otro para alcanzarla quien no la hubiera recibido de Dios;

en vano haria los mayores esfuerzos, y agotaria el caudal de su ingenio, y se impondria los más costosos sacrificios por lograrla, pues todos esos serian medios humanos, que no tienen proporcion ninguna con la gracia, que es don divino.

De suerte que si alguno se despoja de la gracia que en un tiempo recibió, no podrá recobrarla jamas, á ménos que la misericordia divina venga á sacarlo del sepulcro, como en otro tiempo á Lázaro. Sin esta visita del Señor, ántes resucitará un cadáver en disolucion, que pueda volver á la vida el que perdió la gracia; es menester que Dios le llame, como á Lázaro, diciéndole con voz poderosa que salga del sepulcro; y que con un nuevo soplo de su boca le infunda, como á Adan, el espiritu de vida que habia extinguido la culpa; es menester, en fin, que Dios le prevenga con lo que llaman los teólogos *gracias actuales*, indispensables para recobrar la gracia santificante, que es la vida del alma.

Es, pues, absolutamente necesaria la gracia actual, sin la cual el pecador no volveria jamas de muerte á vida. Y si queremos saber hasta qué punto nos es dado ayudar al prójimo á recobrar la *gracia santificante*, y con ella la vida del alma, la vida de Dios, preguntemos si podemos influir algo sobre las gracias actuales que

necesita para salir de su mal estado. Á esta pregunta nos contestan la Sagrada Escritura y la tradicion, que podemos obtener para el prójimo, como cada uno para sí, las gracias actuales con un medio fácil, eficaz, infalible, que es la oracion.

ARTÍCULO II.

Poder de la oracion para alcanzar la gracia, probado por la naturaleza misma de la gracia.

A PENAS se necesita demostrar que la oracion es un medio fácil de alcanzar la gracia. ¿Qué es, en efecto, la oracion? Es un acto de voluntad, por el cual se expresa un deseo, y se expone á Dios una necesidad. ¿Qué cosa más fácil que desear y manifestar un deseo? ¿Acaso le cuesta mucho trabajo al pobre pedir una limosna al rico? Si con un deseo se comprasen los bienes de este mundo, pocos pobres habria; tampoco habria enfermos ni muertos, si con deseos se evitase la enfermedad y la muerte.

Mas, ¿quién no se maravillará de que Dios haya puesto á tan bajo precio cosa de tanto valor como la gracia? ¿Á quién no parecerá imposible que con un deseo pueda ganarse la amistad de Dios y la gloria? Y sin embargo tenemos que convenir en que asi es, con una reflexion que hagamos.

¿Qué es Dios, sino poder infinito é infinita bondad? Ahora bien: en caso de querer esta bondad suma socorrer al miserable mendigo, y este gran poder levantar al caído hasta la altura de que cayó, ¿qué condiciones le podrá imponer? ¿Le exigirá que ande la mitad de la jornada cuando no puede dar un paso? No: lo único que puede exigir es que confiese su flaqueza, y no se atribuya la gloria de las maravillas que obre Dios en él. Para enriquecer nuestra pobreza ha de exigir la liberalidad divina el íntimo conocimiento y la confesion humilde de nuestra necesidad.

Ved por qué la oracion es la única condicion que quiso Dios poner para conceder sus gracias. Y pues se propuso obligarnos á una vida sobrenatural y divina, cosa tan superior al alcance del humano entendimiento y á las fuerzas de la voluntad, no pudo imponernos como medio de alcanzar esta vida, sino el deseo de ella y las humildes súplicas; y aún para eso tenía que prestar auxilio á la flaqueza nuestra, que por sí sola aún de eso era incapaz.

Es tan necesario el aire para la vida humana, que si por un instante deja de refrescar los pulmones y avivar la sangre, al punto se interrumpe todo el mecanismo, cesan las pulsaciones del corazon, y entran las convulsiones de la muerte. Y sin embargo de ser tan necesario

este elemento , no podemos percibirlo con los sentidos , de suerte que la Providencia nos ha privado de todo medio de procurarnos por nosotros mismos la cosa más necesaria para la vida; pero por otra parte ha proveído de remedio la misma Providencia divina , disponiendo que el alimento más necesario sea al mismo tiempo el más fácil de conseguir. Para tener trigo , es menester arar y sembrar; para tener agua, es menester , por lo ménos , alargar la mano ; mas para tener aire , no hay más que atraerlo con la respiracion á los pulmones. Cuando empezamos á vivir , no hubiéramos adivinado lo que habia que hacer para usar del aire si Dios no nos lo enseñara con un instinto natural ; ó más bien, moviera por sí nuestros órganos para que supiésemos respirar.

Aquí tenemos una semejanza de lo que pasa en el orden moral. Si ha de vivir el alma , necesita el aire del cielo , no del cielo inferior en que viven las aves , sino de aquel en que mora Dios ; y el aire que necesita , no es el que da vida al cuerpo , sino aquel de que viven los ángeles y santos , y el mismo Dios. Este aire escapa á la percepcion de los sentidos , mucho más que el otro , y nos es tan necesario , que sin él entra el alma en las agonias de la muerte , y no puede librarse de la eterna condenacion. ¿ Qué remedio , pues ? La bondad infinita

del Señor no espera á que hagamos inútiles esfuerzos para proporcionarnos este elemento de vida, sino que nos rodea de él, metiéndonos en un océano de gracia, para que con sólo abrir la boca ¹, y reconocer nuestra insuficiencia, éntre en nosotros el aire de esa divina gracia que da la vida. Penetrará con abundancia el celestial elemento bajo la presión de la bondad divina, y nos conservará la vida tan largo tiempo como queramos guardarla; es decir, mientras no hagamos la grande locura de despojarnos de ella, condenándonos, por no querer orar, á una asfixia moral.

He aquí lo que pide Dios para dar su gracia. Es menester confesar que si no podía pedir más de nosotros, tampoco podía pedir menos. ¿Qué menos podía pedir, á no ser que nos tratase como á los irracionales, á quienes todo se lo da hecho, sin que se cuiden ellos de lo necesario para su conservación? Esto no se lo permitía ni su sabiduría, ni su amor, ni el respeto con que trata á los que ha criado para conocerle y amarle ², pues la honra del hombre está en ser árbitro de su eterna suerte, juntamente con Dios. Es verdad que nada puede hacer sin que le prevenga Dios con su gracia; pero en el orden ac-

¹ Us meum aperui, et attraxi spiritum, quia mandata tua desiderabam. (Ps. CXVIII. 131.)

² Cum magna reverentia disponis nos. (Sap. XII. 18.)

tual de la Providencia, tampoco puede la gracia obrar en él acto alguno meritorio si él no presta su cooperacion. ¿Qué mérito tendria un acto involuntario?

Es, pues, necesario que coopere el hombre á la gracia. Mas, entre todas las cosas que pudiera hacer para este fin, ninguna más fácil, ni ménos costosa, ni más al alcance de todos, que el deseo de la misma gracia, la humilde protestacion de nuestra flaqueza, la oracion.

ARTÍCULO III.

Cuánto puede la oracion para alcanzar las gracias necesarias al prójimo.

Es muy á propósito la oracion para ayudar á la gracia en la obra de la santificacion de las almas, y para que con ella seamos verdaderos auxiliares de Dios en el ministerio de la salud del mundo. Por nuestras fuerzas naturales nada podemos en una obra como esta, que es toda sobrenatural. Acérquese á un sepulcro el más hábil de todos los facultativos, armado de admirables aparatos, y aplique á un cadáver flúidos sutiles cuantos se conocen y pueden conocer; podrá causar en él algunos movimientos que, al parecer, den señales de vida; pero al cabo de un rato quedará como ántes inmóvil;

y la obra de disolucion seguirá, tal vez, con más rapidez. La razon de esto es que la vida del cuerpo humano no es una fuerza mecánica, ó química, ó un flúido más ó ménos sutil, sino el alma; y si ésta ha salido del cuerpo, ya no está en manos de la ciencia traerla del cielo, ó del infierno, y volverla al cuerpo que dejó.

Mucho ménos podrá la ciencia y elocuencia humana devolver al alma la vida de Dios, cuando ha tenido la desgracia de perderla. La ciencia podrá demostrar la necesidad que tiene de esta vida; la elocuencia podrá, con vivas imágenes y movimientos oratorios, mover someramente el corazon del pecador, y aún tal vez inspirarle algun horror á la culpa; pero lo que es hacerle entender que puede volver á la vida de Dios, inspirarle la dulce esperanza de recobrarla, y sobre todo darle fuerza para vencer los obstáculos que le opone su flaqueza, eso no lo puede lograr la elocuencia por sí misma, porque es cosa superior á las fuerzas humanas y angélicas. La vida del alma es Dios; ¿y quién dispone de Dios para darlo al alma, sino Dios mismo?

Luego sin Dios nada podemos hacer en este negocio; pero con Dios podemos hacer mucho; pues aquel Padre, infinitamente misericordioso, ama á todas las criaturas, como obras que son de sus manos, pero más que todo á las al-

mas ¹ ; y para que las podamos salvar, nos ha dado un poderoso medio en la oracion.

En la oracion hallamos el mejor medio de cooperar á esta obra divina, porque con ella, mejor que con ninguna otra cosa, podemos llenar las condiciones que pone Dios á sus auxiliares en la conquista de las almas. ¿Qué condiciones son estas? La primera es que cooperen con actividad ; la segunda, que le dejen toda la gloria.

Pide actividad, abnegacion y constancia en la ayuda de los prójimos, á quienes debemos amar como á nosotros mismos, y con un amor semejante al que debemos tener á Dios ; de suerte que el amor que á Dios tenemos, se ha de medir por nuestro celo en hacerle reinar en los corazones de todos. Y quiere además el Señor que midamos el amor que á nosotros nos tenemos por el que tenemos al prójimo, trabajando en bien de las almas ajenas como por la nuestra propia.

Mas al mismo tiempo exige Dios que le demos toda la gloria de nuestra cooperacion á su gracia, y que de tal manera nos consagremos al servicio del prójimo, que no olvidemos un

¹ Diligis omnia quæ sunt, et nihil odisti eorum quæ fecisti...
Parcis autem omnibus, quoniam tua sunt, Domine, qui amas animas. (Sap. XI. 25.)

punto que de Dios viene toda la eficacia de cuanto hacemos.

La oracion cumple con todas estas condiciones; pues si es tal como nos la recomienda el Señor, nos abre campo para desarrollar cuanto hay en nosotros de *energía, caridad y celo*; y por otra parte, ella en sí misma es una protesta de nuestra insuficiencia, y de que sólo Dios tiene en su mano ese espíritu de vida con que han de revivir las almas por quienes rogamus.

Á este conjunto de energía y humildad debe la oracion su eficacia y el valimiento que tiene con Dios; pues estas dos virtudes sirven en gran manera á su glorificacion: la primera satisface su deseo de hacer difusivo el poder de la divinidad; la segunda le devuelve la honra de cuanto hace fuera de sí por el bien de sus criaturas. Dándonos una parte tan crecida de su poder, no ha querido que le tengamos ocioso; pero tampoco ha podido querer que le usurpemos la gloria que es exclusivamente suya. Y porque la oracion satisface plenamente á cuanto exigen la bondad y la justicia de Dios en esta parte, por eso tiene tanta valía en su divino acatamiento.

¿Y cómo no lo habia de tener? Ella segunda y favorece la más irresistible inclinacion de la bondad divina, que ansia por comunicarse á sí

misma ; pues, como un torrente de luz, vida y ventura, se derrama sobre toda criatura capaz de recibirla, sin que pueda contenerla más que nuestra soberbia é infidelidad. Pero la oracion hace saltar esos diques y desbordar las misericordias del Señor, cuando pedimos por nuestros hermanos ; así que, en todo rigor, podemos llamarnos salvadores suyos, pues su salvacion, sin quitar gloria alguna á Dios, es obra de nuestras manos, por el eficaz concurso de nuestros ruegos.

A ciertas personas pide Dios otro linaje de ayudas en su obra magna de la santificacion de los fieles : elige ministros de la Iglesia, que con sagrados ritos dispensen las gracias alcanzadas del cielo por las súplicas de los fieles ; escoge obreros evangélicos, cuya predicacion sea el canal que trasmita á las almas los arroyos de su luz y amor divino ; y á otros podrá Dios confiar otras funciones en su Iglesia.

Ministerios tan altos constituyen á los hombres en un grado más elevado, haciéndolos cooperadores de Dios y representantes suyos en la tierra ; pero si bien les dan mayor dignidad, no les dan mayor mérito que la oracion. No es posible alcanzar la gracia para otros, sin alcanzarla al mismo tiempo para sí ; por eso la oracion, aprovechando á otros, aprovecha al que la hace ; pero el ministro de la Iglesia pue-

de muy bien distribuir tesoros de gracia á los fieles, sin reservar nada para sí. Otra ventaja lleva el apostolado de la oracion al de la predicacion y sacramentos, y es que el primero es todo de gracias, y el segundo trae consigo una grande responsabilidad. Es tambien de mayor eficacia el primero que el segundo, pues el de la predicacion no puede aprovechar á un tiempo sino á un corto número de personas; y aunque el celo de un San Francisco Javier lleve la palabra divina á los confines de la tierra, y regenere millones de almas, ha de venir al fin á espirar en la playa destinada por Dios para término de su carrera, como el mar mismo, á quien es comparado este apóstol por la inmensidad de su celo; mas el apostolado de la oracion no conoce límites, ni de tiempo, ni de espacio, y trabaja á un tiempo en todos los ángulos del mundo, y trabajará hasta el fin de los siglos; diré más: este apostolado alcanza hasta donde alcanza el poder de Dios. La predicacion es un canal que trasmite la gracia á las almas por medio de la palabra; pero la oracion se sirve para ello del mismo mediador Jesus, á cuyos ruegos unimos los nuestros.

Sin este apostolado, no tendríamos medios hábiles de cumplir el gran precepto de amar al prójimo como á nosotros mismos; y así podemos decir que si no nos hubiera Dios dado el

recurso de la oracion, tampoco nos impondria el precepto de la caridad en tan grande escala, obligándonos á amar á los que jamas hemos conocido.

De lo dicho debemos deducir que no es un articulo accesorio de la doctrina cristiana el que nos enseña lo ilimitado que es el poder de la oracion; sino muy esencial, y de mucha monta, pues de él depende la ilimitada extension del precepto de la caridad. Y aun más; de él depende la unidad de la sociedad cristiana; de él depende la union de la familia humana, pues no hay sociedad posible entre los hombres, si no se ayudan mutuamente á alcanzar un fin comun.

ARTÍCULO IV.

*Se demuestra el gran poder de la oracion con la autoridad del
Saivador.*

HASTA aqui hemos probado la eficacia de la oracion con argumentos teológicos, sacados del dogma, que no tienen réplica; mas es tan grande este privilegio concedido á una vil criatura, de sacar de muerte á vida á sus hermanos, y de hacer bajar del cielo, cuando le place, no fuego ó lluvia, como Elías, sino el riego de la gracia y las llamas de la caridad, que no nos podemos contentar con las pruebas aduci-

das en confirmacion de esta verdad, y vamos á reforzarlas con las palabras del mismo Dios.

Gracias á la divina bondad, no hay dogma en la revelacion cristiana más claramente definido, ni más veces repetido, ni más expresamente demostrado que éste; y si alguna dificultad se nos ofrece, es la de escoger entre tantas pruebas como nos suministran las profecías, promesas, comparaciones y parábolas que acumula el Espíritu Santo en el Antiguo y Nuevo Testamento, para inculcar esta verdad. Preveía el divino Espíritu que un dogma tan consolador nos habia de parecer increíble, por el poder tan divino de que reviste á un ser tan vil y bajo como el hombre; y no deja piedra por mover á fin de convencernos de esta verdad. Mas no nos detengamos en lo que reveló Dios por los patriarcas y profetas; atravesemos los siglos, y dejando á un lado las sombras de la antigua ley, veamos la claridad que sobre este punto envia el Evangelio.

Oigamos al Verbo encarnado, que va á emplear su divina elocuencia en persuadirnos lo que tanto nos cuesta creer. Á sus discípulos les encarga mucha sencillez, contentándose para que los crean con decir sí ó no; mas él no se dará por satisfecho con esto, tratándose de explicarnos el poder de la oracion; y eso que le bastaba una palabra para ser creído, pues le

era tan imposible mentir, como lo es á la luz hermanarse con las tinieblas. No le basta una palabra, no; será menester, para satisfaccion suya, que á la afirmacion añada el juramento: *«En verdad, en verdad os digo, que si pidiereis alguna cosa al Padre en mi nombre, os la dará¹.»*

¿No son bastante claras estas palabras, y suficientes para resolver todas las dudas, y bastante enérgicas para inspirar confianza y quitar recelos? ¿Puede desearse cosa más explícita? ¿Quién puede ya poner en duda la eficacia de la oracion, sin poner en duda la veracidad de Dios?

Y hemos de advertir tambien que no pronunció estas palabras el Señor en una ocasion cualquiera, y como de paso, sino que las dijo la noche de la Pasion, despues de la institucion de la Eucaristia, y las consignó en el sermón de la cena, que fué su testamento; y en él las hallamos repetidas veces. Allí leemos que no sólo el Padre oirá nuestros ruegos por glorificar al Hijo, sino tambien el Hijo los oirá por glorificar al Padre²; queriéndonos decir con esto Jesucristo que, así como en la tierra se impuso la ley de glorificar al Padre, trabajando, predicando y padeciendo, así en el cielo se im-

¹ Amen, amen, dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. (Joan. XVI. 23.)

² Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam, ut glorificetur Pater in Filio. (Joan. XIV. 13.)

ponela de glorificarle, oyendo nuestros ruegos.

Hay, pues, una especie de emulacion entre las dos divinas Personas en este importantísimo negocio. El Hijo de Dios se ha comprometido á ayudarnos con todo su poder, á fin de continuar en nosotros su grande obra, glorificando al Padre en sus miembros, como le glorificó en su persona cuando vivia en la tierra; por otra parte, el Padre Eterno, que quiere satisfacer la inmensa deuda que con el Hijo ha contraido por la gloria que ha recibido de él en la Encarnacion, halla una ocasion de pagarla, favoreciendo á cuantos se unen á él. Entre tanto el divino Espíritu, que es el amor del Padre y del Hijo, se complace en satisfacer los deseos de ambas Personas, haciéndose principio y fruto de nuestras oraciones; porque él las inspira y las atiende; quiere desplegar en nosotros su divina fecundidad, haciéndose presente á nuestras oraciones; se complace en glorificar de este modo al Padre por el Hijo, y al Hijo por el Padre, devolviendo á las dos divinas Personas parte de la gloria que de ellas recibe.

Ya hemos colocado en su base, es decir, en las infalibles promesas de Dios, la eficacia de la oracion; estamos, pues, en el derecho de gozar una imperturbable seguridad, como todo el que se apoya en la verdad divina. Y esto es lo que sostiene San Pablo, diciendo á los Hebreos:

«Para mostrar á los herederos de su promesa la inmutabilidad de su disposicion, interpuso Dios el juramento, para que por estas dos garantías inmutables, que nos aseguran que no nos puede engañar, tengamos un grandísimo consuelo los que nos guarecemos bajo la esperanza que se nos ha dado ¹.»

En esta segura esperanza podríamos descansar; pero, puesto que la bondad de Dios va más allá, sigamos recogiendo prendas de su asistencia infalible.

En sus labios divinos, las promesas se van á cambiar en súplicas, y parece que el bienhechor celestial va á ser el favorecido, si le pedimos algun favor. Oid cómo se expresa: «Hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre; pedid, y recibireis para que vuestro gozo sea completo ².»

«Pedid y recibireis; buscad y hallareis; llamad y os abrirán.» Bastante claras son estas palabras; pero todavia quiere darles más fuerza, añadiendo: «Todo el que pide, recibe, y el

¹ Abundantius volens Deus ostendere pollicitationis hereditibus immobilitatem consilii sui, interposuit iusjurandum; ut per duas res immobiles quibus impossibile est mentiri Deum, fortissimum solatium habeamus, qui confugimus ad tenendam propositam spem. (Hebr. VI. 17, 18.)

² Usquemodo non petistis quidquam in nomine meo; petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum. (Joan. XVI. 24.)

que busca, halla, y al que llama se le abre ¹.»

Aún le parece no haber dicho lo bastante; y va á reforzar el argumento con enérgicas comparaciones, para que no nos quede ni asomo de duda de la sinceridad de sus promesas. «¿Hay entre vosotros, dice, algun hombre que diera una piedra al hijo que le pidiera pan? Ó si le pidiera un pescado, ¿acaso le daría una serpiente?» ¿Quién no ve la aplicacion natural de esta comparacion? Sin embargo, el Señor quiere hacerla por sí mismo, y dice: «Pues si vosotros con ser malos, sabeis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes á los que se los piden ²?» Con estas palabras nos da bien á entender que quien dudare de la fidelidad del Padre celestial en cumplir sus promesas, le hace la mayor injuria que se le puede hacer, pues le tiene por peor que el peor de los hombres.

Más allá lleva aún la condescendencia el Salvador divino, y llega hasta el punto de aceptar

¹ *Petite et dabitur vobis; quærite, et invenietis; pulsate, et aperietur vobis. Omnis enim qui petit, accipit; et qui quærit, invenit; et pulsanti aperietur.* (Matth. VII. 7, 8.)

² *Aut quis est ex vobis homo, quem si petierit filius suus panem, nunquid lapidem porriget ei? Aut si piscem petierit, numquid serpentem porriget ei? Si ergo vos, cum sitis mali, nostis bona dare filiis vestris, quanto magis Pater vester qui in cœlis est dabit bona petentibus se?* (Matth. VII. 9-11.)

la suposición dicha, y que le tengamos por peor que nosotros, con tal que no dudemos de la eficacia de la oración.

«Si alguno de vosotros, dice, tuviera un amigo, y le fuera á buscar á media noche, y le dijera: Amigo, préstame tres panes, porque viene de paso un amigo mio á mi casa, y no tengo qué ponerle de cena. Si este hombre le respondiese de adentro: No me molestes, que tengo cerrada la puerta, y estamos acostados yo y mis criados, y no puedo levantarme para darte lo que pides; y si á pesar de eso, el otro siguiese llamando, yo os aseguro que, aunque no se levantara para darle los panes, por ser amigo suyo, lo haria por su mucha importunidad, y le daria cuantos quisiese. Pues lo mismo os digo: pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán ¹.»

Otra vez, no tuvo reparo el Salvador en co-
tejar á su Padre con un mal juez, para aumentar todo lo posible nuestra confianza. Supone que viene á pedir justicia una pobre mujer, y el juez no la quiere oír, porque no teme á Dios, ni quiere tal vez malquistarse con el rico que la oprime. Pero fué tan importuna la mujer, que no tuvo el Juez, para librarse de ella, más remedio que hacerle justicia.

Con estas parábolas pretende persuadirnos

¹ Luc. XI. 5-9.

el Salvador que, aunque no se apoyasen nuestras oraciones en la justicia y bondad de Dios, serian oidas por el mérito de la perseverancia, aunque tuviera que alterarse el orden de la Providencia, y mudarse las leyes generales en favor nuestro.

ARTÍCULO V.

Se prueba que las promesas del Salvador se extienden á las oraciones que hacemos por el bien del prójimo.

A más de un lector se le habrá ocurrido preguntar si las promesas de Cristo alcanzan á la oracion hecha en favor de otro, como si orara uno por sí mismo.

Si nos paramos en ciertas palabras de San Agustin, y aún de la Sagrada Escritura, podemos concebir alguna duda. Leemos en Jeremías que, irritado el Señor por la obstinacion de los judíos, dice al profeta: «No ruegues por este pueblo, y no te opongas á mi venganza, porque no te oiré ¹.» «Aunque se me pusieran delante Moisés y Samuel, no le perdonaré ².» San Juan dice que hay pecados semejantes á las enfermedades de muerte, y que cuando uno

¹ Noli orare pro populo hoc, et non obsistas mihi, quia non exaudiam te. (Jer. XV. 1.)

² Si steterint Moyses et Samuel coram me, non est anima mea ad populum istum. (Jer. XVI.)

peca de muerte, en vano es rogar por él ¹. San Agustín dice que las oraciones que hace uno por sí, son infaliblemente oídas; pero que si ora por los pecadores, no surten su efecto en todos, sino en algunos ².

Para resolver estas dificultades, y darnos cuenta exacta de la doctrina católica en este punto, sentemos algunos principios:

1.º Enseña Santo Tomás ³ que todo lo que debemos desear en el orden sobrenatural, lo debemos pedir; pues en este orden todo está fuera de nuestro alcance; y como no puede venir sino de Dios, á Dios se ha de pedir para alcanzarlo. Por otra parte, en virtud del precepto de la caridad, estamos en la obligacion de desear á nuestro prójimo todo bien, pues no podemos amarle sin desear su felicidad; luego estamos obligados á pedir por él. Tal es la doctrina de Santo Tomás; á la cual añadiremos lo que dice San Juan Crisóstomo: que como la necesidad nos obliga á orar por nosotros, la caridad nos obliga á orar por el prójimo; y que es más agradable á Dios la oracion, cuando no es forzada

¹ Qui scit fratrem suum peccare peccatum non ad mortem, petat, et dabitur ei vita peccantis non ad mortem. Est peccatum ad mortem; non pro illo dico ut roget quis. (I Joan. IV. 16.)

² Orantes non pro omnibus peccatoribus exaudiuntur, sed pro quibusdam.... Exaudiuntur omnes pro se ipsis, sed non pro omnibus. (Tract. 102 in Joan.)

³ 2. 2. q. 83, art. 7.

por la necesidad, sino impulsada por la caridad¹.

2.º De lo dicho deducimos que si es más agradable á Dios la oracion cuando pedimos por el prójimo que cuando pedimos por nosotros mismos, y si además esta oracion por el prójimo es una obligacion impuesta por el precepto de la caridad, no pudo ménos el Señor de hacer extensiva á ella la promesa de oír cuanto pidiéramos en su nombre.

Además, esta promesa se ha hecho sin limitacion ninguna en esta parte. Es verdad que al prometer el Señor que oirá nuestras oraciones, ha puesto algunas condiciones á su promesa. Se ha de pedir en su nombre, pues en sus méritos se ha de apoyar nuestra oracion, y al fin supremo de su encarnacion se ha de encaminar, que es la salud de nuestras almas; se ha de pedir además con fe y perseverancia; pero una vez llenas estas dos condiciones, no vemos que ponga limites á su liberalidad y á la eficacia de la oracion, sino que, al contrario, usa los términos más generales que en las lenguas humanas se conocen. «*TODO cuanto orando pidiéreis, creed que lo recibireis. TODO lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, lo haré*².» ¿Por

¹ Chrys. Hom. 4, op. imper. in Matth.

² Omnia quæcumque orantes petit, credite quia accipietis. (Marc. XI. 24.) Quodcumque petieritis Patrem in nomine meo, hoc faciam. (Joan. XIV. 13.)

qué, pues, hemos de exceptuar lo que pidiéramos para otro? Si el pedir por nuestros hermanos fuera una obra de supererogacion, pase que tuviéramos algun recelo; pero siendo, como es, una obligacion, ¿qué motivo hay de temer que nos cierre la puerta el que nos manda llamar?

Bien clara y evidente es esta deduccion; pero tenemos una razon más concluyente, y es que, segun San Lúcas, las promesas de Cristo se refieren muy especialmente á la oracion que nos enseñó del *Padre nuestro*¹; y en esta oracion nos manda pedir, no sólo para nosotros, sino para los demas, todos los bienes del tiempo y de la eternidad. Esta es la oracion por excelencia; y el Padre eterno la oye con suma complacencia, porque oye en ella la voz de su Hijo; y para nosotros es esta oracion una cédula firmada por el Salvador, que no puede ser desatendida. En ella, pues, se incluyen todos nuestros hermanos, y para todos ellos, presentes y futuros, se pide la venida del reino de Dios, el pan de cada dia, el perdon de los pecados y el fin de los males. Para ellos se pide el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es la salud de los hombres, en toda la redondez de la tierra. En fin: no cabe la menor duda que las pro-

¹ Luc. XI. 1.

mesas de Cristo se extienden á la oración que hacemos por la salud del prójimo.

Los textos alegados en contra tienen fácil explicacion. En el negocio de la salvacion hay que distinguir la obra de Dios y la del hombre: la de Dios está en dar una lumbre sobrenatural con la cual ve el pecador su mal estado, y al mismo tiempo una mocion de la voluntad con la que le mueve á salir de él; hecho esto, espera Dios que el alma consienta en cooperar, á esta obra de la gracia; y como ella es libre, puede rehusar su consentimiento. Podria Dios obtenerlo irresistiblemente, si quisiera; pero las leyes de su providencia exigen que use raras veces de este poder.

Por este lado pueden perder su eficacia las gestiones que hacemos en bien de los pecadores; mas por parte de Dios, estamos seguros que nada faltará para que puedan convertirse. Cada oracion nuestra les alcanzará una gracia proporcionada á nuestro fervor, confianza y perseverancia; y en esta parte, tan infalible es lo que pide uno para otro, como lo que pide para sí; pero como de la voluntad ajena nadie dispone, no es seguro que el prójimo secundará la obra de la gracia; y aun puede ser tan grande la obstinacion de algunos pecadores, que sea moralmente imposible su conversion. De estos habla, sin duda, San Juan, cuando

dice que hay pecados de muerte, de los cuales no hay remision, y es inútil orar para alcanzarla.

Dice Santo Tomás que á veces la oracion hecha en favor del prójimo no surte efecto , á causa del impedimento que pone aquel por quien se ora ¹ ; y añade más abajo que , como no podemos distinguir á los predestinados de los réprobos, á nadie hemos de negar el sufragio de nuestra oracion ².

Tal podrá ser el endurecimiento del pecador, que parezca caso desesperado el negocio de su salvacion; sin embargo, aún en ese caso, poderosa es la gracia para rendir los más duros corazones , y el poder de ella crece con la fuerza de nuestra oracion , en la cual , si perseveramos, crece la probabilidad de que tal vez aquella voluntad rebelde ceda á fuerza mayor. Y tanto podria crecer la probabilidad , que equivaliera á una certeza moral ; pues aumentando las gracias con la continuacion de los ruegos, sobre todo si son virtuosas y santas las personas que piden por el pecador , no será extraño

¹ Contigit quandoque quod oratio pro alio facta non impetrat.... propter impedimentum quod est ex parte ejus pro quo oratur. (2. 2. q. 83. a. 7 ad 2.)

² Sed sicut nulli, quandiu vivit, subtrahendum est correctionis beneficium, quia non possumus prædestinatos discernere a reprobis, ut Augustinus dicit, in libro de Correctione et Gratia, etiam nulli est denegandum orationis suffragium. (Ibid.)

que crezca tanto la luz en su mente y la mocion en su voluntad, que al fin se vea obligado á ceder. En este sentido, dijo un santo obispo á Santa Mónica, madre de San Agustin , que no podia perecer un hijo de tantas lágrimas. Claro está que nuestra seguridad no se fundà en reglas de rigurosa justicia ; pero cuenta con aquella infinita misericordia , que no es ménos industriosa que benéfica ; y esto basta para consolar á muchas Mónicas desconsoladas.

Grande aliento ha de inspirarnos esta doctrina para orar con más celo en lo sucesivo; pero tambien nos hemos de doler al pensar en el poco uso que de ella hicimos en el tiempo pasado , y en los años que dejamos correr sin acordarnos de orar por los pecadores. ¿Cómo no se desgarran nuestro corazon de dolor al pensar en tantas almas que , tal vez por culpa de nuestra desidia, están en los infiernos , y estarían gozando de Dios y pidiendo por nosotros si hubiéramos orado y padecido algo por ellas?

Esta sola reflexion debia encender nuestro celo, y movernos á reparar con ventajas las pérdidas que ocasionó nuestro pasado descuido.

ARTÍCULO VI.

Las promesas de Cristo alcanzan tambien á las oraciones de los pecadores.

NUEVA dificultad. Si el que ora por sí ó por Otro no es justo, sino *pecador*, y está, por lo tanto, privado de la gracia, ¿tendrá parte en estas grandes promesas, y será infaliblemente oído si llena los demas requisitos?

Ante todas cosas, es cierto que el *mérito* propiamente dicho, ese mérito que da un derecho riguroso al premio eterno, y que los teólogos llaman *de condigno*, sólo pertenece á la oracion del justo; y que la del pecador no tiene sino el que llaman *de congruo*, como si dijéramos de conveniencia ó de oportunidad. En igualdad de circunstancias, la del justo ha de ser más eficaz, pues sale de labios más puros: es la súplica de un *amigo* de Dios, y está reforzada con los méritos de Cristo; y como el justo hace la voluntad de Dios habitualmente, es natural que Dios haga la suya, segun aquello del profeta: «*El Señor hará la voluntad de los que le temen* ¹.» Pero como aquí no se trata sino de la eficacia de la oracion para alcanzar lo que se pide, fácil cosa será responder, si recordamos lo que dice

¹ Voluntatem timentium se faciet. (Ps. CXLIV. 19.)

Santo Tomás, á saber : que *la oracion saca su fuerza de la fe y la confianza, y su mérito de la caridad* ¹. El mérito , que da derecho á la gloria , es obra de la gracia santificante , y por consiguiente, de la caridad , que hace al hombre justo é hijo de Dios ; mas la eficacia de la oracion es efecto de la gracia actual , que no pierde el pecador , porque se la concede Dios aún al que, por la culpa mortal , ha perdido la gracia santificante, pues sin aquélla no podria recobrar ésta. Como el profeta que , para resucitar al hijo de la viuda , se echó sobre él unas cuantas veces y puso su boca sobre la boca del cadáver, hasta que le hizo respirar con él ², así se inclina Dios al alma pecadora, y le inspira la vida de la gracia.

Muchos se imaginan que es inútil que ore el que está en pecado mortal, porque en tal estado no puede merecer , lo cual es enteramente falso y contrario á la doctrina de Santo Tomás. Todo el que pide, recibe, sea justo ó sea injusto, dice San Juan Crisóstomo ³. Si no oyera Dios á los pecadores, dice San Agustin, en vano diria el publicano: Señor, sedme propicio á mí, pecador ⁴.

¹ 2. 2. q. 83. a. 13. ² 4. Reg. IV. 24.

³ Omnis qui petit accipit ; id est, sive justus, sive peccator. (Op. imperf. in Matth., hom. 18.)

⁴ Si peccatores non exaudiret Deus, frustra publicanus dixisset : Domine, propitius esto mihi peccatori. (Tr. 44 in Joan.)

Mas, ¿cómo es, dirá alguno, que almas abominables á los ojos de Dios puedan ejercer tal imperio sobre su corazon, que no les pueda negar nada ?

Lo entenderemos sin trabajo si distinguimos con Santo Tomás, en estas pobres almas, dos cosas que distingue perfectamente el entendimiento divino : el pecado y la naturaleza. Detesta Dios el pecado, pero ama á la criatura, hecha á su imágen, en la que se conservan tantas buenas cualidades, y aún muchas gracias que no desaparecen con el pecado. La ama con el infinito amor que le movió á enviar á su Hijo para salvarla; y de aquí resulta que, cuanto aborrece todo lo que nace del pecado, á causa de su santidad, tanto ama, por su misericordia, lo que nace de los hábitos sobrenaturales de fe y esperanza, que tanto ayudan al alma á recobrar la caridad. Y la oracion, ¿ no es fruto de esos hábitos sobrenaturales , y el más eficaz de todos ? ¿ Qué extraño es, pues, que agrade tanto á Dios ? Al oir al pecador, claro está que no le suena al oido la voz de Cristo , que clama por medio de uno de sus miembros vivos, y le dice, Padre, Padre ; pero oye la voz del pródigo que implora su piedad con el acento del dolor, al cual nunca se puede resistir. Todavía no habita

1 Misit Deus spiritum Filii sui in corda vestra , clamantem : Abba , Pater ! (Galat. IV. 6.)

el Espíritu Santo en un corazón que no ha desalojado la culpa; pero lo tiene sitiado, y está llamando á la puerta ¹; tanto que las oraciones mismas del pecador son el eco de la voz de este divino Espíritu. ¿Quién se maravillará, pues, de que oiga Dios infaliblemente unos suspiros que ha inspirado él mismo? ¿Quién extrañará la presteza con que cumple Dios unos deseos que han nacido de él, y que, atravesando el alma del pecador, le han purificado en parte y le han fortalecido? El pecador que sabe orar, tiene ya en sí un germen de vida, porque la oración es fruto de la fe y esperanza, y semilla de la caridad.

ARTÍCULO VII.

Se muestra el poder de la oración por la doctrina de los Santos.

YA sabemos hasta dónde se extiende el poder de la oración, pues con la luz celestial de las divinas Escrituras hemos logrado penetrar los más profundos misterios de la gracia. Se nos ha enseñado cómo nacen las almas á la vida, y cómo la recobran después de haberla perdido. En la oración hemos descubierto una atracción divina que hace bajar del cielo la luz y el calor; en ella nos ha dado el Verbo eterno

¹ Spiritus Sancti, nondum habitantis, sed jam pulsantis. (Trid. sess. VI.)

un medio de alcanzar de su Padre todas las cosas, garantizando con mil prendas de amor la promesa de oirla siempre, y de darnos con ella el medio de conservar nuestra vida y de resucitar á aquellos de nuestros prójimos que perdieron la suya.

Aquí podríamos dar por terminada nuestra tarea; mas no será inútil que preguntemos á los Santos cómo han entendido estas divinas promesas, que los apóstoles, intérpretes infalibles de la doctrina revelada, predicaron y consignaron en el Evangelio, despues de oirlas de la boca del mismo Salvador. Oigamos á San Pablo, que escribe á los Efesios, instándolos á que oren, con estas palabras : «Orad en todo tiempo, con mucho espíritu, ofreciendo toda clase de oraciones ysúplicas, y velando con toda instancia por todos los santos y por mí, para que se me conceda la gracia de predicar la divina palabra ¹.» Á Filemon le escribe: «Espero que por vuestras oraciones me concederá Dios el poderme dar todo á vosotros ².» Á los Colosenses les dice: «Orad juntamente por nosotros, para que Dios nos abra la puerta de la predi-

¹ Per omnem orationem et obsecrationem orantes omni tempore in spiritu, et in ipso vigilantes in omni instantia et obsecratione pro omnibus sanctis et pro me, ut detur mihi sermo in aperitione oris mei. (Ephes. VI. 18.)

² Spero per orationes vestras donari me vobis. (Philem, 22.)

cacion, para hablar del misterio de Cristo ¹.»

Formados en la escuela de los apóstoles, sentían lo mismo los primeros cristianos, de la necesidad y eficacia de la oracion: basta un hecho para demostrarlo.

Levantóse una gran persecucion en Jerusalem contra los cristianos, y cargaron de cadenas al Príncipe de los Apóstoles, despues de haber quitado la vida á Santiago el Mayor. Afligidos los cristianos, acudieron á la oracion, único recurso que les quedaba, y «toda la Iglesia se puso á orar sin intermision ².» Esta fue la única fuerza que pudieron oponer á las puertas de hierro y á los soldados que guardaban la cárcel; pero sabian bien que la oracion cuenta con el favor de Dios, cuya palabra es más viva, eficaz y penetrante que una espada de dos filos ³, y no fué engañada su esperanza; pues bien pronto cayeron las puertas y cadenas al suelo, y salió libre el Apóstol.

No hay necesidad de más pruebas; pero no queremos omitir lo que escribia desde el Japon San Francisco Javier en una de las muchas cartas que tenemos á la vista, en las que siempre

¹ Orantes simul et pro nobis, ut Deus aperiat nobis ostium sermonis ad loquendum mysterium Christi. (Coloss. IV.)

² Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo. (Act. XII, 5.)

³ Vivus est sermo Dei et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti. (Hebr. IV. 12.)

está reclamando el socorro de las oraciones de sus hermanos. Escribiendo á los de Roma, dice: «Es menester que yo os diga que Dios me ha dado á conocer más de una vez por sentimientos interiores, que, si me he librado de mil peligros de alma y cuerpo, lo he debido á las oraciones y santos sacrificios de nuestros Padres y Hermanos. Esto lo digo para pagar á Dios y á vosotros, Hermanos carísimos, mi tributo de accion de gracias, y para rogaros que unais las vuestras á las mías, porque conozco mi insuficiencia.»

ARTÍCULO VIII.

Se confirma lo dicho con ejemplos del viejo y nuevo testamento.

A la autoridad de las palabras añadamos la de los ejemplos. Innumerables son los que prueban la eficacia de la oracion; querer contarlos todos sería querer contar toda la historia de la Iglesia, pues la oracion es su base y su valladar, como se ve en las sagradas páginas.

En ellas vemos á Moises luchando con Dios, que queria exterminar á su pueblo; y sin más armas que la oracion, triunfa de la divina justicia. El Criador suplica y ruega á su criatura que le deje castigar libremente á los culpados ¹;

¹ Dimitte me ut irascatur furor meus contra eos. (Exod. XXII. vers. 10.)

Moises no se lo permite, y cede Dios, y perdona en vez de castigar. ¿Qué poder es este, superior á la justicia divina? No es otro sino el poder irresistible de que ha revestido la misericordia de Dios á la oracion.

Abrahan se habia ya aprovechado de este gran valimiento que tiene la oracion, y dejándose Dios vencer, habia aceptado todas las condiciones impuestas por su siervo ¹. La abominable Sodoma hubiera debido su salvacion á los ruegos de un solo justo, si hubiera cumplido la condicion, bien fácil por cierto, que se le impuso; por donde se ve que todos los crímenes amontonados de generacion en generacion no pesaban tanto en el corazon de Dios como la humilde súplica de un justo.

Luégo vemos á Moises de pié en lo alto de un monte, y que sostienen sus brazos Aaron y Hur, para que no los deje caer de puro cansados, hasta que, por las preces de su caudillo, triunfe su pueblo de las armas de Amalec ².

Cuando el fuego del cielo iba á devorar al pueblo amotinado, se lanza Aaron con el incensario en la mano, y de pié entre vivos y muertos, ofrece á Dios sus ruegos con el humo del incienso, y detiene el azote de la ira divina ³.

Josué quiere alcanzar completa victoria de sus

¹ Gen. XVIII. ² Exod. XVII. ³ Num. XVI. 46; Sap. XVIII.

enemigos, y acude á Dios con fervorosa súplica, y *obedeciendo Dios á la voz de un hombre*¹, se para el sol en medio de su carrera.

Por la oracion hace bajar Elías fuego del cielo, que abrasa á los que venian á prenderle²; y por la oracion resucita Eliseo al hijo de la viuda de Sarepta³.

No son ménos frecuentes, ni admirables, los prodigios que registran los anales de la Iglesia, pues á cada página nos refieren triunfos de la oracion tan justamente llamada *omnipotencia suplicante*.

Testigos irrecusables de estos hechos son las fiestas instituidas en la Iglesia para recordarlos.

Tales son las de la Exaltacion de la Santa Cruz, Transfiguracion del Señor, Rosario y otras, que deben su origen á mercedes insignes concedidas al pueblo cristiano por la invocacion del nombre del Señor. Por la oracion se libró Roma de la peste, en tiempo de San Gregorio Magno; Milan en tiempo de San Cárlos Borromeo logró el mismo favor; Viena de Austria fué preservada del incendio por las preces de San Mamerto; y esta singular merced dió origen á las Rogaciones y Letanías mayores. Como Betulia debió su conservacion á las oraciones de Judit,

¹ Obediente Deo voci hominis. (Jos. X.) ² 4 Reg. I.

³ 4 Reg. IV.

Paris se defendió del furor de Atila por las de Santa Genoveva.

En las necesidades espirituales muestra el Señor más visiblemente el poder de la oracion. Mientras el heresiarca Arrio, rodeado de aduladores recorria en triunfo las calles de Constantinopla, vitoreado por los sectarios, que creian seguro el triunfo del arrianismo, oraba el santo obispo Alejandro, y alcanzaba de Dios lo que sucedió, y es que, en medio de las aclamaciones, se sintió herido de muerte el heresiarca, y espiró, sin dejar más herencia á su secta que la vergüenza de una muerte ignominiosa.

¡Cuán poderosa es la oracion del justo! Por ella pudo Santa Cristiana desterrar el paganismo de una nacion entera. No era sino una pobre esclava, y por ella se libró de la esclavitud de Satanás toda la nacion de los Iberos. ¿Cómo se libró España del yugo mahometano? Por la proteccion de María, á quien acudió el rey Pelayo, como lo testifica Covadonga, y el rey San Fernando, de quien dice la Iglesia que más con oraciones que con armas alcanzó sus victorias. ¿Cómo se libró Francia de los albigenes? Acudiendo á María Santo Domingo, y predicando el Rosario que recibió de su mano, con el cual logró lo que no habian alcanzado los príncipes confederados.

Por eso dijo el Espíritu Santo : «Orad unos por otros , para que os salveis , porque vale mucho la oracion del justo no interrumpida ¹.»

Si á alguno le parecieren estos hechos demasiado antiguos y remotos , y buscare otros más recientes , le mostraremos el reino de Inglaterra , para cuya conversion se han formado en nuestros dias algunas asociaciones que se emplean en orar á este fin , pues todos sabemos que la conversion de Inglaterra influiria mucho en la del mundo entero . Pues bien : en nuestros dias hemos visto desarrollarse en aquella nacion el catolicismo con una rapidez que consuela á los católicos y asusta á los sectarios . Muchas y notables conversiones se cuentan , que van minando los cimientos de la herejía , y desmoronando la obra del cismático Enrique VIII . Muchos sectarios , entre la gente docta , dudan y vacilan ; y como se ve en ellos sinceridad y buena fe , hay motivo de esperar que el Señor les haga ver pronto la verdad , por medio del estudio y de la reflexion ; pero todo será fruto de la oracion .

Si de Inglaterra pasamos á Francia , bien notable es en nuestros dias la archicofradía del Purísimo Corazon de María , establecida en Paris con el único fin de orar por la conversion de

¹ Orate pro invicem ut salvemini : multum enim valet deprecatio justí assidua . (Jac. V. 16.)

los pecadores. Quien quiera ver lo que puede la oracion, lea los anales de esta asociacion, y verá maravillas. Verá conversiones sin cuento de pecadores obstinados, enfermedades curadas milagrosamente, parroquias enteras reformadas en brevísimo tiempo; y todo fruto de las oraciones.

Lo mismo ahora que antes, la Iglesia entera atestigua la verdad de lo que vamos diciendo. Así lo han entendido los Santos, y por muchas que hayan sido sus ocupaciones, siempre han hallado tiempo para dedicarse á la oracion, pues en ella encontraban lo que en la tierra no se halla, que es la luz y la gracia necesaria para sí y para el prójimo. Si de dia no tenían lugar, lo buscaban de noche, y salían ganando, por lo mucho que favorecen al recogimiento las tinieblas. Nos maravillamos de lo mucho que hicieron un San Francisco de Sales, un San Francisco Javier, un San Alfonso María de Ligorio; y sin embargo, esos hombres tuvieron tiempo de orar, y de orar largamente; y lejos de creerse dispensados de orar, por sus gravísimos cargos, por eso mismo se creían más obligados á hacerlo. Entendían que un hombre apostólico sin oracion, es un soldado sin armas, y que, siendo la conversion de los pecadores obra de aquel Señor que es dueño de los corazones, más se adelanta abogando por ellos en

su divino acatamiento , que por otro medio alguno.

No extrañaremos que sintiesen así los Santos ; si recordamos la preferencia que daban los Apóstoles á la oracion , sobre todos los demas ejercicios de su ministerio. No pudiendo atender á todo , ordenaron diáconos que los ayudasen , y les dieron cargos importantisimos. ¿ Y qué se reservaron para sí ? Lo que creyeron más importante sin duda. « *Nosotros , dijeron , nos dedicaremos á la oracion y á la predicacion de la divina palabra* »¹. » Es decir , á nosotros nos toca hablar á Dios en nombre del pueblo , y al pueblo en nombre de Dios ; abogar por los pecadores delante de Dios , y defender la causa de Dios delante de los pecadores.

Poco despues , los vemos distribuirse toda la tierra , y andarla toda á paso de gigante , y fundar en ella el reino de Cristo. ¿ Y con qué armas derrotaron al demonio que en ella reinaba ? Con la oracion y la palabra divina.

Oraban los Apóstoles , y no oraban solos , pues oraba con ellos , y por ellos , un corazon más apostólico que el suyo , y con ruegos mucho más eficaces. Peleaban ellos en todos los ángulos del mundo las batallas de Cristo , y María Santisima con su oracion les daba aliento , y les alcanzaba la victoria. Levantaba al cie-

¹ Act. VI. 4.

lo las manos, y del trono de su Hijo hacia bajar torrentes de gracia, con los que fructificaban los trabajos apostólicos. Oraba la Madre de Dios, y bien podemos asegurar que contribuía más á la conversion del mundo su oracion, que cuanto pudieron hacer y padecer los discípulos de Cristo. Mucho debe animar este ejemplo á aquellas personas religiosas que no pueden desfogar el celo que las devora sino con fervientes súplicas; pues con ellas, á imitacion de la Santísima Virgen, podrán sacar muchas almas del abismo de la perdicion.

Á los ejemplos citados añadamos el más admirable de todos, que es el de la vida de Cristo nuestro Señor. En aquella primera edad, en la que carece el hombre de fuerzas físicas, intelectuales y morales, y no vive sino á medias en el mundo, sin conocer ni ser conocido de los hombres, ¿qué hizo el Divino Salvador? Sometiéndose voluntariamente á las leyes que nos impone nuestra flaqueza, callaba delante de los hombres, y hablaba á solas con Dios, negociando nuestra salvacion. En el seno de su Madre nos amaba, y por nosotros oraba, y nos agenciaba los bienes eternos. En su vida oculta de Nazaret trabajaban sus brazos, pero amaba y oraba su corazon, y no ménos eficazmente labraba nuestra eterna dicha en Nazaret, que en el Calvario.

Más que todos los argumentos y que todas las razones, vale el ejemplo de Cristo en su vida oculta, para encomiar el Apostolado de la Oracion. Seria un misterio incomprensible esa serie de años pasados entre las cuatro paredes de una casita humilde, si no supiéramos que en ese vivir tan retirado, y en ese trabajo tan abyecto, pretendia el Señor darnos á conocer lo que valen los más bajos oficios, si los santifica el celo y la oracion, para alcanzar gracias del cielo, y salvar almas. Pues ¿qué otro fin se propuso Cristo al bajar al mundo sino salvarnos? ¿No fué este su único negocio, y el blanco de todas sus obras y trabajos é incesantes desvelos? Nadie se atreverá á negarlo. Pues, concedido esto, necesario es conceder que los treinta años de su vida oculta los encaminó á este fin de la salvacion de las almas, no ménos que los tres de su predicacion. Y al consagrar diez veces más tiempo al Apostolado, de la oracion que al de la palabra, parece que veia en el primero cierta mayor eficacia que en el segundo para lograr su fin.

Si así lo entendió el Señor, así lo hemos de entender nosotros; pues Cristo es nuestro maestro, y su vida una continua enseñanza. Cada palabra suya, cada accion, cada movimiento, es una leccion que debemos estudiar con la mayor atencion posible, para conformar con ella

nuestra vida. ¿Qué diremos, pues, de esa larga leccion de treinta años? ¿No bastará para hacernos dejar ese error grosero, harto comun en el mundo, de medir el mérito y valor de las obras por el aparato exterior, y por ciertos frutos que se tocan con la mano y se ven al ojo, y por lo tanto nos contentan más que otros ménos visibles, pero más sólidos?

Y nótese que el Apostolado oculto de treinta años dedicados á la oracion, no se interrumpió con la vida pública del Sãlvador; pues sabemos que dió principio á ella con una prolongada oracion de cuarenta dias y cuarenta noches en el desierto; que muy á menudo se retiraba á orar; que pasaba las noches en oracion continua; que no hacia cosa alguna de entidad sin retirarse primero á la soledad á pedir el favor divino, como cuando se dispuso á elegir á los Apóstoles. En la oracion hallaba su descanso despues de las tareas del dia, y con ella recobraba las fuerzas gastadas para volver al trabajo.

Nadie negará, al considerar estos ejemplos del Maestro divino, que el Apostolado de al Oracion lleva muchas ventajas al de la palabra.

Basta recordar que de los treinta y tres años de su vida, pasó el Señor treinta dedicado al primero, y que de los tres restantes, consagró

á él la mayor parte de un tiempo que parecia harto escaso para darse á conocer al mundo y predicar la palabra divina.

ARTÍCULO IX.

Causas de la ineficacia de nuestras oraciones, y condiciones que deben tener.

LA vida toda del Salvador es la prueba irrecusable de los privilegios concedidos á la oracion, de los elogios que de ella hizo, y de las promesas á ella ligadas.

Y sin embargo, á esa prueba como que falta un sello que, aunque de orden muy inferior, sería más decisivo para nosotros, y es el sello de la experiencia propia. Mas ¡ay!, que, por desgracia, ésta parece desmentir las promesas divinas. ¡Cuántas veces no hemos rogado sin ser oídos! ¡Cuántas no hemos buscado, sin hallar nada! ¡Cuántas no hemos llamado, sin que nos abrieran la puerta! Por eso el desaliento destruye la confianza que podian inspirarnos las positivas afirmaciones del Salvador.

Pero ¿será posible que no haya nada que oponer á esa experiencia? ¡Vaya si hay que oponer! Ilusion, y sólo ilusion, puede ser lo que está en oposicion manifiesta con la palabra infalible de la Verdad suprema. No repetiremos lo que hemos demostrado ya, á saber : que al

rogar por los pecadores, puede Dios oírnos, sin que nuestras oraciones obtengan resultado pleno, á causa de la resistencia libre de aquellos por quienes las hacemos. En tal caso, sin embargo, el mérito de nuestra oracion es igual, y quizás mayor, que si viéramos colmados nuestros votos: Dios, por su parte, hace aún de sobra por iluminar y vivificar esas almas encomendadas por nosotros á su misericordia; ¿y sólo porque ellas prefieran libremente las tinieblas á la luz y la muerte á la vida, nos creeremos con derecho á quejarnos del cielo?

¿Pues qué, si nuestras oraciones acaso están ya oídas en los divinos decretos, por más que aún no hayamos visto sus efectos? Seres temporales, limitados al rápido instante del momento presente, nos impacientamos mucho, deseando palpar desde luego las promesas que nos están hechas; y como damos poco valor á lo futuro, quisiéramos imponer á las obras de Dios la ley de nuestra impaciencia. ¿Qué mayor injusticia? ¿Deseamos que Dios nos oiga? Pues dejémosle oírnos como Dios. Lo ménos que puede exigirse de un mendigo es que aguarde sin impaciencia el momento que la sabiduría de su generoso bienhechor ha fijado para comunicarle sus tesoros. Nada gusta tanto á Dios como esta resignacion, ni hay cosa

más instantemente encomendada en las Sagradas Escrituras.

Así que , no debemos apresurarnos á decir que no hemos sido oídos ; creamos , por el contrario , que lo somos , ó lo seremos infaliblemente. Esta filial confianza bastará por sí sola para obtener de Dios cualquiera gracia por algun tiempo diferida , mientras que la desconfianza , induciéndonos á quejarnos prematuramente de su bondad , podría privarnos de los dones que estuviera dispuesto á conceder á nuestros ruegos.

I. Y en efecto , si de ordinario nuestras oraciones mueven poco el corazon de Dios , es porque les faltan las condiciones á que está vinculada su eficacia : *Fe viva y firme confianza*, he ahí la primera.

Cristo lo dice en términos precisos : « Todo cuanto pidiéreis *con fe*, lo recibireis ¹; » ó como dice San Marcos : « Todo cuanto pidiéreis en vuestras oraciones , *creed* que lo habeis de recibir , y se os concederá ². » También los Apóstoles entendieron así las promesas hechas á la oracion por su Divino Maestro. Oid , si no , la interpretacion de Santiago : « Si alguno de vosotros , dice á los fieles , se siente falto de sabi-

¹ Quæcumque petieritis in oratione *credentes*, accipietis. (Matth. XXI. 22.)

² *credite* quia accipietis, et evenient vobis. (Marc. XI. 24.)

duria, pídale á Dios, que á todos la concede en abundancia...., y le será otorgada. Pero pídale *con fe*, sin *desconfianza* alguna; porque el que desconfía es semejante á la ola del mar, movida y llevada del viento á todas partes; ni puede tal hombre esperar recibir de Dios algo ¹.»

Y verdaderamente, ¿quién no ve que la oracion desconfiada tiene más de injuria que de homenaje á la bondad divina? ¿Qué padre no se daría por ultrajado de su hijo, oyéndole pedir desconfiadamente el necesario sustento, ó algun remedio á su salud indispensable? Pedir con desconfianza bienes sobrenaturales á quien nos prodiga el aire, la luz, cuanto es necesario y áun supérfluo en el orden de la naturaleza, ¿no seria suponer en él mayor estima de la salud y vida de los cuerpos, que de la salud y vida de las almas? ¿Y habremos nosotros, criaturas racionales, de negar á Dios esa filial confianza en su paternal Providencia, que aún las plantas y animales nos enseñan? ¿Y no nos resolveremos á esperar todo de Dios? Dudar del amor del que nos dió á su único Hijo, entregándolo por nosotros á la muerte; suponer

¹ postulet autem *in fide*, *nihil hæsítans* : qui enim hæsítat, similis est fluctui maris, qui a vento movetur et circumfertur: Non ergo æstimet homo ille quod accipiat aliquid a Dominis. (Jac. I. 5-7.)

á Dios indiferente al único interes que puede tener en el gobierno de sus criaturas, la glorificacion suya y la glorificacion del Verbo encarnado, intimamente ligadas una y otra á nuestra salvacion eterna, es hacer á Dios reo de una inconsecuencia de que seria incapaz el último de los hombres. Pues eso hace, á lo ménos implicitamente, quien ora con desconfianza.

Pero, entendámoslo bien; esa *fe*, condicion de la eficacia de nuestras oraciones, y poderoso medio de alcanzar bienes sobrenaturales, es tambien don sobrenatural, fruto, por consiguiente, de la oracion misma. En lo cual, lejos de incurrir en un círculo vicioso, tenemos el más consolador de todos los recursos cuantos no sentimos aún en nuestro corazon esa confianza sin límites con que los Santos trasladaban los montes, mandaban á la naturaleza y tenian á su disposicion al mismo Dios.

Dejemos ya de maravillarnos de que esa fe divina no sea fruto propio de nuestro corazon de tierra; del cielo ha de venirnos, y en el seno de Dios hemos de ir á buscarla, ó mejor, recibirla de sus manos. La luz de esa fe y el aire vivificante de esa confianza nos los concede Dios tan liberalmente como la luz del sol y el aire que respiramos. Recibamos la gracia presente, que con ella conseguiremos otras mayores. Digamos al Señor con el ciego: «Creo,

pero ayuda mi desconfianza;» ó con los Apóstoles: «Aumenta mi fe,» y éloirá infaliblemente esta oracion, porque en ella consiste la verdadera sabiduría, que no es aceptadora de personas.

II. Otra condicion que gusta á Dios tanto como la confianza, y que, cuanto en más alto grado la poseán nuestras oraciones, tanto más pronto serán oídas, es la *humildad*, segunda fuente de su eficacia.

Más arriba hemos dicho que si la oracion en cierto modo obliga á Dios á ser liberal y espléndido con nosotros, precisamente es porque la oracion, al par que nos comunica toda la energía de que es capaz la voluntad humana, mantiene maravillosamente la absoluta dependencia que del Criador tiene la criatura. Naturalmente magnífico y dadivoso por esencia, ménos le cuesta á Dios la concesion que la repulsa; pero, sin contradecirse á sí mismo, no puede consentir en que sus dones fomenten la mentira. Dios, es verdad, sólo puede oír oraciones que la verdad inspira, y delante de Dios, la verdad de la criatura es su nada. Pues anonadémonos ante el divino acatamiento, y Dios no podrá ménos de mirarnos complacido. «La oracion del que se humilla penetrará los cielos¹,» dice el Sabio. ¿Cómo dejará de oírnos el

¹ Oratio humiliantis se, nubes penetrabit. (Eccli. XXXV. 21.)

que da su gracia á los humildes y resiste á los soberbios ¹? Las oraciones de los humildes jamás dejan de atraer las miradas divinas; sus ruegos nunca son despreciados ².

Fijaos en dos hombres, de quien nos dice el Evangelio que estaban orando juntos en el templo. Ilustre el uno por su ciencia y por el brillo de sus hechos, mantiene y defiende con celo incorruptible hasta las más mínimas observancias de la ley recibida de sus padres; imponiéndose numerosos sacrificios, hace continua y prolija oracion, ya en el templo, ya en las plazas públicas, y emplea en limosnas una parte considerable de su hacienda. El otro, por el contrario, miembro de una clase desacreditada, con quien comparte un justo y universal desprecio, sólo puede ofrecer á Dios golpes de pecho en vez de buenas obras, pecados en vez de sacrificios; pero mientras aquél, tan ilustre y estimado, lleno de orgullo, se atribuye á sí mismo sus virtudes, él, tan despreciable y tan despreciado, lleno de humildad, reconoce en la presencia de Dios su indignidad y miseria. ¿Cuál será el fruto de la oracion de entrambos? El Salvador va á decirnoslo. El segundo saldrá

¹ Deus superbis resistit; humilibus autem dat gratiam. (Jac. IV. 6.—I Petr. V. 5.)

² Respexit in orationem humilium; et non sprexit precem eorum. (Ps. CI. 18.)

del templo justificado, y el primero condenado: porque, «los que se humillan serán ensalzados, y los que se ensalzan serán humillados¹.»

¿Qué mejor prueba pudo darnos el Divino Maestro de la importancia de la humildad, como fuente de la eficacia de nuestras oraciones? En el misterio de la Encarnacion, sin embargo, resplandece más sensiblemente aún esta verdad importante. ¿Quién podrá dudar del irresistible atractivo que para el corazon de Dios tiene la oracion humilde, viéndole á él mismo bajar del cielo á la tierra, movido de su encanto? ¿Y no es la humildad de María Santísima la que presta á la Bondad divina el más eficaz concurso en el cumplimiento de sus admirables designios?

Llora Daniel, cubierto de ceniza, los pecados de su pueblo, que la humildad le obliga á mirar como propios, y Dios, herido en su corazon por la oracion humilde del Profeta, manda al Arcángel San Gabriel que le anuncie cómo sus ardientes y humildes ruegos han abreviado el plazo de los divinos decretos, y acelerado la venida del Redentor. Y pasan sesenta y cuatro semanas de años, y el glorioso Arcángel se

¹ Descendit hic justificatus in domum suam ab illo; quia omnis qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur. (Luc. XVIII. 14.)

presenta ante la criatura predestinada á ser Madre de su Criador, enviado del Altísimo, para ponerla en posesion de una dignidad que la eleva infinitamente sobre toda grandeza criada, anunciándole el cumplimiento del gran misterio preparado desde el origen de los tiempos; misterio de amor que no puede llevarse á cabo sin la cooperacion de María Santísima, á cuya humildad está reservado el consentimiento decisivo. ¿Qué hará la Reina de cielos y tierra? En un éxtasis de humildad sin ejemplo, declárase esclava del Señor, pronuncia el *fiat* que Dios aguarda, y el mundo experimenta una nueva creacion. Al *fiat* de la divina omnipotencia, la luz y el universo visibles surgen del caos: al *fiat* de la humildad de la Virgen, la luz increada del Verbo luce en la tierra, y del caos del pecado surgen las maravillas de la gracia. Por eso María, despues de Dios, á sola su humildad atribuye tan grande obra: «porque el Señor puso los ojos en la humildad de su esclava¹.»

Todas las prerogativas de la excelsa Señora contribuyeron sin duda á hacerla digna esposa del Padre celestial y santuario del Espíritu Santo; todas sus virtudes entraron por mucho en la violencia que el suave perfume de sus ora-

¹. Luc. I. 48.

ciones hizo al Verbo de Dios ; pero es innegable que á su humildad corresponde la parte principal en tan grande obra. ¿Qué otra virtud, sino la humildad de la segunda Eva , podia reparar los daños causados por la soberbia de la primera ?

Hé ahí el perfecto modelo del Apostolado de la Oracion. Su fin no es otro que llevar á cabo la obra anticipada por la humilde oracion de Daniel, y cumplida por la humilde oracion de María. Trátase de conseguir de Dios la efusion completa de las gracias depositadas en toda su plenitud en el seno de María; y nuestras humildes oraciones pueden servirles de cauce. Lloremos nuestros pecados y los del pueblo; reconozcámonos indignos de las misericordias divinas, sin dejar de solicitarlas con fervientes súplicas , y no dudemos que la humildad de nuestros ruegos abreviará los tiempos y apresurará la salud del mundo.

III.—La tercera condicion , que asegura el fruto de nuestras oraciones, y sin la cual fácilmente serán ineficaces, es la *perseverancia*.

¿Qué mérito tendria nuestra fe , si las gracias que pedimos nos fuesen otorgadas de seguida? Sin perseverancia en la oracion dificilmente se llega en muchos casos á aquel grado de madurez y perfeccion tan característico de una voluntad buena. «Dios , dice San Agustín,

diffiriendo nuestras peticiones ensancha el deseo, y dilatada el alma, la hace capaz de gracias mayores ¹.» «Pide, busca, insiste, añade el Santo Doctor; pidiendo y buscando creces en disposicion; guárdate Dios lo que no quiere darte luégo, para que aprendas á desear mucho, lo que mucho vale ².»

El deseo es al alma lo que la sed y el hambre al cuerpo. La medida de la hartura es el hambre: por eso dijo Jesucristo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos.» De aquí que muchas veces, por lo mucho que nos ama, da largas el Señor á nuestros ruegos; porque así nos hace estimar más y más la gracia, y deseándola con más sinceridad, disponernos á recibirla más abundante. Añadamos á esto, de acuerdo con el mismo San Agustin, que Dios á veces nos difiere la gracia que le pedimos, para dárnosla en el momento oportuno, en que nos ha de ser más provechosa ³.

Perseveremos, pues, en la oracion; porque

¹ Deus differendo extendit desiderium, desiderio extendit animam, extendendo facit magis capacem. (Tract. IV. in Psalm.)

² Pete, quære, insta; petendo et quærendo crescit, ut capias. Servat tibi Deus, quod non vult cito dare; ut et tu discas magna magne desiderare. (Serm. V. de verb. Dñi.—Migne. 61 de Peript.)

³ Quædam non negantur, sed ut congruo dentur tempore differuntur. (Tract. CII. in Jo.)

el divino Maestro nos recomienda orar siempre, y no cansarnos ¹. Perseveremos en la oracion, porque es imposible invocar constantemente el auxilio de Dios y no alcanzarlo, tender á él y quedar burlados. Así que la perseverancia en la oracion nos asegura en cierto modo la perseverancia en la gracia y una buena muerte.

Por lo demas, no es tan difícil como puede creerse á primera vista, el poner en práctica el consejo del Salvador: «Conviene orar siempre.» —«Causa de la oracion, dice Santo Tomas, es el deseo de la caridad, de donde procede aquélla; y este deseo debe ser continuo en nosotros, ó en acto, ó en la disposicion de la voluntad, la cual disposicion existe en cuanto hacemos por caridad ².»

San Agustin tambien enseña que por la fe, la esperanza y la caridad estamos siempre en oracion continua ³. Explicando á continuacion el Santo Doctor el consejo del Salvador, de no recargar nuestras oraciones de palabras, dice: «No es orar mucho el hablar mucho en

¹ Oportet semper orare et non deficere. (Luc. XVIII. 1.)

² Causa orationis est desiderium charitatis, ex quo procedere debet oratio; quod quidem debet esse in nobis continuum vel actu vel virtute; manet enim virtus hujus desiderii in omnibus quæ ex charitate facimus. (S. Th. 2. 2. q. 33. a. 14.)

³ In ipsa fide, spe et charitate, continuato desiderio semper oramus. (S. Aug. Ep. 121. c. 1.)

la oracion: que una cosa es la palabreria y otra el prolongado afecto. Escrito está del Señor, que perseveraba en oracion, orando prolijamente para darnos ejemplo. Desterremos de la oracion las muchas palabras, no el mucho ruego, perseverando con fervor en nuestras intenciones. Mucho hablar en la oracion es pedir lo que necesitamos con superfluidad de palabras. Y casi siempre nuestro provecho más que con palabras se logra con gemidos ¹.»

Acabamos de explicar las condiciones requeridas para que la oracion pueda prometerse fruto. No olvidemos que, puestas ellas, es *imposible*, palabra de Santo Tomas, no obtener lo que se pide. De consiguiente, si no queremos, lo que ni aún imaginarse puede, dar un mentis á la Verdad eterna, tengamos por cierto que cuantas veces hemos orado con las condiciones dichas, nuestras oraciones han sido oídas, aún cuando no lo hayamos echado de ver. Creamos esto, como creemos todos los misterios; que este misterio de la oracion, cuanto más

¹ Non est hoc orare in multiloquio, si diutius oretur; aliud est *sermo multus*, aliud *diuturnus affectus*. Nam et de ipso Domino scriptum est, quod perseveraverit in oratione et quod prolixius oraverit, ut nobis præberet exemplum. Absit in oratione multa locutio, sed non desit multa precatio, si fervens perseverat intentio. Nam multum loqui est in orando rem necessariam superfluis agere verbis. Plerumque autem hoc negotium plus gemitibus, quam sermonibus agitur. (Ep. 121.)

se escape á nuestros sentidos, tanto será más consolador para nuestra fe.

ARTÍCULO X.

Resúmen de todo lo dicho sobre la oracion.

LA oracion es el medio seguro, concedido al hombre, de hacer bajar á su corazon débil la gracia omnipotente de Dios. Es la condicion esencial de la vida sobrenatural, y el medio más *fácil*, más *indispensable*, más *universal*, y más *eficaz* de salvacion eterna. Con la oracion el hombre se acerca á Dios, y ejerce en favor de sus hermanos un apostolado útil y fecundo en frutos sabrosísimos. En virtud de las promesas á ella hechas, la oracion, adornada de las condiciones necesarias, tiene una eficacia sin término, cuya accion é infalibles resultados no conocen otros límites que la bondad y el poder infinito de Dios. Verdad es que en ciertas circunstancias la malicia de una voluntad obstinada en el mal puede hacer estériles las gracias mas preciosas; pero no es ménos cierto que la llave de la oracion habrá abierto á esa voluntad criminal los tesoros de la gracia. Y si el alma fiel y suplicante, interesada en la salvacion del pecador, no se cansa de orar y de esperar; si, con sacrificios generosos, sabe comprar y pa-

gar una conquista que en los designios de Dios es á veces el premio de la confianza heroica, del sufrimiento y del martirio : es difícil que, tarde ó temprano, no reciba la recompensa de sus perseverantes esfuerzos. Las excepciones de esta regla no pasarán nunca de excepciones; porque el poder de la oracion es el de la caridad y del amor, y el amor es fuerte como la muerte.

Por lo demas, en el gran dia en que se revele el misterio de las justicias divinas, se revelarán tambien los secretos de las divinas misericordias y los milagros de la gracia obtenidos con oraciones, á que Dios parecia hacerse sordo. Entónces muy especialmente justificará el Señor la verdad de sus promesas, y triunfará de las injustas acusaciones de la desconfianza ¹.

Aguardemos ese dia con paciencia, y entre tanto oremos y esperemos. «De la mañana á la noche espere Israel en el Señor; que misericordia hay en él, y precio copioso para nuestro rescate ².»

Cuéntase de un famoso geómetra de la antigüedad, que, admirado del poder de la palanca, decia : «Dadme una palanca y un punto de

¹ Ut justificeris in sermonibus tuis, et vincas cum judicaris. (Ps. L. 6.)

² A custodia matutina usque ad noctem, speret Israel in Domino. Quia apud Dominum misericordia, et copiosa apud eum redemptio. (Ps. CXXIX. 6. 7.)

apoyo, y yo levantaré la tierra.»—Pedia un imposible para realizar una cosa inútil. No, no es el mundo físico, sino el mundo moral, el que necesita que lo levanten. Las almas, caídas de su primitiva grandeza, que se arrastran por el fango, son las que es menester regenerar, para volverlas á su cielo. El hombre derribado, esclavo vil de las pasiones más bajas, y materializado en cierto modo, es el que necesita que lo realcen, espiritualicen y divinicen. Tal es la grandiosa obra emprendida por Dios, hecho hombre para salvar al hombre, que deben continuar sus ministros, y á cuyo éxito ha de co-operar todo cristiano.

Más afortunados que Arquímedes, hemos encontrado el punto de apoyo que á él le faltaba; y en las manos tenemos la poderosa palanca que inútilmente pedía.

El punto de apoyo es Dios mismo, su palabra infalible, sus promesas infrustrables: que antes pasarán los cielos y la tierra.

La palanca es la oracion: la oracion, á quien Dios ha concedido el derecho de poner preceptos á su bondad, á su sabiduría y á su poder infinitos.

Bastante dejamos dicho para dar á entender la solidez de tal punto de apoyo y la fuerza de tal palanca.

Pero esa fuerza, inmensa de suyo, es sin

embargo susceptible de aumento. Tanto mayor es el poder de la palanca, cuanto más largo su brazo y mayor el número de manos que se adunan para moverla. Asimismo la oracion, tanto más irresistible poder alcanza sobre el corazon de Dios, cuanto mayor sea el número de personas que la hagan. Y de este medio de acrecentar indefinidamente el poder de nuestras oraciones vamos á tratar en el capítulo que sigue.



CAPÍTULO II.

Segunda fuente de la eficacia del Apostolado.

LA ASOCIACION.



ARTÍCULO I.

Promesas de Nuestro Señor á la oracion hecha en comun



ANTES de investigar las razones del poder que hemos atribuido á la Asociacion, conviene asegurarnos de su existencia.

Oigamos al Divino Maestro: «Vuelvo á decir, que si dos de vosotros os poneis de acuerdo acá abajo para pedir una cosa, sea lo que fuere, os la concederá mi Padre, que está en los cielos ¹.» Y la razon que da de esa eficacia, nacida de la asociacion, es que allí donde dos corazones se unen para orar, hay siempre otro tercer corazon, que ora con ellos, y cuyos ruegos no pueden dejar de ser oidos por Dios Padre: este corazon es el suyo. Siempre pre-

¹ Iterum dico vobis, quia si duo ex vobis consenserint super terram, de omnire quaecumque petierint, fiet illis a Patre meo, qui in cœli est. (Matth. XVIII. 19.)

sente en todos y cada uno de sus miembros, lo está mucho más entre aquellos que se unen entre sí estrechamente; porque él lo dijo: «Donde hay dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos'.» Por eso también, al enseñarnos cómo debíamos orar, no nos permitió aislarnos de nuestros hermanos, sino quiso que nuestra oracion sea comun: «Así, dice, habeis de orar: Padre *nuestro*, que estás en los cielos.... el pan *nuestro* de cada día dánosle hoy.... perdónanos *nuestras* deudas.... no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen'.»

Tal es la fórmula divina, que pronunció, el primero de todos, el Salvador del mundo, y viene hasta hoy pronunciándose diariamente en la Iglesia por los fieles todos; esta es la oracion católica, la oracion por excelencia: *Sic.... orabitur.... Pater NOSTER.... panem NOSTRUM.... Da NOBIS.... Dimite NOBIS debita NOSTRA.... etc.*

Aquí viene muy á propósito una observacion de San Cipriano: «no decimos Padre *mio*, sino *nuestro*; ni *dame*, sino *danos*, porque el Doctor de la Unidad no quiso oraciones privadas, es decir, que cada uno rogase por sí sólo. Por to-

¹ Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum. (Matth. 18. 20.)

² Matth. VI. 9-13.

dos quiso que cada uno pidiera lo mismo, el que á todos en sí nos hizo unos ¹.»

No basta, sin embargo, creer esta verdad, sino que es menester tratar de entenderla. Porque, lejos de haber presuncion alguna de nuestra parte en querer profundizar los designios de la Bondad divina, á ello nos obliga la gratitud para que podamos prestarles la cooperacion que nuestras fuerzas nos permitan.

ARTÍCULO II.

Motivos de las promesas hechas á la oracion, sacados de la naturaleza de Dios.

NECESARIO es confesarlo : en la investigacion de estos designios de la divina misericordia vamos de misterio en misterio ; pero misterios de amor, que responden á los más íntimos é irresistibles instintos del corazon, y que concilian todas las contradicciones de nuestra naturaleza. Somos por demas débiles, y sentimos sin embargo en nosotros el instinto de la fuerza; vivimos en lo presente, y no nos satisfacemos, si no nos aseguramos de lo porvenir; somos infinitamente pobres, y necesitamos ser

¹ Ideo non dicimus *Pater meus*, sed *noster*; nec *da mibi*, sed *da nobis*, quia unitatis magister noluit privatim precem fieri, ut scilicet quis pro se tantum precetur. Unum enim orare pro omnibus voluit, qui in uno omnes portavit. (S. Cypr. De orat. Dom.)

ricos : en cada abismo de nuestra miseria y nada, descubrimos otro abismo de perfeccion y de grandeza. La oracion junta esos abismos, poniendo en comunicacion el abismo de la pequeñez y de la debilidad humana con el abismo de la perfeccion, de la riqueza, del poder divino; por ella, como por un canal, se derrama en la nada el infinito, llenándola de sí mismo.

Fijémonos ahora en otro secreto, que nos revela Dios para levantarnos hasta sí. Para ser semejantes á Dios, no nos basta ser inmortales como él, y como él ricos y poderosos en supremo grado, sino que ademas necesitamos poder como él comunicar esos mismos bienes á otros seres iguales á nosotros, de quienes recíprocamente los recibamos. En este trueque, que hacen entre sí muchos corazones unidos por el vínculo del amor, hay una dicha incomparablemente mayor que la que nace de la egoista contemplacion y goce de las propias riquezas. Precisamente por esto en la asociacion inefable de las tres personas divinas, en la comunicacion eterna, continua, completa, recíproca de todos sus bienes, consiste y se consuma la perfeccion y la dicha de Dios. El poder, la sabiduría, la bondad, todos los atributos divinos están en Dios Padre en grado infinito; y sin embargo no pueden ponerse en accion

sino en cuanto se comunican al Verbo y al Espíritu Santo; y tan necesaria es á Dios esta comunicacion como su infinidad misma. Dios no seria Dios si estuviera solo; y aunque cada una de las divinas personas es infinita, infinito faltaria á cada una, si, por imposible, existiera sola, puesto que careceria entónces de la suprema perfeccion y suprema dicha que hay en hacer á otros dichosos.

Con este misterio de la asociacion de las tres Personas divinas, misterio el más sublime de nuestra fe, se relaciona el misterio más excelente de nuestra naturaleza.

Mirándonos á nosotros, todo parece condenarnos al egoismo; y sin embargo una necesidad irresistible nos lleva á la asociacion. De creer á los sentidos, y hasta cierto punto, á la razon, parece que la fuerza, la vida, la dicha, consisten en encerrarse en sí mismo, haciendo que nos sirvan todas las cosas; y no obstante nuestros mejores instintos nos obligan, á pesar nuestro, á salir fuera de nosotros para vivir en los demas, y buscar en nuestra union con ellos una fuerza, plenitud y contento, que en vano pretenderíamos encontrar en nosotros solos.

Esto, á quien no conoce la Trinidad divina, ofrece un misterio inconcebible y una contradiccion inexplicable. Porque, consistiendo la perfeccion del hombre en acercarse cuanto

pueda á Dios, es evidente que, si Dios tiene su dicha en encerrarse en sí, para gozar de sí, en ese supremo amor de sí mismo ha de consistir tambien la dicha suprema del hombre. Para nosotros, cristianos, que sabemos por la fe que en Dios mismo, la vida, y por consiguiente la dicha, que es la plenitud de la vida, no existen, sino á condicion de comunicarse, nada tiene de maravillosa esta imposibilidad, en que él nos ha puesto, de gozar solos de nuestra perfeccion y de nuestra dicha, dando á la asociacion virtud de centuplicar nuestra riqueza y nuestra fuerza.

Y he ahí cómo el misterio inexplicable de la Trinidad divina nos explica, con otros muchos de la naturaleza y de la gracia, el misterio, que vamos estudiando, de la asociacion y de su incomparable poder.

Por la oracion, cada cristiano entra en posesion plena de la Omnipotencia Divina; pero, así como Dios Padre solo no puede poner en accion el poder infinito, que por necesidad de naturaleza le conviene, tampoco puede el cristiano poner solo en accion la omnipotencia de que la oracion lo ha revestido. Si quiere que su eficacia sea infalible, necesita unir á su oracion otros corazones animados como él del espiritu de caridad. Admitido el dogma de la Trinidad, la razon, de acuerdo con la fe, dicta

que no puede ser de otra manera. ¿Cómo podría la omnipotencia, que la oración alcanza, regirse por leyes distintas de la natural Omnipotencia divina?

ARTÍCULO III.

La asociación es principio de fuerza en todos los órdenes.

Si del mundo increado, divino, bajamos los ojos al mundo creado que nos rodea, hallaremos en él á cada paso vestigios de esa ley de la divina naturaleza, y pruebas muy notables de la fuerza invencible que comunica la asociación á las criaturas más débiles.

¿Qué cosa más ténue que una hebra de cáñamo? : un soplo la rompe; mas juntad muchas hebras, y formareis cables capaces de arrastrar pesados navíos. ¿Qué cosa menos consistente que una gota de agua? Á la menor presión cede y se escurre. Pero que se reúnan muchas gotas, y al impetu de su corriente cederán los diques mejor contruidos, caerán por tierra, cual si fueran de paja, edificios que el cañon no podría destruir; árboles corpulentos, enormes peñascos serán arrastrados como granos de arena; valles enteros quedarán asolados, y los montes mismos caerán de su asiento. ¿No han sido derrotados ejércitos enteros por enjambres de pequeñísimos insectos? ¿Y á

quién deben su espantoso poder el viento y el vapor, sino á la union ó asociacion de elementos, en sí mismos tan impotentes é impalpables?

¿Pues qué maravilla es ya que el mayor poder del mundo, la voluntad humana, adquiera en la asociacion fuerza poderosísima?

En el órden moral es sobre todo donde la asociacion despliega toda su energia, llegando á verdaderos milagros. ¿No le somos deudores de la satisfaccion de nuestras necesidades físicas, al par que del desarrollo de nuestras facultades intelectuales? Desde la mano del pastor que alimentó á la oveja, de cuyo vellon se hizo la tela, hasta la del sastre que la cortó y cosió sus diferentes piezas, ¿cuántas manos no han tenido que unirse para que podamos vestir el traje más sencillo que nos cubre? ¿Cuántos brazos no han sudado para que podamos llevar á la boca un pedazo de pan, que es el alimento más común que se sirve en nuestra mesa?

Y, ¿qué sería del alma sin la asociacion? El hombre de mayor ingenio no pasaría de idiota, si la sociedad entera no se ocupara en trabajar para él, y por decirlo así, desarrollara las facultades que de Dios ha recibido, y los gérmenes de conocimientos que la naturaleza le ha dado. Todos los adelantos del arte, las maravillas de la industria, los claros hechos de la

historia, los monumentos de la arquitectura, el colosal edificio de las ciencias, ¿ qué son, sino otras tantas pruebas luminosas del sin igual poder de la asociacion, y de las magnificas aplicaciones de la ley promulgada por el Criador en la primera aurora de la vida : «No es bueno que esté el hombre solo ' ? »

ARTÍCULO IV.

Poder de la asociacion en el orden sobrenatural.

DESPUES de lo dicho, entendemos perfectamente cómo al querer Dios hacer una obra más divina que todas las suyas, si es lícito este lenguaje, llamando á todos los hombres á una semejanza con él infinitamente más perfecta que la que ya participan por naturaleza, ha debido tambien llamarlos á formar entre sí una asociacion, más que todas las asociaciones naturales, infinitamente parecida á esa asociacion de luz y de amor que encierra él en sí mismo, y que constituye su perfeccion y su dicha. No nos maravillemos, pues, de que haya concedido á la asociacion sobrenatural de las almas prerogativas verdaderamente divinas, ni de que la haya investido del poder de obrar por

1 Non est bonum esse hominem solum : faciamus ei adjutorium simile sibi. (Gen. II. 18.)

medio de la oracion, cuanto puede obrar él mismo por virtud de su divinidad.

Esta sociedad que forman las almas, imágen perfecta de la Trinidad divina, obra divina entre las divinas, en que la energía de la asociacion se levanta á su mayor potencia, es la Iglesia santa, una, católica y apostólica.

Si contemplamos el desarrollo de ese grano de mostaza, de donde ha salido el gigante árbol que ya cubre la tierra con sus ramas, nos admiraremos de ver cuán débiles fueron sus principios, cuán pocos en número sus primeros elementos, cuán poderosos sus enemigos, y terribles las dificultades que tuvo que vencer. ¡Contad los ataques que la Iglesia ha sufrido, las persecuciones por que ha pasado, las victorias que ha conseguido, y no podreis ménos de admirar la fuerza de su constitucion, la energía perseverante de su accion, y los milagros que ha obrado! ¿Y de dónde saca ese poder sobrehumano? De la asociacion, pero de una asociacion la más perfecta que ha podido imaginarse; asociacion de *entendimientos* en una misma fe; asociacion de *corazones* en un mismo deseo y un mismo amor; asociacion de *voluntades* en una misma obediencia por el cumplimiento de una misma ley; asociacion, en una palabra, de *personas* que tienen unos mismos intereses, unas mis-

mas esperanzas, una misma norma de vida.

Eso es lo que ha hecho á la Iglesia católica fuerte dentro y fuera, invencible á sus enemigos, omnipotente para con sus hijos, victoriosa de las acometidas del infierno, inderrocable á los asaltos que le han dado los poderes todos de la tierra. Por eso mientras que en el mundo todo cae y desaparece, la Iglesia, firme junto á las ruinas que en torno suyo va acumulando la muerte, llena de majestad, va viendo pasar los siglos, siempre viva y siempre vigorosa.

Á esta asociacion católica debe el mundo la luz que lo ilustra, la gracia que lo vivifica, las virtudes que lo honran, las multiplicadas obras de caridad que alivian sus miserias. Ella derrama sobre los hijos fieles todos los tesoros celestiales, la santidad, la paz, la dicha; de esta fecunda raíz nacen, como otros tantos vástagos, todas las santas instituciones que, de Jesucristo acá, refrigeran el mundo con su sombra protectora. Por ella los individuos y los pueblos son grandes, justos y dichosos; ella cura todos los males, y asegura todos los verdaderos bienes.

Al dejar el Salvador la tierra, sólo pidió una cosa para sus discípulos: Padre mio, «que todos sean *uno*; así como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti, que tambien ellos en nosotros sean

uno'.» Hé ahí su último deseo y su última palabra : sólo había venido á la tierra á dejar establecida entre los hombres una semejanza de la sociedad divina. Por toda recompensa á los trabajos y penas que por la gloria de su Padre ha tolerado , se contenta con que esa semejanza sea perfecta y duradera : quiere que la asociacion de las almas sea tan íntima, que se acerque á esa perfecta unidad que tienen las tres divinas Personas. Concédale esto el Padre, y habrá asegurado la fuerza , la prosperidad y la duracion de su obra. Ni quiere para sí más gloria que esta; porque el más divino de todos los milagros , el más victorioso de todos los poderes , y más fecundo entre todos los principios de vida , es sin duda alguna la union de las almas estrechadas y como fundidas en una sola por el fuego de la caridad divina.

ARTÍCULO V.

Poder terrible de la asociacion entre los malos.

CONOCIENDO Satanas ese poder irresistible de la asociacion , ha puesto en accion toda la habilidad de su entendimiento y toda la energia de su voluntad, para oponer á una sociedad de personas que sacrifican sus intereses egois-

1 Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint. (Jo. XVII. 21.)

tas en aras del triunfo de la causa de Dios, otra sociedad, no ménos compacta , de personas que promuevan, á riesgo de sus intereses eternos, el triunfo de la causa del mal. Si la Iglesia de los Santos es la obra maestra del Verbo encarnado, esa infernal iglesia de los malos es la obra maestra del ángel caído, que se muestra en esto, como en todo, segun la expresion de un Santo Padre, la mona de Dios.

El tambien ha dado á su iglesia una organizacion jerárquica , cuyos grados todos están perfectamente ligados entre sí. Á falta de caridad que destruya el egoismo vil y adune los intereses , pone en los corazones de los suyos fuego de odio, que disimule y acalle las rivalidades hasta el día de la victoria. Soberbia de los que menos pueden , sometida á la de los más poderosos; egoismos en todo divididos, y sólo unos en hacer guerra á la caridad. De un lado, concordes negaciones sin afirmacion alguna positiva en que convengan; de otro, constante y perfecto desacuerdo para edificar, unido á la más perfecta concórdia para destruir. Desde el hereje que niega la autoridad de la Iglesia, hasta el panteista y el ateo que niegan á Dios, y el escéptico que lo niega todo, hay innumerables grados , que constituyen otros tantos cuerpos del gran ejército de la negacion, es decir, del ejército de Satanás, el *adver-*

sario , el enemigo de la verdad. Cada una de las negaciones le sirve de mucho, y grandemente se aprovecha de ella en su ocasion y tiempo. Maravilloso es el partido que saca para engañar á las almas, de lo poco de verdad que muchos de sus adeptos conservan; porque le seria perjudicial no enseñar sino puras mentiras. Por eso, lejos de descubrir á todos sus discípulos el fin que pretende, sólo tiene un reducido número de emisarios á quienes ha revelado su secreto : á los demas se lo va comunicando poco á poco, á medida que crecen en malicia. La muchedumbre en sus manos va á ciegas adonde él quiere, guiada de sus pasiones y de sus ideas preconcebidas.

Los proyectos sacrílegos de los prosélitos de Satanas, madurados en los antros infernales, y cubiertos con el velo impenetrable del misterio, tienden al desórden y á la desorganizacion. ¡Cuántas veces sus manejos subterráneos han desquiciado los estados mejor constituidos, echando por tierra reinos y reyes, sepultando en la comun ruina los imperios y las dinastías, las instituciones y los hombres ! Mas el blanco principal de sus odios es la Iglesia, y precisamente contra ella es contra quien *se esfuerzan en prevalecer las puertas del infierno*. Tan impios esfuerzos serán inútiles, ya lo sabemos; pero arrastran entre tanto á los abismos á innu-

merable multitud de víctimas; y diríase que Lucifer, tantas veces vencido, hace hoy el último esfuerzo por quedar de esta hecha encima de Cristo.

Ahora bien: ¿de dónde sacan los malos toda su fuerza? ¿Quién les da esa perniciosa influencia, que los hace ser hoy, más que nunca, el azote del mundo entero? ¡Ah! ¿Quién hay ya que lo ignore? De la asociación les viene toda su fuerza. Lazos secretos ligan á los miembros entre sí; cuantos medios de comunicación ha descubierto la inventiva humana, la prensa, el comercio, las sociedades industriales, la misma beneficencia, el vapor, la electricidad, todo sirve á estrecharlos más y más, haciendo su liga más compacta, su mútua inteligencia más perfecta, su acción más concertada, su influencia más irresistible.

¡Pluguiese á Dios que todos los cristianos desplegasen en servicio de su santa causa tanta actividad, y ¿por qué no decirlo? tanta abnegación, como los ministros de Satanás en el cumplimiento de su obra de destrucción! Pues qué, ¿no los vemos correr de un cabo á otro de Europa, arrostrando todos los peligros, y saltando cuantas barreras hallan en su camino? ¿Y quién apresta los fondos que se necesitan para imprimir tantos malos libros y venderlos á precios tan módicos? ¿Quién cubre los gastos

de esas sociedades de obreros? ¿Quién asalaria esos emisarios que van á tantas y tan lejanas partes? ¡Qué actividad! ¡qué celo! ¡qué horrible abnegacion!

Tambien tiene esa iglesia sus sacramentos, y hasta abominables sacrificios que trata de encubrir, pero que más de una vez han sido descubiertos por disposicion divina.

¿Quién no ha oido hablar de las sociedades secretas, de sus *ventas* y de sus *logias*? ¿Quién no sabe que bajo el manto de la filantropía los verdaderos iniciados encubren y traman las más horribles conjuraciones contra el Señor y su Cristo, contra la Iglesia y su cabeza, contra el poder temporal y los más sagrados intereses de la sociedad? ¿Quién ignora que la ley inviolable de un juramento sacrílego oculta los proyectos satánicos de las primeras autoridades de la secta?

¿No es esta la lucha del mal contra el bien, de las tinieblas contra la luz, del vicio contra la virtud, de la muerte contra la vida, del infierno contra el cielo, de Satanás contra Dios? Sí; y lucha terrible, que, abierta con la defecion del ángel rebelde, no ha cesado de renovarse, bajo distintas formas y con vário éxito, durante el curso de los siglos. Si la naturaleza misma de la guerra disimulada y tenebrosa que el espíritu de la mentira hace al Dios de la

verdad, no nos ocultase la mayor parte de sus manejos; si se pudiera escribir la historia de la iglesia de Satanás, como se ha escrito la historia de la Iglesia de Jesucristo, veríamos qué unidad de designios, qué concordia de esfuerzos, qué táctica tan flexible al par que persistente ha dirigido esa guerra. Reconoceríamos sin dificultad la descendencia de los hijos de Cain y de Canaan, desde el origen de los tiempos hasta nuestros días; y esa historia, por sí sola, sería la prueba más convincente del formidable poder que poseen las personas desde el momento en que se unen. ¿Qué fuerza no tiene la asociacion, pues ha podido disputar la victoria al mismo Dios, y suspender siglos enteros el fruto de los esfuerzos del Verbo encarnado, de los Ángeles y de los Santos? La asociacion, aun en los casos en que no es elemento de bien y de felicidad, persevera, sin embargo, siendo principio de fuerza; y así como en el cielo la asociacion de todos los Santos en unidad de amor, es el manantial de su felicidad divina, así tambien en el infierno la asociacion de los ángeles malos en unidad de odio, es el manantial de su funesto poder. La tierra, colocada entre el cielo y el infierno, es el campo de batalla en que esas dos grandes asociaciones vienen disputándose el imperio hace sesenta siglos.

Esencialmente opuestas en el espíritu que las anima, en las cabezas que las rigen, en las obras que les son propias, en el fin á que tienden, y en el término á que conducen, sólo en una cosa convienen, y es en servir ambas de demostracion palmaria del poder de las personas que se unen para la prosecucion de un mismo intento.

Del cielo viene la una, y al cielo lleva á los hombres, por el camino de la virtud; originaria del infierno la otra, á él arrastra á la mayor parte de sus adeptos, por la ancha via del pecado.

¡Qué de maravillas de un lado, qué de crímenes de otro! Aquí las virtudes más divinas, creciendo y desarrollándose, iluminadas por el sol de la verdad y fecundadas por la caridad: allí vicios repugnantes, que se multiplican, como reptiles impuros, en las sentinas del error. ¿Y á quién hemos de atribuir resultados tan importantes para el bien como para el mal? No nos cansaremos de repetirlo: al poder de la asociacion. La virtud, para ser fecunda, necesita juntarse con la virtud, así como de la union del vicio con el vicio sale su descendencia aterradora.

ARTÍCULO VI.

Conclusion práctica de lo dicho sobre la asociacion, y relaciones entre el Apostolado de la Oracion y la Asociacion de la Propagacion de la Fe.

QUÉ debemos concluir de las consideraciones hechas?

Si la asociacion es el medio infalible establecido por nuestro Señor para asegurar la eficacia omnipotente de la Oracion; si es el lazo que más nos estrecha con Dios; si, aún en el orden natural, es manantial de fuerza irresistible y principio de las más sorprendentes maravillas; si en el orden sobrenatural es el blanco del Hombre-Dios, la condicion de éxito para su obra, y el objeto supremo de sus deseos; si en todos tiempos, y especialmente en este siglo, Satanás y sus satélites han hecho y hacen esfuerzos inauditos para explotar en provecho de su odio infernal, ese poder incomparable: ¿deberemos nosotros cruzarnos de brazos? ¿Es posible que no estemos obligados á hacer un esfuerzo supremo por estrechar los lazos de la caridad divina, para resistir los embates del ejército de Satanás? ¿No habremos de buscar medios de realizar completamente el fin de la venida del Salvador, que fué unirnos en comunión de aspiraciones y súplicas? Si; y en ese sentido hemos de trabajar, si queremos crecer

en fuerza y ganar terreno al enemigo. Nada, pues, hay tan conforme á los deseos del Corazon de Jesus como una asociacion cuyo fin especial es esta union. Nuestro apostolado forma un haz inmenso de todas las personas consagradas de veras á la causa de Dios, y les repite sin cesar, que no están llamadas á salvarse solas, porque tienen en su mano el poder de ayudar muy eficazmente á la Iglesia, trabajando por la salvacion de los prójimos. Esta asociacion generaliza más y más la costumbre santa de orar; propaga y alimenta el celo; despierta en los hijos de la Iglesia el espiritu de amor y sacrificio, y une entre sí los corazones. No puede ménos de ser, por lo tanto, un poderosísimo peso de salvacion puesto en la balanza de los humanos destinos, y un gran auxiliar de la causa de Dios. La aseveracion que acabamos de hacer es tan evidente, que no necesita pruebas.

Sin embargo, fácilmente podrá ocurrir á nuestros lectores una objecion, que vamos á resolver, y es la siguiente: ántes de la creacion de esta obra nueva, existia ya esa Alianza de oraciones en la Asociacion de la Propagacion de la Fe. ¿Qué necesidad hay, pues, de establecer otra asociacion idéntica, que sólo servirá para poner trabas al desarrollo de la primera?

Respondemos que aún enderezándose, como

se endereza, este apostolado á fin, distinto, no puede ménos de ayudar al desarrollo de la Propagacion de la Fe; de lo contrario, nunca jamas habriamos pensado en establecerlo.

Pero, léjos de que haya la menor incompatibilidad entre ambas obras, encontramos, en el prodigioso éxito de la asociacion fundada sesenta años ha, al pié del santuario de Nuestra Señora de Fourvières, uno de los motivos más poderosos para propagar la que nació, cuarenta años hace, cabe el no ménos célebre santuario de Nuestra Señora del Puy. Permitanos el lector que expongamos ligeramente este motivo, y se entenderá mejor nuestro pensamiento.

Ningun católico ignora los magníficos resultados de la Propagacion de la Fe. Sin hablar del fuego sagrado de caridad y de celo que esta asociacion reanima en los cristianos de Europa, generalizando la limosna y la oracion, debemos confesar que á ella y á los recursos pecuniarios que suministra á la mayor parte de los obreros católicos, se debe el que una gran multitud de almas, rescatadas con la sangre del Salvador, consigan su salud eterna. Si en países bárbaros se levantan cada dia nuevas iglesias sobre las ruinas de las pagodas; si tantos millares de niños bautizados en punto de muerte entran en posesion de la celestial herencia; si muchos que de cristianos sólo conservaban el

nombre alcanzan la inesperada dicha de recibir los Sacramentos ántes de espirar; si tantos idólatras, renunciando á sus errores, acuden diariamente á aumentar el rebaño de Jesucristo; si la Iglesia, finalmente, despliega en tan grande escala su accion regeneradora, cumpliendo hoy, acaso mejor que nunca desde los tiempos apostólicos, el mandato del Hijo de Dios de enseñar á todas las gentes; ¿á quién, sino á la obra admirable de la Propagacion de la Fe, se debe todo?

Esa inclinacion á abrazar la religion católica, que se observa hoy en todos los puntos del globo, despues de Dios, á la Propagacion de la Fe se debe principalmente. Tales son los milagros de su obra; milagros que no pueden ponerse en duda.

Y por un contraste que debe llamar la atencion de todo hombre reflexivo, bien pobres y escasos son los recursos con que cuenta la Propagacion de la Fe, comparados con las grandes y múltiples necesidades de nuestros misioneros. Sin embargo, ¡qué resultados tan prodigiosos!

Claro está que no se han de atribuir esos prodigios á las cortas limosnas que se recaudan. La propaganda protestante siembra el oro á manos llenas para hacer prosélitos, y esta es la hora en que aún no ha obrado una sola con-

version verdadera. ¿De dónde, pues, nace esa diferencia? Esto es lo que nos importa entender bien.

Esos tesoros son ciertamente inagotables; pero ¿qué puede un metal frío é inerte, distribuido por unas manos de hielo? Haciendo cuanto justicia se quiera al error invencible en que se hallan algunos herejes, y á la pureza de intencion con que acaso obran siempre, será cierto que esas disposiciones subjetivas no pueden cambiar el carácter y naturaleza de la obra. Ese carácter es la herejía, es decir, la division; lo contrario de la unidad, y por consiguiente de la caridad verdadera. Al corazon que *da* esas limosnas en favor de la propaganda herética, no le mueve un motivo divino; el corazon que las *distribuye* obedece con harta frecuencia al egoismo de un vil interés y de una especulacion indigna. ¿Qué maravilla es que el corazon que *recibe* permanezca insensible á la verdad?

No así en la obra católica: su tesoro es muy escaso; pero ¡cuánto más precioso! Se compone en parte de las generosas ofertas de los ricos iluminados por la fe, que se creen dichosos en poder trocar su oro por almas rescatadas con la sangre de Dios, y destinadas á la felicidad eterna. Pero sobre todo se compone de las limosnas del pobre, fruto de sus ahorros y del sudor de su frente, como el cornadillo de

la viuda del Evangelio; y esa limosna, por escasa que sea, es la limosna de la caridad, hecha por manos caritativas, inspirada por el celo, fecundada por la oracion, vivificada por el amor, teniendo por primer principio y único fin la gloria de Dios y la dicha de los hombres: ¿cómo no ha de herir y mudar los corazones? Hija de la caridad, y regada con los sudores y hasta con la sangre de los ministros del Dios de amor, ¿cómo no ha de ser fecunda en tales manos? Ese es el secreto de los prodigios que nos admiran; ese es el principio vital que comunica á la Propagacion de la Fe su vigor, poder y prosperidad.

Si hemos insistido tanto en este punto, es porque nos importaba mucho; pues que ni podíamos dar á entender nuestro plan ni justificar nuestros proyectos, sino dejando asentada una verdad, que es su llave, y debe ser su inquebrantable fundamento.

En efecto: si á la oracion, á los santos deseos, al celo ardiente de los miembros de la Propagacion de la Fe, unidos á los trabajos y fatigas, y aun á la sangre de los misioneros, debemos atribuir la abundante mies con que Dios corona las empresas de tan dignos operarios, y los rápidos progresos que hace en muchas partes la religion católica; si, no tanto el dinero como la caridad y la oracion de los asociados, prepa-

ran tales maravillas, ocurre naturalmente un pensamiento, y es, qué ventajas no ofrecería una asociacion que, secundando eficazmente Obra tan útil, y moviendo á los fieles á acrecentar sus recursos, se dedicara sin embargo, más que á otra cosa, á la oracion, formando de ella el fin principal de su instituto. Esa Asociacion se dirigiria muy particularmente á los miembros de las comunidades religiosas, tanto más á propósito para socorrer á la Iglesia con la limosna de sus oraciones, cuanto más impedidos están por el voto de pobreza de ayudarla con subsidios pecuniarios. Esa Asociacion, basada en el principio incontestable de que los medios sobrenaturales tienen mayor y más inmediata relacion que los naturales con el fin sobrenatural de la salvacion de las almas, se dedicaria especialisimamente á cultivar esos medios, desarrollando sin cesar en sus miembros el celo, y los enseñaría á pedir constantemente á Dios las gracias necesarias para la conversion de los infieles. Imaginémonos una Alianza compuesta de fieles piadosos, que comprenda un gran número de casas religiosas; supongamos que esas almas, abrasadas en deseos de procurar la gloria de Dios, tratan de suplir con oraciones lo que su condicion no les permite ejecutar con el Apostolado sacerdotal, á fin de atraer sobre los trabajos de los ministros de la Iglesia la gracia.

que convierte las almas : ¿no tendríamos entonces la parte más santa de la Iglesia y sus miembros más distinguidos , pastores y fieles, mancomunando sus esfuerzos, á fin de dar á Dios nuevos hijos? ¿Y qué resultados tan hermosos no darian esas oraciones reunidas? ¿Cómo no habrían de hacer todas juntas una santa y dulce violencia al Corazon de Dios? Todo aseguraria el resultado de tal Asociacion : el cielo que seria su punto de apoyo , la naturaleza de los elementos que entrarian á formarla, y el vasto campo y la perpetuidad de su accion.

Este es el pensamiento que ha dado origen á nuestra obra : para acabar de entenderla, examinemos las diferentes causas que concurren á la propagacion del Evangelio , ya como medios, ya como condiciones.

La fe nace por la predicacion : menester es, pues, ante todo, que la Iglesia envíe á las naciones infieles apóstoles que les anuncien la buena nueva de su salud. Y á Dios gracias, hasta ahora nunca ha dejado de cumplir esta condicion ; nunca han faltado apóstoles á la Iglesia ; y hoy los tiene tal vez en mayor número que otras veces. Muchas Congregaciones religiosas rivalizan en ardor y celo por la propagacion del Evangelio en las naciones bárbaras ; y la Congregacion de la Propaganda es como el resorte principal que activa y regula-

riza el incesante movimiento del Apostolado.

Pero con eso no está hecho todo. ¿Con qué ha de atender el misionero en tan lejanas tierras á su sustento? ¿Con qué acudirá á las necesidades del culto en pueblos tan miserables y desprovistos de todo recurso? ¿Cómo cubrirá los gastos de tan largos y dispendiosos viajes? Claro está que necesita socorros pecuniarios, y que éstos son la condicion necesaria de su existencia y de su accion. De buscar esos socorros se ha encargado precisamente la Obra de la Propagacion de la Fe, y conocido es de todo el mundo el buen éxito con que atiende á tan imperiosa necesidad.

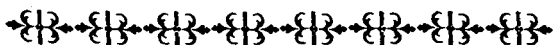
Sin embargo, no está todo hecho con enviar apóstoles, con que esos apóstoles lleguen y con que prediquen: para salvarse se necesita algo más que oír; es menester creer, amar, obrar, y no pocas veces sufrir. Y ¿quién infundirá en un pobre infiel, esclavo de Satanás, esos celestiales sentimientos tan sobre las fuerzas humanas? La gracia, y sólo la gracia: esa es la verdadera causa de nuestra salvacion. La predicacion y la limosna son los medios y las condiciones de la obra divina. Por consiguiente, alcanzando de Dios la gracia, es como más eficazmente puede contribuir un cristiano á la salvacion de los infieles. Ahora bien: el medio más fácil é infalible de alcanzar la gracia, es la

oracion, y sobre todo la oracion de un gran número de almas unidas en el Corazon de Jesus. Es, pues, evidente que tal asociacion no puede menos de ser un gran sosten de las Congregaciones apostólicas y de la Propagacion de la Fe. Esta asociacion prepara el camino á la gracia, disponiendo y procurando aquellas condiciones y medios por donde ordinariamente se comunica; y procura á esos medios y condiciones la gracia misma, sin la que nada pueden.

Bastante hemos dicho ya para dar á conocer, tanto la diferencia que existe entre el Apostolado de la Oracion y la Asociacion de la Propagacion de la Fe, como los lazos que unen ambas obras. La primera, en vez de meter la hoz en la mies de la segunda, le presta importante ayuda, y le sirve de complemento. Recluta sus más útiles miembros entre las comunidades religiosas, que son precisamente las que ménos recursos pecuniarios pueden suministrar á la Propagacion de la Fe; y á los cristianos que viven en el mundo les inculca mucho, y recuerda sin cesar, la grande obligacion de ser celosos. Aunque estrechamente unidas, son, pues, muy distintas ambas asociaciones.

Por si queda alguna duda sobre la utilidad del Apostolado de la Oracion para la Propagacion de la Fe, haremos una pregunta: ¿Qué se necesitaria para que esta Asociacion, ya tan

fecunda, viese en pocos años centuplicados sus haberes, y que en vez de los cinco millones que anualmente recoge, pudiera recoger quinientos? ¿Seria preciso que la riqueza de Europa aumentase en esa proporcion? No: bastaria solamente que el espíritu de fe y de celo adquiriese en el corazon de los cristianos una intensidad cien veces mayor, haciéndole cien veces más fácil el imponer á sus placeres, á la esclavitud de la moda, al lujo en los muebles, el glorioso tributo de la caridad. Y esto es lo que hace nuestra Asociacion, cuyo perpétuo y constante objeto es avivar la llama celestial de la fe y del celo, valiéndose, para conseguirlo del medio más eficaz, que es la oracion.



CAPÍTULO III.

Tercera fuente del poder del Apostolado.

LA UNION CON EL CORAZON DE JESUS.

AÚN podemos profundizar más en el abismo de las misericordias divinas: nos falta por examinar la fuente principal de la eficacia de nuestras oraciones, el más auténtico é irrecusable título de nuestra nobleza, el más sólido apoyo de nuestra esperanza, el más precioso de todos los dones, por medio de los cuales entramos, segun San Pedro, á participar de la naturaleza misma de Dios ¹.

Hemos visto cómo la oracion es la disposicion más conveniente que Dios puede exigir á nuestra debilidad para alcanzar su gracia; y que la Asociacion acrecienta indefinidamente el poder de ese medio de salvacion. Pero la oracion, áun cuando salga del corazon más puro, y se haga con viva fe, profunda humildad, é infati-

¹ Per quem maxima et pretiosa nobis promissa donavit: ut per hæc efficiamini divinæ consortes naturæ. (II. Petr. I. 4.)

gable perseverancia, y lleve al cielo la expresion de muchos deseos unidos en uno solo, ¿dejará de ser obra humana, que no tiene proporcion con la divina gracia, que pretende conseguir?

De ningun modo. La oracion es obra tan divina como la gracia que impetra: divina por la fuente de donde brota, que es el corazon del Verbo encarnado; divina por el principio que la produce, que es el Espíritu Santo. Por eso el Padre, al reconocer en nuestras oraciones la oracion de su Hijo y su Espíritu, no puede ménos de oirlas, y se deja hacer por ellas una dulce violencia, otorgándonos preciosísimos dones.

Estas no son metáforas, sino artículos de fe, tan incontestables como consoladores. Veámoslo.

ARTÍCULO I.

Las oraciones de los cristianos son oraciones de Jesucristo.

ACABAMOS de decir que nuestras oraciones brotan del Corazon de Jesus, de modo que en realidad son más bien de Jesucristo que nuestras. ¿Cómo puede ser esto? Porque en orden á la salvacion, todos los cristianos formamos con Jesucristo un solo cuerpo, cuya cabeza es él, y nosotros los miembros; de

donde se sigue que todas las obras sobrenaturales las previene la inspiracion de Jesucristo, y se empiezan, prosiguen y acaban con su curso.

¡Oh! ¡quién nos diera poder hacer entender á todos los cristianos lo real y divino de este dogma de nuestra incorporacion con Jesucristo!

El bautismo, que obra en nosotros ese milagro, no nos priva, en verdad, ni de nuestra individualidad, ni de nuestra libertad personal. Así como al asimilarnos por la nutricion los alimentos, sus partecitas perseveran distintas de las que de antemano formaban nuestro cuerpo; y lo que hace que esos alimentos formen en adelante una sola cosa con nosotros, es que empiezan á vivir de nuestra vida, y á moverse al imperio de nuestra voluntad, quedando así hechos partes integrantes de un todo, que tiene existencia, vida, movimientos, operaciones y destinos propios: así los cristianos, incorporados con Jesucristo por el bautismo, conservan su existencia individual, aventajándose á las partes puramente materiales de nuestro cuerpo, en que son y continúan siendo personas. Pero conservando la propia persona, y la perfecta distincion de los demas cristianos, con quienes quedan unidos, no forman, sin embargo, entre sí y con Jesucristo, su comun cabeza, más que un solo cuerpo, con vida di-

vina, facultades divinas, operaciones divinas, y divinos destinos.

Nadie ignora que en la cabeza, ó mejor en la sustancia cerebral, tiene su principal asiento la sensibilidad y actividad del cuerpo; porque á ella van á parar todas las impresiones orgánicas, y en ella se inician los menores movimientos de todos los órganos; tanto que, interrumpida la comunicacion entre la cabeza y un miembro cualquiera, queda al punto impedida en éste la facultad de sentir. Pues bien: en esa íntima dependencia, cada día más y más evidenciada por las observaciones científicas, tenemos un notable ejemplo de nuestras relaciones con Jesucristo, que es nuestra divina cabeza. Mucho ántes que la ciencia hubiera descornado el velo de los misterios de nuestra organizacion, se había servido ya San Pablo de esta comparacion para hacernos entender cómo en orden á la salvacion no podemos tener ni sentimiento, ni movimiento, ni vida alguna sino por Jesucristo, y cómo todas nuestras obras y oraciones, desde el punto que pasan á ser sobrenaturales, son real y verdaderamente obras y acciones de Jesucristo. Y este divino Salvador, ántes que su Apóstol, nos habia enseñado tambien esta verdad tan importante, sirviéndose de otra hermosa semejanza no menos expresiva: la de la union de la vida y los

sarmientos. «Yo soy la vid,» decia Jesucristo á los Apóstoles la noche de la Cena: «estad en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, si no estuviere en la vid, así ni vosotros, si no estuviéreis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí no podeis hacer nada.... Si estuviéreis en mí, y mis palabras estuvieren en vosotros, pedireis cuanto quisiéreis, y os será hecho ¹.»

He ahí la razon de la eficacia infalible de nuestras oraciones. ¿Cómo no han de ser eficaces, cómo no han de ser omnipotentes, si son oraciones divinas? Así como las palabras que articula la lengua, y las miradas que echan los ojos, son palabras y miradas inteligentes; no porque la lengua ni los ojos tengan inteligencia, sino porque son miradas y palabras de un alma inteligente, que con los ojos mira y con la lengua habla: así los suspiros de un corazón cristiano y las peticiones que formulan sus labios, son suspiros divinos y peticiones divinas; porque divino es el principio de que emanan.

¹ Manete in me, et ego in vobis. Sicut palme non potest ferre fructum a semetipso, nisi manserit in vite, sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites; qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum; quia sine me nihil potestis facere.... Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis potestis, et fiet vobis. (Jo. XV.)

Si queremos formarnos cabal idea de nuestra dignidad de cristianos, considerémosla como una participacion de la encarnacion del Hijo de Dios; porque á la humanidad entera y á cada uno de nosotros deseaba unirse el Verbo al encarnarse en un solo cuerpo y en una sola alma en las entrañas purísimas de la Virgen María. ¿No se hizo Dios hombre para divinizarlos? De esta enérgica expresion se sirven los Santos Padres.

Cierto que no convenia que el Hijo de Dios se uniese personalmente más que á un cuerpo y á un alma : el cuerpo y alma que forman su humanidad santísima; pero si Jesucristo posee sustancialmente la plenitud de la divinidad ¹, cuantos se le incorporan por el bautismo han de participar de esa plenitud, cada uno segun su capacidad ²; y precisamente en el poder exclusivo de comunicar á todos la vida sobrenatural, cuya esencia y plenitud en él reside, consiste su calidad de cabeza. Así que vive en todos los cristianos, como la cabeza vive en los miembros; en ellos continúa la grande empresa, que sólo empezó en los dias de su mortalidad; por ellos enseña y extiende su doctrina;

¹ In ipso in habitat omnis plenitudo divinitatis corporaliter. (Colos. II. 9.)

² De plenitudine ejus nos omnes accepimus, et gratiam pro gratia. (Jo. I. 16.)

en ellos y con ellos hace obras divinas iguales á las suyas, y aun mayores ¹. En ello sufre las mismas pruebas, cumple los mismos desig-nios, y ofrece al Padre las mismas oraciones. ¿Qué tiene, pues, de maravilloso que esas ora-ciones sean infaliblemente oídas? ¿Puede el Padre dejar de amar á su Hijo, ni de encontrar su felicidad en comunicarle todos sus bienes á cambio de la gloria que de él recibe? Y si esto no puede, ¿cómo ha de ser avaro con los miem-bros del cuerpo de su Hijo? La gloria de Dios está en el fruto que los fieles obran con la di-fusion de sus dones ². «Padre, gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabia que siem-pre me oyes ³.» Jesucristo, que dijo esto al ha-cer uno de sus más insignes milagros, ¿cómo ha de perder su filial confianza y su seguridad divina, cuando, para amplificar la gloria de su Padre, le place servirse de los hombres como instrumentos de sus acciones y medios de que se vale para enderezarle sus ruegos? Si perma-neciéreis en mí y mis palabras en vosotros, cuanto quisiéreis pedir os será hecho ⁴. La con-version de los pecadores, la salud del mundo,

¹ Qui credit in me, opera quæ ego facio et ipse faciet, et majora horum faciet. (Jo. XIV. 12.)

² In hoc clarificatus est Pater meus, ut fructum plurimum afferatis. (Jo. XV. 8.)

³ Jo. XI. 41, 42.

⁴ Jo. XV. 7.

el triunfo de la Iglesia, todo será poco, si en nuestras oraciones, obras y trabajos estamos unidos á Jesucristo.

ARTÍCULO II.

Las oraciones del cristiano son obra del Espíritu Santo.

EL alma es quien da unidad al cuerpo humano; de modo que por ella elementos, ántes extraños, pasan á ser partes integrantes de nuestro cuerpo, y sentidos nuestros, dotados de sensibilidad y actividad; actividad y sensibilidad, cuyo centro será en buen hora el cerebro, pero cuyo principio es el alma. Ella es, por consiguiente, la que une los miembros con la cabeza, manteniéndolos en estrecha comunicacion. Hallándose presente en todas las partes del cuerpo, aunque su principal asiento sea en la cabeza, ve por los ojos, oye por los oídos, toca con las manos, anda con los piés, siente con todo el cuerpo. Admitido el fluido vital, cuyo oficio sea el de transmitir las sensaciones y los movimientos de las extremidades al centro, del centro á las extremidades, de los miembros á la cabeza y de la cabeza á los miembros, siempre será verdad que ese fluido, que los antiguos llamaban espíritu vital, recibe su virtud del alma; y por lo tanto, que sola el alma racional es el verdadero espíritu vital del cuerpo humano.

Apliquemos esta doctrina al cuerpo místico de Jesucristo. Sin un lazo de union íntimo y vivo que mantenga unidos á él los bienaventurados del cielo , los que padecen en el Purgatorio y los que militamos en la tierra ; sin un espíritu vital, tan activo que transmita en un momento hasta al último de sus miembros los pensamientos, sentimientos y voluntades de su Salvador , sólo muy impropriamente podría llamarse la Iglesia cuerpo místico suyo.

Pero existe ese lazo de union : el espíritu vivificante que, residiendo en Jesus, es transmitido sin interrupcion de él á nosotros, y nos hace sentir como él siente, ver con su luz , obrar con su fuerza, y vivir de su vida. Por eso somos sus miembros, y nuestras obras y oraciones son oraciones y obras divinas.

Esta presencia real del espíritu de Jesucristo en las almas que están en gracia, se afirma clara y terminantemente en las Sagradas Escrituras , y nos veríamos precisados á copiar páginas enteras del Antiguo y Nuevo Testamento , si quisiéramos citarlas en apoyo nuestro. ¿Qué otra doctrina contienen más á la larga las incomparables epístolas del Apóstol de las gentes?

Segun San Pablo, cada cristiano lleva en sí dos hombres distintos¹. El hombre viejo, el

¹ Ephes. IV.

hombre de la naturaleza, ó sea el alma, tantas veces ahogada en las concupiscencias de la carne, y el hombre nuevo, esto es, el alma animada del Espíritu de Jesucristo, que le comunica su vida divina, así como ella, unida al cuerpo, le comunica su vida racional. Este divino Espíritu presente en el alma es el que nos separa de la turba de réprobos que viven según la carne¹. Mientras vivamos en la tierra no podremos lograr que reine en nosotros exclusiva y absolutamente, ni vernos libres de toda rebelion interior, porque la carne apetece lo que el espíritu reprueba². De nosotros depende, sin embargo, que el Espíritu venza, ya que en nuestra mano está el dejarnos iluminar de su luz y llenar de su unción, viviendo la vida del Unigénito³. Seremos libres con la libertad que libra de la ley del pecado y de la muerte⁴; inmortales con la inmortalidad del espíritu de vida, que resucitó á Jesucristo de entre los muertos⁵: en una palabra: seremos otros Cristos, y por consiguiente, nuestras oraciones no serán ya nuestras, sino de Jesús: y por cierto que bien lo necesitamos; pues mal puede hablar la lengua del cielo un gusano de la tierra.

¹ Rom. VIII. 4.

² Galat. V. 17.

³ Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. (Rom. VIII. 14.)

⁴ Rom. VIII. 2; II. Cor. III. 17.

⁵ Rom. VIII. 11.

Así que el Espíritu de Dios, presente en nosotros, no con la misma plenitud, pero sí con la misma realidad que en el alma de Jesucristo¹, reproduce en el fondo de la nuestra los sentimientos del Salvador²; hace latir nuestro corazón con los latidos de su corazón divino; levanta nuestra alma al cielo con inefables gemidos, semejantes á los que exhalaba el alma divina del Hijo, y nos arranca de los labios aquel grito de «¡Padre! ¡Padre!» que, más suyo que nuestro, va impregnado de ese acento y amor filial, á que el corazón del Padre celestial no sabe resistirse.³

¡Ah! Estas oraciones no pueden ménos de ser oídas. Sería la más asombrosa de las maravillas y el más repugnante de los absurdos, que Dios Padre rechazase las oraciones que su divino Hijo le dirige en nosotros por su Espíritu. Más aún: el Padre mismo es autor de nuestros ruegos. Y es así, que ese divino Espíritu, que San Pablo llama Espíritu del Hijo, porque del Hijo procede, y en plenitud se ha concedido á la santa humanidad del Salvador, es también Espíritu del Padre, como fruto y término comun del amor del Padre y del Hijo, unidos,

¹ Hablamos de la gracia santificante del Hombre-Dios.—(Véase sobre esto á Suarez, de Incarn. disp. XVIII.)

² Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (Phil. II. 5.)

³ Misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater. (Gal. IV. 6.)

para producirlo, por la union más inefable. No hay, pues, un solo deseo inspirado al Corazon de Jesucristo por ese divino Espiritu, y por él comunicado al corazon del cristiano, que no vuelva á Dios Padre, como á su origen. Y ¿negará el Padre su omnipotencia á la realizacion de los deseos que primero tienen principio en él? El que ve el fondo de los corazones, ¿podrá desconocer en los gemidos del cristiano el eco de su propia voz, el acento de su propio Espiritu, la expresion de su propio amor ¹? No tememos afirmarlo : á la luz de esta doctrina, la omnipotente eficacia de las oraciones del cristiano deja de ser un misterio para nosotros; y sólo nos queda el derecho de maravillarnos de que este poder sin límites, que el Espiritu Santo tiene siempre á disposicion de las almas que están en gracia, no obre mayores milagros, ni haya cambiado aún la faz del mundo.

ARTÍCULO III.

La sagrada comunión es medio poderoso de renovar la vida de Jesucristo en nosotros y de unir más íntimamente nuestras oraciones á las suyas.

Desgraciadamente esa vida de Jesucristo, que el Espiritu de Dios nos da en germen por el bautismo, y que todos los esfuerzos de la gra-

¹ Qui.... scrutatur corda, scit quid desideret Spiritus. (Rom. VIII. 27.)

cia tienden á desarrollar , no está tan arraigada en el alma , que no pueda arrancarla el pecado, ahogarla las concupiscencias de la carne , y dejarla marchita y seca el aire pestilencial del mundo. Mas para impedir estos estragos nos ha dejado el Redentor un medio eficaz, digno de sí, y que lleva el sello de su sabiduría, poder y amor infinito. Usando bien de él , no sólo conservaremos en nosotros sin menoscabo esa preciosa vida , sino que adquirirá en nosotros cada dia nuevo vigor y crecimiento ; su Espíritu divino se nos comunicará con mayor abundancia ; y nuestros deseos y oraciones se identificarán más y más con las oraciones y deseos de su corazon divino. Este medio es la Eucaristia.

Toda vida necesita de alimento proporcionado, que repare las pérdidas diarias del sér viviente. Á la vida divina correspondia, por consiguiente, un alimento divino como ella ; pero estando, como estamos , compuestos de alma y cuerpo, convenia que ese alimento espiritual se nos diera bajo una forma sensible. Por eso la carne del Salvador, carne divina , penetrada del Espíritu Santo, y presente bajo los accidentes de pan , era el alimento más á propósito. Sustento inefable , que nos hace participar siempre con creces de la plenitud de Dios ¹. No

¹ Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei. (Eph. III. 19.)

es una carne muerta y puramente material la que comemos: tal carne de nada nos serviría ¹; sino viva, espiritual, vivificante ², carne del Verbo de la vida, que estaba en el Padre en el principio, poseyendo en sí la vida de cuanto tiene ser acá en el tiempo ³. Carne divina, que, uniéndose á nuestra carne, nos hace vivir la vida de Cristo, como Cristo vive la vida de su Padre ⁴.

Por ella ademas adquirimos perfecta unidad con todos nuestros hermanos. Oigamos á San Cirilo, que parece haber entendido mejor que otro alguno este misterio:

«Deseando Jesucristo unirnos perfectamente con Dios y entre nosotros, y fundirnos en uno solo, por apartados que estemos unos de otros, ya en los cuerpos, ya en las almas, consuma á todos los fieles en sí mismo, dándonos á comer un cuerpo, que no es otro que el suyo; y por medio de esta Sagrada Comunion nos hace á todos *concorpóreos* unos con otros y consigo. Porque si todos participamos de un mismo pan, forzosamente hemos de constituir un solo cuer-

¹ Caro non prodest quidquam. (Jo. VI. 64.)

² Factus est... novissimus Adam in spiritum vivificantem. (I. Cor. XV. 45.)

³ Verbum erat apud Deum... sine ipso factum est nihil; quod factum est, in ipso vita erat. (Jo. I. 1, 3, 4.)

⁴ Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me. (Jo. VI. 58.)

po¹; ya que Cristo no puede dividirse : por eso la Iglesia se llama cuerpo de Jesucristo , y nosotros miembros suyos². Esta union es la que llama San Pablo misterio de la piedad Divina³, misterio de Cristo , oculto á las pasadas generaciones , y ahora revelado á sus santos apóstoles y profetas en Espíritu de Dios , á saber: que todos los hombres son llamados á ser coherederos y concorpóreos con Cristo⁴.»

¡Oh union incomprensible ! ¡Oh abismo de amor , en que tanto más deliciosamente se anega el corazon , cuanto más incapaz se siente el alma de entenderlo!

Y ¿quién no ve cuánta fuerza da este misterio á nuestra oracion? ¿Qué no se atreverá á pedir quien tiene á Cristo en su pecho? ¿Cómo no han de confundirse entónces nuestras oraciones con las suyas? ¿Cómo no nos ha de comunicar su Espíritu sin medida? ¿Y cómo dejará entónces este Divino Espíritu de presentar al Padre los sentimientos de su Hijo amado, hoguera de ardiente amor , metido dentro del alma , á quien abrasa en su fuego haciéndola consumirse en las llamas mismas de su Corazon Divino?

¹ Unum corpus multi sumus , omnes qui de uno pane participamus. (I. Cor. X. 17.)

² Ephes. IV. 15.

³ Magnum... pietatis sacramentum. (I. Tim. III. 16).

⁴ Eph. III. 4. 5.—S. Cyrill. Alex. I. XI. in Joan. cap. 11.

En este misterio de amor, Jesucristo, más que cabeza, es corazón de la Iglesia; por eso el Sacramento de la Eucaristía es tan propio de la devoción a su Sagrado Corazón. Para considerar al Salvador como cabeza de su Iglesia, contemplémoslo en el cielo a la diestra del Padre, rigiéndolo todo, y gobernando ángeles y hombres: el sitio propio de la cabeza es la parte superior del cuerpo, desde donde rige y mueve todos los miembros; al corazón, por el contrario, le corresponde el centro; y en él, con una acción oculta y misteriosa, normaliza la nutrición de los órganos, renueva continuamente la sangre, y derrama por todo el cuerpo el calor y la vida. Eso es precisamente lo que hace Jesucristo en la Eucaristía.

Ahora bien: el acto principal de esa vida interior que mantiene en su cuerpo místico, es la oración. Por eso muy especialmente, para renovar en cada cristiano el espíritu de oración, entra en su pecho bajo las especies sacramentales; y por eso, para conservar siempre vigoroso en su Iglesia ese mismo espíritu, se queda encerrado en el sagrario.

¡Qué lecciones tan elocuentes nos da desde esa cátedra muda, resumen de todas las enseñanzas de su vida! Recojámonos siquiera un instante para escucharlas, y tratemos de entender bien el misterio de la oración y del amor.

¿Qué hace Jesucristo en la Eucaristía? En apariencia nada; en realidad todo. Ama, ora, se sacrifica: esa es su vida en el sacramento. Como principio único, y causa universal, de todo el bien que se obra en la Iglesia, cuerpo místico suyo, continúa actualmente la redención de los hombres con la oración y el amor: «Vive siempre para interceder por nosotros ¹.» Ora de día; y mientras todo el mundo en torno suyo se agita y se mueve; mientras el hombre se olvida del cielo, que es su verdadera patria, desconoce á su Salvador y reniega de él, desatiende el cuidado de su alma, y sacrifica la eternidad á intereses perecederos y frívolas preocupaciones; en ese mismo tiempo la voz suplicante del Mediador Divino se alza en favor suyo desde el sagrario. Ora de noche; y mientras las criaturas racionales quedan por el sueño privadas, al parecer, de inteligencia para conocer y de voluntad para amar á su Criador, Jesucristo vive, conoce, adora, ama y no cesa de orar. Desaparecen las generaciones, una en pos de otra, de la escena del mundo; sucedense los años á los años, y los siglos á los siglos; y Jesucristo permanece siempre vivo, y siempre orando, y siempre santificando por la oración las generaciones, y dando á su Padre nuevos

¹ «Semper vivens ad interpellandum pro nobis.» (Hebr. VII. 25.)

adoradores. Así realiza la antigua figura del sacrificio perpétuo; así está en medio de nosotros á manera de oracion sustancial y viviente.

Encerrémonos con Cristo en la dichosa prision donde há diez y ocho siglos lo tiene preso el amor, y entónces comprenderemos el sentido de estas palabras: APOSTOLADO DE LA ORACION. En el sagrario se ejercita sin interrupcion este apostolado; en él despliega todo su vigor; en él fecundiza los trabajos de los operarios apostólicos, aviva la llama de su celo, mueve los corazones, consuela á los justos, atrae á los pecadores, hace bajar la gracia del cielo, detiene los rayos de la divina justicia; en una palabra: salva las almas y derrama la vida en la tierra.

El Apostolado de la Oracion, así considerado, ¿no es el más poderoso y fecundo, el más necesario y consolador de todos los apostolados? ¿Y hay cosa más fácil? ¿Y no se creerán todos los cristianos obligados á alistarse en él? Imposible es creer con fe viva que Cristo está en la Eucaristía, que en ella ora por nosotros, por nuestros hermanos, por la Iglesia, y no sentirnos agradecidos ni obligados á unir nuestras oraciones á las suyas. Más inconcebible aún seria esta indiferencia en un corazon que lo reciba: ¿cómo puede uno recibir la Eucaristía, y no abrasarse en celo de las almas?

Hay, sin embargo, personas que están llamadas de un modo especial á este apostolado, y de quienes el Corazon de Jesus exige mayor cooperacion. Tales son las que el Divino Espiritu ha instruido en los secretos de la vida interior, bien sea que vivan al abrigo del cláustro, ó bien tengan su soledad en medio del mundo. Estas almas, revestidas de los sentimientos de Jesucristo, y que trabajan activamente por sus intereses, vienen á ser en el cuerpo de la Iglesia lo que esos miembros necesarios, aunque invisibles, que rodean inmediatamente el corazon del hombre, y concurren con él para imprimir á los brazos, á los piés, á todo el cuerpo, el movimiento y la vida: su accion es oculta, pero muy útil. ¡Muy excelente será el premio que el Señor les tiene reservado en el cielo, y muy grande la participacion en todo el bien que se hace en la Iglesia!

Mas aunque algunos deban ejercer el apostolado de la oracion en grado tan elevado y perfecto, pero él de suyo no está vinculado á clase alguna de la sociedad con exclusion de las demas.

Así como no hay un solo cristiano que no esté unido al Corazon de Jesus por el sagrado carácter del bautismo, y por los lazos de la fe, así tampoco hay ni uno solo que no pueda unírsele por los lazos, aún más intimos, de la ca-

ridad, y por la participacion real de su Espiritu; ni uno solo á quien no se invite á renovar y estrechar más esta union en la Eucaristía, recibiendo realmente la carne del Salvador; ni uno solo por quien el Corazon de Jesus no ore incesantemente desde el sagrario, y cuyas oraciones no esté dispuesto á presentar al Padre. No hay nadie, por consiguiente, que no pueda y no deba aprovecharse de este riquísimo tesoro. Oremos por Jesucristo, oremos con Jesucristo, oremos en Jesucristo, oremos por todas las intenciones de Jesucristo; porque en todo cuerpo bien organizado los miembros deben seguir á la cabeza.

ARTÍCULO IV.

Conclusion de la primera parte.

CUANTO hemos dicho hasta aquí se reduce á explicar la índole y naturaleza de este Apostolado, la causa de su poderosa eficacia y los elementos de que se compone. De todas las consideraciones que sobre esta materia hemos hecho, la conclusion final ha sido que el Apostolado, en todo su conjunto, no es sino la caridad cristiana llevada al más alto grado de perfeccion, sin las cortapisas que suele ponerle la pequeñez de nuestro corazon, y los estrechos límites á que la reduce la cortedad de nuestro entendimiento.

Hemos sentado dos verdades indudables : la una , que estamos obligados á amar á todos los hombres del mundo ; y la otra , que no podemos ejercitar la caridad con la mayor parte de ellos , sino encomendándolos á Dios ; bien entendido , que , aunque con otras obras pudiéramos ejercitarla , no estaríamos dispensados de ésta , por ser la más fácil y necesaria de todas . Y al fin , ¿ qué es amar , sino desear el bien de la persona amada ? ¿ Y qué es pedir por la salud del prójimo , sino manifestará Dios el deseo de su bien ? Luego amar al prójimo y pedir por él son dos obligaciones que van siempre juntas , puesto que quien de veras ama á alguno , no puede ménos de desearle todo bien ; y quien desea á su amigo todo bien , no puede ménos de procurárselo , pidiéndolo á quien tiene en su mano el poder de concederlo .

De aquí sacaremos que el Apostolado de la Oracion es un medio indispensable , y á veces el único posible , de cumplir el precepto de la caridad , en la que está contenida toda la ley , como dice San Pablo ¹ . Quien tal Apostolado despreciare , se pondrá en abierta oposicion con Dios , pues cuando impuso la ley de amar al prójimo , nos obligó á pedir por él . Quien estimare en mucho este Apostolado , hará cosa muy grata á Dios , á quien es tanto más acepta la oracion , cuanto es más apostólica .

¹ Rom. XIII. 10.

No se trata de una obra de puro consejo, ó de supererogacion, sino de la esencia misma de la vida cristiana, y de la vida de la Iglesia; se trata del amor del bien en toda su extension, de la oracion verdaderamente católica, del cumplimiento de aquel precepto del Apóstol, que nos manda sentir y pensar como Cristo¹. Con esta obra santa se verifica en nosotros lo que quiere significar Cristo Nuestro Señor cuando dice: «Como me envió mi Padre, comunicándome su vida, y yo vivo por el Padre, así el que me come, vivirá por mí².» Con el Apostolado se paga la deuda que contraemos cada vez que Cristo nos comunica su vida en la Eucaristia; pues por los ejercicios de esta santa Asociacion, estamos de continuo uniendo nuestro corazon con el suyo, y juntamente con él todos nuestros intereses, deseos, afectos y respiraciones, y la misma vida.

No pretendemos introducir una cosa nueva y desusada en la Iglesia, puesto que el Apostolado de la Oracion es tan antiguo como la Iglesia misma, y puede decirse que lo instituyó Cristo, cuando dijo á los Apóstoles: «Un nuevo precepto os doy, y es, que os améis mutuamente, como yo os he amado³;» porque orar por los

¹ Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (Phil. II, 5.)

² Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem, et qui manducat me, et ipse vivet propter me. (Joan. VI. 58.)

³ Joan. XIII. 34.

hombres es amarlos como Cristo los amó. Mostró el Salvador su amor á todos nosotros, rogando por nuestra salvacion y ofreciéndose en sacrificio por salvarnos; luego de ningun modo mejor podemos imitarle, y amar á los hombres como él los ha amado, que orando por ellos, y sacrificándonos por ellos, y ejerciendo el Apostolado de la Oracion con el del sacrificio, que es la consecuencia del amor.

No sólo es antiguo este Apostolado en la Iglesia, sino tambien muy usado de los hijos de la Iglesia. Todos hemos pertenecido á él, desde los tiernos años de nuestra infancia: desde que aprendimos el *Padre nuestro*, estamos dando cumplimiento á la vocacion de Apóstoles que se nos infundió en el bautismo; pues cada vez que lo rezamos, cumplimos con una de las principales obligaciones de ella.

¿Á qué se reduce, pues, esta Asociacion? ¿Qué fin se propone al querer enseñar á los cristianos lo que ya saben, y lo que no pueden ignorar sin olvidar que son cristianos, esto es, el gran poder de la oracion y su eficacia; y al estimular su celo, para que hagan lo que están haciendo todos los dias?

Nada tendríamos que hacer, por cierto, si no tuviera el hombre la triste propiedad de no aprovecharse de lo que sabe; pues la habitual disipacion en que vive le priva de los grandes fru-

tos que debian producir en él unas verdades muy importantes y prácticas de suyo , y fáciles de entender. Nada tendríamos que hacer , si este Apostolado no fuera para la mayor parte de los cristianos lo que la redencion para los judíos , es decir , un misterio escondido. Mas siendo así que casi todos ignoran que su vocacion á este Apostolado está contenida en el dogma de nuestra union con Cristo , que es la base de la doctrina cristiana ; en el precepto de la caridad , que es el fundamento de la moral evangélica ; en la oracion dominical , que es el compendio de todo el culto ; siendo así que la mayor parte de los justos miran con harta indiferencia el inmenso poder que se les ha dado de resucitar muertos ; necesario es confesar que hay mucho que hacer , y que no en vano se ha instituido este Apostolado en nuestros días. Se trata de dar á conocer un dogma desconocido , de aclarar una verdad que no se ve sino en confuso , de recordar á los cristianos su mejor título de nobleza , que por desgracia tienen olvidado , y de exhortarlos á cumplir con más mérito y fruto una obligacion que no suelen desempeñar sino maquinalmente.

No hay duda que los cristianos piden en el *Padre nuestro* que sea el nombre de Dios conocido , y venga su reino , y se haga su voluntad ; pero pocos conocen el gran sentido de

estas palabras. Con mayor mérito y eficacia contribuirían á la venida del reino de Dios, si formaran parte de una Asociacion que les recordara con qué facilidad pueden apresurar esta venida, pues con cada acto, por mínimo que sea, pueden acelerarla.

Esta Asociacion les facilitaria el medio de conseguir grandes cosas á poca costa, dando á sus obras, aun á las más indiferentes, virtud y eficacia apostólica: y tambien estimularia su celo, exponiéndoles á menudo el cuadro de las necesidades del mundo, y muchos ejercicios santos con que las podrian remediar. No es otro el fin por que se han formado esta Alianza de oraciones, llamada Apostolado de la Oracion.

No es *cosa nueva*, sino *renovacion* de lo pasado, y, si se quiere, organizacion de un ejercicio tan antiguo como el mundo, bajo nueva forma. Las novedades repugnan á la Iglesia, pues es sociedad divinamente formada, en cuya constitucion no puede el hombre poner la mano; pero la renovacion del espiritu es muy conforme á sus miras, pues, como sociedad compuesta de hombres, que fácilmente decaen de su primer fervor, se ve obligada á estimularlos de continuo, para que no pierdan el espiritu de su divino autor. El Espiritu Santo y la Iglesia, que es su intérprete, nos están revelando cada vez con mayor claridad y lucidez esos dogmas

que enseñó el divino Maestro; y á su debido tiempo, aprovechando ocasiones oportunas, nos sugieren ideas que nos hacen gustar más ese pan siempre antiguo y siempre nuevo, y satisfacer con él nuevas necesidades.

La de este siglo es la unidad. La dispersion de Babel parece que toma el movimiento contrario, y que los pueblos diseminados por el globo quieren volverse á juntar, ayudados de la ciencia, que les descubre nuevos medios de comunicacion. Parece llegado el tiempo oportuno de recordar á los cristianos el dogma de la unidad de los hombres en Jesucristo, y de exhortarlos á cooperar con la oracion á esta union, que será la salvacion del mundo, pues fué el fin de la venida del Hijo de Dios. Esto pretende el divino Espíritu en nuestros dias, y no podemos desconocer su accion poderosa en ese espíritu de celo, y esa tendencia á asociarse, que se ve hoy entre las personas seglares, como no se ha visto jamas. Es, pues, muy conforme á los desig-nios de la Providencia, á las aspiraciones de los cristianos y á las necesidades del mundo, que se forme una Asociacion dirigida á utilizar las obras de piedad, y aun las acciones indiferentes, en bien de la Iglesia y de la sociedad entera. Tal es el Apostolado de la Oracion.



SEGUNDA PARTE

VENTAJAS Y OPORTUNIDAD DEL APOSTÓLADO DE LA ORACION.

EN la primera parte de esta obra se ha tratado del Apostolado de la Oracion considerado en su naturaleza y modo de ser. Y como, para justificar su importancia, era menester hablar de la eficacia de este instrumento de salvacion que ha puesto Dios en nuestras manos, ha sido preciso internarse en lo más profundo del dogma católico, y tratar de la gracia actual y santificante, de la vida sobrenatural del alma humana, de los privilegios de la asociacion, de la union con Jesucristo, y del doble vinculo que nos hace á los cristianos partícipes de la divinidad.

Esta conexion de la materia que tratamos, con los altos misterios de la fe, aumenta su mérito en gran manera. Al lector poco entendido en materias de teología, le costará algun trabajo su lectura; mas le servirá de contrapeso

la ventaja de poder abarcar en pocas lecciones lo que de más elevado para el entendimiento, y más sabroso para el espíritu y el corazon, encierra la sagrada ciencia.

Esta segunda parte nos pondrá en otro orden de consideraciones, que nos darán á conocer lo que vale el Apostolado para el bien de cada cristiano, de la sociedad y de toda la Iglesia.

Primero hablaremos de los bienes sobrenaturales, que constituyen la riqueza del cristiano; luégo de los elementos de felicidad y adelantamiento en prosperidad y bienestar de las sociedades, y por fin de las necesidades de la Iglesia, de sus esperanzas y de sus temores : y todo esto nos dará una demostracion clara y evidente de lo oportuna que es esta Asociacion.



CAPÍTULO PRIMERO.

De las ventajas que proporciona á los cristianos el Apostolado.

MUCHAS son, y fáciles de conseguir, las gracias que nos procura esta piadosa Asociacion, y que podemos dividir en meritorias, satisfactorias é impetratorias. Aumenta los *méritos* del cristiano, porque multiplica sus obras buenas, y les da más valor; ofrece medios muy poderosos de *satisfacer* por las culpas, y preservarnos de la pena temporal de la otra vida, y nos abre camino para *alcanzar* toda clase de bienes. Tambien se logra en ella una *paç* y *vigor*, que consuela y conforta el alma, y la libra de muchas congojas á que está expuesta la presente vida. Esto vamos á demostrar por partes en los artículos siguientes.

ARTÍCULO PRIMERO.

De los méritos que podemos alcanzar en el Apostolado.

Los *méritos* son como un capital sagrado en manos del cristiano. El capital del negociante puede aumentarse indefinidamente, si

se pone en el banco; pero entre tanto su dueño no puede disfrutar de él : pues tambien el cristiano, que con sus buenas obras posee un capital, pues todas ellas son merecedoras de vida eterna, puede aumentar esta ganancia mientras vive en la tierra, privándose mientras tanto del fruto de sus méritos, que es la gloria del cielo. El oro y la plata que están encerrados en las arcas, de nada sirven al parecer, y no se conoce lo que valen hasta que se cambian con casas, haciendas y otras cosas de utilidad y recreo que se compran con el dinero. Pues así son los méritos de las buenas obras: aquí los tenemos como en una arca, sin saber lo que valen, y sin que al parecer nos sean de utilidad alguna; pero en el cielo nos los comprarán á peso de gloria, y entónces sabremos lo que valen.

Es, pues, el mérito un derecho que adquirimos á la gloria, en mayor ó menor escala, en virtud de la vida divina que se nos comunica por la gracia santificante. Cada obra del cristiano hecha bajo el influjo de esta gracia le da derecho á la posesion de la gloria, y, por consiguiente, es acto meritorio.

Este derecho á la gloria no lo dan sólo los actos de perfecta caridad y los sacrificios heroicos, sino hasta las obras más insignificantes é indiferentes que hace el cristiano en estado

de gracia, y con fin sobrenatural. Todos los pensamientos, palabras, obras y trabajos del día, ofrecidos á Dios desde la mañana, con tal que no se retracte la intencion, producen un fruto mil veces más precioso que cuantos bienes criados se pueden imaginar; porque es un fruto divino y de eterna duracion, un grado de la felicidad del mismo Dios. Podría no ser tan pura la intencion, y que se mezclase algun veneno de amor propio; pero aun entonces conservarían las obras su mérito, bien que menguado; á menos que ese veneno inficionase la raiz misma, lo cual sucedería si el fin de la obra fuese torcido, y desapareciese toda intencion recta.

Hay una cosa de mucho consuelo, y es que el mérito, una vez adquirido, no puede perderse sino por el pecado mortal. Ni la tibieza, ni los descuidos y negligencias, ni aún las faltas veniales, por muy deliberadas que sean, pueden quitar un ápice del mérito adquirido: ó se pierde todo el capital, ó se conserva íntegro. Puede aumentar, pero no disminuir; y necesariamente ha de ir en aumento, pues por muy tibia que sea una alma, alguna obra buena ha de hacer mientras persevera en gracia.

Otra cosa hay muy de maravillar, y es que ni aún por el pecado mortal se destruye el mérito de tal manera que no pueda revivir cuando

se justifique el pecador; pues por un milagro de la divina bondad, no bastante conocido ni admirado de los hombres, la penitencia, por una parte destruye el pecado de manera que no lo pueda hacer revivir ningún otro pecado que venga despues, y por otra hace revivir los méritos destruidos por el pecado. Así, pues, el mayor criminal del mundo, si se convierte á Dios, recobra los méritos que pudo tener en algun tiempo.

Esto nos enseñan los más sábios doctores de la Iglesia.

Mas si todas las obras sobrenaturales son meritorias, no lo son en igual grado. Á los veintitres años de edad, había atesorado tantos méritos San Luis Gonzaga, que, tal vez, superaba á muchos Santos que murieron en la ancianidad. Eso parece desprenderse de la revelacion de Santa María Magdalena de Pazis. ¿Cómo pudo en tan cortos años acaudalar tanto? Algun secreto tiene la vida mística para hacer rápida fortuna en breve tiempo, y sacar crecidos intereses de pequeños capitales. Lo tiene, en efecto, y muy bien sabe aprovecharse de él nuestro Apostolado. Si quereis que os lo descubra, os diré que el aumento del mérito depende de la intencion y del fervor.

Hace tanto la intencion para el valor de la obra, que si al ejecutar cualquier accion nos

proponemos tan solamente nuestra utilidad y provecho, será ménos meritoria esta obra que otra que hagamos por agradar á Dios, aunque *en sí valga ménos*. La razon es que como en la caridad está la raiz del mérito, cuanto más se aproximen á ella nuestras obras, más meritorias tienen que ser. No cabe duda que la caridad influye en todo lo que hace ó piensa una alma en gracia, con intencion recta. Pero ¿cuánto más influirá en los pensamientos y obras que se refieren directamente á ella, es decir, á Dios? Por otra parte, es notorio que valen más nuestras obras cuanto más nos asemejan á Dios Padre y á su divino Hijo. ¿Y qué mayor semejanza cabe que vivir de la vida de Dios, que es la caridad? «Dios es caridad, dice San Juan, y quien permanece en caridad permanece en Dios, y Dios en él¹.» Lo mismo que de Dios Padre, podemos decir de Jesucristo; su vida es amor, y de amor vivió en la tierra; y el amor de la divina gloria ha sido siempre su alimento, su fuerza, descanso y consuelo.

De lo dicho sacamos que no hay medio más poderoso de crecer en méritos, que el Apostolado. Su fin es la gloria de Dios, como lo fué el de Jesucristo. Sus enseñanzas se dirigen á

¹ Deus charitas est, et qui manet in charitate, in Deo manet et Deus in eo. (I. Joan. VI. 16.)

inspirarnos el desprecio de nosotros mismos y de nuestros intereses, hasta el punto de no tener otro deseo en la tierra que el de promover la gloria divina. Enséñanos á animar nuestras obras, preces, deseos, y aún las cosas de suyo más insignificantes, con esa intencion tan elevada; de suerte que, sin añadir nada á lo que hemos hecho hasta aquí diariamente, con esa sola intencion que nos recomienda, puede decirse que el Apostolado aumenta sobremanera el mérito de nuestras obras.

Tan importante es este negocio, que conviene dar algunas explicaciones más al piadoso lector.

Tres clases de bienes podemos pretender en cualquier cosa que hiciéremos; á saber: el de Dios, el nuestro y el del prójimo. Pero los motivos que nos impelen á desear esos bienes, se reducen á dos géneros de amor, que se llaman en teología amor de concupiscencia, y amor de benevolencia. Por el primero queremos nuestro bien, ante todas cosas; y sabiendo que en sólo Dios se puede hallar el verdadero bien, buscamos á Dios, y en él ponemos nuestro fin supremo. Por el segundo amor buscamos á Dios ántes que todo, y le amamos y servimos porque es infinitamente amable, poniendo en segundo término la felicidad propia, cuyo deseo subordinamos al fin primario, que es la gloria divina.

Por consiguiente, el amor de concupiscencia es el amor de nosotros mismos en Dios, y de Dios por nosotros mismos; y el de benevolencia es el amor de Dios por sí mismo, y de nosotros por Dios. En este segundo se halla la caridad pura y perfecta.

He aquí el doble principio y raíz de nuestro amor sobrenatural y divino.

Con el amor del prójimo sucede otro tanto. Podemos amarle por Dios, ó por nosotros. Si por Dios, amaremos á todos los hombres sin excepcion, porque fueron criados á su imágen, y destinados á gozarle un día, juntamente con nosotros. En Dios y por Dios formamos un cuerpo cuantos en el mundo vivimos, sin que la larga distancia que á unos de otros nos separa impida que nos llamemos prójimos. Si amamos al prójimo, no por Dios directamente, sino por nuestro bien, se estrechará el círculo de la caridad, y nadie amará sino al que le ama, ó á aquel de cuya amistad puede sacar algun provecho.

Este amor, que puede llamarse de concupiscencia, será sobrenatural y meritorio, si el interés que de él se pretende sacar es algun bien espiritual.

Cuando amamos á todos los hombres en Dios, este amor no se diferencia en nada del amor de Dios; y si queremos entender cómo

puede ser esto , diremos que el amor de Dios es la caridad en su centro , y el amor del prójimo la caridad en sus rayos. El mismo motivo tenemos de amar al prójimo que de amar á Dios, porque se ama á Dios amando al prójimo; y como es idéntico el motivo , tambien lo es el mérito. No se puede separar lo uno de lo otro. ¿Cómo amar á Dios sin amar lo que él ama? ¿Cómo llamarle padre sin mirar á sus hijos como hermanos? ¿Cómo tomarse interes por sus cosas, y desatender lo principal, que es la salud de las almas, inseparable de la gloria divina?

El corazon humano, símbolo material de la caridad, tiene un movimiento que llaman de contraccion, y otro de dilatacion; y ambos tiene la caridad, que se mueve sin cesar de Dios á las almas, y de las almas á Dios. Si se une á su centro, que es la bondad divina, es para darse con más eficacia á las obras de celo, que son su alimento; y si estas le faltan, las suplirá con la oracion; pero olvidarse de las almas le será tan imposible como olvidarse de Dios.

Y ¿cuánto no contribuye el Apostolado á desarrollar la caridad, y á aumentar el mérito de las obras, poniendo á la vista de continuo las miserias del prójimo , para que pensemos siempre en su remedio?

No creamos que, agrandando el círculo de nuestro celo, podrá el Apostolado hacernos remisos en nuestra santificacion propia. Léjos de amarnos ménos cuando nos amamos por Dios, nos amamos más y mejor; pues la caridad, que se ahoga cuando la encogen y aprietan, gana en intensidad lo que gana en extension. ¿Quién ha deseado más ser feliz que el Corazon de Jesus? Nadie, porque ese deseo esencial á la voluntad, era en él más enérgico que en otro alguno. Lo mismo podemos decir de su ternura, gratitud, lealtad y demás sentimientos. Todos ellos, sin embargo, obedecian á otro más imperioso, que era el amor de la divina gloria, y por consiguiente al amor de los hombres. Y, en vez de amortiguarse con esto aquellos sentimientos, se avivaban y se enardecian; como que se inflamaban más en la hoguera del divino amor.

Iguales efectos obrará en nosotros el Apostolado, dando á nuestros sentimientos interiores, y por lo mismo á las obras que hiciéremos movidos de los afectos interiores, todas las cualidades de la caridad. Dando vida y energía á nuestras obras, nos preservará de un peligro que corre fácilmente el alma enamorada de Dios; y es que en su entrega total al amor divino, puede padecer ilusion, y tomar por verdadera caridad lo que es velo de amor

propio, poniendo su nido en lo que tiene de dulce y sabroso la contemplacion de la bondad divina. De este escollo nos libra el Apostolado, haciéndonos entender en el remedio del prójimo, y amar á Dios fuera de nosotros mismos. Con esto crece, en vez de disminuir, el mérito de nuestras obras, y crece tanto más, cuanto más se purifica nuestra intencion.

Hemos afirmado que el mérito de una misma obra puede ser mayor ó menor, segun la intencion y el fervor con que se hace. Y ya que hemos hablado de la intencion y del modo de acrecentar su mérito, digamos del fervor alguna cosa.

El Apostolado ayuda mucho á avivar el fuego de la divina caridad, y por consiguiente, á aumentar el mérito. Nadie negará que de dos obras buenas, del todo iguales, aquella será más meritoria que se haga con más pronta y ardorosa voluntad de agradar á Dios. Esto nos dicta la Teología y la razon. Y la razon nos dicta tambien que la voluntad será más pronta y ardorosa, cuando el objeto que desea conseguir es más apetecible y fácil de alcanzar. Nunca se siente con más bríos el soldado, ni teme ménos las heridas y la muerte, que cuando al pie del muro que ha de escalar no tiene más alternativa que muerte ó victoria. Pues este objeto nos pone delante el Apostolado,

mostrándonos la turba de hermanos nuestros que se pierden porque no los salvamos. ¿Qué cristiano, viendo caer en un abismo a un hermano suyo, no haria un esfuerzo para salvarlo? ¿Y qué esfuerzo no nos da el Apostolado, poniendo en nuestra mano medios tan poderosos como tiene para salvar el mundo entero?

Encendidos en santo celo, no nos contentaremos con las obras ordinarias, sino que haremos lo que en los grandes peligros suele hacerse. En una inundacion, ó en un incendio, ninguno es perezoso, pues hasta el más flojo, tardo y lento se aviva, y en una hora hace lo que no haria en una semana. Así se explica lo aprisa que vivieron los Santos, pues de cada uno de ellos dice el Espíritu Santo, que «en breve tiempo anduvo largos años»; y como ellos andaremos, cuando llegemos á entender que podemos salvar una alma en cada uno de esos instantes que perdemos miserablemente.

Multiplicados los actos interiores, que valieron á San Luis Gonzaga un muy elevado trono en el cielo, enaltecidos con las intenciones nobilísimas del Apostolado, y animados con el fervor de una voluntad pronta y ardorosa, tendrán tres fuentes caudalosas de mérito, que nos producirán riquezas sin igual en el cielo. Bien podemos decir que ni el ojo vió, ni

¹ Consummatus in brevi explevit tempora multa. (Sap. IV. 13.)

el oído oyó, ni entró en el corazón del hombre lo que por el Apostolado podemos granjear de méritos sobrenaturales.

ARTÍCULO II.

*De la facilidad con que podemos satisfacer por las culpas en el
Apostolado de la Oración.*

LAS obras buenas no tienen sólo la virtud de merecer, sino también la de *satisfacer*.

Sabemos que por la penitencia se perdona al pecador la pena eterna debida á los pecados mortales, pero que, por lo comun, le queda una pena temporal, que ha de pagar, ó en esta vida con expiaciones voluntarias, ó en el purgatorio. Á la deuda contraída por las culpas graves, se junta la que se merece por las leves que, á pesar de nuestros propósitos, cometemos cada día; ¿y quién puede calcular á qué grado llegaría esta deuda, si no tuviéramos tantos medios de pagarla?

Por la bondad de Dios tiene virtud satisfactoria toda obra penal que hace el alma en gracia, y toda pena que sufre y ofrece á Dios voluntariamente, y toda obra buena unida á las satisfacciones de Cristo.

Pero como no siempre alcanza el pago á cubrir toda la deuda, conviene que sepamos por qué camino podemos aumentar el valor de nuestras obras satisfactorias, y extinguir, si

es posible, toda la deuda en breve tiempo.

Tres cosas aumentan el valor de las obras: el dolor que las acompaña, la caridad que las anima, y el bien que de ellas resulta al prójimo.

En el dolor que nos imponemos, ó aceptamos libremente, se da á la divina justicia una compensacion del agravio que ha recibido; en el amor con que hacemos á Dios este obsequio, halla motivo su bondad para renunciar á sus derechos; y en el bien que hacemos á nuestros hermanos, cree Dios contraer con nosotros una deuda que le obliga á perdonar las nuestras.

Por eso en la Sagrada Escritura se atribuye esta remision de las penas debidas por el pecado, unas veces á la penitencia, otras á la caridad, otras á las obras de misericordia.

En ciertos lugares nos dice el Espíritu Santo que para aplacar la justicia divina, hagamos penitencia con ayuno y lágrimas ¹. En otros nos asegura que la caridad encubre la muchedumbre de los pecados ². En otros, que la limosna purga las culpas ³, y que será perdonado el que á otro perdonare ⁴.

¹ Convertimini ad me in toto corde vestro, in jejuniis, et in fletu, et in planctu. (Joel. II. 12.)

² Charitas operit multitudinem peccatorum. (I. Pet. IV. 8.)

³ Eleemosyna a morte liberat, et ipsa est quæ purgat peccata. (Job. XII. 9.)

Peccata tua eleemosynis redime, et iniquitates tuas misericordiis pauperum. (Dan. IV. 24.)

⁴ Marc. XI. 25.—Luc. VI, 37.

Fácil es de entender que en el Apostolado se ven reunidas y elevadas al más alto grado estas virtudes. Y primero la *penitencia*, virtud que consiste en el dolor del alma, que ve indignamente violados los derechos de Dios, y en el deseo de vengar á la justicia divina. En este sentido pudo hacer actos de penitencia Jesucristo, y ser modelo de esta virtud, como de todas las demas, á pesar de su inocencia. Las obras penales que llamamos penitencias, son efecto del odio del pecado, y de él sacan todo su valor, como que en él está vinculada la virtud de desagraviar á Dios. Este odio al pecado profesa en alto grado el Apostolado de la Oracion, cuyo fin y empleo es la conversion de los pecadores, por medio de fervientes súplicas, como las del profeta Daniel. Consumiase el santo Rey á la vista de las iniquidades del pueblo, mereciendo por su dolor se abreviase la venida del Salvador. No de otro modo, quien se une estrechamente con el Corazon de Jesus en el Apostolado, se consume de pena al ver las maldades que cubren la tierra, y se sacrifica gustoso porque se abrevien los dias de salvacion; y no contento con expiar las culpas propias, llora aún las ajenas.

La segunda virtud que, segun dijimos, da especial valor á las obras satisfactorias, es la *caridad*; y ésta no puede faltar en el Apostola-

do, pues todo él es caridad, y ésta se ejercita en él de una manera la más pura, enérgica y completa que darse puede. Pues si esta virtud, según el Crisóstomo, consume los pecados, como el fuego de un incendio los árboles del bosque, ¿qué diremos del celo, que es la llama de este fuego divino, y del Apostolado, que le ordena, para darle más empuje, por medio de la asociación?

La tercera virtud es la misericordia, denotada con el nombre de *limosna* en las Sagradas Letras, cuando tratan de la expiación de los pecados. ¿Y qué mejor limosna que la espiritual? «No de sólo pan vive el hombre, sino también de toda palabra que sale de la boca de Dios¹,» dice el Salvador. Y en otro lugar nos da á entender que el espíritu bueno, es decir, la gracia, es el verdadero pan que el eterno Padre no niega jamás á nuestras oraciones². Luego cuando con ellas procuramos este alimento espiritual al prójimo, satisfacemos por nuestros pecados más que si le hubiéramos dado limosna corporal.

También se promete el perdón de los peca-

¹ Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei. (Matth. IV. 4.)

² Quis autem ex vobis patrem petit panem, numquid lapidem dabit ei?... Quanto magis Pater vester de cælo dabit spiritum bonum petentibus se? (Luc. XI. 11, 13.)

dos al que perdona á quien le ha ofendido. ¿Y qué mejor modo de perdonar al enemigo, que rogar por él? Á veces está el corazon tan herido, que es muy duro obligarlo á perdonar en propios términos. Hágasele entonces orar por sus deudores, y pedir á Dios les otorgue la gloria y todas las gracias, por más que lo repugne la sensibilidad del amor propio; y con esto se irá calmando poco á poco, y por la virtud de la oracion logrará al fin, no sólo poder perdonar, sino aún amar á quien odiaba de muerte.

ARTÍCULO III.

*De lo mucho que nos acredita el Apostolado delante de Dios,
para lograr más fácilmente lo que pedimos.*

No consiste la riqueza del cristiano sólo en poseer un capital con que puede aumentar siempre el tesoro y satisfacer las deudas; sino muy principalmente en la facultad que se le da de sacar del divino erario, por medio de la oracion, lo que Dios saca de él con su poder.

Ya hemos dicho que la oracion alcanza en el orden espiritual toda clase de gracias á nuestro prójimo, cuando oramos por él. Mas no se limita á eso su virtud; pues es un instrumento que, en manos del justo, sirve para todo, para lo temporal como para lo espiritual, y maneja

el mundo entero, como por encanto, sin que nada le resista. Así es que muchos Santos hacían milagros como jugando, y no parecía sino que el Todopoderoso se había vuelto esclavo suyo, y que no esperaba sino sus órdenes ¹.

Para convencernos de esta verdad, basta recordar lo que dice Santo Tomás, que la caridad con que se une Dios al hombre es una verdadera amistad ². Éste carácter lo ha tenido siempre, porque siempre ha tenido el hombre el mismo destino de gozar de Dios y de sus bienes eternos; pero mucho más desde que se hizo Dios hombre, tomando nuestra naturaleza, y dándonos la suya; pues esta comunicacion ha afianzado las condiciones de la verdadera amistad; tanto, que la vispera del día en que iba á sellar con la muerte la donacion que nos había hecho de sus bienes, declaró que en adelante no nos llamaría sino amigos ³.

La amistad es amor de pura benevolencia, porque no es interesado, ni busca su provecho explotando á los amigos como si fueran una mina; sin embargo, en nada se opone á la verdadera y pura amistad aquel gusto y satisfaccion que se experimenta en el trato íntimo

¹ Obédiente Domino voci hominis. (Jos. X. 11.)

² 2. 2. q. XVI, a. 1.

³ Jam non dicam vos servos.... Vos autem dixi amicos. (Joan. XV. 15.)

de las personas á quienes amamos cordialmente. Nadie puede decir lo contrario, pues la amistad es, como dice San Dionisio Areopagita, un nudo que de dos corazones hace uno, refundiéndolos de tal suerte, que cada uno se ama en el otro, y ama al otro en sí. En la verdadera amistad, no hay diferencia entre el amor de benevolencia y el de concupiscencia, porque el amante ama lo mismo el bien del amado que el suyo, y vice versa. Cuando una madre sacrifica todos sus gustos por el bien de sus hijos, no cree hacer ningun sacrificio, ántes seria un sacrificio para ella el obrar de otro modo. Lo mismo sucede con toda verdadera amistad, pues el que ama de veras mira como suyas las pérdidas y ganancias del amigo, y sacrificándose por él, cree sacrificarse por sí mismo.

Todas las leyes de la amistad se encierran en dos, segun Santo Tomás; en amarse mutuamente y comunicarse los bienes. Bien conocia Dios estas leyes, cuando quiso tomar por amigos á los hombres. ¿Y cómo no las habia de conocer, siendo el autor de ellas? Como que quiso dar en ellas una semejanza de las relaciones inefables que tienen entre sí las Personas de la Santísima Trinidad. Á esas leyes se ha sujetado el Señor ántes que todos, y en virtud de ellas nos ha amado y comunicado

sus bienes, y nos desea dar más y más, á medida que vayamos correspondiendo á su amistad, como lo hicieron los Santos. Cuanto lo sufre la humana flaqueza, se mostraron fieles y leales amigos de Dios, y olvidándose á sí mismos, se entregaron al amado sin reserva alguna, hasta el punto de no vivir sino en Dios y para Dios; y el Señor, que no se deja vencer en generosidad, quiso pagarles de mil maneras, dándoles los dones de profecía y discrecion de espiritus, y sobre todo el de hacer milagros. Milagro sería que obrase de otro modo, y no hiciese prodigios á petición de amigos tan leales. No es milagro que suba una piedra lanzada en alto por un brazo robusto, bien que la inclinacion de todo cuerpo pesado sea bajar, y no subir; el milagro sería que no subiese, porque las leyes de gravedad á que obedece la piedra tienen que ceder á fuerza mayor. Ahora bien: no hay fuerza mayor que la omnipotencia divina, con que cuentan los Santos en virtud de la amistad y privanza que con Dios tienen.

Preguntará alguno por qué camino podrá llegar á esa privanza con Dios, y cómo se ha de manejar para no ser infiel á las leyes de la amistad divina.

De un modo muy sencillo. Abracemos el Apostolado de la Oracion, observemos seria y constantemente sus prácticas, y está allanado

el camino; pues con ellas damos de mano á todo negocio temporal, y hasta espiritual, que pueda llamarse nuestro, y ponemos en primer término la gloria de Dios. Si oramos, trabajamos ó sufrimos, lo hacemos aún por unas personas que no hemos visto ni conocido, por el sólo motivo de que las ama Dios, y pueden glorificarle eternamente. ¿Y no es esto confundir uno sus intereses con los de Dios? ¿No es esto portarse como una buena esposa con el esposo, y como un buen amigo con otro amigo? No pidió otra cosa el Señor á Santa Teresa cuando le dijo: *«En adelante, celarás mi honra como verdadera esposa.»* Persuadámonos, pues, que esta práctica constante del Apostolado, con aquella renunciacion y abnegacion de sí mismos que practicaron los Santos, es el canal de las divinas liberalidades, la llave de los tesoros de Dios y el arte de hacer milagros.

ARTÍCULO IV.

De la paz y consolacion de espíritu que infunde en las almas el Apostolado.

MUCHOS bienes da Dios á sus amigos, y no es por cierto el menor esa participacion de su poder que hemos considerado; pero más apetecible es aún la paz que engendra en el alma la amistad divina. Todos buscan la paz como el mayor bien de la vida presente, aun-

que no sepan el camino de hallarla, porque es la armonía de todas nuestras facultades, como la consonancia de las cuerdas en una lira, la proporcion de las partes en un edificio, la buena disposicion de las ruedas en una máquina, y el orden planetario en el cielo. Por desgracia, todo en el mundo está concertado, ménos nuestra máquina, que parece un reloj descompuesto, que cada rueda se va por su lado. ¿De dónde viene esa dislocacion de nuestras facultades, y esa division intestina en una sustancia que es espiritual y simplicisima?

¿Diremos que es castigo de la desobediencia del hombre que se negó á observar la ley divina? Pero entónces, ¿cómo es que las almas fieles se hallan en el mismo caso, y en vez de gustar las dulzuras de la paz, pasan una vida llena de amargura, y muchas de ellas no se pueden sufrir á sí mismas, y dan harto que sufrir á los demas? ¿Dónde están esos pacíficos, esos hijos de Dios ¹, cuya paz se derrama como un rio sobre los valles ²? Pocos son esos tales, y no hay que extrañarlo, pues entre los que quieren ser amigos de Dios, hay pocos que quieran observar las leyes de la verdadera amistad. La mayor parte se contentan con dejar los placeres vedados, y creen hacer ya mucho con

¹ Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur. (Matt. V. 9.)

² Declinabo super eam quasi fluvium pacis. (Is. LXVI. 12.)

dedicarse á la piedad y buenas obras. Pero al retirarse del tumulto del mundo, no dejan en el su amor propio, sino que se lo llevan consigo, á veces sin conocerlo ellos mismos. No ha muerto el egoismo; tan sólo ha mudado de estado, ganando en vez de perder, pues en vez de alimentos carnales, le cebarán con goces delicados y puros. Aquéllos le humillaban, éstos le enaltecen; aquéllos le hacían aborrecible, éstos le merecen elogios de las almas nobles; aquéllos le causaban remordimiento, éstos satisfaccion y consuelo. Pues este egoismo espiritual, si bien no es grave impedimento de la amistad divina, entorpece, sin embargo, aquellas íntimas relaciones que dependen de una total entrega del alma á Dios.

Y entre tanto, no hay que esperar paz completa en el corazón, sino que estará expuesta el alma á las perturbaciones consiguientes al imperio que en ella ejerza el amor de sí misma. Y, en efecto, ni de la naturaleza, ni de la gracia le puede venir la paz que apetece. No de la naturaleza, que necesita para quietarse y satisfacer sus instintos un bien cierto, duradero é ilimitado, mientras que los goces del amor propio carecen de esas prendas; y aunque esos goces no consistan ya en placeres impuros, ni en honra mundana, ni en riquezas del suelo, son, sin embargo, bienes criados, y todo lo cria-

do lleva consigo agitacion, incertidumbre y vacío. Por consiguiente, en los goces de la piedad no puede hallar plena paz y quietud el apetito natural del corazon.

Mucho menos la hallará el apetito sobrenatural producido por la gracia. Porque si el corazon del hombre no puede hallar pleno contento sino en la posesion de Dios, ¿qué sucederá al corazon del cristiano, unido al de Dios, y habitado por el Espíritu Santo, que es el amor sustancial de Dios? ¿Cómo podrá saciarse un corazon, tan divinizado, con cosa criada, por muy espiritual que sea? ¿Con qué bien, que no sea Dios, podrán acallarse los inenarrables gemidos que hace exhalar al alma el mismo Espíritu Santo? Ese divino Espíritu, cuyas inspiraciones se encaminan siempre á despojarnos de nosotros mismos para unirnos con Dios, ¿cómo ha de consentir que por un apego desordenado á sí misma, busque el alma en la tierra los goces propios de la gloria? No es posible; mientras ella desconozca el espíritu de la verdadera piedad, que consiste en el constante sacrificio del amor propio y del egoismo espiritual, no hallará paz. No la hallará, porque las facultades divinas de que ha sido dotada, piden alimento divino, y no se saciarán jamás con lo que no sea Dios.

Y cuanto más elevada se vea una criatura á

la amistad íntima de Dios, y más adornada se halle de eminentes virtudes, ménos paz hallará; porque, al paso que crecen los favores del amador divino, se exige mayor correspondencia del amado. Cada grado de gracia que se adquiere es un nuevo resorte añadido á un mecanismo ya de suyo muy poderoso; y si pone alguna resistencia el alma, se sigue mayor desconcierto, que si en el cuerpo se apartara un hueso de su lugar, ó en el cielo saliera un planeta de su órbita.

De lo dicho resulta que quien busque la paz debe buscarla fuera de sí mismo, fuera de la carne y sangre, fuera de los mezquinos intereses del amor propio, y aún fuera del apetito de los gustos espirituales.

¿Y ese modo de ser le hallaremos en el Apostolado? Sin duda alguna, pues no hay institución humana que más agrande nuestro horizonte y eleve más el pensamiento. Todo cuanto hay es vuestro, nos dice con San Pablo, porque sois de Cristo¹. Vuestra es la causa de Dios, porque sois hijos suyos. De la causa de Dios se trata; combatida se ve por todas partes, y á todas puede alcanzar la fuerza de vuestro brazo con la espada del espíritu y el arma de la oración. Desahogad ahí todas las ansias del corazón y apetitos del alma; que bien vasto campo se os

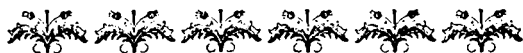
¹ Omnia vestra sunt.... Vos autem Christi. (I. Cor. III. 22, 23.)

presenta para ejercitar vuestro celo. Ahí podeis respirar á gusto, que en otra parte os ahogariais por falta de aire. Para una alma á quien la gracia ha dado alas divinas, un horizonte reducido no puede ser sino una cárcel, la inaccion una agonía, y el descanso una muerte. Colocándonos en fin entre Dios y la creacion entera, nos hace ver la pequeñez de esas cosas que nos turban, y lo mal que hacemos en rebajarnos hasta el punto de perder por ellas la paz.

¿Entendemos ahora de dónde viene esa negra melancolía que á lo mejor se apodera del alma, y á veces despues de inefables consuelos? Pues al fin, si hemos entendido dónde se halla la sabiduría, la virtud, el entendimiento, la duracion de la vida, el alimento, la luz y la paz, como dice el profeta Baruc ¹, entremos por esta via á gozar de todas las riquezas del cielo ².

¹ Disce ubi sit prudentia, ubi sit virtus, ubi sit intellectus: ut scias simul ubi sit longiturnitas vitæ et victus, ubi sit lumen oculorum et pax. (Bar. III. 14.)

² Ut impleamini in omnem plenitudinem Dei. (Eph. III. 19.)



CAPÍTULO II.

De las ventajas que proporciona á la sociedad el Apostolado.

SALTA á la vista que una asociacion tan ventajosa á todo linaje de personas, lo ha de ser á la sociedad entera. Pero no estará de más entrar en algunos pormenores que pongan de relieve esta verdad, de suyo tan clara; y á esta demostracion dedicaremos dos articulos, en los cuales trataremos de la vida del Apostolado, que es el celo, y del ejercicio de ella, que es la oracion.

ARTÍCULO PRIMERO.

De las ventajas que proporciona promoviendo el celo de las almas.

NUNCA se ha hablado tanto como ahora de remediar los males de la sociedad, y nunca ha estado peor la sociedad, porque no se cuenta con el remedio infalible. ¿En qué estriba el ser de toda sociedad humana? En el cuidado y solicitud de los superiores, en la subordinacion de los súbditos, y en la union y concordia de los miembros que la componen.

Estos tres elementos se encierran en la ley de la caridad: por ella gobiernan los superiores

como padres, obedecen los súbditos como hijos, y se aman todos como hermanos. Mas como el egoismo se ha puesto en lugar de la caridad, y la ha sustituido en todas partes, de ahí se sigue la perturbacion en todos los órdenes y grados de la sociedad.

Sin hablar de la civil, que bien sabemos cómo está, vengamos á la primera de todas, fundada por Dios, y origen de las demas, que es la familia. En ella vemos disminuir la autoridad del padre, y la obediencia de los hijos, y el cariño de los hermanos, los cuales luchan por frivolos intereses, porque la codicia de los bienes temporales ahoga la voz de la sangre y de la naturaleza. Pues si esto pasa en una sociedad tan reducida, fundada en el amor, y en un amor inspirado por la misma naturaleza, ¿qué ha de suceder en otras que son de pura convencion, donde todos se miran como extraños, y nadie busca sino la utilidad y el interes?

Bien conocido es el mal; ¡ojalá fuera tan conocido el remedio! Sin embargo, los cristianos no tienen que buscarlo muy léjos, pues saben bien que sólo en el nombre de Jesus está la salud, y que no hay otro bajo el cielo dado á los hombres, por el cual podamos ser salvos ¹.

¹ Non est in alio aliquo salus. Nec enim aliud nomen est sub cœlo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri. (Act. IV. 12.)

Saben que no hay medicina que pueda curar nuestras dolencias, sino la sangre que manó de las llagas del Salvador, recogida cuidadosamente por la Iglesia para este efecto. Saben que en el Corazon de Jesus, siempre presente entre nosotros, está la fuente de la vida.

Pues este es el remedio de la sociedad enferma, desahuciada y moribunda. Dios es quien lo asegura ; y nosotros podemos afirmar con peso de razones , que una de las más felices aplicaciones de esta medicina á las enfermedades del mundo es el Apostolado.

Porque al fin , ¿de qué se trata, sino de abrir camino á la caridad , para que pueda entrar en los corazones, y entrando los penetre , y penetrándolos, logre empujarlos hacia el fin último para que fueron criados ? Pues si de eso se trata , tengamos entendido que no entrarán jamás los grandes sentimientos de la caridad en corazones apegados á los mezquinos intereses personales , y que no acabará de morir el egoismo mientras se busque el hombre á sí mismo en las obras buenas que haga. ¿Quereis cortar los brazos al egoismo y quitarle esas formas halagüeñas con que nos seduce? ¿Quereis que los gobernantes se hagan los humildes siervos de sus súbditos ? ¿Quereis que los súbditos obedezcan alegremente, y no por forzada servidumbre? ¿Quereis que cada uno de los hombres ame á

su prójimo, y tenga por ganancia el sacrificarse en bien suyo? Pues nada más fácil que esto, si logramos levantar los espíritus á las altas consideraciones de la fe. Enseñad á los que componen cualquier gremio ó corporacion, que son miembros de la gran familia celestial que tiene á Dios por padre, y que en ella desempeñan cargos de importancia, cada uno el suyo; y que al fin de la jornada será galardonado cada cual, no segun el grado más ó ménos alto de su empleo, sino segun el celo con que hubiere trabajado. Mostradles la tierra como un punto en la casa de Dios, y el tiempo que en ella han de vivir, grandes ó pequeños, ricos ó pobres, como un instante en la sucesion de los siglos. Acostumbradlos á no mirarse á sí mismos sino en Dios, que quiere quitarles su nada para darles la perfeccion divina; y con eso irán desprendiéndose poco á poco de esa miseria en que viven; ni los alucinará ya tanto el brillo del oro y del poder, ni los abatirá tanto la humillacion y escasez. Mandarán con humildad los superiores, obedecerán con nobleza los súbditos, y todos entenderán lo que vale el sacrificio de sí mismo, en bien de sus hermanos.

Con este fin se ideó esa tan grande como sencilla institucion del Apostolado, que no nos deja reducidos, como otros gremios de que formamos parte, al estrecho círculo de ciertas

miras terrestres , sino que nos hace levantar el pensamiento á lo alto. Como un guía que lleva al viajero por la cima de un monte desde donde se divisa la llanura , sin echar de ver los altos y bajos del terreno , así el Apostolado nos hace caminar por una senda tan elevada, que no reparamos en si es alto ó bajo el puesto que ocupamos en la tierra. Muéstranos el cielo como un reino de que somos herederos, la vida presente como el tiempo de nuestra educacion, las criaturas como esclavos nuestros, los que mandan como tutores , los compañeros como auxiliares. Á Cristo Nuestro Señor nos entrega y consagra , como á capitan del ejército cuyas banderas hemos jurado , y nos repite sin cesar que el blanco de nuestros trabajos en la presente campaña, por una via ó por otra , en alto ó bajo puesto , es la gloria de Dios.

Hé aqui el remedio de la enfermedad que aqueja al mundo, y el término de las divisiones que despedazan el cuerpo de la sociedad cristiana , armando á sus miembros unos contra otros. Este remedio aplicó San Pablo á los cristianos de Corinto , que estaban tan divididos como nosotros , cuando les decia: « Esos celos y envidias que hay entre vosotros , ¿no prueban claramente que sois todavía carnales, y obráis segun el hombre? Diciendo uno , yo soy de Pablo; y otro , yo soy de Apolo, ¿no

obrais por miras humanas? ¿Quién es Apolo? ¿Quién es Pablo? Unos ministros de aquel en quien creisteis, cada uno en el cargo que le dió el Señor. Yo planté, Apolo regó, pero el incremento lo dió Dios. Luego ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el incremento. El que planta y el que riega van á una; pero cada uno recibirá el jornal conforme al trabajo (no segun la dignidad).... Nadie se glorie en los hombres (como quien no ve sino hombres en los superiores). Todas las criaturas son vuestras; Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente y lo futuro, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios ¹.»

Si observásemos esta doctrina, ¡de cuán distinta manera veríamos las cosas! Todas las divisiones se acabarían: nos pondríamos á trabajar cada cuál á la medida del caudal de ingenio y fuerzas que hemos recibido, con la mira de acrecentar el tesoro del cielo. El que manda, miraría á los que obedecen como á herederos de un reino, del cual ha de participar él más ó ménos, segun la ayuda que les hubiere prestado para conseguirlo; el que obedece, miraría á los que mandan como á imágenes vivas de un Padre infinitamente bueno, que les prepara una

¹ I. Cor. III.

gloria perdurable; y todos veríamos en nuestros semejantes á unos miembros de la sociedad á que pertenecemos, con quienes nos son comunes las pérdidas y las ganancias.

Mirando así las cosas, se manda con prudencia, se obedece con gusto, se sirve con amor, y la sociedad así constituida de seguro ha de ser fuerte y pacífica; y la comunidad, la familia, el estado donde tales leyes se observen, no pueden ménos de conservarse, adelantar y crecer en perfeccion y felicidad.

¿Por qué no abren los ojos los que tanto hablan de adelantos y progreso, que no parece sino que han nacido para reformar el mundo? Si entendieran lo que tan fácil es de entender, y quisieran plantearlo, no tendrían que ir á tierras desconocidas á buscar el paraíso perdido, sino que en la Iglesia de Cristo lo hallarían, como lo han hallado todos los pueblos dóciles á su voz y llamamiento, que se han dejado guiar por su enseñanza divina, de diez y ocho siglos acá. ¿De dónde viene la paz que reina en las comunidades de religiosos, en medio de tantos sacrificios y privaciones? ¿De dónde ha de venir, sino de la caridad, del desprendimiento, y del espíritu que anima á cada cuál, pues todos van á una, y no hay mio ni tuyo, ni más intereses que los de Cristo? Si el Apostolado llega á hacer extensivo este espíritu

á las familias y estados, y á todos los gremios de la cristiandad, logrará curar la llaga mortal del mundo.

ARTÍCULO II.

De las ventajas que proporciona, promoviendo la práctica de la oracion.

DIJIMOS arriba que el celo es la vida del Apostolado, y su ejercicio, la oracion : no cabe mejor vida, ni mejor instrumento que el que maneja.

Ya hemos dicho que la oracion es una respiracion sobrehumana con la que atraemos el aire del cielo, el soplo de la caridad y la vida de la gracia ; y que por consiguiente, sin la oracion no podemos vivir. Tampoco pueden vivir sin ella las sociedades, pues de ella sacan su fuerza y elasticidad los lazos que unen á los hombres, como que ella es la que los lleva al Hombre Dios, y por el hecho mismo, los pone en contacto á unos con otros. Si la oracion no los levantara hacia Dios, se irian separando de entre si cada vez más; pues, flaqueando el amor divino, cae el hombre bajo el imperio del amor propio, que tiende á separarle de los demas y á ensimismarle. Y aunque así no fuese, de poco podria servir un hombre á otro, si no se facilitasen mutuamente los medios de llegar á Dios. De suerte que la oracion viene á ser en la socie-

dad el fundamento de todos sus bienes; de la caridad, beneficencia, liberalidad, generosidad, buenos ejemplos, y aún de otros elementos de prosperidad que no nacen de la religion. Por la oracion adelanta el estudio de la ciencia; porque la oracion fomenta el deseo de la verdad, vence las dificultades, preserva de los errores, y sostiene el equilibrio entre la docilidad que toma lecciones de la experiencia, y la temeridad que echa por sendas desconocidas.

Si el sábio no es hombre de oracion, ó se volverá presuntuoso, ó caerá en el abatimiento; y tanto lo uno como lo otro le apartará de la verdad. Con razon dijo un sábio que el estudio de la verdad era una oracion natural. Pero ¿cuánto más valdrá esta oracion si se hace sobrenatural, uniendo la mente humana con el Verbo humanado?

Por la oracion prosperan las bellas artes. Y es cosa clara y evidente á todo entendimiento cristiano, que tiene que ser así. Porque ¿de dónde saca el artista los modelos de su arte, sino de los objetos sobrenaturales, que representan con más ó menos propiedad la belleza de Dios? ¿Qué esfuerzos no ha de hacer el pintor y el escultor para dar á la piedra y al lienzo y á los colores, únicos elementos con que cuenta al manejar el escoplo y el pincel, la vida y el espíritu de los Santos, de los Angeles, de la Virgen Ma-

dre y del Hombre Dios? ¿Y esos esfuerzos no son ya una oracion natural que está pidiendo la ayuda de la sobrenatural? Entre una y otra, no parece haber más diferencia, sino que la primera no tiene base segura, ni camino cierto, ni término fijo; mientras que la segunda tiene por base promesas ciertas, cuenta con un guía seguro, y descansa en la contemplacion de la belleza divina bajo las formas que ha tomado para hacérsenos sensible.

Luego la oracion es el solo camino de llegar á esa belleza, cuya imagen ha de reproducir el artista.

Otro efecto tiene la oracion, que es consecuencia del primero, y es que preserva las bellas artes de la corrupcion á que las expone la falta de fe. No hay cristiano que no deplora con nosotros la decadencia del espíritu religioso en las artes, y que no se lamente de que el adelanto de la industria hoy día se pague con tan gran detrimento de los bienes de orden superior. Bien de lamentar es que el hombre no sepa dominar la materia sino perdiendo el dominio de si mismo, ni ensanchar el círculo de sus invenciones sino estrechando sus pensamientos. Entre tanto, mientras otros buscan caminos más ó ménos ingeniosos de conciliar el espíritu con la materia, nosotros tomaremos la senda fácil que nos descubre Dios, que es la oracion. Si pode-

mos inspirar su espíritu á la sociedad, preservaremos á la industria de sus peligros, sin impedir sus adelantos.

La industria de por sí no es un mal. ¿Qué mal hay en que se posesione el hombre cada vez más del reino de esa materia que le dió su Hacedor al criarlo? El mal está en rebajarnos hasta el nivel de una criatura, á quien debíamos levantar, juntamente con nosotros, á la altura de Dios. Ese mal, que es el pecado de la sociedad entera, sólo con la oracion se puede remediar, pues sólo ella puede elevarnos á Dios con su máquina poderosa, contrarestando el peso de la materia, que nos tira hacia abajo.

En la oracion está el remedio universal de los males de la familia cristiana. ¡Cuántas familias se ven en la mayor desolacion! La escasez de recursos, con ser grande, es el menor mal que padecen. Los intereses encontrados, y más aún las genialidades opuestas, hacen sufrir más que la falta de medios. Continuas reyertas, disgustos sin número, hacen intolerable la vida. No hay más remedio que acudir á Dios en la oracion; y si lo hacen, y perseveran algun tiempo en este ejercicio santo, pronto renacerá la calma, y un rio de paz bañará esas orillas secas y estériles. Oid al Espíritu Santo:

«Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen; y si Dios no guar-

da la ciudad, en vano velan los que la guardan.» En los destinos de las sociedades, lo mismo que de los individuos, quiere Dios mostrarse Dios; quiere acoger bajo su manto á los gobernantes de estados, pueblos y familias, si reconocen su autoridad suprema; no quiere, ni puede hacerlo, si se erigen en dioses, porque no puede dar su gloria á otro. ¡Oh cuántas calamidades de pueblos y dolores de familias causados por la soberbia, hubiera conjurado la humilde oracion! ¿Quién negará la importancia del Apostolado, que la promueve en personas, familias, pueblos y naciones?



CAPÍTULO III.

De los beneficios que de él reporta la Iglesia.

NADA más contrario á la Iglesia, llamada justamente católica, es decir, universal; nada más opuesto á su modo de ser, que ese espíritu mezquino por el cual se ensimisma el alma, y se cierra en banda, para no pensar sino en si propia. Y notemos que semejante espíritu lleva el carácter de la más fea ingratitud á una madre como la Iglesia, á quien debe el cristiano su vida espiritual, y todos sus consuelos y esperanzas. Tamaño desórden persigue de muerte el Apostolado, haciendo suya la causa de la Iglesia, poniendo en conocimiento de todos cuanto pasa en el mundo de adverso ó favorable á ella, solicitando las oraciones de los fieles en su ayuda, y despertando de mil maneras, y estimulando el celo de los hijos en favor de su madre.

Cuán útil sea el Apostolado á esta institucion divina, lo hemos de ver en los artículos siguientes.

ARTÍCULO PRIMERO.

*De lo mucho que contribuye á la conservacion y prosperidad
de la Iglesia.*

Y A hemos considerado lo que es la Iglesia: á saber, una sociedad perfectísima, hecha á imágen de la que componen las divinas Personas; ó por mejor decir, una extension de ella á los Ángeles y hombres, por mediacion de Cristo, verdadero Hijo de Dios por su ser divino, y del hombre por su ser humano.

San Pablo la llama cuerpo místico de Cristo. Este cuerpo divino y humano, visible é invisible, celestial y terrestre, tiene por fin unir la tierra con el cielo, y formar un todo con la creacion material y espiritual, haciendo vivir á los hombres de la vida de Dios. Su cabeza es Cristo, su alma el Espíritu Santo, sus órganos principales los Apóstoles y sus sucesores en el sacerdocio, sus miembros los fieles, su duracion la eternidad.

San Pablo la compara con un edificio, cuyos materiales va Dios preparando en la tierra, para trasladarlos al cielo. Cristo es el primer cimiento con los Apóstoles, que son cimientos secundarios; los doctores, obispos y sacerdotes son las columnas, los fieles son las piedras; la gracia y la caridad las unen, y la gloria corona el edificio.

El Salvador la compara con una vid, cuyos vástagos en parte cubren la tierra, y en parte florecen en el cielo. Él mismo se llama vid, y á nosotros nos llama sarmientos.

Siempre es la misma idea bajo diversas formas, que todas convienen en representarnos á la Iglesia como una continuacion de la Encarnacion, y comunicacion de la santidad de Cristo á todas las generaciones.

Esta sociedad es visible en sus miembros mortales, en su existencia terrestre y en su accion exterior. Propágase por la palabra, confiere la gracia con señales sensibles, y con ritos exteriores ofrece su sacrificio. Así lo hacia tambien Jesucristo, y con signos visibles obraba los milagros y conferia la gracia. Y lo mismo que esta vida sensible de Cristo, y sus obras exteriores, sacaban su virtud de lo interior del alma y de la divinidad, así la vida exterior de la Iglesia no es sino un pálido reflejo de la virtud del Espíritu Santo que le anima.

Si tal es la naturaleza de la Iglesia, claro está que, no sólo depende su conservacion de las obras puramente exteriores de sus hijos y ministros, como es la enseñanza y doctrina, sino tambien, y más aún, de las espirituales é interiores, como son la oracion y el sacrificio.

¿Acaso en el cuerpo humano lo hacen todo los pies y las manos? Lo principal y más nece-

sario para la vida lo manejan los órganos interiores ; y aun aquello que se ve por fuera, y los movimientos que se ofrecen á la vista, nacen de causas interiores que no se ven. ¿Qué podría hacer el brazo, si el corazon dejara por un rato de transmitirle la sangre que necesita para poderse mover? ¿Qué verian los ojos, si se interrumpiese su comunicacion con el cerebro por medio de los nervios?

Si esto sucede con un cuerpo puramente animal, ¿qué tiene de extraño que en un cuerpo moral, cuya vida, movimiento y fin es todo espiritual, haya dependencia de un miembro á otro, sin que se pueda ver por de fuera? Admitido que la gracia es la vida de la Iglesia, no se puede negar que una alma justa ha de tener más virtud para acrecentar esta vida á medida que tenga más influjo con Dios ; y que la intercesion de tales almas ha de ayudar mucho á los ministros de la Iglesia en el ejercicio de su cargo.

En el sermon de la unidad de la Iglesia, dice Bossuet : «Las luces que da Dios á los que enseñan, vienen muchas veces, como dice un Padre antiguo, de las oraciones de los que escuchan. Cuantas obras buenas se hacen en la Iglesia, no sólo por los fieles, sino aun por los pastores, asegura San Agustin que se deben á la accion secreta é ignorada de esas palomas

inocentes que se hallan esparcidas por todo el mundo. ¡ Oh almas sencillas, ocultas á los ojos de los hombres, y más aún á los vuestros, pero que conoceis á Dios, y sois de El conocidas, ¿dónde estais para que yo os dirija la palabra? No es menester, sin embargo, que yo os conozca; pues ese Dios que os conoce, y habita en vosotros, sabrá llevar mis palabras, que son suyas, á vuestro corazon. Almas humildes, almas inocentes, preservadas de las vanidades del siglo, vuestras oraciones pido. Hacedlo por gratitud. Pedid sin tregua por la Iglesia en agradecimiento de las mercedes que de Dios habeis recibido.»

ARTÍCULO II.

Se confirma la doctrina precedente con el dogma de la comunión de los Santos.

PARA qué andar en busca de argumentos que apoyen nuestra doctrina, cuando es una verdad de fe que confesamos en el *Credo*? La comunión de los Santos es una consecuencia del dogma fundamental que probamos ántes, de la union de los cristianos con Cristo; pues no podemos estar unidos con Cristo sin estar en comunión unos con otros.

Lo propio sucede con el cuerpo humano, donde todo miembro unido con la cabeza, lo está con los demas miembros, y ejerce sobre ellos su influjo, como ellos sobre él. El ojo di-

rige el movimiento de las manos y los pies, y manos y pies defienden alojo; si sufre un miembro, todos sufren con él. Los órganos interiores, léjos de sustraerse á la comunión de los otros, toman mayor parte en sus bienes y males, y si ellos padecen, no hay miembro que no padezca con ellos, mucho más que si fueran órganos exteriores.

Bajo el nombre de *Comunion de los Santos* entendemos una unión y comunicación de bienes que existe entre todos los que componen el cuerpo místico de Cristo, ya estén en posesión de la santidad perfecta en la gloria, ya la posean en sustancia por la gracia, ó ya tengan tan solamente un principio de ella en la fe y sumisión á la Iglesia. Todos estos fieles forman una sociedad, en la que son comunes las pérdidas y ganancias, de tal suerte, que si uno crece en santidad, aumenta la vida de los demás, y si, por el contrario, decae de su fervor, causa detrimento á los otros.

Esto se ve claramente en los Santos del cielo. Su felicidad sustancial está en la vista de Dios, y no tiene en sí relación ninguna con los demás Santos; mas no cabe duda que todos gozan inefables delicias, que nacen de la compañía de unos con otros, y esto es lo que se llama bienaventuranza accidental. De consiguiente, cada alma santa que entra en el cielo

da á las demas un aumento de felicidad tan grande como es la que ella goza.

Lo que decimos del aumento de gloria en el cielo, lo podemos decir del de la gracia en la tierra. La gracia es el principio de la gloria, pues es la vida divina en su creciente, como la gloria lo es en su plenitud; pero en ambos estados se comunica del mismo modo, de la cabeza, que es Cristo, á los miembros, y de unos miembros á otros. Si un cristiano peca mortalmente, este miembro muerto altera todo el cuerpo de Cristo, como si á un hombre sano le liasen un brazo. Si, por el contrario, revive un miembro muerto, convirtiéndose un San Agustin, ó un San Pablo, ó gana fuerzas extraordinarias como en un San Ignacio, ó San Francisco Javier, todo el cuerpo se vigoriza.

Tanta union y dependencia de los miembros de la Iglesia bastaria por sí sola para probar cuán útil es una sociedad que promueve en tanto grado el celo de sus individuos por el bien comun; enseñando al poderoso que no es nada sin la ayuda del débil, y al débil que puede ayudar él tambien á los demas, y haciendo una colecta general, en la que pobres y ricos, por medio de la oracion, enriquecidos con los bienes del cielo, irán á depositar su limosna en el tesoro comun.

Las ventajas de este Apostolado se conoce-

rán mejor, si nos hacemos cargo de las necesidades de la Iglesia, y de la naturaleza de esta comunión de los Santos. La mayor necesidad de la Iglesia es la oración, con la que levanta la cabeza por encima de esta atmósfera terrestre, para respirar el aire natal y las gracias que alimentan su vida. Con la oración crecen sus fuerzas; menguando la oración, disminuyen; faltando la oración, si pudiese faltar, la Iglesia dejaría de existir.

Por desgracia, se escatima mucho á la Iglesia este elemento de vida tan necesario. La gente del mundo anda muy ocupada en sus negocios, los eclesiásticos en sus ministerios, y aún el religioso tiene á veces harto que hacer con enfrenar la vivacidad de su espíritu. Si tales obstáculos llegasen á ahogar en el pueblo cristiano el espíritu de oración, no podría venir mayor calamidad á la tierra y á la Iglesia de Cristo: es cuestión de vida ó de muerte para la Iglesia. Luego no puede hacérsele mayor obsequio que propagar este espíritu por todos los medios posibles, y extender por todas partes el Apostolado, á fin de que las muchas oraciones de sus miembros suplan el descuido de los que no oran jamás.

Y aquí de paso condenaremos á la reprobación de nuestros lectores la inconcebible temeridad con que algunos cristianos censuran á los

institutos religiosos dedicados á la contemplacion.—¿De qué sirven esas órdenes contemplativas?, se atreven á decir. ¿Qué hacen en provecho de la sociedad, si no enseñan, ni trabajan, ni cuidan enfermos?—¿De qué sirven? ¿Qué hacen? Lo que vosotros no haceis, y debíais hacer. Si el hombre ha sido hecho para trabajar con los brazos, tambien ha sido hecho para orar con la mente. Ambas cosas son necesarias al mundo y á la Iglesia en particular, pero la segunda lo es más. Y puesto que la mayor necesidad es la más desatendida, ¿no será justo que haya corporaciones que echen el peso de sus oraciones en el platillo de la balanza que está vacío?

Entenderemos aún más la importancia del Apostolado, determinando mejor el dogma de que tratamos. Los bienes sobrenaturales que poseemos son, los *méritos*, las *satisfacciones*, las *gracias actuales* y los *consuelos* y mercedes sobrenaturales.

Entre estos bienes, los méritos son propiedad intransferible de su dueño. Solo Cristo, que no tenía nada que ganar para sí, ha podido comunicarnos sus méritos; pero los demás nada podemos ganar que no necesitemos para nosotros mismos, y que no haya de ser retribuido en el cielo.

La comunión de los Santos se limita á los

demás bienes, y de estos, las gracias actuales son las que más nos importan; pues bien pueden sacrificarse los consuelos de esta vida, sin gran detrimento del alma; y las satisfacciones, ó la parte satisfactoria de las obras, si bien nos libran de las penas del Purgatorio, al fin son un bien cuyo efecto es temporal y transitorio, y que no nos añade ni un grado de gloria. Las gracias actuales, por el contrario, dándonos la virtud de hacer obras meritorias, y de aumentar el número y valor de estas obras, hacen extensivo su influjo á la eternidad. De aquí sacaremos que las gracias actuales son el mejor tesoro que nos agencia la comunión de los Santos, y que el Apostolado, cuyo fin es procurar estas gracias á los pecadores que sin ellas no pueden salir de la culpa, es la más preciosa aplicación de este dogma católico que confesamos en el Credo.

ARTÍCULO III.

De la utilidad del Apostolado para la defensa y aumento de la Iglesia.

LA misión de la Iglesia no se reduce á conservar la vida de los hijos que ahora tiene bajo su obediencia, sino que ha de transmitirla á los pecadores é infieles, porque su condición en la tierra es un estado de perpétuo desarrollo. Ante todo, debe cuidar de las almas incorpora-

das á ella por el bautismo; pero no la absorbe tanto este cuidado, que olvide por un instante las naciones que le dejó en herencia el divino Esposo, y las ovejas errantes que le encargó recogiese en el redil.

Hace diez y ocho siglos que no cesa un momento en su mision de buscar almas perdidas, bien que con improbo trabajo, no sólo por la resistencia que oponen á su llamamiento los pecadores é infieles, sino por la guerra que desapiadadamente le hacen. Estos desgraciados, no contentos con cerrar los ojos á la luz, se empeñan en apagar esta misma luz que los condena, pues para dormir tranquilos á la sombra de la muerte, quisieran cegar el foco y centro de la vida.

Se ve, pues, obligada la Iglesia á esparcir la luz y disipar las tinieblas, á enseñar la verdad y refutar errores, á resucitar muertos y defender la vida, á redimir cautivos y evitar la esclavitud. Á todo esto se ve obligada, y á todo tiene que atender en el gran campo del mundo, mientras que en el interior de casa se dedica al cuidado de sus hijos.

La mision exterior la desempeña con la ayuda de los obreros evangélicos, que nacen todos los dias de su fecundo seno, y á quienes envia á la conquista de las almas. ¡Quién podrá referir lo que estos hombres padecen, los sacrificios que

se imponen, y los peligros que pasan! Pero el Apostolado viene en su ayuda, y los saca de ahogo. No hay un misionero en el orbe que no haya experimentado la virtud de las oraciones de sus hermanos, y que no pueda dar fe de ella, como la da San Francisco Javier á cada paso en sus cartas. ¡Cuánto más eficaces serian, si fuera mayor el número de los que diariamente oran por la propagacion de la fe! Oigámos lo que dice á este propósito Santa Teresa, cuando, escribiendo á las monjas, les asegura que si quieren contentar á Dios en alguna cosa, deben ocuparse en orar por los predicadores, por los defensores de la Iglesia, y por los hombres doctos y letrados que sostienen su causa y hacen por detener el impetu de las herejías. En el *Camino de la perfeccion* les pide que la ayuden á suplicar al Señor remedie tamaño mal como es la perdicion de las almas; y les dice que para orar por ese fin las ha reunido Dios en un monasterio; que ese es el fin de su vocacion, y que á eso se han de encaminar sus deseos y oraciones ¹.

El que no entendiere este lenguaje nacido del corazon, y lo oyere con indiferencia, se engaña miserablemente, si cree que ama á Jesucristo, á los hombres y á la Iglesia.

¹ *Camino de perfeccion*, cap. 1.

ARTÍCULO IV.

De la utilidad del Apostolado para promover vocaciones apostólicas.

MÁS eficaz será la cooperacion del Apostolado á la propagacion de la Iglesia, si logra aumentar el número de obreros de la viña del Señor. ¿Y cómo no? ¿Por qué no hemos de esperar que la semilla del celo de las almas, desarrollada por la oracion en el corazon de los asociados, produzca un día vocaciones á la vida apostólica? ¿No vemos cuánto se acrecienta en nuestros días el número de asociaciones con el fin de promover la instruccion y la piedad entre los pobres, y cómo prende en los corazones de los seglares el espíritu de celo? ¿Por qué no hemos de esperar que ese celo, que extiende tanto su esfera de accion entre nosotros, secundado por una cruzada de oraciones, traspase los mares, y lleve la fe á las naciones lejanas?

Entre tanto, no dudemos que será muy del agrado de Dios que el Apostolado aseste al blanco de las misiones remotas sus intenciones y preces cotidianas, sobre todo en los centros que en los seminarios y casas de educacion se establecieren. ¡Cuánto no coopera á la gracia de Dios aquel que muestra en lontananza á nobles y heroicos corazones, esas playas desconocidas, donde luchan con el error y la bar-

barie sus hermanos y compatricios; esas regiones incultas sentadas aún á la sombra de la muerte, que tienden los brazos á sus futuros libertadores! Muchas almas nacidas para grandes cosas ignoran lo que Dios haria por medio de ellas si se entregasen á la divina inspiracion. En el Apostolado podrian oir su voz, y tal vez en él entenderian el lenguaje del Apóstol de las Indias, que escribía á sus amigos de Europa: «¡Cuánto se engañan en sus cálculos, esos desgraciados que no emplean sino en sus intereses particulares los talentos que les ha dado Dios para el bien de sus hermanos! ¡Qué cuenta tendrán que dar un dia de sus talentos! Muchas veces me ha venido la idea de volver á Europa, aunque me tuvieran por loco, y de entrar en todas las academias, sobre todo en la Universidad de París, y decir á todos esos letrados que tienen más letras que temor de Dios: Por culpa vuestra, se ven privadas innumerables almas del reino de los cielos, y caen en el abismo de la perdicion.»

ARTÍCULO V.

El Apostolado estrecha los vinculos de union que tienen los cristianos.

TANTAS oraciones puestas en comun no pueden ménos de engendrar concordia en los corazones asociados. Y como el blanco de las oraciones es el amor de Dios y del prójimo, de re-

chazo tiene que prender la caridad en los que la promueven en los demas. De consiguiente, ha de desaparecer la envidia, madre de pleitos y rivalidades, con esas sospechas y resentimientos pueriles que cortan los brazos al celo, é impiden tantas obras buenas. Ya en adelante no serán sino un corazon y una alma todas las Órdenes religiosas y congregaciones piadosas, é irán á una en las obras de celo por la gloria del Señor de todos. Otro tanto harán los fieles que en el estado seglar sirven á Dios, haciéndose cuenta que trabajan en la misma viña con distintas herramientas. ¡Qué potencia formarán tantas fuerzas combinadas! Resulta de esta consideracion, que nuestro humilde Apostolado se ve llamado á ser un poderoso auxiliar de la Iglesia. ¿Qué es lo que pretende la Iglesia sino conservar y extender el reino de Cristo, santificar las almas, alumbrar á los infieles, convertir á los pecadores, y congregar á los hijos de Dios dispersos por el mundo? Pues esto procura el Apostolado, y para esto promete á la Iglesia su fiel cooperacion, presentando á la vista de sus sócios ese plan vasto, y poniendo á contribucion, para llevarlo á cabo, todo su caudal de oraciones, sacrificios, penalidades y buenas obras. Si oyeran su voz, muchas almas

1 Ut filios Dei qui erant dispersi, congregaret in unum. (Joan. XI. 52.)

aburridas y cansadas de la vida, que consumen en el ocio dones y facultades preciosas, recobrarián todo su vigor, y darian aumento de vida al cuerpo de la Iglesia. ¿Y qué más puede desear el Corazon de Jesus, que ha venido á traer fuego á la tierra, y no desea sino que arda?

Si un vaso de agua dado á un apóstol vale al cristiano el galardón de apóstol, como dice Cristo, ¿qué no le valdrá la limosna de la oracion, y la gracia que con la oracion procura á las almas? Quien de este modo ayuda á los que se emplean en la salvacion del mundo, contribuye á la salvacion del mundo lo más eficazmente que darse puede. Y si la Iglesia, segun San Pablo, es el complemento de Cristo, porque lleva á cabo su obra, puede con toda verdad decirse que Cristo crece con la Iglesia; y quien ayuda á crecer á la Iglesia, ayuda á crecer á Cristo. Esta es nuestra mayor gloria, pues nos es dado, en virtud de nuestra union con Cristo, contribuir á dar nuevos miembros á su cuerpo místico, y hacer que crezca el cuerpo de la Iglesia, y el de Cristo, y por lo tanto que crezca el mismo Cristo.

¿Qué honra mayor puede haber que el poder una criatura dar al Criador en cierto modo el ser que de él ha recibido, perfeccionarle como el Criador la perfecciona á ella, y procurar-le una gloria como la que ella espera del Criador?

ARTÍCULO VI.

En el Apostolado tenemos una prenda de salvacion.

VENGAMOS á lo más importante para nosotros, que es nuestra predestinacion. No dudamos afirmar que el cristiano fiel á los ejercicios del Apostolado puede esperar confiadamente la gracia que corona todas las gracias, que es la perseverancia final. ¿Cómo iba Dios á condenar á una alma que con sus oraciones ha librado de la eterna condenacion á tantas almas? ¿Podrá Dios cerrar las puertas de su casa al que le ha aumentado la familia? ¿Y podrá Cristo envolver en la misma ruina á los que han hecho valer el precio de su sangre rescatando almas, y á los que han pisoteado su sangre, echando otros al infierno? ¿Y aquella promesa de Cristo, de poner á su derecha al que le dé de comer y beber, y le vista y le visite en la persona de sus hermanos? Si tal premio reserva á las obras de misericordia corporales, ¿qué tendrá guardado para las espirituales?

En el pecador está el Salvador hambriento y sediento, y desnudo y enfermo, y cautivo, y puede decirse muerto, pues en cierto modo muere, cuando muere la gracia en el pecador. Y muere de la muerte más horrible; pues por librarse de ella hizo súplicas amargas, con sudor y lágrimas y derramamiento de sangre, en

el huerto, y se ofreció á la muerte corporal, y á mil muertes si fuese menester. ¡Cuán agradecido no estará á los que con sus oraciones le libren de esta muerte, y cuán de corazon les dirá: *Venid; benditos de mi Padre!*

San Pedro nos dice que con nuestras buenas obras procuremos asegurar nuestra predestinacion. Y entre las obras buenas, ¿qué obras hallamos más recomendadas en las Sagradas Escrituras y en las vidas de los Santos, que las de misericordia espiritual, nacidas del celo de las almas?

«Tanto se complace Dios, dice Santa Catalina de Sena, en los servicios que se hacen á su Iglesia por celo de su aumento y exaltacion, que no tengo palabras para explicarlo.» «Os exhorto, dice á un Sacerdote, á consagraros animosamente al servicio de la Iglesia; y lo mismo pido á los que viven en vuestra compañía, y os suplico que os empleeis en promover el bien de la esposa de Cristo, pues no hay en la tierra ocupacion más útil.»

Esta Santa se ofreció á satisfacer con sus penas y trabajos por todos los pecados del mundo; y aceptando Dios su sacrificio, le envió hartos en qué merecer. Cada dia, mientras estuvo en Roma, visitaba la basílica de San Pedro, para pedir por todo el pueblo cristiano. «Ardo en deseos, escribia al Papa Urbano VI, de dar san-

gre y vida, y la médula de mis huesos, por la santa Iglesia.»

Á Santa Gertrudis se le apareció un día el Señor con un gran edificio á cuestras, y le dijo: «Mira con cuánto trabajo sostengo este edificio de la religion, que está amenazando ruina en todas partes, porque son pocos los que quieren sufrir algo por su conservacion. Es menester que me ayudes á llevar este peso, pues todos los que con sus obras y palabras se afanan por extender y propagar la fe, son como unas firmes columnas que sostienen esta casa, y me alivian el peso de ella.»

«Yo doy la vuelta al mundo, decia la venerable María de la Encarnacion, monja ursulina, en busca de las almas rescatadas con la sangre de mi divino Esposo; y presentándolas al eterno Padre, solicito por la mediacion de Cristo la conversion de todas.»

Ardiendo en santo celo, ofrecia Santa Magdalena de Pazis cincuenta veces al dia la sangre de Cristo por la conversion de los pecadores. «Mucho me aflige, decia, el pensar que podria yo servir de algo á las criaturas, muriendo por ellas, y que no lo puedo hacer.» En todos sus ejercicios encomendaba á Dios la conversion de los pecadores, y rogaba por ellos á cada instante, y á veces se levantaba de noche, y visitaba al Santisimo con este fin. Preguntábanle un dia

por qué lloraba, y respondió : «Porque no hago nada por la salvacion de los pecadores.» Pedia mucho por los Sacerdotes, pues por razon de su empleo pueden hacer mucho más que otros en bien de las almas.

En nuestros dias, la venerable Madre Rivier, fundadora de la Congregacion de la *Presentacion*, dió admirables pruebas de su celo por la salud del prójimo. Se leen en un escrito suyo estas palabras : «No descansaré, Dios mio, miéntras haya un rincon en el mundo donde no seais conocido y amado. Mi único consuelo es llorar mis pecados y los del mundo; pues si bien padezco una opresion grande en el pecho al pensar en ellos, no cambiaria esta pena por todos los goces del mundo, ni por todos los arrobamientos y consuelos espirituales.»

En términos semejantes se expresaba la Madre de Lamouroux, fundadora en nuestros dias de la casa de la *Misericordia* en Burdeos, que formó con su comunidad una especie de Apostolado de Oracion, en union con los misioneros que solian salir de aquella ciudad para tierra de infieles.

«Los que aman de veras á Dios, decia San Alfonso Maria de Ligorio, no cesan de pedir por los pobres pecadores. No es posible amar á Dios, y ver lo mucho que Dios ama á las almas, y considerar todo lo que ha hecho Jesucristo y

padecido por ellas, y lo que desea que pidamos por los pecadores, sin moverse á compasion de tantos infelices esclavos del demonio, y pedir al Señor que los alumbre y les dé fuerzas para salir de tan triste estado.»

Todavía es más expícito San Juan Crisóstomo, de cuyas sentencias deduciremos que nuestro Apostolado no ha hecho sino dar cierta forma nueva á una práctica considerada en lo antiguo, no sólo como muy recomendable, sino como de rigurosa obligacion para los fieles.

Hé aquí cómo se explica este santo doctor: «Si alguno quiere agradar á Jesucristo, tenga cuidado de sus ovejas, y trabaje por la salvacion de las almas.

»No hay empleo más grato á Dios, ni se puede dar mayor prueba de amor á Jesucristo, que este cuidado de sus hermanos, y el celo de su salvacion. Entiéndanlo todos, aún aquellos anacoretas que viven en la cima de los montes, separados del mundo, y muertos á todo lo criado. Ayuden á los pastores de la Iglesia, en la inteligencia de que si no ayudan por todos los medios posibles á los que se exponen á tantos peligros y cargan con tantos cuidados, pierden el mérito de sus virtudes, y caen en un escollo su sabiduría¹.»

No sólo en la nueva ley han suspirado los

¹ Serm. de S. Filogonio.

amigos de Dios por la venida de su reino, sino tambien en la antigua, pues todos los justos, como dice San Pablo, tenian entonces puestos los ojos en aquel porvenir que veian en lontananza ¹.

«Confiéscntc los pueblos, Señor; y conozcamos todos en la tierra al que es camino de salud, y todas las naciones conozcan al Salvador ².» Así clamaba el profeta David. Y á medida que se iban aproximando los tiempos, eran más ardientes los votos. Hé aquí la oracion del hijo de Sirac, que se halla en la Misa votiva por la propagacion de la fe, y está llena de fervorosos afectos, que seria de desear abundasen en el pecho de los socios del Apostolado:

«Compadécete de nosotros, ¡oh Dios y Señor de todos!, y miranos benignamente, y enséñanos la luz de tus misericordias; y envia tu santo temor á las naciones que no te han buscado, para que conozcan que no hay otro Dios más que tú, y celebren tu grandeza.

»Levanta tu mano sobre los pueblos extraños, para que vean tu poder. Como á la vista de ellos te has glorificado con nosotros, así á nuestra vista te has de engrandecer con ellos, para que te conozcan, como hemos conocido nosotros que no hay más Dios que tú.

¹ A longe eas (promisiones) aspicientes. (Heb. XI. 13.)

² Ps. LXVI. 3.

»Renueva los milagros antiguos, y haz nuevas maravillas; glorifica tu diestra, abrevia los tiempos, reúne las tribus de Jacob.

»Ten misericordia de tu pueblo, y de Jerusalén, donde estableciste tu morada. Cumple las promesas que has hecho por tus profetas. Recompensa á los que han permanecido fieles, y oye las preces de tus siervos, enviándoles las bendiciones de Aaron, y encamínalos por las sendas de la justicia, para que todos los que habitan la tierra sepan que tú eres Dios, y que con tu mirada abarcas todos los siglos ' .»

' Eccli. XXXVI. 1-19.



CAPÍTULO IV.

Se demuestra cuán acomodada es á nuestros tiempos esta
Asociacion.

YA hemos visto que nada pierde el que se olvida de sí por Dios, y que por enriquecer á Dios nadie se empobrece. El ciendoblado en esta vida, y la gloria en la otra, que se promete á los que dejan los bienes temporales, tambien se hace extensivo á los que dan cuanto pueden de los espirituales, por la gloria de Dios, y el bien de la Iglesia y de las almas, como lo recomienda el Apostolado. En cambio de las oraciones y sacrificios que nos impone, nos promete copiosos méritos, eficaces satisfacciones y dulces consuelos á las personas particulares; á las corporaciones union, paz y prosperidad; y á la Iglesia glorias y triunfos.

Estas prerogativas de la oracion inspirada por el celo, no se limitan al tiempo en que vivimos, pues son tan eternas como las promesas de Dios, y puede decirse que son esenciales á la oracion y al celo, por la grande excelencia que ambos en sí tienen.

Nos parece que estas razones son suficientes

para estimular á un corazon cristiano á darse más y más á la oracion. Pero otras más poderosas le inspirará Dios cuando éntre más de lleno en el trato con su divina Majestad, pues le hará sentir vivamente lo que, hace diez y ocho siglos, está diciendo á todos los que le aman: fuego he venido á traer á la tierra, y no quiero sino que arda en amor divino. Le parecerá que mientras haya un pueblo que no conozca á Jesucristo, le están reprendiendo esas palabras, y le están echando en cara que es por culpa suya.

Entre tanto, bueno será dar á conocer lo conveniente que es esta institucion del Apostolado en nuestros dias, esperando que el lector convendrá en ello, cuando considere con nosotros el estado del mundo; pues verá que nunca ha podido la Iglesia hacerse dueña de él más fácilmente que ahora; y tambien verá que si ahora no se apodera de él la Iglesia, está muy en peligro el mundo de caer en la barbarie. Tan grandes esperanzas y tan fundados temores deben estimular mucho nuestro celo por el Apostolado.

ARTÍCULO PRIMERO.

De las esperanzas de la Iglesia en nuestros dias.

Dos cosas prometió Cristo á su Iglesia: la inmortalidad y la universalidad: prometióle que duraria hasta el fin del mundo, y que todos

los pueblos se sujetarian á su imperio. La primera de estas promesas no puede ménos de cumplirse siempre, miéntras dure el mundo, por más que trabaje el demonio para impedir que se cumpla, pues está escrito que no han de prevalecer las puertas del infierno. La segunda depende de la voluntad de los hombres que se lleve á efecto en este ó aquel tiempo. De esta segunda promesa tenemos que hablar ahora, y de las esperanzas que nos da el estado actual del mundo de que se cumpla en nuestros dias.

No tememos asegurar que jamás ha tenido la Iglesia más motivo de esperarlo que ahora. Lo probamos con la estadística religiosa en la mano, empezando por Europa.

¿Quién no sabe las muchas conversiones que se obran diariamente en Inglaterra? ¿Quién no ha oído hablar de ese cambio tan favorable á la Iglesia, que se observa en el modo de pensar de los sábios y doctores, de algun tiempo á esta parte? ¿Quién no ve asomarse la aurora de mejores dias en la Isla de los Santos?

Los mismos síntomas se notan en Alemania. Una voz elocuente, salida de las gradas del trono pontificio, nos decia hace algunos años que el imperio de San Enrique daba grandes esperanzas á la Iglesia. Esas esperanzas se fundaban en lo que estamos presenciando en nuestros

días; pues vemos caer por tierra la obra insensata del reformador del siglo pasado, y el necio racionalismo que tenia seducidos á tantos católicos, y el cisma proyectado para separar al clero de la unidad de la Iglesia; vemos multiplicarse los gremios donde se ejercita la caridad y el celo, y entrar la luz en los entendimientos oscurecidos con tantos errores y depravadas doctrinas.

Y desde que un cardenal ilustre habló de los adelantos de la religion en Alemania, ¡cuánto camino se ha andado! Se han reunido Congresos católicos en las principales ciudades, sin que hayan podido impedirlos los herejes por más que han hecho. Se han fundado sociedades sin cuento para el aumento del culto, la reforma del pueblo, la enseñanza de los niños, y se han levantado nuevos templos en todas partes. En varias provincias, donde eran aborrecidos los monjes y frailes, hemos visto entrar en triunfo legiones de religiosos, y dar misiones con un fruto que recuerda los tiempos de San Vicente Ferrer y San Antonio de Padua, pues no cabia en los mayores templos la multitud de católicos y protestantes que á oírlos acudia. Muchos herejes, y no plebeyos, sino del gremio de los sábios, vuelven á la Iglesia, y arrastran con su ejemplo á los cobardes, y hacen esperar que la verdad triunfe pronto del error.

La persecucion que recientemente ha sufrido la Religion ha hecho conocer á los mismos herejes que la Iglesia se purifica en la adversidad, sacudiendo la paja y limpiando el grano. La persecucion ha quitado la máscara al hipócrita y la ilusion al sábio orgulloso, ha unido más á los verdaderos católicos y á sus prelados, ha ejercitado el celo y la paciencia de los pastores, y, en fin, de ella han salido los fieles más aguerridos. De suerte que tenemos motivo de esperar que con esta nueva campaña, se acabará de regenerar esa nacion, que hace treinta y tantos años empezó á entrar en buen camino con la persecucion que sufrió el santo y célebre Arzobispo de Colonia.

La misma Rusia, centro y cuartel real del cisma, hace vislumbrar tiempos mejores. No en vano han padecido persecucion y destierro los fieles católicos, y han regado con sus sudores ese campo sembrado de zizaña, donde brotan ya tallos benditos, que, al crecer y madurar, han de esparcir, como lo esperamos, la buena semilla por unas naciones más desgraciadas que culpables.

Los que conocen á fondo el estado de la llamada Iglesia ortodoxa, creen que no se puede sostener la tal Iglesia, sino descansando á la sombra del gobierno que la sostiene y domina al mismo tiempo. Si volviéndose perseguidora

de los católicos, tiene que salir de su apatía, por fuerza ha de descubrir su flaqueza y la gangrena que la consume; y el cisma ruso se ha de suicidar, como se suicidó el pagano imperio de Roma, con la misma espada con que pretende ahora degollar á los católicos.

Si damos la vuelta á las demás naciones, veremos en todas al lado del mal presente la esperanza del bien futuro.

Las naciones católicas sacan hoy dia de la persecucion que sufre la Religion en Europa las mismas ventajas que hemos señalado al hablar del imperio de Alemania. La persecucion de Francia va encaminada por la Providencia divina á curar males inveterados de aquella nacion. ¿Qué seria de ella si Dios la hubiera dejado de su mano? Mientras sembraba la impiedad entre la plebe una prensa inmunda y asquerosa, dormia la alta clase en una muelle indiferencia, y ansiosa de placeres materiales, corria la nacion por el resbaladero que lleva al abismo á los pueblos corrompidos. Pero el Señor misericordioso la castigó por donde más habia pecado, y en el castigo le deparó el remedio. El azote la sacó del letargo, acudió á la oracion como el hijo pródigo, y, más feliz que él, halló una madre que mediase por él ante el Padre ultrajado.

¿Quién podrá enumerar los prodigios que

ha obrado María en bien de aquel pueblo? De ese caos de corrupcion han salido innumerables héroes de la fe; allí se han formado congregaciones sin cuento; allí la Propagacion de la fe, allí el Apostolado, allí las asociaciones de San Vicente de Paul, de San Juan Francisco de Regis, los Círculos católicos y otras obras que seria prolijo referir. Y hoy dia la firmeza del clero, de los padres y madres de familia, de los católicos de todas clases y condiciones, opone un muro de bronce á un gobierno impío, que pretende inútilmente arrancar de cuajo la Religion de Cristo.

¿Y qué diremos de las misiones apostólicas en las remotas naciones de la tierra? En puntos del globo poco ha descubiertos, se cuentan ya multitud de vicariatos y obispados, y la jerarquía eclesiástica, como en Europa, afluyendo diariamente á ellos apóstoles celosos, que salen de todos los puertos en número considerable.

Y es muy de notar, que en pocas partes goza de paz la Iglesia, pues no parece sino que el infierno ha reunido todas las fuerzas de que puede disponer para embestirla por todos lados. Mientras en Europa y América las potencias católicas, protestantes y cismáticas, se han coligado con todas las sectas para destruirla, las potencias infieles en China, en el Japon y en otras partes se oponen de continuo

á la propagacion del Evangelio. Y la Esposa de Cristo se encuentra hoy dia como el Salvador, cuando, abandonado de los suyos que no podian defenderlo, se vió en poder de Herodes y Pilatos, y de las autoridades eclesiásticas y civiles, que todas á una decretaron su muerte. Pero la cruz para la Iglesia es instrumento de triunfo, como para Cristo, y no es pequeña gloria sacar hijos tan aguerridos en esas playas infieles, que no puede con ellos la persecucion ni la espada.

¿Y quién no se maravilla de lo que pasa en el Japon? Al abrirse esa nacion al comercio europeo, hemos descubierto lo que sospechábamos ántes; que habia cristianos allí escondidos desde que la persecucion abolió la Religion cristiana. Y, en efecto, los misioneros que han podido entrar recientemente, han hallado una multitud de cristianos, herederos de aquella floreciente cristiandad de otro tiempo, que se han conservado en medio de la persecucion, sin sacerdotes, ni predicacion, ni sacramentos. Á la vista de los enviados de Dios, salieron de sus guaridas, y la profesion pública de su fe les ha valido la palma del martirio. No dudemos que una tierra tantas veces regada con sangre de mártires ha de dar copioso fruto cuando pase el invierno de la persecucion.

Si las naciones de primer orden llegan á sa-

cudir el yugo de las sectas que las oprimen y rebajan y debilitan, y se dan la mano para favorecer la propagacion de la fe en el mundo, pronto saldrán de sus tinieblas las naciones infieles. Ya puede decirse que las viejas supersticiones han llegado á la decrepitud, al paso que la Iglesia renueva su juventud todos los dias. No hay más que ver esa inmensa península de la India, donde el culto de Brahma es ya despreciado de toda la gente instruida, que va adoptando la cultura europea. Ese monumento secular que levantó la idolatría, sin los puntales de la política que hasta ahora le han estado sosteniendo, bien pronto vendria al suelo, si la accion poderosa de la Iglesia no se viera tan embarazada por la propaganda inglesa.

De los Estados Unidos podemos decir que, si su gobierno se tomase un poco más de interés por el bien moral de los salvajes, ó por lo ménos, dejase obrar con libertad á los misioneros, mucho más se podría hacer, atendidas las buenas disposiciones de aquella pobre gente. Y á pesar de eso, no se puede leer sin asombro lo que adelanta la Religion en aquellas comarcas, poco ha enteramente infieles.

En Oceanía, una muchedumbre de islas convertidas en poco tiempo á la fe, recuerdan las reducciones del Paraguay, y la sencillez y fervor de los primitivos tiempos. ¿Quién no se

conmoveria al ver legiones de pobres indios, sin más crimen que la ignorancia, que vienen desalados á los piés del misionero á abjurar los errores en que han nacido, y á recibir la fe?

En vano quiere resistirse al celo apostólico esa África inmensa, con su clima abrasador, sus áridos desiertos, sus desconocidas regiones, y la ferocidad de sus habitantes. Por todas partes han dejado señaladas sus huellas los celosos misioneros. Han entrado en Abisinia, en Senegal, en Zanzibar, en Guinea, y aún se han internado en el centro de África, despues de haber plantado iglesias en la costa y en las islas adyacentes. Donde hasta ahora se ha hecho el mercado de esclavos y la compra de negros, han puesto sus reales los ministros de Dios, para librar á esos infelices de la esclavitud del demonio.

Hasta los judíos hacen entrever que se acerca su resurreccion futura, por las muchas conversiones que se obran entre los restos de la nacion deicida ¹.

No se puede negar que, en nuestros dias, hay un movimiento favorable á la Iglesia de Dios en todas las partes del globo. Y á este movimiento moral y religioso se junta un impulso que sienten todos los pueblos á unirse y acortar las distancias que los separan. En este

¹ Rom. XI. 23. 25. 26.

océano moral que surcamos hoy día, todas las corrientes impelen las naves á un mismo punto; á la unidad. Esto es incontestable, y si bien los hombres llevan hasta la locura esta idea, y cometen atentados en nombre suyo, y atropellan toda justicia y todo derecho por llevar la idea adelante, lo que esto prueba es que la idea está profundamente grabada, y que es una necesidad del tiempo presente. Lo cual, en nuestro concepto, significa que nuestro siglo siente la necesidad de la religion y de la verdad, y, por consiguiente, de la Iglesia, pues no cabe unidad real y verdadera sino en la Iglesia y en la verdad católica.

Sólo en la Iglesia hay unidad de pensamientos, porque sólo en ella está la fe. Fuera de ella, no hay más que opiniones, y donde hay opiniones, hay disensiones.

Sólo en la Iglesia hay unidad de intereses, pues es la única sociedad que puede proponer á sus miembros un interes comun á todos, que es el eterno; y como para lograrlo es menester sacrificar el egoismo, corta con esto la causa de las discordias, que nacen de la diversidad de intereses humanos.

Sólo en la Iglesia hay unidad de linajes, pues con el dogma del origen comun, y comun destino de todos los hombres, fomenta en nosotros la hermandad cristiana, por la que des-

aparece la distincion de judío y griego, de noble y plebeyo, de rico y pobre.

Segun esto, entre la sociedad del dia, que quiere á cualquier precio la unidad, y la Iglesia, que sola puede dar esa unidad, no puede haber discordancia notable, sino, á lo más, cierta desavenencia nacida de no llegar á entenderse bien: todo está en entenderse. Cuando la sociedad sepa bien lo que ella pretende, y lo que pretende la Iglesia, no tardará mucho en llegar la reconciliacion.

Con la historia en la mano podemos probar que cuantas veces se han acercado los pueblos á la unidad, lo cual ha sucedido en la fundacion de los grandes imperios, ha revelado el Señor grandes verdades para traer á las gentes á la unidad íntima y verdadera de la fe. Si hubieran sido fieles á Dios, hubieran convertido el mundo entero Nabucodonosor, Ciro y Alejandro, con las luces que del cielo recibieron al fundar aquellas tres monarquías, que los hicieron señores de la tierra. La Encarnacion del Verbo coincidió con la gran unidad que llegaron á formar en el mundo las armas romanas. Desde el nacimiento de Cristo, los siglos más notables por su tendencia á unir las naciones, que fueron el cuarto, el décimotercero y el décimosexto, lo fueron tambien por el gran número de Santos insignes en virtud, elocuencia

y milagros, que atrajeron á los hombres al conocimiento de la verdad.

¿Por qué, pues, no hemos de esperar que ahora, cuando tan estrechamente se unen los pueblos, y cuando más necesidad tenemos de los Santos y de la ayuda de la Iglesia, vendrá Dios en nuestro auxilio? Se faltaria Dios á sí mismo, si habiendo prometido á su Hijo darle todas las naciones en herencia, dejase pasar esta ocasion que se le presenta de ponerle en posesion de lo que le pertenece hace ya tanto tiempo. No, de parte de Dios no quedará. Hagamos lo que á nosotros nos toca, y veremos la redencion de Israel.

ARTÍCULO II.

De los temores de la Iglesia en estos tiempos.

ENTRE tanto, justo es tambien considerar los motivos de temor que nos inspira el estado actual del mundo; pues si debemos confiar en la divina misericordia, tambien es de temer que se incline la balanza del lado de la justicia.

Tal vez el Oriente no tenia tanta culpa como ahora Eüropa, cuando fué entregado á las tinieblas del cisma y á la cimitarra de Mahoma. Africa tenia á un San Agustin, y un San Fulgencio, y otros tantos confesores, vírgenes y mártires, cuando entregó Dios aquellas iglesias

tan florecientes á una turba de bárbaros , que las asolaron. ¿Por qué no hemos de temer iguales castigos si seguimos obstinados en nuestros vicios y errores ? ¿ No podemos temer con justa razon que la sociedad moderna siga revolcándose en el fango , hasta que le saque de él un brazo de hierro con horribles y espantosas calamidades ? El poco caso que vamos haciendo de los azotes que hasta ahora nos ha mandado Dios , ¿ no nos da motivo de temer que se necesite un diluvio de sangre para curar un cuerpo todo corrompido con la molicie ?

No nos hagamos ilusiones. Tengamos suficiente presencia de ánimo para mirar de hito en hito los males que nos amagan ; pues esta horrible perspectiva nos dará espuela para solicitar con más ardor la divina misericordia , que nos puede salvar. Á este propósito vamos á proponer á nuestros lectores dos cuestiones :

PRIMERA CUESTION.

¿En qué va á parar Europa si no acepta el yugo de la Iglesia católica?

Nadie ignora que á más de los Estados protestantes que ocupan más de la tercera parte de Europa, hay en los Estados católicos un gran número de personas tan hostiles á la religion que profesan por el bautismo , como los mismos protestantes ; lo cual es debido en gran

parte á la prensa impía y á la mala educacion. Mientras duren estos dos elementos de desórden, la Iglesia, en vez de medrar, ha de ir perdiendo terreno de dia en dia, porque el correctivo que se le puede oponer no es suficiente para contrarestar el mal. Y siguiendo las cosas así, ¿qué ha de suceder? Si Europa sacude el yugo de la religion, ¿en qué va á parar?

Responderemos, por lo pronto, que si Europa deja de ser católica, no será para volverse protestante. Esto decia un escritor protestante hablando de Francia, y lo mismo se puede decir de todas las naciones que han respirado el aire del racionalismo. El que ha negado todos los misterios, no se entretendrá despues en ir escogiendo uno y dejando otro, como hacen los herejes. El que está cansado de dudas é incertidumbres en materias de fe, ó se somete plenamente á la autoridad de la Iglesia, como lo hizo San Agustin, ó sacude su yugo por completo, y se declara independiente. Es una inconsecuencia tomar por regla de fe el libro de la sagrada Escritura, qué, por lo mismo que se presta á varias interpretaciones, no nos libra de incertidumbres. Y así es seguro que, si perdiesen la fe los católicos que quedan en Europa, pronto dejaria Europa de ser cristiana.

Y entónces, ¿qué religion tomaria? Mil voces me dicen que la religion cristiana es la últi-

ma que se deja, y que despues de ella no queda más que la filosofía ó el escepticismo. Pero la filosofía no es para todos, pues en sus principios es muy incierta, en sus deducciones muy sutil, y en sus consecuencias muy dividida. Tiene un catecismo muy oscuro para que lo entienda el pueblo. Sus intérpretes no tienen más autoridad que la de su talento ó presuncion; y les falta esa aureola divina que los pueblos quieren ver en la frente de sus sacerdotes.

Por consiguiente, si la filosofía se convirtiera en religion, seria religion de poca gente, y esa poca gente no formaria iglesia, porque, pensando cada cuál á su modo, cada uno se iria por su lado.

¿Qué será, pues, de esta Europa si no vuelve á ser católica? No andaremos con conjeturas; porque los hechos nos dan certeza de lo que afirmamos. Será de ella lo que ha sido de los pueblos que han querido labrar su fortuna sin la fe, como quien edifica sin cimiento. Perderá lo que le queda de espíritu cristiano, desechará como supersticion toda fe en la vida futura y aún en Dios, y se dará al culto de los goces materiales. En los niños, cuya educacion es ya harto muelle, se irán ahogando los instintos de la razon con el desarrollo de los instintos sensuales, y así las virtudes varoniles escasearán cada vez más. Por algun tiempo, tal vez esa

molície conservará cierta suavidad en el trato y en las costumbres; pero creciendo la sed de gozar y no creciendo á la misma medida los medios, porque la industria centraliza la riqueza; faltando el amor de un Dios pobre para reprimir la codicia del rico, y la esperanza del cielo para consolar al pobre, ¿quién sabe los odios, venganzas, trastornos y horrores que se han de seguir?

SEGUNDA CUESTION.

¿En qué va á parar el mundo, si se pierde toda religion en Europa?

Es cosa sabida que el mundo ha de seguir la marcha que siga Europa. Si la culta Europa lleva á las naciones bárbaras la cultura de la fe, regenerará al mundo. Pero si con su industria y comercio les lleva su incredulidad, labrará la desdicha de esa gente, pues les dará, en vez de cultura, una barbarie civilizada, que es de todas las barbaries la peor.

Porque al fin, en las naciones cristianas, aún las mismas pasiones y vicios, conservan cierta dignidad propia de almas ennoblecidas por la fe, como sucede con los falsos sistemas, en quienes siempre se ve algun reflejo de la verdad que combaten. No así en los pueblos infieles, que no alcanzarán jamas nuestras grandes ideas, pero en cambio aprenderán lo refi-

nado de nuestros vicios que antes ignoraban. Perderán aquel freno que oponia su superstición á las pasiones humanas, y de una barbarie antigua y una cultura bastarda, se formará un mónstruo que jamas vieron los siglos.

Estas no son conjeturas; pues no hacemos más que referir lo que ha pasado siempre que los europeos han querido amansar gentes bárbaras sin la ayuda de la religion. Y esto naturalmente se habia de reproducir en mayor escala, aumentándose nuestras conquistas en el mundo.

Tenemos, pues, hartos motivos de creer que si el mundo no vuelve pronto á ser cristiano, va á caer en una barbarie peor que antes de la era cristiana, y sólo comparable con la época del diluvio, cuando toda carne habia corrompido sus caminos. A este paradero nos lleva esa refinada malicia que acompaña los increíbles adelantos de la industria, y en esto vendrá á parar esa tendencia tan pronunciada, y tan sin ejemplo en la historia, que arrastra á los pueblos á la unidad, si los que tenemos la dicha de conocer la verdad no hacemos por que se dirija á ella ese movimiento, y no combatimos á los que llevan á las naciones á la unidad de error y de mentira.

Sólo el triunfo de la Iglesia puede salvar al mundo de una barbarie que, teniendo á su dis-

posición fuerzas materiales como nunca, sería más que nunca espantosa. Sólo la Iglesia puede poner remedio con su fe divina, sus inmortales esperanzas y su inagotable caridad, á la incredulidad, á la codicia, á las discordias, al egoísmo, á la avaricia del rico, á la miseria del pobre. Tenemos que escoger entre la mejor y más noble y dichosa vida, y la peor y más horrible muerte, precedida de una espantosa agonía.

¿Cuál de las dos cosas elegirá nuestra sociedad? No lo sabemos; más podemos contribuir á que elija la vida. ¡Ojalá pudiéramos hacernos oír y entender de los que gobiernan el mundo y decirles con el Profeta: «Entended ahora, reyes, instruio los que gobernais la tierra¹!» ¡Ojalá pudiesen entender la responsabilidad que pesa sobre ellos, los que manejan el cetro y la pluma! Si en vez de consultar sus egoistas conveniencias, siguieran el impulso de la Providencia, que dirige los destinos del mundo, ¡cuánto mayor sería su poder, y más duradera su gloria! No podemos hacer que llegue á ellos nuestra voz, pero podemos hacer que suba al cielo, donde reina el Rey de los reyes y el Señor de los que dominan, y alcanzarles con sacrificios y preces, con lágrimas, y, si es

¹ Et nunc, reges, intelligite; erudimini qui judicatis terram. (Ps. II, 10.)

menester, con sangre, las luces que necesitan.

Así obraron los Santos en casos mēnos difíciles. ¿Cómo han de faltar hoy almas santas en el claustro y en el siglo, que se ofrezcan en holocausto por la Iglesia y por la salud del mundo, cuando se está decidiendo su suerte, y pende tal vez del influjo con Dios de tales almas, que se incline la balanza del lado de la misericordia?

ARTÍCULO III.

Los temores se cambian en esperanzas por la divina misericordia.

PARECE que se escribió para nosotros la profecía de Ezequiel que vamos á referir.

«Sacóme el espíritu del Señor, y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos, y me hizo dar una vuelta por el rededor de ellos, y vi que eran muchos, y estaban enteramente secos.

»Y me dijo el Señor: Hijo del hombre, ¿piensas tú que podrán revivir estos huesos? Respondíle: Señor, vos lo sabeis. Y dijo Dios: profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oid la palabra del Señor: Yo haré entrar en vosotros el espíritu, y vivireis, y os daré nervios y carne y piel, y sabreis que yo soy el Señor.

»Y profeticé como se me habia mandado, y

senti un ruido y agitacion, y ayuntáronse hueso con hueso, y se cubrieron de carne y nervios y piel, mas no tenian espiritu.

»Y díjome el Señor: Profetiza al espiritu, y le dirás: esto dice el Señor: de los cuatro vientos ven, ¡oh espíritu!, y sopla sobre estos muertos para que revivan.

»Y profeticé, y entró en ellos el espiritu, y vivieron, y se levantaron de pie, formando un ejército numeroso.

»Y me dijo el Señor: Estos huesos son la casa de Israel. Los hijos de Israel han dicho: Secáronse nuestros huesos, y pereció nuestra esperanza. Mas tú les dirás: Esto dice el Señor: Yo abriré vuestros sepulcros, pueblo mio, y os llevaré á la tierra de Israel, y sabréis que yo soy el Señor¹.»

Muchas enseñanzas nos da esta famosa profecía. En ella vemos que la vida espiritual del hombre ha de venir del cielo. No basta que la tierra le haya dado nervios y musculatura, y que esos órganos que dan al hombre la fuerza material, estén cubiertos con una hermosa piel. El hijo de Dios necesita una vida divina, la vida del espiritu, que es la gracia. Sin ella, la cultura material é industrial, con las artes mecánicas que son su fuerza, y las bellas artes que son su adorno, hará bellos y hermosos

¹ Ezech. XXXVI.

cadáveres, pero no sociedades verdaderamente vivas, sino muertas.

También nos enseña aquí el Profeta que las naciones son sanables, aunque parezca que no les queda un soplo de vida. La justicia divina obra siempre en este mundo en compañía de la misericordia; siempre, aún cuando castiga, al parecer, sin piedad, y descarga toda la fuerza de su brazo; pues no deja de la mano el bálsamo con que cura las llagas que abre su espada vengadora. Lo más frecuente es que la misericordia tenga la espada, y no abra la llaga sino para curarla en seguida. Bien se puede decir que en manos de Dios, los castigos se cambian en remedios; y que si deja caer á los pueblos en el abismo, es como el labrador que echa en tierra el grano, para que, corrompiéndose en ella, recobre más vida, y se multiplique.

Tanto en la sociedad humana como en la naturaleza física, saca Dios la vida del seno de la muerte, y la fecundidad de la primavera, de la esterilidad del invierno. Cuando llega la sociedad á la agonía postrera, y no tiene ya remedio posible, entónces entra Dios, y dice: esta es la mía. Entónces es cuando se muestra el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Criador de cielo y tierra, y de todo lo visible é invisible, para quien todas las cosas viven, y

nada muere. Entónces manda á los cadáveres salir del sepulcro, reanima los huesos áridos, hace brillar la luz de la verdad á los ojos del incrédulo, derrama la justicia, la fuerza y la paz en los pueblos que yacian en la corrupcion del vicio, y de esta suerte glorifica su brazo poderoso, y muestra que es Dios.

Tambien habremos notado en la profecia de Ezequiel, que toda esa série de milagros se hace por ministerio del profeta, y que nada obra Dios directamente por si mismo, sino que por medio de él habla á los huesos, los reviste de carne, llama al espiritu, y lo infunde en los cuerpos.

Esto quiere decir que el Espíritu de Dios ha de ser llamado por voz de hombre, para que venga á renovar la faz de la tierra, para que éntre la gracia en las almas que la han perdido, para que vuelvan los pueblos á la vida; y así, cuando quiere que reviva una sociedad, empieza por enviar á ella hombres de deseos, que llamen al divino Espíritu con todo el fervor de su abrasado pecho, y arrojen ardientes suspiros del corazon, pidiendo la salud de su pueblo. «En aquel dia, dice el Señor, derramaré sobre los moradores de Jerusalem el espiritu de gracia y preces¹.» Y subirán al cielo esas plegarias,

¹ Effundam super habitatores Jerusalem spiritum gratiæ et precum. (Zach. XII 10.)

como nubes llenas de agua, que regarán toda la tierra. «Y habrá una fuente abierta y patente para la casa de David y habitantes de Jerusalem, en la que se laven y purifiquen los pecadores¹.»

Grande y gloriosa mision tienen esas almas llamadas á salvar el mundo en nuestros dias, como en otro tiempo los patriarcas y profetas. Poderosa es la oracion, que con sus dardos de fuego traspasa los cielos, y llega á herir el corazon de Dios. Mucho valen esos sacrificios que por la salud del mundo se ofrecen, y sin los cuales el mismo sacrificio del Redentor hubiera sido inútil para muchas almas.

Pues á todos los cristianos se les brinda con esta gloria y poder, y con este mérito: á todos, y muy particularmente á ti, caro lector. Oye á tu Dios sacramentado, que te dice dentro de ese sagrario donde le encerró el amor: «¿Á quién enviaré? ¿Quién tomará á pechos mi grande obra?» «*Quem mittam, et quis ibit nobis?*» Responde sin duelo, con el profeta: «Aquí estoy yo, mándame á mí.» «*Ecce ego, mitte me.*»

¹ Erit fons patens domui David et habitantibus Jerusalem, in ablutionem peccatoris. (Zach. XIII. 1.)





TERCERA PARTE

PRÁCTICA Y ORGANIZACION DEL APOSTOLADO DE LA ORACION.

EN esta tercera parte, dejando la teoria, vendremos á la práctica, para que no suceda á nuestros lectores lo que á aquellos discípulos de San Juan Bautista, que le oian con admiracion y encanto, y se volvian como habian ido. Tampoco queremos que diga alguno: buena es esta doctrina, pero difícil de practicar. Si apenas me queda tiempo para pensar en mi salvacion, ¿cómo voy á pensar en la de otros?

Por eso no nos hartaremos de repetir que este Apostolado no nos impone carga ninguna, ántes bien nos ayuda á llevar las que tenemos; pues los medios que nos da de atender al bien ajeno son ayudas para mejor cuidar de la salud propia. Purifica el Apostolado nuestras intenciones, y les da mayor campo en que dilatarse, nos sugiere motivos más poderosos,

acrecienta nuestras fuerzas y nuestros méritos, pero no nos impone obligacion ninguna.

El comerciantè que especula con grandes capitales, no trabaja más que el que lo hace con menos, y gana más sin embargo. Así el socio del Apostolado, sin hacer más que otro, tendrá más mérito, porque lo hace con intencion más pura.

Esto es lo que hemos llamado arte de hacer fortuna espiritual á poca costa.

Viniendo á la práctica, recorreremos los principales ejercicios de la vida cristiana, y veremos cuán fácil cosa es hacerlos á la *apostólica*, es decir, segun el espíritu del Apostolado; y con esto completaremos la doctrina que hemos expuesto en puntos de teología dogmática, dando un breve compendio de la teología mística.

Y como se trata, no de una persona, sino de una asociacion, se necesita un vínculo de union que junte á sus miembros; y este lazo ha de ser bastante elástico para que abarque todas las asociaciones que puede abrazar el Apostolado, pero no tanto que desaparezca la unidad.

Esperamos, con la ayuda de Dios, que nos explicaremos lo bastante para satisfacer al lector, en la exposicion que haremos de la práctica del Apostolado y su organizacion; y que,

al leer estas páginas, verá claramente que la práctica del Apostolado es fácil, se hermana con todas las obras buenas, y las anima sin complicarlas; y que su organizacion se acomoda á la de todas ellas, y las robustece, sin ponerles traba alguna.



CAPÍTULO PRIMERO.

En qué consiste la práctica del Apostolado.

SENTID en vosotros como Jesucristo ¹ », dice San Pablo; y en estas palabras encierra un tratado de perfeccion, porque en imitar á Dios está la perfeccion humana. No iban tan fuera de camino nuestros primeros padres, cuando quisieron ser como Dios en el Paraíso, sino que trocaron los frenos, y lo pervertieron todo. Hecho á imágen de Dios el hombre, está obligado á trabajar por hacer esta imágen cada vez más perfecta; pues con la facultad de conocer y amar á Dios, se le ha impuesto la obligacion de asemejarse á él, conociéndolo como se conoce, y amándolo como se ama. Esta obligacion se le ha hecho más suave y fácil desde la venida de Cristo, pues no podemos excusarnos de manera alguna con nuestra flaqueza y debilidad, cuando Cristo ha divinizado nuestra carne, ni con nuestra ignorancia, cuando se ha hecho nuestro guía.

¹ Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (Phil. II. 5.)

En la imitacion de Cristo está la perfeccion cristiana, y la de nuestro Apostolado. Su vida fué toda apostólica, y por salvarnos vino al mundo, vivió y murió, y subió al cielo y se quedó en el Sacramento.

Si queremos imitar á Cristo, ya que tan obligados estamos á ello, el modo de imitarle perfectamente, ya sabemos cuál es: orar, trabajar y sufrir por la salud de las almas; pues sentir y obrar como él, es sentir y obrar á la apostólica.

Pasó Cristo por diversas edades y estados de la vida, para dar ejemplo de todas las virtudes á todas las clases y condiciones del mundo; pero siempre le acompañó el celo de las almas, y á éste subordinó todas las obras de su vida. Con esto nos enseñó que, sea cual fuere la condicion en que el cristiano se halle, si quiere de veras seguir á su divino Maestro, ha de unir el celo á todas las virtudes, y encaminar sus obras al fin que en todo se propuso Jesucristo.

Lo mismo trabajaba él por la salud del mundo, manejando las herramientas del taller, que dejándose clavar en la cruz. Y de aquí sacaremos que en cualquier oficio, profesion ó facultad, y en cualquier linaje de obras ó ministerios; aun con los actos más ocultos, indiferentes é insignificantes, podemos ayudar á la salvacion de las almas. Todo está en hacer causa comun

con el Salvador de ellas, poner en el depósito de sus méritos los nuestros, pretender lo que pretendió, amar lo que amó, querer lo que quiso: ahí está el ejercicio del Apostolado.

Viniendo á la enumeracion que prometimos de las obras cristianas que en él se han de refundir, las dividaremos en obras de piedad para con Dios, de mortificacion de nosotros mismos, y de caridad del prójimo.

Trátase ahora de mejorar estos ejercicios, imprimiéndoles el sello del Apostolado.

ARTÍCULO PRIMERO.

Del sello que ha de imprimir el Apostolado á las obras de piedad.

§. 1.—Sacrificio de la Misa.

A la cabeza de todas las devociones ponemos la Misa, que es la religion en compendio, pues comprende todos los actos de adoracion, accion de gracias, oracion y satisfaccion, que son la sustancia del culto divino.

1.º *Adoracion*.—La obligacion que tiene la criatura de humillarse ante el Criador nunca se cumple como en la Misa, en la cual el Hijo de Dios se abate más que en el seno de María, más que en la cruz, más que en el sepulcro, hasta tomar la forma de una cosa inanimada, y todo esto en protestacion del supremo dominio del eterno Padre.

2.º *Accion de gracias*.—Por la Misa ofrece-

mos al Criador más de lo que nos dió al criarnos, y de lo que nos dará en el cielo, pues le damos el cuerpo, sangre, alma y divinidad de su Hijo.

3.º *Oracion*.—No la hay más eficaz, pues allí clama por nosotros la sangre del nuevo Abel, y cuantos deseos santos nacen del corazón de Jesus, suben al cielo con el humo del sacrificio.

4.º *Satisfaccion*.—No la hay más completa; como que es la Misa el sacrificio mismo del Calvario, y en ella se ofrece la sangre de tanto valor, que con cada gota se pueden redimir mil mundos.

Como todos los actos de la religion están encerrados en este acto, y elevados á la más alta potencia, puede decirse que en él está todo el nervio de la piedad cristiana, y la gran palanca que nos alza á la union con Dios. Para aprovecharnos cuanto cabe de este tesoro de merecimientos, entremos en comunicacion con la Víctima, tomando sus sentimientos, y haciendo nuestras sus intenciones.

Cuáles sean estas, ya lo sabemos; ofrecerse por todo el mundo, sin excluir linaje alguno de personas, como lo hizo en la cruz. Al instituir el Sacramento, tuvo buen cuidado de hacerlo entender á los Apóstoles. *Esta es mi sangre*, les dijo, *que será derramada por vosotros, y por*

muchos; y la Iglesia, su fiel intérprete, manda ofrecer el pan y el vino en el altar, por los fieles vivos y difuntos, y por la salud del mundo entero. Todo este horizonte hemos de abarcar cuando asistimos al sacrificio del altar; y tendrá mayor mérito nuestra acción, pues nos pondrá más en comunicación con la Víctima. No hemos de creer que el Sacerdote sólo es el que sacrifica en el ara, pues, cuanto allí hace, lo hace como representante del pueblo cristiano. Todo fiel por medio de su embajador sacrifica y alcanza los frutos de esta inmolación, sube al cielo, alegra á los Santos, baja al purgatorio, rescata las almas, recorre la tierra, la baña de luz y de vida, convierte á los malos, confirma á los buenos, esfuerza á los atletas, inclina la balanza de los destinos del mundo a la salud de los hombres.

Luego no hay mejor ejercicio para el Apostolado que esta reproducción del misterio de la cruz, por el cual empezó á fructificar el Apostolado de Jesucristo. Y si queremos que fructifique el nuestro, en este sacrificio hallaremos el secreto de nuestro gran poder y valía. Como que en la Misa ejercemos el Apostolado con Cristo, y por medio de Cristo; tenemos su sangre en las manos, y el sacar más ó ménos fruto depende del mayor ó menor fervor con que hacemos nuestro su valor.

De la Misa sacaremos el espíritu apostólico, que ha de imprimir carácter á todas nuestras obras y deseos. Frecuentándola, se grabará más este sello; y como podemos frecuentarla al infinito asistiendó en espíritu á ella, en medio de los quehaceres de la vida, no perdamos tan buena ocasion.

No hay momento del día, ni de la noche, en que no se celebre en alguna parte del mundo, pues en todo lo que alumbra el sol se verifica la profecía de Malaquías, que del Levante al Poniente se habia de ofrecer sacrificio puro al Señor¹.

Todo cristiano tiene parte en el fruto de tantos millones de Misas como en el mundo se dicen, y así tiene derecho de unirse á todas ellas, y de aumentar su fruto, aplicándolas á las almas que mejor le parezca.

¡Qué merced tan singular ha hecho Dios con esto al pueblo cristiano! Sin hablar del inmenso fruto que puede sacar del valor de tantos sacrificios, ¡qué consuelo en las fatigas y adversidades de la vida, qué respiro en los días malos de esta peregrinacion, qué alivio en las noches de insomnio, qué freno en los placeres y divertimientos, qué esfuerzo en las tentaciones, el pensar que Dios se está sacrificando por mí! ¿Quién se desanimará en las pruebas

¹ Malach. I. 11.

de la vida, al pensar en esto? ¿Quién no olvidará estos males pasajeros, para pensar en los grandes negocios que se ventilan en aquel momento, que son la salvación de innumerables almas? Esta unión constante de nuestra intención con la de Cristo sacrificante y sacrificado en la Misa, es la gran potencia de nuestro Apostolado, y con ella tenemos la llave de los tesoros de Dios, y de los corazones humanos. Hagamos por tenerla tan habitualmente como podamos, renovándola al principio de todas las obras, con estas ó semejantes aspiraciones: «¡Oh Jesus, que os inmolais en este momento por la salud del mundo entero; abrasadlo todo en el fuego del amor! ¡Oh Corazon sagrado, os ofrezco esta obra en unión de todas las intenciones que presentais al eterno Padre, al ofrezco ahora en el altar! '»

§. 2.—Varios ejercicios de piedad.

Como la Misa es en compendio toda la religión, no debe olvidar jamas el buen cristiano la ofrenda que de sí mismo ha hecho en unión con el sacrificio de Cristo. Y como las ocupaciones diarias absorben tanto la atención, que no dejan

¹ Véase sobre este punto el MENSAJERO de Setiembre de 1883 páginas 213 y 217, *Unión en el altar*, ó bien la hojita suelta publicada con este título, en que está compendiado un opúsculo del P. Mailliet, S. J.

lugar de pensar en cosas tan altas, debe cada uno procurar, en cuanto le fuere posible, dar alguna tregua de tiempo en tiempo á sus negocios, y dedicar ciertos momentos del dia á ejercicios de piedad, que le refresquen la memoria de la grande accion de la mañana.

Hay ejercicios que dan pasto al entendimiento; los hay que van al corazon; y algunos se enderezan á purificar el alma de las manchas que contrae diariamente por su fragilidad y miseria.

I.

Al entendimiento se dirigen las *lecturas* y *meditaciones* que nos ayudan á conocer mejor á Dios, y nos abren nuevos caminos para llegar á la perfeccion. No hay duda que si á estos ejercicios les damos el tinte del Apostolado, serán más meritorios. El modo de darles ese carácter apostólico, es no contentarse con referir á su propia utilidad lo que se lee ó medita, sino al bien general de las almas; y así se escogerá de preferencia lo que nos puede dar luz para promover la gloria de Dios y el bien del prójimo. Se leerá la historia de la Iglesia, las vidas de los Santos, los triunfos de los mártires, como quien lee los anales de su familia, y los hechos de sus antepasados. Se tomará uno gran interés en

saber lo que la Iglesia goza ó sufre, gana ó pierde en nuestros dias.

No basta la lectura para grabar en la mente las verdades, sin la ayuda de la meditacion que las hace penetrar en la mente y corazon, donde puede decirse que se digieren y convierten en nuestra sustancia. La meditacion ha de encaminarse ante todas cosas á nuestro propio aprovechamiento, que está en adquirir las virtudes, y despegarnos de los vicios y defectos; pero el Apostolado nos dará de espuela para llegar á esa perfeccion, arrancándonos el egoismo y esas pequeñeces del amor propio que tanto impiden nuestro aprovechamiento; y por otra parte mostrándonos lo que gana ó pierde la Iglesia y las almas con nuestros adelantos ó pérdidas espirituales.

II.

Á más de los ejercicios que esclarecen el entendimiento, hay muchos que van al corazon, y conservan en él un santo afecto de devocion; y por lo mismo que pueden repetirse á menudo, sirven para alcanzar la presencia de Dios habitual; pues de la repeticion de actos, nacen los hábitos. El ofrecimiento de obras, las jaculatorias entre dia, el purificar la intencion á cada obra que se comienza ó acaba; rezar el Ave María al dar el reloj, las oraciones al toque de las

Ave Marías, el rosario, las visitas al Santísimo Sacramento y á la Santísima Virgen, y mil otras devociones, conservan en el alma del cristiano el espíritu que se le infundió en la Misa. Todas ellas se componen, como la Misa, de actos de adoracion, agradecimiento, satisfaccion y súplica, y son los ecos y las vibraciones de una lira movida por el Espíritu Santo, en consonancia con la voz de la divina Víctima del altar. La Iglesia, cuya ocupacion constante es ofrecer á Dios el holocausto de la humanidad entera, nada desea tanto como reproducir en cada cristiano el sacrificio de Cristo; y el camino más fácil para esto, es la oracion, que es el sacrificio del corazon. Motivo por el cual, tanto insiste la Iglesia en su liturgia, y tanto se empeña en que oren con ella los fieles, y tantas preces acumula, sin cuidarse del cansancio y murmuraciones de la gente tibia. Sabe muy bien la Iglesia, que nada interesa tanto á los hombres como aplacar la divina justicia, y obtener las gracias del cielo. Sabe que para lograr esto, nada más eficaz que presentar á Dios en la humanidad una semejanza la mayor posible con su Hijo, y hacer que de la humanidad salgan acentos muy parecidos á los suyos; y así nunca le parece largo el tiempo que gastan los fieles y sus ministros en orar. Si á algunos les parece largo, es á los que ignoran que de la ayuda del Criador

viene la fuerza de la criatura; pero es necesario confesar que está muy ciego el que no ve cosas tan visibles, como son el poder de Dios y la impotencia del hombre.

Si la oracion es reproduccion de la Misa, como hemos indicado, justo es que se le asemeje en una cosa muy principal. En la Misa, nunca se presenta solo el cristiano, sino acompañado de Cristo, con el cual, y por medio del cual, ora al eterno Padre; y fuera de la Misa, cuando ora pública ó privadamente, ha de considerar que toda oracion es inspirada por Cristo, y que, como nacida de Cristo, á Cristo ha de ir á parar, es decir, á su gloria, y al acrecentamiento de su Iglesia.

Podemos orar por nosotros y por las personas de nuestra devocion, cuanto queramos; pero sin olvidar las necesidades de la Iglesia. Si queremos que Dios se interese por nuestras cosas, interesémonos mucho por las de Dios, unámonos á las intenciones de Cristo: hechas en Cristo, por Cristo y para Cristo, serán más eficaces nuestras oraciones. Este es el modo de orar del Apostolado.

Entre todos los ejercicios santos de que vamos hablando, tienen relacion especial con el Apostolado el *Angelus*, ó sean las Ave Marias de la mañana, mediodía y noche, el *Rosario* y el *Via Crucis*.

En ese toque de la campana tres veces al dia, tenemos un despertador que nos saca del olvido en que vivimos de lo celestial y divino, y nos hace recordar la Encarnacion del Verbo, y la Maternidad de Maria Santisima. Justo es que, al dar gracias á Dios por tal merced, pensemos en tantos infelices que no conocen á Dios, ni á su divino Redentor; y que al rezar las Ave Marías hagamos memoria de ellos. Muy útil será aplicar la primera Ave María por los infieles, la segunda por los herejes y cismáticos, y la tercera por los pecadores: y así haremos apostólica esta oracion tan recomendada por la Iglesia.

El *Rosario* lleva consigo la meditacion de los misterios que se cumplieron para la salvacion del mundo, y es una exhortacion á los fieles para que imiten la humildad y demás virtudes de Cristo y de su Madre, si quieren gozar la gloria de ambos en el cielo. El Rosario es una oracion esencialmente apostólica, pues va acompañada de la meditacion de todo lo que hizo y padeció Cristo en compañía de su Madre por la salvacion del mundo; y Maria Santisima, como corredentora del linaje humano, nos lo ha dado como una espada de salud para la conversion de los pecadores.

Cuando al rezar el *Via Crucis*, acompañamos al Señor en la via dolorosa de la cruz, cargado con el madero que simboliza los pecados

del mundo, y le oímos lamentarse, no de sus males, sino de los castigos que han de llover sobre los leños áridos, que son los pecadores; y seguimos el rastro de su sangre hasta el Calvario; y asistimos á su muerte y sepultura, no podemos menos de pensar en las almas por quienes tanto padece, y de dolernos de la inutilidad de su sangre para los muchos que se pierden. Acompañaremos á la Madre santísima, constituida en el calvario Madre y refugio de pecadores, y le pediremos nos comunique parte de su dolor y pena por la perdición de las almas, y de su ardiente celo por su salud eterna. A ménos que sea nuestro corazon más duro que las rocas del Calvario, no podremos ménos de sentir nuestro corazon movido al visitar los pasos, é inflamado en celo de las almas redimidas á tan caro precio.

III.

Viniendo á los ejercicios que sirven para purificar el alma, tengamos presente que el justo cae siete veces, y las siete se levanta más esforzado que ántes; y que para dar este esfuerzo sirve en gran manera el Apostolado, por la virtud especial que da á los ejercicios de la penitencia, haciéndolos más fáciles y fructuosos.

Del mayor ó menor grado de contrición depende el mayor ó menor fruto de la *Confesion*;

pues si es grande el dolor, tambien será firme el propósito, fructuosa la absolucion, constante la enmienda, y más raras las recaídas. Con menos contricion podrá ser válida la absolucion todavía; pero, ¡qué fácil será recaer, y tal vez poner las cosas en peor estado que ántes!

Lo mismo diremos del *exámen* diario que hacen las personas buenas, para pagar sus deudas á medida que las contraen, sin esperar al día siguiente. Como aquí no obra la gracia sacramental, toda la eficacia de este ejercicio está en la contricion, y quien quiera sacar mucho fruto de él, debe insistir en el dolor más que en otra cosa. Lo que decimos del *exámen* en general, conviene igualmente al general y al particular, lo mismo al que se hace de todas las faltas, que al que se hace del defecto dominante. Y hablando de este último, ¿no es cosa clara que quien más aborrezca un vicio, lo ha de combatir con más calor y más constancia? En esta lucha el arrepentimiento habitual de las culpas pasadas ha de ser el broquel que nos preserve de las malas sugerencias, y la espada que dé muerte al enemigo, que aquí es la pasión dominante.

Y ¿dónde hallar ese escudo y esa espada? ¿Dónde ese odio á la culpa, ese dolor de lo pasado, esa resolución para lo porvenir? Miles y miles de motivos tenemos de dolor; mas no nos detengamos en la consideración de los males

temporales y eternos que acarrea , motivo imperfecto é ineficaz por si mismo para borrar la culpa. El dolor que nace del ultraje que por el pecado recibe la Majestad divina, es el más perfecto , pero muy espiritual para la generalidad de los hombres , que, como no ven ningun mal sensible en este efecto del pecado, se duelen poco por este motivo.

Tal vez sea más eficaz motivo de dolor el que nos propone el Apostolado , motivo, por una parte, tan perfecto como el amor mismo de la bondad divina, y por otra más á propósito para mover nuestra sensibilidad.

Consiste este último estímulo del dolor en la consideracion del detrimento que causa á la divina gloria la pérdida de muchas almas, que por nuestro medio se hubieran podido salvar, y por nuestra tibieza y flojedad no se han salvado. Muy posible es que con algun esfuerzo y fervor, hubiéramos podido alcanzar un acto de perfecta contricion á alguna de las ochenta ó noventa mil almas que cada día comparecen ante el tribunal de Dios.

Tal vez sin ningun trabajo, con sola una intencion , hubiéramos salvado un alma que se ha perdido para siempre. Si sumamos los dias de la semana , mes y año, y nos es forzoso confesar que diez , veinte ó cien almas se han perdido por incuria nuestra, ¡qué motivo de dolor!

No se puede negar que esta consideracion es un poderoso estímulo para que trabajemos con más ardor en la enmienda de la vida y aumento de virtudes.

§ 3.º—Combinacion del Apostolado con otras devociones.

Por *devociones* entendemos diferentes formas que toma la piedad movida por el amor divino, y muestras singulares de afecto que da el cristiano á Dios y á sus cosas, sin que á ello le obligue precepto alguno.

En ese número entra el Apostolado, con la circunstancia de que, en vez de añadir peso y carga á las demas devociones, viene en su ayuda, tomando sus formas, y comunicándoles su espíritu para que caminen con más facilidad.

I.

La primera devocion, superior á todas en dignidad, utilidad, suavidad y solidez, es, sin la menor duda, la del *Corazon de Jesus*. El Ilustrísimo Sr. Pie, obispo de Poitiers, llamaba á esta devocion la quinta esencia de la religion. Muy mal entenderia la devocion al Corazon de Jesus el que la redujera á algunas preces, con cierto sabor y gusto sensible por la belleza de su objeto. Si á esto se limitara semejante culto, no vemos cómo podrian verificarse las prome-

sas con que cuenta la Iglesia de que por él se ha de regenerar la sociedad. Tal regeneracion, ¿no vemos que es imposible tenga efecto, á ménos de que penetre el espíritu de Cristo en el corazon del cristiano, y le convierta en antorcha que alumbre y encienda á sus hermanos ciegos y frios?

Es menester, pues, que la devocion al Corazon sagrado penetre hasta la médula de nuestras almas, traslade á ellas la vida de Cristo, nos dé sus pensamientos, nos inspire su lenguaje y nos vuelva imágenes suyas. Y no podemos llamarnos devotos del Corazon de Jesus mientras no hagamos nuestras sus intenciones, y tomemos á pecho el único negocio suyo, es decir, mientras no seamos verdaderos apóstoles de la oracion. Pues como la devocion al Corazon de Jesus es la religion cristiana bien entendida, así el Apostolado es esta devocion en toda su amplitud. Entre este culto y el Apostolado media la misma diferencia que entre el sol y los rayos, entre la fuerza motora y el movimiento, el amor y el deseo de contentar al amado.

No es verdadera la amistad, decia un autor pagano, sino cuando el uno ama y odia lo que el otro. Si esto es verdad entre los hombres, mucho más lo ha de ser entre los hombres y Dios; y si esto pide la simple amistad de Dios, mucho más ha de pedir la amistad llevada al sumo

grado de intimidad, que tal es la devocion al Corazon de Jesus.

Como este culto tiene tanta amplitud como la misma Religion cristiana, puede tomar mil formas, las cuales convienen todas al Apostolado. Una de ellas es la *devocion al Corazon agonizante de Jesus*¹, para alcanzar por los méritos de su agonía una buena y santa muerte á las ochenta mil personas que, segun un cálculo aproximado, mueren cada dia en el mundo.

Esta devocion es tan propia del Apostolado, que no cabe más, pues su fin principal, que es salvar almas, le estimula sobre todo en favor de aquellas cuya suerte se ha de decidir hoy.

II.

En analogia con esta devocion se halla en primer término la de los *Dolores de María Santísima*. Para que mejor entendamos la importancia de esta devocion en el Apostolado, tomemos el agua de más arriba. Sepamos que la Reina de nuestro Apostolado no puede ser sino la Reina de los Apóstoles; que su apostolado principal en la tierra fue el de la oracion, por el cual alcanzó la fe á los Apóstoles, y la salud al mundo; que su Apostolado comenzó con su Concepcion inmaculada, y no se interrumpió

¹ Véase sobre este asunto, y con este mismo título, una hojita de 4 páginas. Se hallará en la Administracion del MENSAJERO.

jamás por un instante, ni de día, ni de noche; que su oración trajo á Dios al mundo, y que la salud del mundo absorbió todos sus pensamientos, y que por ella ofreció á su Hijo á la muerte, y sacrificó su propio Corazón, desde que dió el consentimiento á la Encarnación, hasta que recibió el último suspiro de su Hijo en la cruz. Luego no podemos amar á María Santísima, sin amar las almas cuyo amor en la Madre de Dios va inseparablemente unido al amor de su Hijo. No podemos asemejarnos á la divina Señora sin imitar su celo; y de cuanto podemos hacer por imitarla, nada le será tan grato como la imitación de su Apostolado.

El principio de fecundidad de nuestro celo lo hemos de hallar en las lágrimas de su dolor, porque María Santísima es corredentora del género humano. Cooperó eficazmente á la redención por la entrega que hizo de su Hijo, y por los dolores que de rechazo vinieron á herir su Corazón después de haber traspasado el de Jesucristo. En esta pasión interior en el calvario nos dió María la vida del alma, á costa de la vida del fruto de sus entrañas. Á nuestra madre Eva se le dijo que pariría con dolor, y María fue exenta de esta pena en el nacimiento de su Hijo; pero en cambio, al concebir á los pecadores para que nacieran á la gracia, María sufrió más que todas las madres juntas.

De estos dolores han nacido todas nuestras alegrías, y de ellos ha de nacer toda nuestra confianza. «No olvides, dice el Sábio, los gemidos de tu madre, porque sin ella no hubieras nacido¹.» Poco nos costará observar este precepto, porque ¿quién olvida los dolores de su madre? Ni María Santísima puede olvidar los suyos; de suerte que cuando se los recordamos, tocamos la fibra más delicada de su Corazon, y por este medio conseguimos de ella todo lo más difícil de alcanzar. ¿Qué negará María al que le recuerda aquel trance amargo en el que, divididas sus entrañas maternales entre el amor del Hijo inocente y el de los hijos culpados, sacrificaba la vida de aquél por la salvacion de éstos? Y al que le pide una cosa sin la cual no seria completo el fruto de tamaño sacrificio, pues le pide gracia de conversion para los pecadores, y se la pide por la sangre de Cristo, y por sus lágrimas amargas, ¿cómo se la negará?

Si la mediacion de María Santísima todo lo alcanza de su divino Hijo, la devocion á sus dolores es el mejor medio de obtener esa omnipotente mediacion.

Una gracia sobre todo le hemos de pedir por sus dolores, y es que alcance del Eterno Padre se cumpla lo que con más instancia le pidió al ofrecer el sacrificio de su Hijo; que sus-

¹ Eccli. VII. 29. 30.

cite ministros dignos de la Iglesia, hombres poderosos en obras y palabras, y nuevos apóstoles cuyo valimiento saque á la Iglesia de todos los conflictos. Si el Señor los envia á la tierra, serán sin duda el fruto de los dolores de María.

III.

Gran modelo y protector del Apostolado tenemos en el patriarca *San José*, cuyo Apostolado fué todo de oracion, pues no asistió á Jesus en su vida pública, sino en la infancia y en el retiro de Nazaret; y sus obras y trabajos exteriores fueron puramente materiales y fabriles, sin connexion, ninguna aparente con la mision de salvar almas. Sin embargo, ¿quién dirá que San José no tuvo nada que ver con la obra de la redencion? La Iglesia hace suyas las palabras de San Bernardo, que le llama *coadjutor fidelísimo del gran consejo*¹, es decir, cooperador de Jesus y María en la obra de la salud del mundo. Nadie lo pone en duda, y la devocion á San José está en el pueblo cristiano tan arraigada, que no necesitamos recomendarla. Constituido ademas por el Vicario de Cristo patrono de la Iglesia, merece por dos títulos se le aplique aquel texto con que le honra la liturgia sagrada: «*Hé aquí el fiel y prudente siervo á quien puso el Señor á la cabeza de su familia.*»

¹ Solum in terris magni consilii coadjutorem fidelissimum. (VI leccion del Rezo de San José.)

Mucho debe animar nuestro celo el pensar que este santo Patriarca ejerció su apostolado manejando las herramientas de carpintero. Pues si en oficio tan material contribuyó, por la intencion de que anima el trabajo, á la salud de las almas, cual ningun misionero, y más que cuantos han llenado el mundo de la fama de su predicacion y milagros, ¿quién no confiará que ha de poder en humilde oficio, con escasa salud, fuerzas y talento, trabajar muy útilmente para el fin del Apostolado? En los Santos de diversos estados y condiciones, parece se propuso Dios dibujar las diversas obras y virtudes del Verbo humanado, y proponerlas á la imitacion de las diversas clases de la sociedad. En San José parece se propuso reproducir las virtudes de su vida oculta, y repetirnos la leccion que por treinta años nos estuvo dando, de que nuestro mérito no consiste tanto en el valor de la obra, como en el espíritu con que la hacemos.

En la casa de Nazaret, y en el taller de San José, se nos abre una escuela de perfeccion cristiana, donde se enseña á apreciar el mérito del Apostolado de la Oracion. Oigamos las lecciones de tan sábio maestro, y pidámosle la inteligencia del ejercicio santo que llenó su vida de merecimientos. No se negará á esclarecer nuestra mente con el conocimiento de un arte que nos enseñará á hacer á lo divino aun las cosas

más humildes , y á cumplir en la oscuridad la más gloriosa y divina de todas las obras.

IV.

Más oculto que el de San José es el Apostolado de los *Ángeles*, y no ménos eficaz, á pesar de eso.

Siempre ha tenido la piedad cristiana devoción á los santos *Ángeles*; pero en nuestros tiempos hay que interesarse en promoverla más y más, por la mucha propension que tiene este siglo á lo material y sensible , y al alejamiento de lo espiritual é invisible. Bien es verdad que el diablo, despues de materializar á los hombres, juega con ellos al escondite , y les hace ver visiones, y se rie de ellos con aquella *nequicia espiritual* ¹, que le atribuye San Pablo. Mas el incrédulo , lejos de abrir los ojos á la luz , no hace sino añadir á la incredulidad la supersticion, amalgamar el necio espiritismo con un bruto materialismo.

Esta intervencion tan marcada de los malos *Ángeles* en la obra de perdicion debe estimularnos mucho á la devocion de los santos *Ángeles*, para que nos defiendan de sus contrarios. Hemos de tener presente que formamos con los espíritus felices una Iglesia, cuyo Príncipe

¹ Eph. VI. 12.

es, no un Ángel, sino un Dios Hombre. Y podemos recordarles que deben á nuestra flaca naturaleza la honra que les cabe de formar parte de un cuerpo cuya cabeza es Dios, y que deben por lo mismo ayudar y proteger á sus hermanos menores.

No sólo hemos de invocar á los Ángeles, sino que tambien los hemos de imitar en su Apostolado, viendo el celo con que se consagran al bien de las almas que se les confian.

Aquí es muy de notar que la mayor parte de las almas no puede inspirarles sino asco y aversion. Porque al fin, ¿qué ven en ellas sino seres muy inferiores á ellos por naturaleza, muy rebajados por el abuso de su libertad, llenos de errores y de vicios, que caminan como estúpidos jumentôs á su eterna perdicion? Empeñados en perderse estos séres, en vano amonestados por sus ayos y tutores, no llegan á acabar con la paciencia de los celestiales espíritus. Y es que bajo esa capa de barro que cubre á unos séres tan degradados, ven los Ángeles unas imágenes de Dios, desfiguradas, sí, pero capaces de ser un dia restauradas; y esta esperanza hace que no los dejen de la mano.

Como no tienen ningun medio sensible de mover los corazones petrificados, no se cansan de hablarles interiormente, siempre que se presenta ocasion oportuna. Pero su arma principal

es la oracion, y mientras viven sus clientes, no dejan un instante de implorar para ellos la piedad divina, redoblando sus oraciones en el trance de la muerte. Pues cuando todo el poder humano es impotente, sólo el poder angélico funciona con actividad, porque halla más propicia á la Bondad divina, que hace el último esfuerzo para salvar al pecador. Cuando la Iglesia visible y sus ministros hallan cerradas las puertas para entrar en el corazon del moribundo, privado de sentido, no hemos de creer que la Iglesia invisible con sus Ángeles se ve en el mismo caso. Por el contrario, es de suponer que aquellos espíritus hacen un esfuerzo supremo para lograr entónces lo que no han podido recabar en tantos años de espera. ¡Cuántos milagros debe obrar su Apostolado en aquella hora, sin saberlo nosotros! Muévenos á creerlo la mision que Dios les ha dado de llevar almas al cielo, el celo que tienen por la gloria divina, el amor que nos profesan como hermanos nuestros que son, los mil medios de que pueden disponer para llevarlo á efecto.

Esta confianza que tenemos en el patrocinio de los Ángeles debe aumentar nuestra fe en la eficacia de la oracion que hacemos por la salud de las almas. Á veces estamos rogando años enteros por un pecador, y el pecador muere de repente, sin haber dado muestras de arrepén-

timiento. ¡Qué dolor! Se perdió esa alma. Pero no ; no la des tan pronto por perdida. Eso lo podrias decir, si en lugar del sacerdote , que faltó á la cabecera del moribundo , no se hubiera hallado el Ángel de su guarda. Confia , pues, que ese buen Ángel cumplió con su deber.

No desesperemos del buen efecto de nuestras oraciones; no nos cansemos de orar , como no se cansan los Ángeles. Cuando ven los Ángeles que un jóven se da á los vicios , que un marido abandona á su esposa , que un incrédulo se obstina en su error , ¿acaso se desaniman , se desesperan , se irritan? Nada de eso. Y , sin embargo, tienen más celo que nosotros, más amor al prójimo , más odio al pecado: imitémoslos. Gran devocion tenian los Santos á los Ángeles custodios, y les encomendaban las almas á ellos confiadas. Tal vez, porque no hemos hecho esto, han sido infructuosos nuestros trabajos.

V.

Además de los Ángeles, tenemos tantos poderosos auxiliares , como *Santos* hay en el cielo , pues todos han ido á la gloria por el camino de la caridad , y al entrar allí , han sentido un acrecentamiento de amor á sus hermanos, en analogia con el aumento del amor de Dios.

Hagamos servir al fin del Apostolado las devociones particulares que tenemos. No hay quien no tenga algún Santo de particular devoción. El Salvador quería mucho á todos sus discípulos, pero su discípulo predilecto era San Juan, y quiso que lo fuese también de su Santísima Madre, después de su Ascension. El mismo Dios nos inspira especial afecto á ciertos Santos, y no cabe duda que los Santos también tienen especial predilección hacia sus devotos. Cada astro del firmamento espiritual ejerce su influjo sobre un grupo de astros inferiores, y la luz de éstos refleja en ellos, y aumenta su claridad. La obra de los Santos en la tierra y en el cielo es dar á sus clientes la claridad de la caridad divina; y nuestra gracia, y la devoción que á ellos tenemos, aumenta su gloria y resplandor. Cuando invocamos á los Santos, no hacemos sino ponerlos en estado de llevar á cabo su misión: ¿cómo no han de oír nuestros ruegos? Y más aún los obligaremos, si aumentamos nuestro coro, encaminando almas al cielo, pues les damos medios de ejercer su influjo en mayor escala.

Esta doctrina es aplicable á todos los Santos; mas no se puede negar que en algunos resplandece extraordinariamente la virtud protectora, por la que son invocados con especial confianza por los fieles. Los de la antigua ley fueron invo-

cados ántes de Cristo, como salvadores del pueblo, y de esto tenemos muchos documentos en la sagrada Escritura. En la ley nueva, no podemos dudar que tienen especial valimiento con Dios los Santos que en la tierra le amaron con más generosidad, y los que han hecho y padecido mucho por la Iglesia.

Ocupan el primer lugar en la veneracion de la Iglesia los Santos que fueron miembros de la familia de Cristo, como San Joaquin y Santa Ana, San José y San Juan Bautista.

Despues de los Santos que pertenecen a la familia de Cristo, ocupan el primer lugar los Apóstoles, que cimentaron la Iglesia con su sangre; y entre los Apóstoles descuellan San Pedro y San Pablo, príncipes del Apostolado, y San Juan, Apóstol del Corazon de Jesus, é hijo adoptivo de María Santísima.

Entre los Papas que han sostenido ó ilustrado más la Iglesia, se cuentan San Leon, San Gregorio el Magno, San Gregorio VII y San Pio V.

Han imitado á los Apóstoles muchos hombres insignes en virtud, y poderosos en obras y en palabras, que han llevado la fe á las remotas regiones, ó la han resucitado entre los fieles, como son Santo Domingo, San Francisco, San Vicente Ferrer, San Antonio de Pádua, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San

Cárlos Borromeo, San Francisco de Sales, San Vicente de Paul, San Alfonso María de Ligorio, é infinitos otros.

Muchas santas heroínas han igualado en celo á los más fervorosos apóstoles, como Santa Catalina, Santa Gertrudis, Santa Brígida, Santa Teresa, Santa Coleta, Santa Juana Francisca y la Beata Margarita María de Alacoque.

Es imposible citarlos á todos. Cada uno vea qué Santos se acomodan más á su espíritu, y le inspiran más confianza, y tómelos por sus especiales abogados.

VI.

Gran socorro pueden prestar al Apostolado las *almas del Purgatorio*, pues se hallan en estado de perfecta caridad, y arden en amor de Dios y del prójimo, y pueden alcanzar con sus oraciones cuanto pueden los Santos del cielo; y si nosotros con nuestros sufragios las introducimos en la gloria, podemos esperar todo de su agradecido corazón. Podríamos ponerles una condición muy provechosa para nosotros, al abreviarles el plazo con nuestros sufragios, y es que rueguen por la propagación del Apostolado, y por la conversión de los pecadores, cuando estén en el cielo.

§. 4.—Lo que seria muy útil hacer para renovar las intenciones del Apostolado.

Hasta ahora no hemos recomendado práctica ninguna que sea propia y peculiar del Apostolado. Sólo hemos enseñado el modo de comunicar su espíritu á las demas devociones, lo cual en rigor seria suficiente. Mas se podria temer que se fuese evaporando este espíritu, si no se le diera cuerpo con algun ejercicio especial; porque como no somos puros espíritus, no nos hiere el corazon, ni se fija en la memoria, lo que es puramente abstracto. La experiencia diaria nos enseña que la memoria necesita algunos signos para retener las ideas; y el Salvador, acomodándose á nuestra flaqueza, puso signos y formas sensibles á las operaciones invisibles de la gracia. Por lo tanto, si bien debemos evitar que cargue el Apostolado con muchos ejercicios, tambien hemos de evitar el extremo opuesto, que haria más difícil su práctica, cual seria no tener ejercicio alguno.

Indicaremos, pues, algunos medios de sostener el espíritu del Apostolado, que están relacionados con las devociones más familiares á las personas piadosas.

CADA DIA.

Renuévase por la mañana el ofrecimiento de obras á las intenciones del Corazon de Jesus, y por los fines del Apostolado. Esta primera intencion basta para dar á nuestras obras el mérito de todos los ejercicios de caridad y celo, aunque las obras sean de suyo indiferentes, con tal que, en el transcurso del dia, no se retracte la intencion.

Puede usarse esta fórmula, ú otra equivalente:

«¡Oh Jesus mio! Por medio del Corazon inmaculado de María Santísima, os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente dia para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demos intenciones de vuestro Sagrado Corazon.

Os las ofrezco en especial por las intenciones recomendadas á los Socios del Apostolado para este mes y para este dia.»

Podria bastar la oracion que se prescribe á los Congregantes del Corazon de Jesus, que es un *Padre nuestro*, *Ave Maria*, *Credo*, y esta aspiracion: *Corazon de mi amable Salvador, haz que arda, y siempre crezca en mi tu amor.*

Esta oracion, que tiene concedidas muchas indulgencias, es la más apropiada á los fines del Apostolado. El *Padre nuestro* los abraza en

toda su amplitud, elevándonos al cielo donde está el Padre, para ver desde allí todas las necesidades de su familia. No sólo en nombre nuestro, sino en nombre de Cristo nuestro hermano, pedimos al Padre por los que están alejados de la patria, y pedimos la gloria de su nombre, la venida de su reino, el cumplimiento de su voluntad, el pan del alma, el perdon de las culpas, y cuanto pueden necesitar aquellos por quien pedimos.

Por el *Ave Maria* ponemos nuestro Apostolado bajo la proteccion de María Santisima, y pedimos por todos los pecadores en vida y muerte, á la que, llena de gracia, puede alcanzarla á los que carecen de ella.

Luégo, para animar nuestra confianza, tenemos en el *Credo* un compendio de las misericordias divinas, como son la creacion, la redencion, la Iglesia, la comunion de los Santos, el perdon de los pecados y la resurreccion futura para la vida eterna; y no podemos ménos de estimar fin tan alto como es la salvacion de las almas, cuando vemos lo que hace por ellas la Santisima Trinidad. ¿Quién no ofrecerá con gusto las obras y trabajos del día á esta intencion?

Mayor será el mérito, si renovamos varias veces al día la intencion primera; y á este fin podemos enderezar otras devociones, como son

la Misa, el Oficio divino, el Rosario, el *Via Crucis*, las visitas al Santísimo, y las Ave Marías al toque de oraciones. Los mismos objetos piadosos que tenemos á la vista, crucifijos, imágenes y cuadros, pueden servir de despertadores de nuestro celo. Á cada segundo que señala el reloj, podemos pensar que sale de este mundo una alma, y pedir la reciba Dios en su gracia.

Otras industrias nos sugerirá el celo para rivalizar con el Corazon de Jesus en interes por la salvacion del prójimo. Siempre que nos acordemos de la intencion de la mañana, podemos renovar la fórmula ya dicha. En el mismo sentido podemos decir á menudo: *Jesus mio, misericordia*, jaculatoria que tiene concedidos 100 dias de indulgencia por el Papa Pio IX. Muchas aspiraciones nos pueden sugerir los Evangelios y Epístolas, como que contienen todo el espíritu del Apostolado. Unas veces diremos al Señor: ¿No habeis venido á poner fuego á la tierra ¹? ¿Por qué no arde? ¿No habeis venido para que tengan vida las almas, y la tengan más abundantemente ²? ¿Por qué perecen? ¿No sois el buen Pastor, y la puerta por donde han de

¹ Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (Luc. XII. 49.)

² Ego veni ut vitam habeant et abundantius habeant. (Joan. X. 10.)

entrar las ovejas ¹? ¿No habeis venido á recoger las reses perdidas, y formar un redil con un solo Pastor ²? ¿Cuándo se verificará esto, y serán los hombres una cosa entre sí, como vos sois una cosa con el Padre ³? Ved esas regiones que blanquean para la mies, y no esperan sino la hoz del segador ⁴.

Otras veces, acordándonos de Lázaro, figura expresiva del pecador, diremos lo que Marta y María al Señor: Aquel á quien tú amas, está enfermo, Señor ⁵. Señor, está muerta y huele mal la desdichada humanidad, que yace en el sepulcro de la ignorancia y corrupcion. Otras veces nos dirigiremos al Eterno Padre, y le diremos: ¡Oh Señor, que habeis amado al mundo hasta darle á vuestro Hijo unigénito ⁶, porque quereis que todos los hombres se salven ⁷, y lleguen al conocimiento de la verdad, quitad los

¹ Ego sum pastor bonus. (Joan. X. 11).—Ego sum ostium ovium. (Joan. X. 7.)

² Alias oves habeo quæ non sunt ex hoc ovili; et illas oportet me adducere, ut fiat unum ovile et unus pastor. (Joan. X. 16.)

³ Ut omnes unum sint sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint. (Joan. XVII. 21.)

⁴ Videte regiones, quoniam albæ sunt ad messem. (Joan. IV. 35.)—Rogate ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam. (Luc. X. 2.)

⁵ Domine, ecce quem amas infirmatur. (Joan. XI. 3.)—Domine, jam foetet, quadriduanus est enim. (*Ib.* 39.)

⁶ Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. III. 16.)

⁷ Qui (Salvator) omnes homines vult salvos fieri. (I Tim. II. 4.)

obstáculos que impiden se cumpla esa voluntad misericordiosa. Habeis prometido á vuestro Hijo la posesion de todas las naciones, hasta los últimos confines de la tierra; cumplid, pues, estas promesas. Glorificad á vuestro Hijo como merece, y glorificaos en él; glorificadle con el triunfo, como él os ha glorificado con el sacrificio. Estas y otras aspiraciones pueden ayudarnos á fomentar el espíritu del Apostolado entre dia.

CADA SEMANA.

Bueno es consagrar un dia al Apostolado, y reanimar el celo, si se ha llegado á entibiar.

El viérnes es el más propio, ya por ser dia consagrado á la Pasion y al Corazon de Jesus, ya por la indulgencia plenaria, pues es el dia designado para ganar una de las dos del mes.

Los que acostumbran hacer un examen de conciencia semanal, pueden tomar por materia especial de examen el cumplimiento de lo que se recomienda en el Apostolado.

Los que por sus cargos y negocios no pueden oír Misa ese dia, déjenlo todo para el domingo.

CADA MES.

Se aplicará una comunión á intencion del Apostolado, escogiendo de preferencia el primer viérnes. Se pedirá en ella aumente Dios el celo de los Celadores y demas miembros del Apostolado.

Ese dia podrá hacerse un exámen del mes, como se indicó ántes para la semana. En él se pueden fijar las obras buenas que cada uno piensa hacer aquel mes en beneficio de la Iglesia y de las almas. El *Mensajero* recomendará intenciones especiales cada mes, segun las nuevas circunstancias que fueren trayendo los tiempos.

CADA AÑO.

El dia del Corazon de Jesus y el de la Purísima Concepcion seria muy conveniente que los sacerdotes asociados ofrecieran la Misa, y los no sacerdotes la comunión, por la prosperidad é intenciones del Apostolado. Ántes de esas dos fiestas se celebrará una novena con el mismo fin.

Ni se han de limitar los asociados á éste solo culto, puesto que el año eclesiástico es un círculo que repasa todos los misterios contenidos en el Rosario, y nos va presentando la serie de hechos y virtudes del apostolado del Salvador.

Los cuarenta siglos de preparacion para la venida del Señor están representados en las cua-

tro semanas de Adviento. Sigue el Nacimiento y demas misterios hasta la Asuncion de Nuestra Señora, y la fiesta de todos los Santos, que termina el año eclesiástico, para volver al Adviento. Todos estos misterios nos excitan al amor, á la gratitud, á la imitacion y al celo de coope-
rar á la santificacion de las almas.

En el Adviento nos uniremos á los Patriarcas para pedir vengan á la tierra las gracias de salvacion. Por Navidad, viendo lo que hace Cristo por las almas, nos estimularemos á hacer cualquier sacrificio por el bien del prójimo. En la Epifania vemos el poder del Apostolado de la Oracion que ejercieron Jesus y María en la vocacion de los Magos, y su correspondencia á la gracia.

El tiempo de Cuaresma nos recuerda el ayuno de Cristo, y los cuarenta dias de oracion y contemplacion en el desierto, y los Misterios de la Pasion, que tanto deben movernos á hacer y padecer cuanto podamos por las almas redimidas, y los de la Resurreccion, que animan nuestra confianza en el premio. La venida del Espiritu Santo, fruto de la oracion de María y de los Apóstoles, muestra el poder de la oracion. El triunfo de la Santisima Virgen y de los Santos nos da seguridad de que oran por nosotros, y esperanza de que á la medida del trabajo será el galardón.

ARTÍCULO II.

Del sello que ha de imprimir el Apostolado á los ejercicios de penitencia.

I.

COMO la vida del Salvador ha sido una continua cruz y martirio ¹, exigiéndolo así la divina justicia en reparacion de la culpa del hombre, puede decirse que el mérito y eficacia de su oracion nació de su espíritu de sacrificio. Y de aquí debemos sacar que la vida del cristiano ha de ser una vida de sacrificio, y que si ha de conseguir los auxilios de la gracia para sus hermanos, los ha de comprar á costa de dolores; de suerte que el Apostolado de la Oracion ha de ser un apostolado de sacrificio. Esta herencia ha dejado Cristo á los suyos. Quien quiera ser su discípulo, merecer sus favores, y participar de su gloria, ha de proponerse por fin la honra divina y la salud del prójimo; y los medios de lograr ese fin han de ser la oracion y el sacrificio. Nadie se espante al oír esto, pues no se exige á todos los cristianos aquella asombrosa austeridad que leemos en las vidas de los Santos anacoretas; pero el Señor, sin forzar á nadie, abre á todos una senda de generosos sacrificios, que

¹ Kempis I. II, c. 12.

los van haciendo semejantes á Cristo , á medida que van entrando por ella. Los medios de inmolarnos diariamente nos los proporciona Dios, disponiendo las cosas de manera , que , aunque no lo queramos , tengamos que pasar una vida de sacrificio ; y para que sea con mérito , basta que nos resignemos á su voluntad. Esta resignacion nos la facilitará el Apostolado , y tambien , bajo este concepto , en vez de imponernos nuevas obligaciones , nos ayudará á cumplir las cargas que tenemos , y les dará mayor mérito : leccion importante , que conviene entender bien.

II.

¿De dónde viene esta conexion del celo con la mortificacion , y del Apostolado de la Oracion con el del sacrificio? De la clase de seres con quienes se ha de ejercitar el celo. Si fueran almas puras , y se tratase sólo de proporcionarles un bien agradable bajo todos conceptos , no habria mucho que sufrir. Supongamos que Adan y Eva no hubieran perdido el paraíso , ni sus descendientes la justicia original ; podria ejercitarse el celo en tan dichosa sociedad , pero sin trabajo alguno ; y si la religion pidiese sacrificio , seria sacrificio de gratitud , no de expiacion y arrepentimiento.

Ahora, por el contrario, el bien lucha con el mal, y el mal con el bien. A cualquier parte que vuelva los ojos el celo, no ve sino desórdenes, mentiras, escándalos, desprecio de la ley de Dios, entendimientos ciegos, corazones corrompidos, almas perversas y espíritus débiles. ¿Cómo no se ha de afligir al ver esto? Pedirá remedio á Dios; pero este pedir irá lleno de dolor, como la oracion de Cristo, que salia de un corazon angustiado. Tanto más ardientes serán sus súplicas, cuanto más odiare el pecado; por eso fueron dardos abrasados los ruegos del Salvador, porque salian de un pecho herido y lastimado, hasta lo sumo que puede imaginarse, por aquel odio al pecado que fue la causa de la Pasion. De los Santos leemos que el amor de Dios les hacia padecer deliquios y desmayos, viendo violada la ley divina, como de sí lo dice David ¹.

III.

Es, pues, inseparable el dolor del celo, y el apostolado del sacrificio del de la oracion, y el primero es la señal infalible de que es sincero el segundo. Más diré. El espíritu de sacrificio es tal vez el medio más á propósito para hacer eficaz la oracion.

¹ Ps. CXVIII. 53.

Lo que mucho se desea, con mucho ardor se solicita; y aunque conozca uno que no puede llevar á cabo lo que pretende, por lo ménos prepara los materiales que puede para que otro lo haga cuando sea posible. Quien quiere el fin, quiere los medios; quien quiere la salvacion de las almas, hará lo que está de su parte para lograr su deseo. Él no puede todo lo que quisiera, pues ni las voluntades ajenas, ni la gracia de Dios, están en su mano; mas como sabe que la gracia se promete á la oracion, la pedirá con fervor, confianza y perseverancia. Y como sabe tambien que la gracia no entra en el alma pecadora sino con la penitencia, y que al sacrificio de Cristo, que murió por los pecados del mundo, se ha de unir el del pecador contrito, y que la penitencia y lágrimas atraen la divina Misericordia, por eso une sus oraciones con las oraciones de Cristo, y sus maceraciones y expiaciones con la inmolacion de Cristo, para que venga la gracia al corazon del pecador.

Cristo satisfizo por los pecados, pero quiere que nosotros añadamos nuestras satisfacciones á las suyas. El profeta David dice que la redencion de Cristo es copiosa y abundante¹; pero San Pablo pudo decir tambien con toda verdad² que cumplia en su carne lo que faltaba á

¹ Ps. CXXIX. 7.

² Col. I. 24.

los padecimientos de Cristo por la Iglesia. No hay en esto contradiccion alguna; porque Cristo cumplió plenamente lo que tenia que hacer como primer autor de nuestra salud, pero á nosotros nos queda la obligacion de cooperar á nuestra redencion, uniendo á sus sacrificios los nuestros, que, por otra parte, nada valdrian sin los suyos. Puede decirse que Cristo es el Salvador primero y universal, y nosotros unos salvadores en segundo término; que por nuestra union con él podemos salvar nuestras almas y las de los prójimos. Cristo salvó al mundo padeciendo y orando; y nosotros, padeciendo y orando, le hemos de ayudar en su gloriosa empresa. De la misma raíz nacen ambos sacrificios, que son ramas del mismo tronco; y ambos apostolados, que son un mismo apostolado; pues la oracion inspirada por el celo no puede ménos de ser dolorosa, y el dolor causado por el celo no puede exhalarse sino por la oracion.

IV.

Por otra parte, la caridad, que es la fuente del celo, no permite que el Apostolado de la Oracion se separe del apostolado del sacrificio.

¿Qué mision tiene la Iglesia en el mundo, sino continuar la vida de Cristo hasta el fin de los siglos? Á nosotros nos toca, como miem-

bro que somos de la Iglesia, reproducir los hechos de Cristo; y si le amamos de veras, le imitaremos con toda la perfección posible, y de esta perfección de todos los miembros resultará la del cuerpo, y la mayor gloria de Cristo, su cabeza. Para mejor llegar á este tan honroso fin, los fieles se repartirán los diversos rasgos de la vida del Salvador, según la índole, ingenio y condición de cada uno. Quién imitará su vida oculta, quién la pública y apostólica: uno instruirá á la gente ruda, otro cuidará á los enfermos. Mas hay una porción de esta herencia, que no se puede dividir, y que todos los herederos han de poseer en comun, por ser la sustancia misma de la vida del Salvador, y es la cruz.

La cruz llevó Cristo en todos tiempos y lugares, sin que sus diversos estados hayan sido otra cosa que diversas formas de su cruz; y cuantos quieran ser salvadores con él, han de ser víctimas con él. Sus diversas condiciones y estados serán diferentes formas de inmolación, pero la Iglesia no será imagen perfecta de Cristo á los ojos del Padre, sino por la reunión de sacrificios parciales, que en su conjunto reproducirán el de su divino Hijo.

Esto es lo que más desea el Salvador divino. Lo desea por su gloria, pues como la tuvo muy grande en llevar por sí mismo la

cruz, tambien quiere tenerla en llevar la cruz por medio de sus discipulos. Lo desea por la honra de sus miembros, pues es natural que los honre lo que honra á la cabeza. Y como lo desea, así se esfuerza en lograrlo por varios caminos, y muy en especial por el sacrificio del altar.

Pues si la Misa parece un sacrificio menos completo que la muerte de cruz, por ser una muerte mística y figurada, en compensacion se propone el Salvador exigir de nosotros un complemento de la Misa, que no puede dar en su propia persona. Su cuerpo natural, ahora inmortal é impasible, no puede padecer y morir; pero puede morir y padecer su cuerpo místico; y gracias á nuestra cooperacion, durará la expiacion cuanto durare la série de ofensas que contra Dios se cometen. Este obsequio nos pide por el regalo que nos hace en la Eucaristía.

Todavía arde en su Corazon la llama del amor, que en su vida mortal lo consumia de dolor por nuestros pecados. Ahora nada tiene que consumir en él, pero sí en nosotros, donde hay mucho que sacrificar. Nos falta el fuego del altar, pero en la comunión pasará á nosotros el que arde en el Corazon de Jesus. Así se completará el sacrificio, y de incruento que es en la Misa, vendrá á ser cruento en nosotros. *Haced esto*, dijo el Señor, *en memoria de mi:*

celebrad este sacrificio en memoria de lo que hice y padecí por todos vosotros. Esta conmemoracion no ha de consistir en meras apariencias, sino que ha de ser real y completa. Cuando inmolamos místicamente el cuerpo del Señor, contraemos una obligacion de sacrificarnos realmente con él, y nuestro sacrificio es el efecto necesario y la consumacion del suyo.

Este deber nos impone el amor; deber que más bien debe llamarse gloria, felicidad, privilegio. La cruz de Cristo es una cruz de honor, distintivo de valientes, prenda de eterna gloria. Tengamos presente lo que dijo el Señor antes de su Pasion: *«Si el grano de trigo no muere en la tierra, allí solo se queda; mas si muere, da mucho fruto. El que me sirve, sigame¹.»* El hombre de celo entiende esta sentencia, y cuanto más fruto quiere dar, más se anonada, y en su oracion pretende á un tiempo dar vida al espíritu de su hermano, y muerte á su naturaleza corrompida. Y cuando oye Dios sus deseos, y se ve abandonado de Dios y de los hombres, y clavado en su cruz en el aire, en aquella agonía que le asemeja tanto á Jesús, halla sumo consuelo. Sabe que Dios bendice más á la Iglesia, cuando ve elevarse en su seno mayor número de Calvarios, donde se reproduce el sacrificio del Cordero, y se goza de ser

¹. Joan. XII. 24-26.

una de las victimas escogidas. Y con razon, pues grande es la dicha que cabe á esos mártires desconocidos, que en lo alto del monte absorben con la expiacion los rayos de la divina ira; pues más que las de ningun otro son oidas sus oraciones, y mayor peso tiene su mediacion en la balanza de la bondad divina.

Puede á cada uno de ellos aplicarse lo que dice Isaías del Salvador : «Si diese su vida en expiacion del pecado, verá una larga descendencia¹.»

V.

Unidos el sacrificio y la oracion, se ayudan de tal modo, que la oracion endulza lo amargo del sacrificio, y el sacrificio da fecundidad á la oracion.

En nuestra mano está lograr tanto bien, volviendo apostólicas todas nuestras obras penales, voluntarias ó involuntarias, sin que sea menester añadir nada. Los Santos no se hartaban de cruces; y eso se explica, sabiendo que las consideraciones que hemos hecho les eran familiares, y que no querian quedarse atras, sino seguir á Cristo de cerca, y ponerse en primera linea. Pero esto es de perfeccion, no de necesidad, para participar del sacrificio de Cristo;

¹ Is. LIII. 10.

no hará poco quien se aproveche de los trabajos que no pueda evitar. Las obras de penitencia son más de las que creemos, y si caemos en la cuenta, veremos que á cada paso se halla alguna cruz. No parece sino que Cristo, al subir al cielo, esparramó por todo el camino que habian de andar los suyos, las espinas de su corona, pues á cada paso se siente alguna punzada. ¿Por qué, pues, nos hemos de privar del mérito, ya que no podemos evitar los dolores?

Para entender bien esta doctrina, sepamos que, segun el Concilio Tridentino, hay tres clases de obras satisfactorias: las penas que nos imponemos voluntariamente; las que nos impone la Iglesia, y las que nos impone Dios.

Estas últimas no son de menor mérito que las otras, pues si son ménos voluntarias, tienen la ventaja de estar más libres de las ilusiones del amor propio. El ser ménos voluntarias en su origen, nada les perjudica, pues aceptándolas con gusto, las hacemos enteramente voluntarias.

Siendo esto así, ¿qué día, ni qué hora se nos pasa sin tener mil ocasiones de ejercitar el Apostolado del sacrificio? ¡Cuántas contrariedades, privaciones, molestias, disgustos á cada instante! Á veces, son cosillas de nada, y pasamos por ellas, como quien pisa menudos granos de trigo, que, si se recogieran, llenarian

un granero y enriquecerian al dueño. Reunamos todo eso; dolores, tristezas, mal humor, mal tiempo, frío, calor y otros *males corporales*; luégo los *males morales*, que provienen de injusticias, malos procederes, calumnias, ingratitudes, desprecios y humillaciones; luégo los *espirituales*, como escrúpulos, temores, desaliento, desamparo. ¿Qué son estos males, sino partículas de la santa cruz, que está en nuestra mano recoger? ¿Y qué son las criaturas que nos atormentan, sino sacrificadores destinados por Dios para inmolarnos de continuo? Bien desempeñan su mision estas tales, y tan bien lo hacen, que nos desesperan muchas veces; pero si miráramos estas cosas como se deben mirar, de otro modo las llevaríamos.

En aquellas enfermedades de alma y cuerpo que nos embotan potencias y sentidos, y no nos dejan casi ningun uso del libre albedrío, sirve de mucho el hábito adquirido de ver las cosas á lo sobrenatural. Aquellos sentimientos de que nos habíamos penetrado en sana salud, se presentarán por sí mismos entónces, cuando no estemos ya para irlos á buscar.

Si tan grande cosa es el sacrificio en tiempo de salud, no se puede negar que el tiempo de la enfermedad ha de ser una mina de merecimientos. Entónces cada hora vale por muchos dias, ó, mejor dicho, por muchas eternidades.

Es una lástima que los enfermos no sepan lo que vale el tiempo en la enfermedad. Ya se sabe que aquel no es tiempo de trabajar, ni de estudiar; y el no poder hacer nada es una de las grandes cruces de las enfermedades. Pero el que no puede trabajar con los brazos, trabaje con el corazón: nada puede hacer que valga para la tierra, pero mucho para el cielo. No puede trabajar, pero puede orar; no puede tal vez orar, pero puede sufrir, y su padecer será orar. Mientras tenga conciencia de sí mismo, sabrá ofrecer su mal con jaculatorias breves, ya que no pueda orar prolijamente. Saldrán penosamente esos dardos del corazón, porque el arco se afloja con la enfermedad. Eso quiere decir que no será la oración del Tabor, sino la del Huerto de las Olivas, en la cual repetiremos siempre lo mismo, como el Señor, mientras dure la prueba; cambiándose en oraciones los dolores, y en jaculatorias los gemidos. Mucho se acrecentará nuestro mérito en el lecho del dolor, si nos miramos como víctimas de propiciación, no sólo por las culpas propias, sino por las ajenas, á imitación de Cristo. Y esta idea que animaba á Cristo en la cruz, también nos confortará á nosotros, y dará á nuestro sacrificio tanta eficacia para la salud del prójimo, como ventajas y aumento de méritos para la nuestra.

ARTÍCULO III.

Del sello que ha de imprimir el Apostolado á las obras de caridad.

NADA más propio del Apostolado que estas obras que de por sí son apostólicas. Pues si tanto influjo tiene en las obras de piedad, y tambien en las penales, ¿cuánto no tendrá en las que miran directamente al prójimo? Cualquiera creerá que está de más este artículo, por ser de cosa tan notoria, y al alcance de todos. Pues no está demás, porque no hay cosa más difícil que trabajar por la salud del prójimo, si falta el espíritu del Evangelio, y este espíritu lo da el Apostolado, enseñándonos á sacar fruto de nuestro trato con los demas, haciendo que el trato y la amistad natural se conviertan en espiritual. Él transfigura las personas que de suyo son odiosas y repugnantes, para que nos parezcan dignas de estima y aprecio. Él nos alcanzará de Dios una autoridad grande sobre las voluntades humanas, para conquistar los corazones rebeldes y esforzar á los flacos, y nos dará el don de gentes, con cierto atractivo que nos dé entrada con todo género de personas.

I.

Lo primero que conseguirá el Apostolado es hacernos amables las personas de suyo odio-

sas, porque nos enseñará á no mirar en ellas sino las almas, y á no mirar las almas sino á la luz del Corazon de Jesus, es decir, á no mirarlas sino como á criaturas amadas de él, redimidas por él, destinadas por él á la gloria, y objeto constante de todos sus pensamientos y deseos. ¿Quién, si esto considera, puede despreciar á nadie? ¿Quién puede desestimar un tesoro que rescató Cristo al precio de su sangre? ¿Quién mirará con indiferencia una imagen viva de la divina hermosura, un cuadro que pintó el Espíritu Santo, grabando en él unos caracteres que con ninguna mancha se han borrado? ¿Quién aborrecerá á aquel por quien el Padre ha entregado á su Hijo? ¿Cómo tratar con dureza á un miembro del cuerpo de Dios, miembro enfermo, si, y tal vez muerto, pero que puede revivir mañana, y que al fin está unido aún al cuerpo, puesto que no ha caído aún en los infiernos?

Mirando así al alma humana, no hay miseria que nos quite el respeto que se debe á un ser tan noble. Le compadeceremos, pero no le odiamos; y pues nadie pisaría un crucifijo por verlo cubierto de barro, nadie desprecie á una alma que por el bautismo representa mejor á Dios que una imagen de cobre.

Si tanto respeto se debe al pecador, ¿cuánto no se deberá al alma en gracia? Si es respetable

la imagen muerta, ¿no lo será más la que esté viva? Podrá ser que ésta merezca desprecio por sus imperfecciones y defectos; tal vez el fuego de la caridad divina esté en ella medio sofocado bajo una espesa capa de ceniza. Á veces, los defectos son tan manifiestos, que no vemos en el prójimo otra cosa; pero el cristiano aprende en la escuela del Corazon de Jesus á mirar allí lo que hay bajo esas malas apariencias, que es cosa muy distinta. En un vil establo se halla cobijado el Niño Dios. No hay tabernáculo, ni sagrario tan venerando de suyo como esa pobre criatura. ¿Qué importa que sea de oro el sagrario, ó de mala madera, que esté aseado ó lleno de polvo? El P. Baltasar Alvarez repetia á sus novicios, que se mirasen unos á otros como si fueran príncipes herederos de un reino, y estuvieran allí reunidos de paso por unos dias. ¿No pudiera darse el mismo consejo á todo cristiano? ¿No somos todos herederos de la corona del cielo?

II.

No basta respetar al prójimo por los motivos indicados, sino que por la misma causa le hemos de ayudar á santificarse, como siempre lo está haciendo Cristo con su divino Espíritu; pues no cesa en el trabajo incesante de dar vida

á los muertos, y mejorar á los vivos. No ha de encaminarse á otra cosa nuestro trato con el prójimo, que á estimularlo al bien, y confirmarlo en los buenos propósitos: por desgracia, no suele hacerse esto en el mundo. Se mira en el hombre lo que tiene de malo, y por ello se le desprecia, ó á lo ménos, se le mira con indiferencia. Si en algo nos ofende, le tratamos mal, y damos lugar á que él responda en el mismo tono. Nos desunimos por cualquier puntillo de honra, y en vez de ayudarnos para el bien comun, hacemos lo contrario; el uno desbarata lo que hace el otro; y á esto se reducen muchas veces las relaciones de las personas buenas, á estar destruyendo las operaciones del Espíritu Santo, á pesar de que unas y otras son templos del mismo Espíritu divino.

Pues á impedir tanto mal se encamina el Apostolado, y para eso cuenta con el auxilio del Corazon de Jesus, que es todo caridad. Hay dos fuerzas encontradas en nosotros: la del egoismo que repele, y la de la caridad que atrae; y el oficio del Apostolado es debilitar la una y reforzar la otra. Como la caridad no tiene ojos sino para ver el bien, y si acaso ve el mal, es para ocultarlo, y, si puede, destruirlo, dominando la caridad, ha de ver uno lo bueno del prójimo, para aprovecharse de él y hacerlo servir al bien comun. Con esto lo bueno se mejora,

y de nuestras relaciones resulta aumento de virtud en los prójimos, y acrecentamiento de las obras buenas y de la gloria divina.

No sucede esto, por lo comun, á causa del egoismo que nos tira hácia abajo y nos estrecha el corazon, sin dejarnos conocer la mucha necesidad que tenemos de unirnos como conviene, porque esta union habia de ser con detrimento del amor propio en muchos casos. Por eso clama la Iglesia : *Sursum corda* : Arriba los corazones; y el Espíritu Santo nos dice á los hijos de Dios lo que á los hijos de los hombres dijo por David : ¿Por qué teneis el corazon tan pesado, y buskais la vanidad y la mentira '?

III.

En recompensa del sacrificio que hagamos del amor propio, nos dará el Apostolado una palanca poderosa para levantar en alto los corazones. Como su espíritu es el del Corazon de Jesus, nos hará partícipes de aquella virtud con que el Salvador atraia los corazones de todos. Sólo se le resistían los que estaban obstinados en el mal. Estos tambien se nos resistirán : paciencia; pero serán nuestros cuantos quieran

1. Ps. IV. 3.

ser buenos, y los que sean malos por pura flaqueza, no por malicia.

Á estos los ganaremos con el cariño, pues todo hombre quiere que le estimen; y cuando él se degrada hasta el punto de odiarse á sí mismo, todavía respira al ver que hay quien le quiere, y quien no desespera de su enmienda. El amor es el iman de los corazones; y como la caridad es el lazo con que Dios nos ha unido á sí ¹, con esta cadena arrastraremos á nosotros á cuantos sean capaces de amar.

Á los hombres que buscan de veras la verdad, les haremos ver que, fuera de la fe, todos los juicios se fundan en intereses que pasan, en ilusiones que se desvanecen, en mentiras que seducen, y que sólo nosotros estamos en lo sólido.

No habrá clase de personas que pueda resistir á nuestro celo, si es verdadero, porque el bien es difusivo, y el fuego prende en la materia combustible que toca. En este siglo, que no sabe amar ni aborrecer sino flojamente, necesita el mundo almas apasionadas por el bien, que enfervoricen á los tibios. Muchos cristianos necesitan hoy, como los discípulos de Emaús, que les salga al encuentro un corazón ardiente que los inflame, y una alma grande que levante su espíritu abatido. El Apostolado nos dará

¹ Os. XI. 4.

la firmeza y ardor que necesitamos para alentar á los que desmayan, de suerte que los que nos oyeren y trataren puedan decir como aquellos de Emaús: ¿no es verdad que nuestro corazon ardia, cuando hablaba con nosotros? No hablaremos solos, pues hablará por nuestra boca el que abrasaba el corazon de aquellos discipulos, y causará los mismos efectos.

IV.

Si en todas nuestras relaciones con el prójimo ha de influir el Apostolado, convirtiéndolas en obras de celo, mucho más influirá en las obras que de suyo son apostólicas. En éstas es en las que más se necesita el Apostolado de la Oracion, si no han de quedar completamente estériles, ó por lo ménos incompletas. Necesario es el Apostolado suplicante á todos los cristianos, que no podrian sin él cumplir el precepto de amar al prójimo; pero mucho más al apóstol, que sin él no podria fructificar en las almas. Si se contentase con el Apostolado de la palabra, y dejase á los fieles el de la oracion, seria un canal de la gracia, pero sin mérito. Correria el agua del cielo por sus labios, dejando secas sus fauces, y del ministerio santo no sacaria ventaja alguna, sino sólo muy grande responsabilidad. Como el clarin, daria la señal

del combate, pero no tendría parte en la victoria; enseñaría el camino de la vida á los demás, y él no se movería de su puesto. Todo esto en la suposición de que Dios le escogiera por instrumento de su misericordia; pues, según sus leyes ordinarias, no elige para esto la Providencia divina sino á aquellos que se unen á Dios por la oración; de ordinario se sirve, para comunicar sus gracias á los fieles, de aquellas personas que las han obtenido con sus ruegos, á los cuales se debe el fruto de los santos ministerios, más que á la elocuencia humana.

Quien quisiere, pues, que fructifique la divina palabra en su boca, imite á los Apóstoles, que se reservaron la oración y la predicación, dejando los demás cuidados; divida, como ellos, el tiempo entre ambas cosas, recibiendo gracia con la una, y repartiéndola con la otra; pida oraciones, como hacían los Apóstoles, á aquellos mismos en cuyo favor ha de conseguir la gracia, y, por fin, no olvide que se trata de un negocio superior al alcance de las fuerzas humanas, y que los auxilios de arriba son los que más hemos menester.

Vengamos á la aplicación de las reglas generales que hemos dado.

En las obras más difíciles del santo ministerio, que son las misiones y ejercicios, es donde más se siente la necesidad del Apostolado

de la Oracion; pues enseña la experiencia, que no hay mejor camino para llegar al corazon de los pecadores, en los pueblos corrompidos ó abandonados, que hacerlos encomendar á Dios, recomendando á la gente buena que pida por la conversion de los pecadores. Cuando llega á cundir este celo santo entre los buenos, aunque sean pocos, parece que fermenta insensiblemente, y acaba por dominar toda la masa. Bien lo saben los misioneros, cuando lo primero que hacen en las misiones y ejercicios es pedir oraciones.

El celo sugiere mil industrias para asegurar el fruto de los ministerios. Una de ellas es exhortar á todas las personas buenas, al principio de cada tanda de ejercicios, á que ofrezcan sus méritos y oraciones por la conversion de un pecador, que se deja á eleccion del Corazon de Jesus, resignándose á no conocerlo hasta el dia del juicio. Con este fin se reparten cédulas en las que se indica lo que se trata de alcanzar, y luego se pone en cada una un número, que designa el alma por quien se ha de pedir. Al que le toque el número primero, pedirá por el alma más necesitada del pueblo, ó parroquia; el número segundo denota el alma que sigue después, y así sucesivamente. Cada uno hace este convenio con el Corazon de Jesus; que cuando se haya convertido el alma por quien pedia,

todas las oraciones serán por aquella que sabe el Corazon de Jesus que lo necesita más.

Para animar el celo de estas personas, se les hará conocer que nada pierden, sino que *antes bien ganan con esta generosa donacion*. Se las estimulará á redoblar sus esfuerzos hácia el fin de la mision ó ejercicios, y á acompañar las oraciones con algunos sacrificios. Añadiendo el operario evangélico sus oraciones á las de los demás fieles, experimentará lo que vale la oracion animada por el celo, y unida á las divinas súplicas del Corazon de Jesus.

En ciertos tiempos favorables, como es al empezar el mes de María, ó el del Corazon de Jesus, ó al acercarse alguna solemnidad, se puede poner un cepillo al pie del altar, donde se depositen las cédulas en que cada uno haya escrito los obsequios ofrecidos por él al Corazon de Jesus : en otro cepillo se pueden poner las intenciones que cada uno desea recomendar. En ciertos dias señalados se leen estos obsequios é intenciones. Tambien se pueden proponer obsequios escritos é impresos, al alcance de todos, y hacerlos sacar por suerte. En algunas partes, estos cepillos son permanentes.

Hay circunstancias extraordinarias que deben despertar el celo de los asociados, como es cuando amenaza á la Iglesia algun peligro; cuando se sabe de alguna persecucion que su-

fre la cristiandad en naciones remotas; en tiempo de hambre, pestes, guerra, ó de cualquier azote de la ira divina. Entonces se encargan oraciones, se hace una colecta de comuniones, rosarios y otras preces, para conjurar el mal, ó hacer que ceda en provecho de las almas, pues todo azote de Dios es obra de su misericordia, aún más que de su justicia. Á los Directores y Celadores toca escoger los medios más conducentes para prestar ayuda á la Iglesia y á las almas. Acuérdense que el demonio no duerme, y que tiene muchos emisarios dispuestos á ayudarle en todo; pero acuérdense tambien que el Salvador de las almas pide sin cesar por ellas, y ayuda con su infinito poder, y colma de gracias, á los que entienden en la obra de la santificacion del prójimo.



CAPÍTULO II.

De la organizacion del Apostolado.

COMO lo prometimos á nuestros lectores, no hemos impuesto ninguna obligacion nueva á los Socios del Apostolado; pero les hemos abierto camino para que hagan de toda su vida un ejercicio continuo de celo en bien de las almas, y coronen todas sus acciones con el mérito de las obras apostólicas.

Falta ahora dar á conocer el organismo de esta Asociacion, que se puede unir á todas las demas con un lazo bastante elástico para que quepan todas, y no tanto que pierda su unidad ella misma.

Á todas las demas Asociaciones piadosas ha de dar cabida el Apostolado, por la sencilla razon de que, si ha de formar una cruzada de oraciones, los soldados que necesita los ha de reclutar en esos piadosos gremios donde se halla la flor de la piedad cristiana. Luego su organismo ha de ser de tal naturaleza, que ponga en contacto esas familias que trabajan, cada

una en su esfera, con su fin propio y peculiar, para que, sin detrimento de sus intereses, se amolden á los designios del Apostolado : tal es la razon de su sencillez. En esta cruzada no se ha de desechar á las personas que, aunque piadosas, no pertenecen á ninguna congregacion: para éstas era necesario tambien un vínculo de union, que se echaria de menos, si no tuviese algun ejercicio propio el Apostolado. Consultando además la experiencia, que es madre de la ciencia, se han formado los estatutos siguientes, que han sido confirmados por la Santa Sede:

ESTATUTOS

DEL

APOSTOLADO DE LA ORACION,

APROBADOS Y CONFIRMADOS POR UN DECRETO
DE N. S. P. EL PAPA LEON XIII.

Artículo 1.º El Apostolado de la Oracion es una Obra piadosa, cuyos miembros trabajan por acrecentar en sí mismos y en los prójimos el amor de la oracion, conformándose con los deseos y el ejemplo del Sagrado Corazon de Jesus, que siempre vive intercediendo por nosotros.

Art. 2.º Para lograr el fin de esta Obra, son medios muy útiles, no sólo la oracion mental y vocal, sino tambien todo género de obras

buenas de piedad y misericordia; la frecuente recepcion de los Sacramentos, la exacta observancia de los mandamientos de Dios y de la Iglesia; en una palabra, todo lo que puede contribuir eficazmente al aumento de la piedad, á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas.

Art. 3.º Todos los fieles de uno y otro sexo pueden, conformándose con las Constituciones y Decretos de la Silla Apostólica, alistarse en esta santa Obra, y gozar de las indulgencias y gracias espirituales con que la Santa Sede se ha dignado favorecerla.

Art. 4.º Para ganar las indulgencias concedidas al Apostolado de la Oracion, los asociados, despues de las oraciones de la mañana, que procurarán no omitir, ofrecerán á Dios las oraciones, obras y trabajos del presente dia, por aquellas intenciones, por las que Cristo Nuestro Señor se ofrece á si mismo en los altares. Se les recomienda ademas ofrecer cada dia un misterio del Rosario, por la conservacion del Sumo Pontífice y por las necesidades de la Iglesia que al principio de cada mes se les señalen.

Art. 5.º Entre los fieles alistados en esta santa Alianza, hay algunos que, por hacer especial profesion de piedad y ardiente celo de las almas, son llamados Celadores y Celadoras. Estos deben procurar, por todos los medios posibles, promover más y más cada dia la gloria

de Dios, la salvacion de las almas y el culto del Sagrado Corazon de Jesus, así como las otras devociones aprobadas por la Iglesia, segun la facultad que les concedieren los Superiores. Con este fin formarán Juntas, donde, reunidos en tiempos determinados, tomarán las disposiciones que les parecieren oportunas.

Art. 6.º La Obra del Apostolado de la Oracion tiene un Director General, nombrado por el Superior General de la Compañia de Jesus. Cada eleccion debe ser aprobada por la Santa Sede, y el Director está sometido al Ordinario de la diócesis en que se encuentre.

Art. 7.º El Director General puede instituir en diversas regiones y diócesis, Directores Centrales, con el consentimiento del Ordinario respectivo, cuya jurisdiccion debe ser siempre respetada, ya sea en cuanto á los centros establecidos ó por establecer, ya sea en cuanto á los fieles de la diócesis inscritos ó por inscribir, conforme á los Santos Cánones y Constituciones Apostólicas.

Art. 8.º Los Directores Centrales deben hacer saber cada año al Director General los pueblos en que han establecido centros, enviándole los nombres de los Socios alistados, para poderlos anotar en el catálogo de la Obra *.

* Véase en la página 321 la modificacion de este artículo.

DECRETO.

Nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII, en audiencia recibida por el infrascrito señor Secretario de la Sagrada Congregacion de Obispos y Regulares, el día 24 de Mayo de 1879, después de haber oído la exposicion de cada uno de los artículos, ha aprobado y confirmado, como aprueba y confirma por el tenor del presente Decreto, los citados artículos, según se contiene en esta copia, cuyo autógrafo se conserva en el archivo de la misma Congregacion, salva siempre la jurisdiccion de los Ordinarios, según la forma de los Sagrados Cánones y Constituciones Apostólicas; declarando además nulos de presente y para en adelante, los Decretos dados por esta Sagrada Congregacion de Obispos y Regulares el día 27 de Julio de 1866, y el 24 de Mayo de 1867.

Dado en Roma, en la Secretaría de la Congregacion de Obispos y Regulares, el 28 de Mayo de 1879.

J. CARDENAL FERRIERI, *Prefecto.*

† A., ARZOBISPO DE MYRA, *Secretario.*

(Sitio del sello.)

RESCRIPTO DE LA S. CONGREGACION

en que se modifica el art. 8.º de los Estatutos, dispensando de enviar al Centro general de la Obra los nombres de los nuevos asociados.

EXTRACTO DE LA SÚPLICA DEL CARDENAL ARZOBISPO DE TOLOSA.

SANTISIMO PADRE :

El Cardenal Desprez, Arzobispo de la ciudad de Tolosa, en que está colocado el Centro general del Apostolado de la Oracion, se presenta humildemente á Vuestra Santidad, como mediador é intérprete de los Directores y de los miembros de esta piadosa Alianza, que á él como á los otros Obispos está prestando tantos auxilios....

Deseamos, Santísimo Padre, remover un obstáculo que estorba á la propagacion de esta Obra. En el art. 8.º de los nuevos Estatutos, formados para esta Asociacion por la Sagrada Congregacion de Obispos y Regulares, se manda enviar al Centro de la Obra, de todas las partes del mundo donde se funde, los nombres de los nuevos asociados.

Los Directores del Apostolado, á quienes se impuso al principio esta obligacion, fueron eximidos de ella por su Santidad el Papa Pio IX,

como consta por un Rescripto dado por la Sagrada Congregacion de Obispos y Regulares el dia 24 de Mayo de 1867. Extendido el Apostolado de la Oracion hasta los paises más apartados del mundo, es imposible lo que hace doce años era ya muy difícil. Por eso en todas partes piden la dispensa de esta regla, y varios Obispos apoyan con su autoridad esta petición....

RESSCRIPTO.

En virtud de las facultades especiales concedidas por nuestro Santísimo Padre, la Sagrada Congregacion de Obispos y Regulares, juzga y declara que el Rescripto de 24 de Mayo de 1867, enunciado en la súplica, debe aplicarse á los nuevos Centros de que habla el art. 8.º de los Estatutos.

Roma, 2 de Junio de 1880.

J. CARDENAL FERRIERI, *Prefecto*.

† J. B. AGNOZZI, *Secretario*.

Nada más sencillo que esta organizacion. Á la simple vista se echa de ver lo que distingue al Apostolado de las demas asociaciones. Se ve que no quiere perturbarlas en nada, sino inspirarles un espíritu puramente cristiano. Es una

Alianza de oraciones á la que se agregan todos los gremios que para promover la piedad se han fundado en la Iglesia. Cada uno sigue su marcha, y no se carga con ninguna obligacion nueva, sino que, adoptando las intenciones del Apostolado, que son las del Corazon de Jesus, van todas de consuno á buscar el fin comun y supremo de la Iglesia, que es el establecimiento del reino de Cristo en la tierra.

Á todas esas sociedades las reunia la comunión de los Santos; pero el Apostolado las unirá más, y hará más poderosa su accion para el bien de la Iglesia.

Si una comunidad religiosa adopta el Apostolado, adquirirá más méritos, sin ninguna carga, logrará mayor facilidad para cumplir sus obligaciones algun tanto penosas, se unirá más estrechamente con las personas consagradas al Corazon de Jesus, y cobrará mayor fuerza y vigor para cooperar á los designios del divino Corazon.

Para agregarse al Apostolado una comunidad, no necesita sino un *Diploma de Agregacion*; y con esto se forma un centro en aquella casa religiosa, abriendo, sin otra autorizacion, un registro, en el cual se podrán tambien *inscribir* los nombres de todos los seglares que quieran pertenecer al Apostolado. Á cada uno de los inscritos se le da una *Cédula de Agregacion*, en

la que inscribirá su nombre, y él mismo escoja el día en que quiera ganar la indulgencia plenaria concedida para el día de la agregación.

Esto que se ha dicho de las comunidades, se aplica igualmente á las congregaciones, cofradías, seminarios, colegios y parroquias. Basta recibir el Diploma, para que puedan agregarse al nuevo centro toda clase de personas, aun las que no pertenecen á aquella corporación ó parroquia.

Los superiores de las corporaciones agregados son Directores locales del Apostolado, si son sacerdotes; y si no lo son, se llaman Celadores ó Celadoras. Pueden llamar en su ayuda á uno ó más miembros de su comunidad, á los que se puede dar diploma de Celadores. Estos diplomas pueden darse á personas ajenas á la corporación, que hayan dado muestras de celo por la propagación de la obra y del culto del sagrado Corazón.

Estos Celadores procurarán atraer nuevos Socios, á los cuales darán Cédulas de Agregación, y los harán inscribir en el registro de algún Centro. En fin, trabajarán cuanto puedan por promover esta obra y el culto del Corazón divino.

Conviene que en cada diócesis haya un Director diocesano, que esté en correspondencia con el Director Superior de la Nación y se entienda con los Directores locales.

Lo que precede basta para dar conocimiento del Apostolado en su conjunto y en sus puntos esenciales; luego veremos los medios que toma para que le puedan adoptar con utilidad y provecho toda clase de corporaciones. Pero ántes hablaremos de ciertos elementos con que cuenta para ponerse mejor en comunicacion con los asociados.

ARTÍCULO PRIMERO.

Del primer medio de comunicacion, que es el MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS.

Si ha de fructificar en las almas el Apostolado, es menester estimular el celo de sus miembros, y tomar eficaces medidas para que no decaiga. Y como la experiencia diaria nos enseña que muchas personas se desconciertan por nada, se desaniman, y acaban por ensimismarse y negarse á todo cuidado que no sea el propio, no creemos suficiente lo arriba dicho para asegurar la estabilidad de la obra. Como sean medios de santificacion para el individuo en particular, no preservan á la corporacion del peligro que señalamos y queremos conjurar. Se trata, pues, de establecer una correspondencia entre los asociados, que los sostenga en su buen propósito por las relaciones mútuas, y los anime con la lectura de lo que hacen en pro de la obra los que descuellan por su celo.

Con este fin se fundó en Francia en 1861 la Revista mensual que tiene por título *Mensajero del Corazon de Jesus*. Conocida esta publicacion en todo el orbe hace en el Apostolado lo que la sangre en el cuerpo, pues es el mejor elemento de vida con que cuenta; y por esta Revista circula su espíritu por las venas de sus asociados. Por ella, en efecto, se reanima de continuo su amor a Jesucristo y á la Iglesia, se estrecha más y más la union de los corazones entre sí; se aumenta la devocion al Corazon de Jesus, y se activa la cooperacion de los Socios á la obra de Jesucristo, que es la salud de las almas. En España se empezó á publicar en Enero de 1866.

Se le ha dado el nombre de *Mensajero del Corazon de Jesus*, porque es el encargado del mensaje más alto y divino que darse puede, cual es el de promover en todo el mundo la devocion sólida y verdadera al Corazon sagrado. ¿Qué devocion más perfecta se puede dar que la total union de los corazones humanos con el de Jesucristo, hasta el punto de hacerle una total entrega de sí y de sus cosas, y hasta de sus pensamientos, proyectos é intenciones? No es devocion que se reduzca á puras fórmulas, ni á ciertos y aislados actos de piedad, sino la quinta esencia de la religion cristiana. El *Mensajero* es el agente de negocios del Corazon de Jesus, por

lo mismo que lo es del Apostolado; pues el Apostolado es la práctica constante del verdadero culto del Corazon de Jesus. Por lo tanto, el *Mensajero* ha de ir recordando por todas partes á los hombres lo que deben á su divino Salvador, y lo que Jesucristo espera y desea de ellos, y lo que necesita su Iglesia; y esto lo ha de inculcar constantemente, sin ser por eso molesto, pues es más vasta que el océano su empresa, y porque, al fin, palabra salida del corazon, como dice el Salmista, siempre es palabra buena, y nunca molesta y enojosa.

Decia de Dios el Sabio lo que muy bien podemos aplicar al Corazon de Jesus: que por mucho que digamos de él, nunca diremos lo bastante; pero que con una palabra se pueden compendiar muchos discursos, diciendo que es todo en todas las cosas. El Corazon de Jesus es la fuente de la vida, y el órgano del amor del Verbo humanado, y el Verbo es el principio de la vida del mundo, y el órgano de la omnipotencia del Padre. Ya hemos estudiado las *pre-rogativas* del Corazon de Jesus, y sus relaciones con la divinidad y la humanidad, de quienes es lazo vivo y animado. En él hemos visto la manifestacion de los atributos de Dios, la fuente de las gracias, el modelo de las virtudes, el áncora de nuestra esperanza. Luégo hemos estudiado sus *operaciones*, y los caminos por donde

nos lleva á su último designio, que es hacernos imágenes vivas de Jesucristo. Hemos ido viendo los *símbolos* de este Corazon en el órden, ya de la naturaleza, ya de la gracia, en los cuales ha servido de modelo á las más grandes obras de Dios. Pero lo que más debemos estudiar son sus virtudes, y los *medios* que nos da en ellas de llegar á la perfeccion, siendo la verdad, el camino y la vida; de suerte que los elementos de la santidad más alta están compendiados en esta devocion. Pero sobre todo en el *Mensajero* debemos referir las *obras* del Corazon de Jesus, las luchas y triunfos de la Iglesia, las maravillas de la gracia que ha obrado en los Santos este divino Corazon, y las instituciones santas que ha puesto en la Iglesia por su medio.

Hemos de tratar de *todo cuanto interesa al Corazon de Jesus*, es decir, á la causa de Dios en el mundo. Y si alguna vez tenemos que pasar en silencio cosas que se mezclan con el órden temporal del mundo, levantaremos más alto el pensamiento, y seguiremos la marcha de la verdad en la tierra, sus triunfos y reveses, y cuanto toca al estado de la santa Iglesia.

Vienen, por fin, las *intenciones*, escogiendo cada mes una que recomendamos especialmente á los asociados. Cien dias de indulgencia se ganan por cada obra que se hace á esta intencion.

Tratamos; pues, del dogma y de la moral cristiana con ejemplos y santas industrias que ayuden á alcanzar la perfeccion; de suerte que, hablando de una cosa, hablamos de todo, pero refiriéndolo todo á una cosa. Y al buscar en el Corazon de Jesus el compendio de la fe, el modelo de las virtudes, la fuente de los bienes, la unidad de la religion, el nudo de los destinos del mundo, pensamos como piensa Dios, y hacemos gustar á los lectores lo que dice el Kempis: *Aquel para quien todo es uno, y todo lo ve en uno, y todo lo refiere á uno, puede tener constancia en su corazon y paz en Dios.*

¿Qué se requiere para producir grandes efectos? Aplicar un gran motor á una gran máquina. La gran máquina del siglo es la prensa; y si hace tanto daño como sabemos, es porque se le ha aplicado el peor motor posible, que es la soberbia agitada por las pasiones.

Pues habiendo un motor más poderoso, que es el amor de Dios, con su órgano fiel, que es el Corazon de Jesus, ¿por qué no se aplica á la prensa cristiana, para contrarestar el mal? Esto es lo que pretendemos, aunque en modestas proporciones. Bendiganos el divino Corazon, ayúdenos las almas buenas, y este granito de mostaza dará, si no un árbol majestuoso, por lo menos una planta saludable.

ARTÍCULO II.

Del segundo medio, que es el Rosario.

Si bien puede haber corporaciones que no quieran nuevas cargas, y que rechazarían el Apostolado si impusiera algunas, también hay personas que no entrarían en él, si ninguna carga impusiese. Para obviar ambos inconvenientes, se ha adoptado el Rosario, con la especial forma de que vamos á hablar.

Nadie ignora que la devoción del Rosario fué instituida por revelación de la Santísima Virgen hecha á Santo Domingo, en tiempos mucho peores que los nuestros, y que su origen fue enteramente apostólico. Todos saben que en la sucesión de los tiempos se ha acudido á esta devoción en todos los casos apurados, y que siempre ha triunfado la Iglesia por este medio. El *Rosario Viviente*, fundado en nuestros días, y aprobado y enriquecido con muchas indulgencias por el Papa Gregorio XVI, fue muy honrado por el Papa Pío IX, el cual dió un protector á la Asociación que con esta devoción se ha formado. Gregorio XVI confió su dirección á los Religiosos de Santo Domingo; por lo tanto, no se pueden ganar las indulgencias del Rosario Viviente sino en virtud de la comunicación hecha por los mismos religiosos.

Las muchas gracias concedidas á esta devo-

cion nos prueban que la Santa Sede la cree utilísima para el bien de la Iglesia, y que no puede ménos de mirar con buenos ojos que el Apostolado la adopte como medio de union entre los asociados. La persona escogida por Dios para fundar el Rosario Viviente y la Propagacion de la fe, que fue María Paulina Jaricot, sintió gran consuelo en su alma al saber que nuestra Asociacion adoptaba la suya con tan alto fin.

Para quien quiera saber en qué consiste esta devocion, diremos brevemente, que quince personas se reunen y dividen entre sí cada mes los misterios del Rosario. Cada una se encarga de rezar una decena, meditando el misterio que le ha tocado. Al frente de la quincena está un Celador, que puede tener otros Celadores que le ayuden, y se encarguen de repartir los misterios, cada cual á cuatro ó cinco personas de la quincena. Si es muy numerosa la Asociacion, se forman varias secciones, al frente de las cuales se ponen Consiliarios, cada uno de los cuales tiene á sus órdenes once Celadores. Al frente de los Consiliarios está un Presidente; y de esta suerte se establece una jerarquía perfecta, que facilita el medio de comunicar del centro á los extremos cualquier aviso ó noticia de alguna buena obra que se quiera proponer.

Para los Socios del Apostolado se imprimen todos los meses cédulas con grabados que re-

presentan los misterios, dándoles el carácter de la devoción á los Corazones Sagrados de Jesus y de María, y recomiendan las intenciones del *Mensajero* y del Calendario del Corazon de Jesus; pero no llamamos al segundo grado Rosario Viviente, sino decena del Rosario.

Ademas, cada una de las quincenas del Rosario contiene los 30 Santos del mes, y la noticia de las fiestas movibles.

La devoción de los *Santos del mes*, usada en algunas Comunidades, consiste en distribuir al principio de cada mes unas cédulas que contienen el santo que cada uno ha de invocar como á protector suyo aquel mes, con alguna máxima ó sentencia sacada de los escritos de los Santos, ó varones ilustres y escritores eclesiásticos.

Pueden adoptar esta costumbre las familias particulares, como la introdujo en su palacio San Francisco de Borja, siendo duque de Gandía, y luégo en las casas de la Compañía, siendo Prepósito General de ella.

ARTÍCULO III.

De otros medios que adopta el Apostolado.

UNO de los más acreditados entre las personas piadosas es la devoción de los *Nueve Oficios*, que parece haber nacido con la misma devoción del Corazon de Jesus. Consiste en re-

partir entre otras tantas personas los oficios que cumplió el Corazon de Jesus en beneficio nuestro, mientras vivió en la tierra, y sigue cumpliendo en el cielo, para que le procuren imitar. Cada mes se mudan los oficios. En la tarjeta que explica cada uno se expresan las horas que debe destinar el que lo tiene al cumplimiento de ese grato deber, y así no hay hora del día que no esté cubierta. El Apostolado completa cada oficio indicando cada mes una de las intenciones principales del sagrado Corazon.

Otra devocion del Apostolado es la del *Tesoro del Corazon de Jesus*. Se llama así un cuadro en el que se pone cada mes la suma de las obras buenas ofrecidas al sagrado Corazon en todo el mes. Para hacerla más fácilmente, se imprimen cédulas con una lista de todo lo que se suele ofrecer; y cada asociado señala con puntos ó rayas el número de veces que ha ofrecido aquel obsequio, y al fin del mes echa su cédula en el cepillo destinado al efecto. Luego las sacan los Celadores, y van formando la lista general, para ponerla en el cuadro, cerca del altar del Corazon de Jesus.

Tambien es muy sencilla la organizacion de la devocion llamada *Culto perpetuo del Corazon de Jesus*. Distribúyense cada mes, ó cada año, unas cédulas en las que están las indulgencias concedidas, y lo que el asociado ha de hacer

para ganarlas , y se le indica el dia del mes ó del año que debe consagrar al sagrado Corazon, para darle culto especial. Ese dia confiesa y comulga, renueva las promesas del bautismo y otros ofrecimientos que haya podido hacer en cualquier tiempo, visita una iglesia ó capilla pública, y ruega en ella á intencion de Su Santidad. En los diferentes ejercicios de este dia, se ha de gastar una hora por lo menos.

Los Superiores y Directores de las Comunidades son los que han de disponer el método más ventajoso y fácil de hermanar el ejercicio del Apostolado con las obligaciones de sus súbditos. Hasta ahora nos ha salido muy bien el sistema de dejar mucha libertad de acción á los particulares para que sigan su inspiracion, y nada pierde el Apostolado, ántes gana, en conservar su acostumbrada elasticidad en esas casas.

ARTÍCULO IV.

Cómo se ha de organizar el Apostolado en las parroquias.

El celoso pastor que desee poner en su parroquia esta Asociacion, puede hacerlo de varios modos.

Si no tuviese ya otras Corporaciones, Cofradías ó Hermandades en su feligresía, podría formar con el Apostolado una Congregacion aparte, con sus ejercicios mensuales, y junta de

Celadores. En las juntas, se podrian dar á los Celadores las Intenciones, ó sea las cédulas de los misterios de la *Decena del Apostolado*, para que las distribuyan á los asociados. En esta reunion de Celadores puede informarse el párroco de las necesidades espirituales de la parroquia, para encomendarlas á los fieles. Si se trata de alguna obra buena que quisiera emprender, en estos Celadores hallará buenos auxiliares, pues al repartir las cédulas mensuales ó intenciones, tendrán ocasion de comunicar á los asociados sus buenas inspiraciones.

Si hay en la parroquia suficiente número de Congregaciones para todas las necesidades del culto y provecho de las almas, podrá constituirse el Apostolado en el seno de esas Hermandades ó de una de ellas, y entonces, en vez de vivir de por sí, se empleará en dar vida á las demas.

Aun en este caso, puede hacerse lo que hemos indicado arriba; y con esta manera de ser, fructificará el Apostolado en bien de una ó varias asociaciones y de la parroquia entera. Tiene el celo un gran secreto, que le asegura el fruto de sus trabajos; y éste consiste en saber escoger personas á propósito para transmitir el movimiento del centro á los extremos; y lo conseguirá mucho mejor, si las personas piadosas siguen el impulso del amor que inspira el Corazon de Jesus á los que se entregan á su servicio.

ARTÍCULO V.

Modo de organizar el Apostolado en las Comunidades religiosas.

Si tan útilmente puede agregarse una hermandad seglar al Apostolado, mucho mejor, y más provechosamente, podrá hacerlo una Comunidad religiosa. En esta se encuentran todos los elementos que pueden ayudarle para mejor fructificar en las almas; pues en esos asilos de la oracion todo está convidando al recogimiento interior, y trayendo á la memoria las grandes verdades de la religion.

La vida religiosa no es sino el Apostolado llevado á la perfeccion. Es el Apostolado de Cristo, quien por el sacrificio salvó al mundo; y á nadie como á los religiosos llama el Redentor á la participacion de su sacrificio. ¿Á quién promete el Señor la gran fecundidad y los grandes frutos? No al cedro que corona los altos montes, y levanta la cabeza hasta las nubes; no á las flores de más exquisito aroma y mayor belleza; no al hombre de más talento, elocuencia é influjo; sino al alma despegada de sí, al alma humilde; que se abate y anonada con Cristo humillado y abatido. Compárala el Señor al grano de trigo que muere en la tierra, y le promete grande fruto.

Pues las comunidades religiosas son unos

campos benditos donde almas queridas de Dios mueren con Cristo, esperando resucitar con él, y como él dar copioso fruto. No han de perder de vista los religiosos el carácter apostólico que tienen sus obras, sus privaciones y los sacrificios de su vida. Si perdieran de vista la causa de la Iglesia y de las almas, se despojarían á sí mismos del más precioso privilegio de su vocacion y de la joya más rica de su corona, y borrarían de su frente el rasgo más vivo que tienen de semejanza con Cristo, que los ha hecho salvadores de sus hermanos.

Bien lamentable sería, pero no imposible, que esas almas, tan levantadas por su vocacion sobre el vulgo de los cristianos, se rebajasen y abatiesen hasta el punto de olvidar el fin elevadísimo de su llamamiento á la religion, para concentrar en un estrecho egoismo toda su atencion. ¡Cómo pagarían estas almas su poca generosidad, con un tormento indecible de ansias y mortales congojas! Y las que por su instituto se dedican á mayor retiro y contemplacion, son las que libran peor, pues aquellas mentes concentradas en sí se consumen de pena y tristeza, por lo mismo que carecen de distracciones, cuando no hallan en el espiritu contemplativo un campo vasto para ejercitar con la oracion su celo, sino que se envuelven en sí mismas y en su pequeñez.

Luego á estas almas contemplativas es más necesario el Apostolado. Agregadas á tan santa institucion, recordarán el fin de su vocacion, y el mérito de los sacrificios que todos los dias están haciendo. Nadie sacará más fruto que ellas de los ejercicios que señalamos arriba para cada dia, cada semana y cada mes. Nadie mejor que ellas se acordará de renovar á menudo la intencion en espíritu de celo, que es lo que tanto aumenta el mérito de las obras. Sobré todo, en las fiestas extraordinarias, en las que tanto incremento recibe el espíritu de la vocacion, en los ejercicios anuales y en mil otras coyunturas favorables, ¿qué no pueden hacer en bien de la Iglesia y de las almas?

Mucho podrá contribuir á acrecentar el celo la lectura del *Mensajero*, que puede hacerse en el refectorio, ó en la sala de labor, ó en el capítulo. Esta sola lectura podria bastar para conservar el verdadero espíritu, que antepone los intereses de Dios y de las almas á todos los cuidados de su persona. Uno de sus frutos seria indudablemente la paz del alma y los dulces encantos de la caridad fraterna, que no podria ménos de reanudarse en pechos que abarcan en el mismo amor á todos los pueblos de la tierra.

Muy conveniente seria que se encargasen algunas personas de la Comunidad, nombradas

al efecto, de fomentar todo lo que concierne al Apostolado, y todas las devociones que le son propias. ¡Cuánto agradecería el Corazon de Jesus á esas personas lo que hicieran por promover su devocion y culto en la comunidad! ¡Qué mérito no tendria quien ejerciese su celo con una clase de personas que podrian salir verdaderos apóstoles!

Léjos de perjudicar á la observancia regular, el Apostolado la promueve en sumo grado, pues enfervoriza á las almas tibias, á las fervorosas les da en qué ejercitar su actividad, y en todas conserva y renueva el espíritu.

ARTÍCULO VI.

Organizacion del Apostolado en las casas de educacion.

NADA más sensible para los que educan la juventud, que ver cómo, al salir de los colegios y entrar en la atmósfera pagana del mundo, olvidan los jóvenes, aún los mejor formados en virtud y letras, cuanto de bueno han visto y oído hasta entónces. Si hemos de decir nuestro parecer, tal vez podrá haber algun vicio en la educacion religiosa de los colegios, si, por ejemplo, se cria á la gente moza no tanto con la sólida doctrina de la religion cristiana, como con cierta piedad sentimental, que no llega á echar raices en el corazon. La piedad no será

sólida, cual debe ser, si no enseña y acostumbra al cristiano á ver á Dios en Jesucristo, y á Cristo en la Iglesia. No será fructuosa, si no le comunica la vida de Dios, que se transmite por medio de Cristo á los hombres, y entra en las almas por los Sacramentos de la Iglesia. No será sincera, si no le hace tomar á pechos todo lo que interesa á la Iglesia, cuya causa es la de Dios y de Cristo.

Por eso debería inspirarse á los niños, desde los tiernos años, un cariño filial á la Iglesia su madre, que les haga llorar por sus duelos, gozar en sus triunfos, y mancomunar de tal suerte sus intereses con los de la religion, que cuanto á ésta atañe, lo miren como cosa propia. Y ese es precisamente el espíritu del Apostolado; no hay, pues, elemento más á propósito para formar el corazon de la juventud.

En las Congregaciones de la Santísima Virgen, que suele haber en los colegios de regulares de ambos sexos, se suele hallar la flor de los alumnos que allí se crían. Por ahí se debía empezar. Se les lee el *Mensajero*; se pone la comunión mensual á intencion del Apostolado; se celebra una Misa semanal por los infieles y herejes, que podria ser el viernes; se reza antes de ella la oracion de San Francisco Javier, con un Padre nuestro y Ave Maria, á la intencion del mes que recomienda el *Mensajero*. Se eligen Ce-

ladores, y se los reúne cada mes, para encargarles que promuevan la devocion, de la manera que puedan, y se irán adiestrando para cuando salgan al mundo. Si se ha puesto el Apostolado bajo la forma del Rosario Viviente, ya tendrán mano para aconsejar bien y animar á la virtud á los alumnos, al distribuirles las Intenciones, y al recoger los obsequios al Corazon de Jesus, á no ser que se use meterlos, cada uno el suyo, en el buzón ó cepillo.

Bien se puede esperar que, á lo ménos estos Celadores, han de perseverar constantes, aún en medio del mundo. El que se acostumbra á inspirar á otros el bien, más alejado está de la influencia del mal. ¿Y cuántas vocaciones no nacerán de aquí para el clero y la religion? ¡Qué refuerzo se prepara á las conferencias de San Vicente de Paul y á otras asociaciones piadosas!

ARTÍCULO VII.

Organizacion del Apostolado en los Seminarios.

EN estas casas, donde se educa la juventud que va á seguir la carrera eclesiástica, viene de molde el Apostolado para dar dignos ministros á la Iglesia. Todo el secreto de la fuerza del sacerdote, y la garantía de su perseverancia, y la eficacia de su ministerio, está en el Corazon de Jesus, como en depósito; y si ha de llegar

á los corazones de los hombres, toda su virtud de convertir, consolar, fortalecer y santificar, la ha de sacar de aquel Corazon, que es el único que convierte, fortalece, consuela y santifica. Luego la educacion de los clérigos ha de ir encaminada á formar el espíritu de esta privilegiada juventud en la escuela del Corazon Sagrado, y á refundir sus ideas, afectos y operaciones en las del mismo deífico Corazon. Esto nos mueve á ofrecer el presente libro á los directores de Seminarios, como utilísimo para el fin que se pretende en ellos, que es inspirar á los jóvenes el celo sacerdotal y apostólico.

Se deja á su prudencia el juzgar si conviene ó no nombrar en ellos Celadores, como se hace en los colegios seculares, para que, entendiéndose con los Directores, trabajen en promover los ejercicios piadosos entre sus compañeros. Mas por lo que toca al Apostolado, no cabe la menor duda que es ventajosísimo en los Seminarios conciliares, pues tenemos la experiencia de lo que ha fructificado en muchos de ellos. Nos contentaremos con citar lo que nos escribió, hace algun tiempo, el Rector de uno de ellos.

«Tan luego como aquí tuve noticia del Apostolado, lo puse en este Seminario, y no me ha pesado, pues ha derramado el Señor su gracia sobre la casa á manos llenas. Todos los

Seminaristas han entrado en él. Les hago leer por via de leccion espiritual, al principio del año, la obra intitulada APOSTOLADO DE LA ORACION, para que los nuevos alumnos se aficien a esta Asociacion. Luégo les explico en qué consiste, y entran todos en la idea de que es muy á propósito para formar el espiritu de los eclesiásticos.»

No dudamos que en todos los Seminarios fructificaria igualmente, si en todos se adoptase; muy de desear seria que en cada Obispado hubiese un Centro que dirigiese todas las asociaciones agregadas al Apostolado, no ménos que las Comunidades que le adoptasen; y ese Centro en ninguna parte estaria mejor que en el Seminario, que envía apóstoles á toda la diócesis, y de donde salen todos los años multitud de jóvenes, que van á pasar los tres ó cuatro meses de vacaciones á los pueblos, deseosos de ejercitar allí de algun modo su celo.

Si se establece el Apostolado en el Seminario, los alumnos serian buenos auxiliares del clero en tiempo de vacaciones, y se preservarían más facilmente de los peligros que corre su virtud en estacion tan critica, pues se hallarian santamente ocupados en formar y dirigir Centros, y obligados á ir delante de los asociados con el ejemplo.

Esperamos que no faltarán eclesiásticos celosos en cada Seminario que entren en esta idea, y la lleven á efecto.

ARTÍCULO VIII.

De los Celadores y Celadoras.

DE todo lo dicho se deduce que la suerte del Apostolado está en manos de los miembros activos que se ponen al frente, y todo lo manejan. Hasta ahora, á ellos se debe lo que ha prosperado la asociacion, y en ellos tenemos puesta nuestra esperanza para el porvenir.

No hay ciudad, pueblo ni aldea donde no haya algunas personas buenas, dispuestas á trabajar por la gloria de Dios en alguna cosa; y en el Apostolado cualquiera puede ocuparse muy útilmente; y si son varias personas, la union les da la fuerza. Allí donde hay ya diferentes Cofradías, que muchas veces están desavenidas, si se llega á poner el Apostolado, se podrá tal vez conseguir hermanarlas entre sí, por este vinculo de union que las estrecha á todas.

Contando ya con gente de buena voluntad, y amiga de trabajar, tenemos lo que se llama Celadores y Celadoras, y á estos aconsejamos lo siguiente:

Reúnanse todos los meses bajo la presidencia del que se haya nombrado Director del Apos-

tolado, para tratar de los asuntos de la Asociacion.

Inscriban los nombres de los que quieran alistarse en ella, y den á cada uno su Cédula de agregacion, pues cada Celador puede tener un depósito de ellas.

Pueden encargarse de suscribir al *Mensajero* á los que deseen tener esta revista, y de distribuirles los números cada mes. Tambien pueden encargarse de recoger los obsequios que se hacen al Corazon de Jesus, y se meten en el buzón destinado, y de hacer la suma de ellos, para que se publiquen.

Á ellos toca inquirir las necesidades espirituales que se hayan de recomendar á los Sócios del Apostolado, y enterarse de las obras buenas que se pudieran por su medio promover, de los pecadores que se pudieran reducir á mejor vida, de la gente ruda que se pudiera doctrinar, para tratar de esto en las juntas.

Doquiera que se halle bien establecida una Junta de Celadores, que cuente seis meses de existencia por lo ménos, y prometa estabilidad, pueden los Directores locales pedir al Director diocesano un diploma para cada Celador, en el cual se le conceden dos indulgencias plenarias al mes, y una de 300 dias para cada vez que se reunan.

La experiencia ha mostrado lo mucho que

puede una Junta de Celadores y Celadoras de buen espíritu, aunque sean pocos. No hay cosa imposible para las almas unidas al Sagrado Corazon, que mancomunando sus fuerzas, se proponen en una parroquia ó ciudad sacar todo el partido posible de los elementos con que cuentan. Todopoderoso es el divino Corazon, y no pide más que nuestra cooperacion, para satisfacer su deseo de colmarnos de bienes. Si halla en nosotros lo que busca, que es instrumentos dóciles, no hay maravilla que no pueda obrar por este medio.

Y el fin principal del Apostolado no es sino buscar esos dóciles instrumentos; y donde se llega á establecer bien, los encuentra. Cuantas personas se unan en perfecta mancomunidad de deseos y oraciones, se han de hermanar infaliblemente para las mismas obras buenas.





CONCLUSION.

TERMINADA está nuestra obra, y á ti, caro lector, te toca sacar las consecuencias. La causa que hemos defendido es digna de llamar la atención de cualquier hombre de juicio. Tepido, pues, que por un momento recojas tu espíritu, y lejos del tumulto de las criaturas, te pongas á pensar en el triste estado de tantas almas que se pierden, y oigas los lamentos de tantos ministros de Dios que se afanan por salvarlas, y piden tu ayuda. ¡Oh Señor, cuántos clamores llegan á mis oídos! Oigo la voz de los apóstoles de la fe, que salen diariamente á la conquista de un mundo bárbaro. Unos entre las olas del mar, otros en las playas infieles, entre indios y salvajes, claman á sus hermanos de Europa, y les dicen, como San Pablo á los de Corinto: *Hermanos carísimos, rogad por nosotros.*

Oigo la voz del Apóstol de las Indias, que se lamentaba de tantos millares de almas que perecían por no haber quien las fuese á socorrer.

Clama la Iglesia como Raquel, llorando la suerte de tantas criaturas que mueren el día de su nacimiento, sin haber recibido el bautismo, en regiones bárbaras, donde matan los padres á sus hijos con una crueldad desconocida á los tigres. Lloro la eterna muerte de los que mueren en la flor de la edad, consumidos de vicios, como tiernas plantas agostadas por un sol abrasador.

Se aflige á la vista de tantos infelices esclavos del pecado, que arrastran una vida peor que la misma muerte; pues ha muerto en ellos la fe, la virtud y todo noble sentimiento, y llevan en su frente el sello de la reprobacion.

Se lamenta de tantos hijos como le ha arrancado el cisma y la herejía, á quienes no queda más herencia que la maldicion, ni más esperanza que el suplicio eterno.

La desconsuela esa multitud de idólatras, que no conocen á Cristo, y de infieles que le maldicen.

Tantas cosas os desconsuelan, ¡oh Iglesia santa!, que seria imposible referirlas, pues exceden todo guarismo las heridas que os hacen vuestros enemigos, y aún vuestros propios hijos, diariamente. Nosotros, ya que otra cosa no podamos, mezclaremos nuestras lágrimas con las vuestras, y os serviremos de escudo adonde vengan á dar los dardos del enemigo antes de llegar á vuestro pecho.

Por fin, llora y clama el mismo Jesucristo, oculto en el sagrario, desde donde nos habla al corazon, y mostrándonos generaciones enteras que se hunden en el abismo : ¡ Oh, hijos míos!, nos dice: ¿ me dejareis á mi solo trabajar por salvar las almas? He dado por ellas la sangre de mis venas; y vosotros, ¿ no derramareis una lágrima siquiera? ¿ No unireis vuestra oracion á la mia?

Imposible parece que pueda resistirse un cristiano á tales súplicas del amante Jesus, y que á tal llamamiento no corresponda nadie, ni alargue una mano para levantar á los infinitos pecadores que yacen postrados en el suelo.

¡ Oh, Señor, que habeis amado á los hombres hasta decir que vuestras delicias están en vivir con ellos! Dilatad los senos de vuestra misericordia, y hallen en ella asilo las ovejas errantes, como os lo pedimos por vuestro santo amor. No desoigais las súplicas que Vos mismo habeis inspirado al unirnos á Vos con los estrechos lazos de la caridad.

Infelices viajeros que peregrinamos por la tierra, no podemos sostenernos en el camino, sino apoyándonos en el hombro de nuestros hermanos. Esto en lo natural; que si miramos al orden de la gracia y al camino de la salvacion, todavía podemos ménos sin la ayuda de los demas. ¿ Y qué mejor ayuda que la oracion, cuyos ecos

parten de todos los corazones, cual si fueran sólo un corazón? En la oración común está nuestra fuerza, y con ella somos invencibles.

Es el puente que salva un hondo abismo, y la tabla de salvación del que navega por el mar proceloso de este mundo.

Es la escala misteriosa que toca la bóveda del firmamento, por la que suben y bajan los Ángeles, llevando las súplicas y trayendo las gracias. De grada en grada debemos subirla; unos van delante, otros siguen detrás; hay que animarse y sostenerse. Es la palanca que levanta el mundo abrumado por el peso de la culpa, y lo eleva hasta el cielo.

Es la cadena con que la miseria arrastra hacia sí á la misericordia. Y como con ella atrajo la humanidad al Verbo eterno, y obtuvo la venida de su Espíritu, ahora y siempre logrará todas las gracias.

Unidos en un haz nuestros deseos, oraciones y esfuerzos, ya poderosos de por sí, lo serán mucho más estando todos unidos.

¡Oh, Jesús, que habeis dicho, que donde algunos se reunieren á orar en vuestro nombre, allí estareis en medio de ellos; y que donde dos ó tres se concertaren para pedir una gracia, por grande que sea, la concedereis; cumplid también en nosotros vuestra promesa! Poneos en medio de nosotros, por vuestra bondad,

como nosotros nos juntamos en una oracion comun por la confianza en vuestra fidelidad.

De aquí en adelante os hemos de hacer violencia con nuestros ruegos, y de un extremo á otro del mundo se ha de formar un concierto unánime que suba con prolongados clamores á vuestro Corazon.

Sin cesar os presentaremos enfermos, ciegos, mancos, tullidos y endemoniados, más en el alma que en el cuerpo. Os presentaremos leprosos y llagados que dan horror, y no cesaremos de rogar, hasta que hayamos recogido en vuestro corazon, y llevado al puerto de la eternidad feliz, á miles de almas criadas á vuestra imagen, y rescatadas con vuestra sangre.





APÉNDICE.

CEREMONIA

PARA LA RECEPCION DE LOS CELADORES Y CELADORAS
DEL CORAZON DE JESUS.

Instruccion á los Directores del Apostolado.

Suplicamos á los Directores del Apostolado de la Oracion, que en cuanto les sea posible guarden el orden siguiente al entregar á las personas que crean dignas de ello el Diploma de *Celador ó Celadora del Corazon de Jesus*.

1. Se entrega el Diploma á los nuevos Celadores ó Celadoras así que hayan acabado de pronunciar en voz alta el Acto de Consagracion. Este se hace ordinariamente en presencia de algun Director del Apostolado, ó de otro Sacerdote delegado para ello por el Director.

2. Junto con el *Diploma*, entrega el Director ó su delegado á cada uno de los nuevos Celadores ó Celadoras un ejemplar del REGLAMENTO y una *cruz* de Celador ó Celadora.

3. La recepcion tiene ordinariamente lugar en alguna capilla, ó en el sitio ordinario de las reuniones de los Celadores ó Celadoras, delante

de alguna efigie ó cuadro del Corazon de Jesus, estando encendidas algunas velas.

El orden de la ceremonia es el siguiente :

4. Las medallas están colocadas de antemano en el altar, próximos al cual se hallan los que han de ser recibidos por Celadores ó Celadoras. El Director, de roquete y con estola, dirige algunas palabras á los asistentes sobre la ceremonia que va á tener lugar.

5. Entonces se arrodillan ante el altar, y uno de ellos pronuncia en nombre de todos este Acto de Consagracion:

ACTO DE CONSAGRACION

DE LOS CELADORES Y CELADORAS DEL CORAZON DE JESUS.

¡Dulcísimo Jesus, fuente inagotable de amor, Padre de misericordias y Dios de toda consolacion! Ya que, á pesar de nuestras miserias é indignidad, os habeis dignado descubrirnos las inefables riquezas de vuestro Corazon, yo N. N. en accion de gracias por los innumerables beneficios que á mí y á todos los hombres nos habeis concedido, y sobre todo en reconocimiento de la institucion de la Sagrada Eucaristía, y del amor inefable que os mueve á sacrificaros todos los dias por la salvacion del mundo; en reparacion de los ultrajes con que yo y todos

los hombres hemos amargado vuestro amantísimo Corazon en este misterio de vuestra inmensa caridad para con nosotros; en union del Divino Apostolado que ejercéis sin cesar en el tabernáculo por la gloria de vuestro Padre celestial, por el triunfo de vuestra Iglesia, santificación de los justos y conversion de los infieles, herejes y pecadores, me consagro cuanto soy y puedo á vuestro Sacratísimo Corazon para procurar la salvacion de las almas: le consagro para este fin cuanto me pertenece, todos mis bienes, los merecimientos que he adquirido ó puedo adquirir con el auxilio de vuestra gracia; y prometo propagar el Apostolado del Divino Corazon cuanto mis fuerzas me lo permitan.

Además escojo á la Bienaventurada Virgen María, Reina de los Apóstoles, y Refugio de Pecadores, para que de una manera especialísima sea mi Madre. Me ofrezco y consagro tambien con todas mis cosas á su Purísimo Corazon, proponiéndome de un modo especial imitar su tierno amor para con los pecadores; y para socorrerlos más eficazmente, prometo propagar con todas mis fuerzas el culto de su Inmaculado y compasivo Corazon.

Suplicoos, dulcísimo Jesus, por vuestra infinita bondad, que os digneis aceptar este holocausto en olor de suavidad; y así como me habeis dado gracia abundante para desearlo y

ofrecerlo, me la deis tambien para cumplirlo. Amen.

Cada uno de los otros dice á su vez esta fórmula abreviada:

Divino Corazon de Jesus, yo me consagro á Vos. Amen.

BENDICION

DE LAS CRUCES DE CELADORES Y CELADORAS.

El Director bendice en seguida las cruces, diciendo:

- V. Adjutorium nostrum in nomine Domini.
- R. Qui fecit cœlum et terram.
- V. Dominus vobiscum.
- R. Et cum spiritu tuo.

OREMUS.

Omnipotens sempiterne Deus, qui sanctorum tuorum effigies sculpi non reprobas, ut quoties illas oculis corporis intuemur, toties eorum actus et sanctitatem ad imitandum memoriæ oculis meditemur, has, quæsumus, sculpturas in honorem et memoriam sacratissimi Cordis unigeniti Filii tui adaptatas bene † dicere et sancti † ficare digneris; et præsta ut quicumque eas gestando unigenitum Filium tuum suppliciter colere et honorare studuerit,

illius meritis et obtentu, a te gratiam in præ-senti et æternam gloriam obtineat in futurum. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

El Director rocía con agua bendita las cruces, y entrega una á cada Celador ó Celadora, diciendo:

«Recibid esta insignia y llevadla sobre vuestro corazon, para que os recuerde sin cesar el amor con que el Corazon de Dios os ha prevenido, y el amor que por ello le debeis.»

En seguida da el Director á cada Celador y Celadora un *Diploma* y un *ejemplar del Reglamento de Celadores y Celadoras del Corazon de Jesus*, diciendo:

«Recibid el *Diploma*, por el cual sereis en adelante Celador (ó Celadora) del Corazon de Jesus y del Apostolado de la Oracion. Nuestro Santisimo Padre el Papa os concede por ello veinticuatro indulgencias plenarias cada año, y además una indulgencia de trescientos dias cada vez que os reunais los Celadores ó Celadoras, muchos juntos, ó de dos en dos, «para advertiros mutuamente y excitaros á promover con mayor eficacia la divina gloria.»

«Recibid al mismo tiempo el REGLAMENTO que se os propone para que, guardándole, os hagais cada dia más digno de llevar el glorioso y consolador titulo de *Celador (ó Celadora) del Corazon de Jesus y de su Apostolado*.

Acabado esto, bendice el Director á los nuevos Celadores ó Celadoras, diciendo:

«Señor Jesus, dignaos admitir bajo la bandera de vuestro Divino Corazon á estos hijos vuestros, deseosos de consagrarse á la defensa de vuestros *intereses*, y á la propagacion de vuestra gloria. Sirvales esta insignia, con que los habeis condecorado, de aliento en la lucha contra vuestros enemigos visibles é invisibles, y de prenda del triunfo eterno.

»En el nombre del Padre....»

Se termina la ceremonia cantando ó rezando el *Magnificat*.

ADVERTENCIA.

Al recibir á las personas que ya tengan Diploma de Celadores ó Celadoras, se omitirá solamente la parte del ceremonial que se refiere á la entrega del Diploma. Las Religiosas están dispensadas en todo ó en parte de estas ceremonias, segun lo dispongan sus Superiores. Lo mismo se dice de otras personas cuando los Directores del Apostolado lo crean conveniente.

BREVE

DEL SANTÍSIMO PADRE PIO IX.

Para perpétua memoria.

Se nos ha dado noticia de una piadosa Alianza de fieles de ambos sexos, instituida canónicamente hace unos años, en la diócesis del Puy, bajo el título de *Apostolado de la Oración*, cuyos miembros, entre otras muchas obras de piedad y caridad que acostumbran ó se proponen hacer, trabajan sobre todo por alcanzar con oraciones diarias la gracia de Dios á toda la Iglesia, y en particular al romano Pontífice.

Por un Breve semejante, dado en Gaeta á 19 de Agosto de 1849, concedimos á los miembros de esta Asociacion algunas indulgencias para siete años. Habiendo pasado ya el tiempo de esta concesion, se nos han dirigido humildes ruegos para que nos dignemos, en nuestra benignidad apostólica, dispensar los tesoros de los bienes celestiales, de los que el Altísimo ha querido hacernos depositario.

Á fin, pues, de que esta Alianza tome cada dia nuevas creces, hemos creído deber acceder

á las súplicas que se nos han hecho, y conceder lo que sigue:

Confiando en la misericordia del Dios Todopoderoso, y en la autoridad de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, concedemos á todos los fieles de uno y otro sexo, que entraren en adelante en la dicha Asociacion, una *indulgencia plenaria* el dia de su admision, con tal que verdaderamente contritos se confiesen, y reciban el Santísimo Sacramento de la Eucaristía.

Y tanto á los hermanos ya inscritos en la Asociacion, como á los que se inscriban en adelante, les concedemos tambien misericordiosamente en el Señor *indulgencia plenaria* y remision de todos sus pecados, el dia de la fiesta de la Inmaculada Concepcion de la Bienaventurada Virgen Maria, y el viérnes que sigue inmediatamente á la octava de la fiesta del Santísimo Sacramento, desde las primeras vísperas, si verdaderamente contritos, despues de haber confesado y comulgado, visitaren devotamente una iglesia pública.

Ademas, *un viérnes de cada mes*, excepto el Viérnes Santo, y *otro dia de cada mes*, ambos á eleccion de cada asociado, desde la salida hasta la puesta del sol, con tal que oren fervorosamente por la concordia entre los principes cristianos, extirpacion de las herejías, y exaltacion de la Iglesia.

Ademas, á los dichos asociados que, por lo menos contritos de corazon, cumplieren las obras de piedad prescritas al principio de cada mes, por el que fuere entonces Director de dicha Asociacion, les concedemos en la forma acostumbrada de la Iglesia, por cada una de las buenas obras, la *remision de cien dias* de las penas en que pueden haber incurrido de cualquier manera.

Todas estas indulgencias permitimos que sean aplicadas en forma de sufragio á las almas del Purgatorio.

Y esto, no obstante impedimento alguno, y para que las presentes conserven su valor en todos los tiempos venideros. Y queremos que á las copias de las presentes Letras, á los ejemplares impresos, firmados de mano de algun notario público, con el sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se dé la misma fe que se daría á las presentes.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el 26 de Febrero de 1861, año décimoquinto de nuestro pontificado.

J. Card. ANTONELLI.



GIOSA DEL MUNDO.

TURCOS.	BRACMANES.	BUDISTAS.	BUDISTAS Y CONFUCIANOS.	BUDISTAS Y SINTOISTAS.	PAGANOS.
10.000.000	»	»	»	»	29.000.000
100.000.000	162.000.000	7.000.000	369.360.000	35.900.000	75.000.000
87.000.000	»	»	»	»	110.000.000
»	»	»	180.000	»	1.500.000
3.000.000	14.000	»	400.000	»	23.000.000
200.000.000	162.014.000	7.000.000	370.000.000	35.900.000	238.500.000

D. G.

ESTADÍSTICA RELI

	POBLACION.	CATÓLICOS.	HEREJES.	CISMÁTICOS.	judíos.
EUROPA...	330.000.000	150.000.000	74.000.000	71.000.000	6.000.000
ASIA.....	770.000.000	3.600.000	350.000	6.800.000	200.000
ÁFRICA..	210.000.000	1.500.000	650.000	6.000.000	350.000
AMERICA.	98.000.000	50.000.000	46 000.000	10.000	332.000
OCEANÍA.	37.000.000	7.000.000	2.800 000	»	3.500
TOTAL...	1.445.000.000	212.100.000	123.800.000	83.810.000	6.885.500

A. M.



ÍNDICE

	Págs.
Prólogo.....	v
Introducción.....	xv

PRIMERA PARTE.

Naturaleza del Apostolado de la Oración. Fuentes de su eficacia.

CAPÍTULO I.—Primera fuente de la eficacia del Apostolado. La oración.....	47
Artículo 1.º La vida del alma es la gracia.....	48
2.º Poder de la oración para alcanzar la gracia, probado por la misma naturaleza de la gracia.....	55
3.º Cuánto puede la oración para alcanzar las gracias necesarias al prójimo.....	59
4.º Se demuestra el gran poder de la oración, con la autoridad del Salvador.....	65
5.º Se prueba que las promesas del Salvador se extienden á las oraciones que hacemos por el bien del prójimo..	72
6.º Las promesas de Cristo alcanzan también á las oraciones de los pecadores.....	79
7.º Se muestra el poder de la oración por la doctrina de los Santos.....	82
8.º Se confirma lo dicho con ejemplos del Viejo y Nuevo Testamento.....	85
9.º Causas de la ineficacia de nuestras oraciones, y condiciones que deben tener.....	95
10. Resumen de todo lo dicho sobre la oración.....	108

CAP. II.—Segunda fuente de la eficacia del Apostolado. La asociacion.....	112
Artículo 1.º Promesas de Nuestro Señor á la oracion hecha en comun.....	112
2.º Motivos de las promesas hechas á la oracion, sacados de la naturaleza de Dios.....	114
3.º La Asociacion es principio de fuerza en todos los órdenes.....	118
4.º Poder de la Asociacion en el órden sobrenatural....	120
5.º Poder terrible de la asociacion entre los malos....	123
6.º Conclusion práctica de lo dicho sobre la asociacion, y relaciones entre el Apostolado de la Oracion y la Asociacion de la Propagacion de Fe.....	130
CAP. III.—Tercera fuente del poder del Apostolado. La union con el Corazon de Jesus.....	141
Artículo 1.º Las oraciones de los cristianos son oraciones de Jesucristo.....	142
2.º Las oraciones del cristiano son obra del Espiritu Santo.	148
3.º La Sagrada Comunión es medio poderoso de renovar la vida de Jesucristo en nosotros, y de unir más íntimamente nuestras oraciones á las suyas.....	152
4.º Conclusion de la primera parte.....	160

SEGUNDA PARTE.

Ventajas y oportunidad del Apostolado de la Oracion.

CAPÍTULO I.—De las ventajas que proporciona á los cristianos el Apostolado.....	169
Artículo 1.º De los méritos que podemos alcanzar en el Apostolado.....	169
2.º De la facilidad con que podemos satisfacer por las culpas en el Apostolado de la Oracion.....	180
3.º De lo mucho que nos acredita el Apostolado delante de Dios para lograr más fácilmente lo que pedimos.....	184
4.º De la paz y consolacion de espiritu que infunde en las almas el Apostolado.....	188
CAP. II.—De las ventajas que proporciona á la sociedad el Apostolado.....	194

Artículo 1.º De las ventajas que proporciona promoviendo el celo de las almas.	194
2.º De las ventajas que proporciona, promoviendo la práctica de la oración.	201
CAP. III.—De los beneficios que de él reporta la Iglesia.	206
Artículo 1.º De lo mucho que contribuye á la conservación y prosperidad de la Iglesia.	207
2.º Se confirma la doctrina precedente con el dogma de la Comunión de los Santos.	210
3.º De la utilidad del Apostolado para la defensa y aumento de la Iglesia.	215
4.º De la utilidad del Apostolado para promover vocaciones Apostólicas.	218
5.º El Apostolado estrecha los vínculos de unión entre los cristianos.	219
6.º En el Apostolado tenemos una prenda de salvación. .	222
CAP. IV.—Se demuestra cuán acomodada es á nuestros tiempos esta Asociación.	229
Artículo 1.º De las esperanzas de la Iglesia en nuestros días. .	230
2.º De los temores de la Iglesia en estos tiempos.	241
<i>Primera cuestion.</i> ¿En qué va á parar Europa si no acepta el yugo de la Iglesia Católica?.....	242
2.º ¿En qué va á parar el mundo si se pierde toda religión en Europa?.....	245
3.º Los temores se cambian en esperanzas por la Misericordia Divina.	248

TERCERA PARTE.

Práctica y organización del Apostolado de la Oración.

CAPÍTULO I.—En qué consiste la práctica del Apostolado.	256
Artículo 1.º Del sello que ha de imprimir el Apostolado á las obras de piedad.	258
§. I.—Sacrificio de la Misa.	258
§. II.—Varios ejercicios de piedad.	262
§. III.—Combinación del Apostolado con otras devociones.	271

§. IV.—Lo que seria muy útil hacer para renovar las intenciones del Apostolado.....	285
2.º Del sello que ha de imprimir el Apostolado á los ejer- cicios de penitencia.....	293
Conclusion.....	347

APÉNDICE.

Ceremonia para la recepcion de los Celadores ó Celadoras del Corazon de Jesus.....	353
Breve del Santísimo Padre Pío IX.....	359
Estadística religiosa del mundo.....	362
